

León Arsenal

MÁSCARAS DE MATAR



Lectulandia

Entre las tierras del Chan Menor, la cordillera de Bal Bartán y el Alto Norte se despliega un territorio habitado por criaturas fantásticas, numerosas tribus y castas cada una con su cultura y sus intenciones políticas. Sociedades cuyos miembros saben disfrutar de la lectura en sus bibliotecas talladas en la roca o saborear un buen vino mientras conversan con los amigos, pero que pueden matarte por una mirada a destiempo o por cruzar sin permiso el camino que conduce a su casa. Hombres que ocultan el rostro tras unas máscaras que son más que un adorno: tienen su propia personalidad y mantienen una relación simbiótica con el hombre que las usa.

En esta tierra misteriosa, Corocota, el hombre lobo, se une a Palo Vento, el hombre serpiente, y a Cosal, el hombre halcón, para emprender un viaje largo y tortuoso, unirse a los ejércitos de Don Tavarusa y tratar de ahogar la revuelta que lidera Cufa Sabut, una poderosa máscara que se creía olvidada y perdida y cuyo regreso amenaza con sumir el territorio en el caos y en la más profunda de las tinieblas. Cufa Sabut planea el regreso de la Máscara Real, forjada en tiempos antiguos con el propósito de pacificar Los Seis Dedos y que terminó por convertirse en la precursora de unas guerras como nunca se habían visto. Hasta hoy...

Lectulandia

León Arsenal

Máscaras de matar

ePUB v1.4

Tammy_Baker 05.07.12

más libros en lectulandia.com

Título: *Máscaras de matar*

León Arsenal, 2004

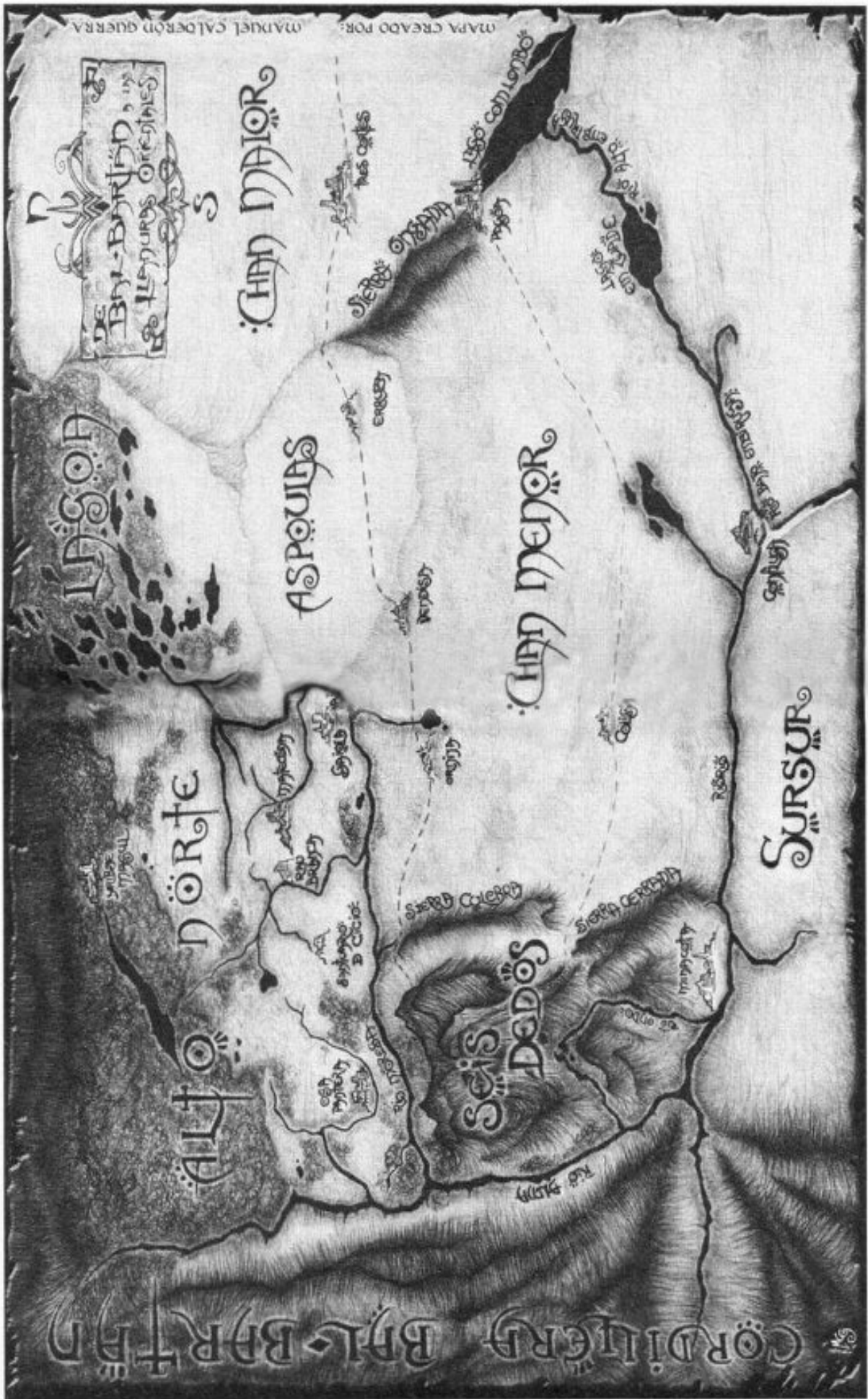
Ilustración de sobrecubierta: Enrique Corominas

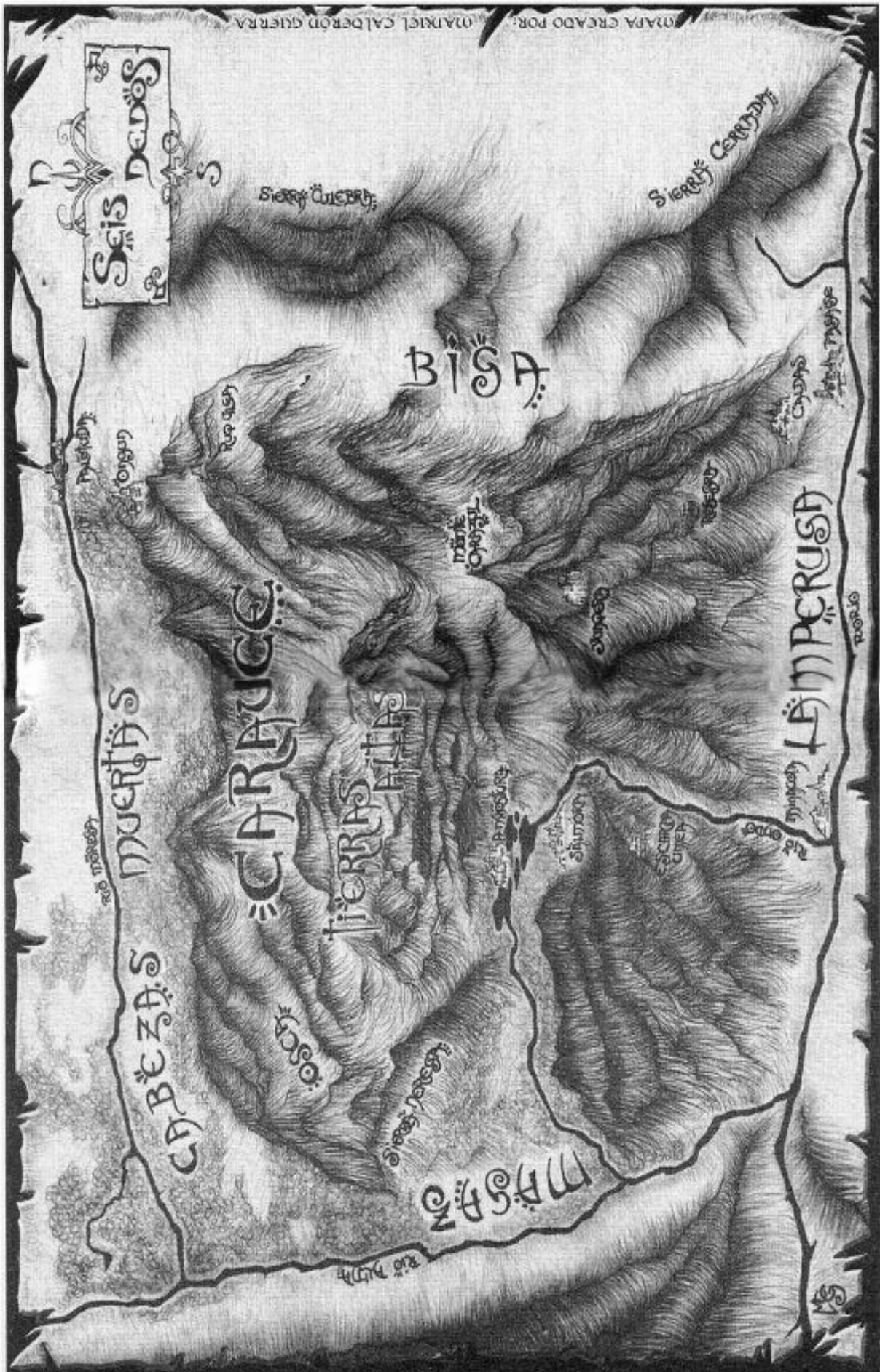
Ediciones Minotauro

Editor original: Tammy_Baker (v1.0 a v1.4)

ePub base v2.0

Para Javier F. Usón y Miguel Blanco,
que ya eran amigos míos cuando se me ocurrió
el primer bosquejo de esta historia,
y de eso hace ya sus años.





Nota preliminar

Los Seis Dedos, así es como llaman sus habitantes a las tierras situadas entre la cordillera del Bal Bartán y las grandes llanuras orientales, y nadie sabe a ciencia cierta el origen de tal nombre. Unos dicen que se debe a las seis regiones que las forman, y otros que a los seis pueblos que las habitan, pero ambas explicaciones son arbitrarias y, con toda seguridad, falsas.

De entrada, no son seis regiones, sino cinco, o siete, si se incluyen las sierras Culebra y Cerrada. El corazón de Los Seis Dedos es el macizo montañoso del Carauce, que es alto y agreste, y alrededor de ese centro se sitúan las otras cuatro regiones. Cabezas Muertas, que es larga y boscosa, al norte. Lamperuga al sur, entre el Carauce y el Riorrío. Biga, que es la antesala de las llanuras, al este, y el valle del Magaz al oeste.

Tampoco lo habitan seis pueblos, sino todo un mosaico de ellos, aunque su número e importancia en esas tierras es muy variable. Los más antiguos de todos son los gargales, una raza cuyas estructuras sociales se basan en relaciones de clientela. Cada individuo se liga mediante obligaciones a otros, o a grupos, y la suma —y cruce— de las distintas obligaciones que asume una misma persona es lo que hace que la sociedad gargal sea tan complicada.

Parte fundamental de esa sociedad son las máscaras, que tanta importancia tienen también en las culturas descendientes de la gargal. Las máscaras permiten a un mismo individuo asumir roles distintos y, en ciertos casos —gracias a la creencia de que quien se cubre con determinadas máscaras es, en la práctica, una persona distinta—, eso le libera de ciertas obligaciones mientras la lleva, lo que es sumamente útil en ese tipo de sociedades.

Los gargales ocupaban antiguamente un gran territorio que iba desde los valles intermedios de la cordillera del Bal Bartán, por el oeste, hasta la sierra Ongada por el este. Algo más de mil años antes de esta narración, esas tierras sufrieron varias invasiones provenientes tanto de los bosques norteños como de las llanuras orientales. El mundo gargal se derrumbó ante esos embates. Valles, llanos y riberas cayeron en poder de los invasores, y los indígenas hubieron de refugiarse en las tierras altas, los bosques y las sierras.

Fue en ese trance cuando entraron en escena los *espuján modufe*, unas gentes cuyo origen ahora resulta casi mitológico. Su procedencia no está clara, y no llegaron en una sola oleada, sino en varias. Pero llevaban con ellos tecnologías superiores, tales como técnicas de forja desconocidas hasta ese momento, y, con su ayuda, los gargales pudieron plantar cara a los invasores y dar la vuelta a una situación que parecía irreversible.

Tras una guerra que duró cerca de cien años, los gargales y sus aliados lograron

desalojar a los invasores de los territorios que ahora se conocen como Los Seis Dedos. Pero, en ese largo siglo de conflictos, las cosas cambiaron para siempre: los gargales se mezclaron con los espuján modufe, y también con los enemigos derrotados y, del mestizaje, acabaron por surgir nuevas etnias que se convertirían en hegemónicas. Ésos son los pueblos gorgotas, y el principal de todos, por cohesión y poder, es el de los armas.

Los armas son una cultura de estamentos. Hijos de la guerra, hicieron de las sociedades marciales gargales —que llevan nombres de animales y practican técnicas de lucha inspiradas en los mismos— la base de su sociedad: los ferales (de *fiera*). Éstos son grandes estructuras familiares, a las que se pertenece por sangre o adopción, cada una con su animal epónimo. Están regidas por varias máscaras mayores, su tamaño es muy variable y engloban a la gran mayoría de las armas.

Además de los ferales, los principales estamentos armas son el sacerdotal, las brujas, las altacopas y el feral del león. Culteros y santones forman el primero; el ingreso en este estamento es voluntario, tiene lugar siempre en la edad adulta y hacerlo implica abandonar el feral al que se pertenece.

Las brujas lo son, al contrario, por nacimiento. Así lo dictaminan las parteras cuando descubren ciertos signos durante el parto y, una vez establecida su condición, las brujas armas son enviadas a sus iguales, quienes a cambio entregan a sus hijos varones, así como a las hijas que no heredan su capacidad, para su adopción por uno de los ferales, de forma que existe un continuo trasiego de individuos entre ambos grupos.

En cuanto a las altacopas, son una especie de prostitutas sagradas. No nacen armas y son reclutadas por compra o captura durante la niñez. Se educan en Escarpa Umea, una ciudad prohibida situada en pleno Carauce; son depositarias y custodias de muchas de las tradiciones culturales armas, forman un grupo de gran complejidad, con multitud de rangos, y, por sus privilegios, gozan de gran influencia en la sociedad arma.

Por último, el feral del león es el único en el que se entra exclusivamente por adopción. La gente-león se recluta entre los miembros de otros ferales y a veces, incluso, entre no-armas. Forman una aristocracia y su rango es personal, no transmisible a los descendientes, que pertenecen al feral originario de su progenitor.

El sistema político arma se basa en un poder dual. Por un lado está la gente-león, que ocupa una serie de cargos con poder, tales como los de jueces, que son los intérpretes y ejecutores de las leyes armas. El rango más elevado es el de Alto Juez, una especie de rey o dictador electo. Por otro lado está el Ras, que es una asamblea de ferales. En ese sistema doble, el Alto Juez y el Ras se equilibran mutuamente.

Parientes cercanos de los armas son los mediarms que, al revés que éstos, carecen de unidad social y política. Se agrupan en eredales (de *heredad*) que son,

hasta cierto punto, semejantes a los ferales armas. Sin embargo, donde éstos son únicos, aquéllos son múltiples. Así, por ejemplo, sólo hay un feral serpiente entre los armas, mientras que existen muchos eredales culebra y víbora mediarmas, independientes entre ellos, cada uno con sus propias máscaras familiares. Sobre esa base, los mediarmas forman toda clase de estructuras sociales y políticas propias, mixtas con otros pueblos, o viven sencillamente bajo égida ajena, como ocurre con los asentados en Los Seis Dedos, que están gobernados por los armas.

Armas, mediarmas y gargales reconocen un parentesco común, y tal vínculo está recogido en su idioma que, tal como sucede con otras lenguas, distingue entre propios, gorgotas (de *gargal-tal*, semejante a gargales) y extraños, momgargas (de *no-gargal*). Porque hay pueblos momgargas asentados en Los Seis Dedos.

Los más importantes de éstos son los pandalumes, una etnia nacida en las llanuras orientales del mestizaje entre indígenas y un pueblo extraño, de orígenes tan fabulosos como los espuján modufe. La tradición sitúa su cuna en la ciudad de Troco y, desde allí, los pandalumes y sus parientes nómadas, los trocalumes, se lanzaron a una diáspora que acabó por asentarles en muchas tierras como vencedores o como vencidos, de forma que ahora existe una gran diversidad cultural entre ellos, aunque todos mantienen el recuerdo de un origen común. La base de su sociedad está en los lares (de *lar*, hogar), que son la suma de varias familias con antepasados comunes.

Para acabar, hay gentes en Los Seis Dedos que no son ni gorgotas ni momgargas. Las leyes armas disponen que los hijos varones pertenecen al feral paterno y las hembras al materno. Dado lo inflexible de esas normas y la diversidad cultural de Los Seis Dedos, finalmente aparecieron una serie de descendientes de armas a los que no se consideraba como tales, a los que no se aplicaba el derecho de extranjeros y que tampoco eran aceptados por los otros pueblos (que tienen también sus propias leyes, muchas veces opuestas a las de los armas). A esos personajes se les llamó mestizos, se desarrolló todo un sistema legal asociado a los mismos y, aunque en un principio el término designaba a individuos, acabó aplicándose a etnias enteras, producto de la mezcla de pueblos, como sucede con los balbucas, mezcla de armas y nómadas, y que son, en el momento de esta narración, el pueblo predominante en Biga, la región más oriental de Los Seis Dedos.

Y ése, a grandes rasgos, es el laberinto humano que se encuentra aquel que, por una razón u otra, viaja a esos territorios conocidos como Los Seis Dedos.

Dramatis personae

- Aorcabuéis.** Cazador de cabezas arma, del feral de la serpiente, el mejor y más famoso de su tiempo, considerado por todos los demás como un maestro.
- Arastacasta.** Santón arma al servicio de Ejaune, el ídolo de la muerte, compañero de correrías del jefe Lobo Feroz.
- Astiri.** Brujo mediarma del Bal Bartán. Fiel al ogro don Tavarusa, lo acompañó al exilio cuando éste tuvo que abandonar su principado de las montañas.
- Bibruela.** Máscara mayor del feral de la serpiente, portada tradicionalmente por una adolescente. Es feroz e impulsiva, y suele considerarse una máscara manamaraga, por lo intratable de su carácter.
- Caug lar Mahín.** También llamado el Jato Malaváia, pandalume de la ciudad de Gaiola, jefe de caravanas y aliado de los armas.
- Corocota.** Cazador de cabezas arma, del feral de los lobos, portador de una máscara de matar antigua y famosa, es el designado para acabar con la bruja Tuga Tursa.
- Cosal.** Arma del feral del halcón. Es agente del Ras, la asamblea política de los armas.
- Cufa Sabut.** Máscara mayor arma. Forjada para ser compañera de la Máscara Real, fue su partidario más fiel, hasta el punto de enfrentarse a su propio feral y convertirse en una maldición para los de su sangre.
- Espadalombro.** Mediarma del eredal de la pantera, guía y guardián de caravanas, buen conocedor de las rutas del Alto Norte.
- Lobo Feroz.** Jefe manamaraga, del feral del lobo, cuyas correrías suelen tener lugar por las Tierras Altas del Carauce.
- Máscara Real.** Máscara mayor arma. Forjada en tiempos antiguos por el Rey Rojo, con la misión de pacificar Los Seis Dedos, acabó siendo fuente de guerras más terribles. Aunque la Real original fue capturada por los armas, la posibilidad de que se forjase de nuevo una igual ha planeado durante siglos sobre Los Seis Dedos.
- Mutel, hermanos.** Son tres hermanos puces, Antil, Carará y Eneqe, que, tras años de guerrear contra los armas, soñando con el resurgir de las viejas glorias de su pueblo, alcanzan el rango de reyes-brujos. Son ellos los que forjan la nueva Máscara Real.
- Ocalid.** Lanzái copa, una de las dos enviadas por las lais altacopas para acompañar a Trapaieiro Porcaián.
- Palo Vento.** Arma del feral de la serpiente. Escriba de profesión y buen esgrimista, es amigo desde antiguo de Corocota y Cosal. Peitorcal. Lanzái copa, compañera de Ocalid.
- Peitorcal.** Lanzái copa, compañera de Ocalid.

- Pogar.** Rey-brujo gargal, procedente de la sierra Ongada. Es en realidad Antil Mutel, que se oculta bajo esa identidad para viajar por las tierras controladas por sus enemigos, los armas.
- Qum Moga.** Bruja arma, servidora de la Reina Bruja, pertenece a la partida guerrera del jefe Lobo Feroz.
- Rey Rojo.** Máscara mayor de los gargales de la sierra Cerrada. Uno de sus portadores fue quien forjó, en su día, la primera Máscara Real.
- Tavarusa.** Ogro montañés, en tiempos señor de uno de los principados mediarmas de los valles bajos de la cordillera del Bal Bartán y posteriormente derrocado y exiliado en Los Seis Dedos.
- Te-Cui.** Filósofo, pedagogo y político del Sursur, en cuyas cortes ha desempeñado diversos cargos. Viaja a Los Seis Dedos en busca de un antiguo discípulo, desaparecido en esas tierras años atrás.
- Trapaieiro Porcaián.** Máscara mayor montañesa, enemiga secular de la Máscara Real.
- Tucatuca.** Alto Juez de los armas. Aunque nacido arma, por sus venas corre sangre de varias razas, dotado de gran estatura y fuerza legendaria.
- Tuga Tursa.** Bruja mestiza. De origen oscuro, practicó el bandidaje durante años, hasta que la violación de las Vedas Mayores de los armas la puso en el punto de mira de los Cien, los cazadores de cabezas armas.
- Uíso Caruvé.** Santón arma de Ejaune, el ídolo de los muertos, compañero de Trapaieiro Porcaián en su viaje al norte.
- Viboraz.** Manamaraga del feral de la serpiente, abandona todo para perseguir al Cufa Sabut por mandato de sus máscaras mayores.

Cerca del mediodía, había dragones tumbados en los arenales, y culebras escurriéndose entre los juncos de la ribera, a un tiro de lanza de la piragua. Aún recuerdo muy bien aquella tarde de sol y moscas; sí. Éramos jóvenes y fuertes, gandules bajo el embrujo del calor. Nos dejábamos llevar a la deriva, río abajo por la corriente, con el torso desnudo y los metales de armas y adornos brillando a cada roce de un sol que llenaba las aguas de reflejos dorados. Bocanadas de aire ardiente estremecían las cañas, mientras las copas de los árboles, meciéndose entre susurros, hacían temblar la penumbra de los remansos. Recuerdo también aquella piragua, hecha de una pieza, al estilo de nuestra gente, barnizada con resina de lustre amarillento y con la proa tallada para formar un rostro grotesco, de boca ancha y ojos saltones como las ranas.

A proa, fusil en mano, dormitaba Cosal: fuerte, enjuto, oscuro como el bronce, con el aire alerta y cruel de un halcón; yo llegué a conocerlo muy bien en tiempos, sí, porque no en vano fuimos hermanos de sangre. Cruzado de piernas en el centro de la canoa —delgado, con la cabeza afeitada y la piel como el cobre, casual y algo cínico— iba Palo Vento, viejo amigo. Y a popa, yo, Corocota, espantando el calor con un abanico.

A nuestras espaldas, las montañas eran enormes y azules, con las cumbres más altas coronadas de blanco. El Riorrío, impetuoso cuando baja por esa cordillera, es aquí ya ancho y calmo, y fluye entre riberas e islotes cubiertos de vegetación. Pero hay monstruos en el agua, y demonios sedientos de sangre y oro que acechan desde el fondo; y también hay pozas, bajos, corrientes ocultas y malos espíritus que ahogan a los incautos... Sí, el río engaña.

Aguas abajo teníamos a la vista Minacota, nuestra ciudad natal. Los estandartes rojos y amarillos aleteaban cansinos sobre la ciudadela, y las barcas navegaban lentamente por los canales. Desde donde nos hallábamos, no se veía sino una maraña de escalinatas, cúpulas, terrazas y cuevas sombreadas por plátanos y moreras. Imágenes distantes que temblaban como espejismos por culpa del calor y los vapores del mediodía.

Fue a esa hora cuando Cosal frunció los labios y volvió los ojos a la ribera, para llamar nuestra atención hacia un remanso umbrío, desde el que un hombre de manto rojo nos hacía señas con la mano.

—Tucatuca —susurró Palo Vento, los párpados entornados.

Asentí en silencio. Nunca hubo buenas relaciones entre el Alto Juez de los armas y yo, y menos desde el día en que me derrotó en duelo tradicional, antes de exiliarme por dos años. Pero había obligaciones rituales entre ambos y, cuando él llamaba, yo acudía sin perder un momento. Por eso, despabilándonos, cogimos los remos y

ganamos la orilla a golpes de pala.

Tucatuca era un hombre imponente de verdad: un gigante de piel renegrada por el sol, con unos ojos azul ardiente, fruto de la mezcla de sangres, y una barba negra y salvaje que le daba aspecto de león. Se decía que era medio hermano de *rei* Balzarcum de Corgo, y cuantos habían llegado a ver a ambos confirmaban que bien pudiera ser cierto. Me esperaba sentado a la sombra, sobre un árbol caído, envuelto en su manto rojo y con la maza de los jueces armas —con mango de madera oscura y cabeza doble de león, forjada en bronce— entre las manos.

Fui a sentarme a su lado sin decir palabra, y él me correspondió ignorándome, con los ojos perdidos en los juegos de luz y sombra de la espesura. Y mientras nos desairábamos así el uno al otro, mis amigos esperaban a pie de piragua, observándonos con disimulo.

Sólo al cabo de un buen rato, con una mirada de desdén, el Alto Juez me tendió un objeto grande como un puño que colgaba de una correa. La reproducción en bronce de una cabeza de mujer, con auténtico cabello formando la negra melena. Recuerdo que acaricié pensativo la miniatura; un trabajo colmado de la pequeña magia de los artesanos.

Dicen que hay rostros capaces de embrujar a cualquier hombre, o a cualquier mujer. Y, si tal cosa es cierta, aquella réplica de cabeza femenina mostraba uno de ellos: pómulos marcados, labios llenos, con demonios al acecho detrás de los ojos de zafiro... Tucatuca, su cara a un par de palmos de la mía, parecía más que nunca un león a punto de devorarme.

—Es una bruja mestiza. Tuga Tursa la llaman; o Tursa Tumbalobos, como prefieras.

Cabeceé sin decir nada y él tampoco añadió más. Se volvió de nuevo a los claroscuros del bosque y yo me quedé con la réplica entre las manos. La tarde era sofocante y los tábanos zumbaban al borde del agua. Mientras acariciaba con el índice aquellos labios de bronce, recordé el olor de la sangre derramada. Porque sólo hay un motivo por el que se forjan esas hermosas réplicas y, si el Alto Juez de los armas ponía una en mis manos, entonces, una vez más, el hombre-lobo Corocota saldría a la caza de cabezas.

1

Una noche cualquiera, con la espada al hombro y el rostro oculto tras la máscara de matar, me acerqué hasta la isla del Orói Marfil, el barrio comercial de Minacota. En aquellos días, solía deambular entre mercaderes y forasteros, buscando alguna noticia, un rumor al menos, que me pusiese sobre la pista de Tuga Tursa, la bruja mestiza marcada para la caza de cabezas. Pero nunca nadie tenía nada para mí, y yo dejaba pasar el tiempo sin impacientarme, esperando acontecimientos y recorriendo la maraña callejera al resplandor amarillento de las lámparas de aceite.

Aquella noche hacía calor, ráfagas de aire tibio recorrían las calles, agitando las ropas de los transeúntes, y había grandes nubes rojas que recorrían el cielo nocturno como malos presagios. Los ídolos de bocas anchas y ojos saltones sonreían entre las sombras, las lagartijas se deslizaban entre la hiedra verde de las fachadas, y las polillas y murciélagos revoloteaban en las cercanías de las llamas de aceite.

A lo largo de mi vagabundeo, encontré a dos brujas pandalumes acuclilladas junto a uno de los ídolos de piedra. Parecían aves de presa nocturnas al acecho, allí inmóviles, sombras entre las sombras, y sus ojos relucían en la penumbra como los de las fieras. Aflojé el paso y remoloneé unos instantes en su derredor. Las brujas pandalumes tienen fama de feroces y sanguinarias, de conocer hechizos terribles y gustar en demasía de la carne humana, y los míos suelen evitar, si pueden, hasta el roce casual de ropas con ellas. Pero yo, tras algunas dudas, me acerqué tras hacer el gesto de la paz.

Me senté a su lado con las piernas cruzadas, la vaina de la espada sobre el regazo. Ellas siguieron contemplando las idas y venidas de la gente, mientras yo jugueteaba con la réplica de bronce. Mutuamente, nos estudiábamos de soslayo. En esa semioscuridad, se me antojaron esbeltas y hurañas, tan impredecibles como todas las brujas, y de una edad difícil de precisar por culpa de sus amplios vestidos negros, las máscaras de madera pintadas de blanco y azul, y los cabellos teñidos de blanco.

No cruzamos palabra durante largo rato, limitándonos a observar la calle. Una gran caravana acababa de llegar del nordeste, y esa noche multitud de norteños de exóticos atavíos pululaban por el Orói Marfil. Al cabo, me volví a ellas para enseñarles aquella miniatura.

—Tuga Tursa —les aclaré, acariciando aquellas mejillas de metal.

—La mestiza, sí. —Una de ellas apartó los ojos del gentío para posarlos sobre la pequeña cabeza de bronce. Luego volvió su rostro enmascarado hacia mí—. ¿Por qué ha de morir?

—Ha roto las Vedas de los armas: está condenada.

—¿Qué ha hecho?

—Incendió un santuario de Arbar y los santuarios son intocables: están vedados,

y hacer algo así supone la muerte.

—Somos pandalumes. —Una chispa de desdén prendió en los ojos verde gato de la bruja—. ¿Qué tiene que ver eso con nosotras?

—Nada —convine—. Pero he oído decir que también tiene algunas cuentas pendientes con las brujas pandalumes.

—Es posible. Pero ¿acaso todas las brujas armas están siempre de acuerdo? ¿Es que tienen todas los mismos amigos y enemigos?

—Claro que no. Hay distintas facciones entre ellas.

—Pues lo mismo ocurre con nosotras. Pero es cierto que mis *irmans* y yo no sentimos ningún aprecio por esa mestiza...

Dejó la frase en el aire y yo no dije nada, pues no conviene apresurarse cuando uno trata con brujas. Hice rodar la cabeza metálica entre los dedos, sintiendo el tacto del bronce, mientras esperaba a que ella prosiguiese.

—Tienes razón: no nos importaría verla muerta. En cuanto a quién lo haga, nos da igual —susurró por fin—. Pero, desde que los soldados del jefe Tucatuca acabaron con su banda, nadie sabe dónde puede estar ni qué ha podido ser de ella. No podemos ayudarte.

Asentí resignado. Ésa era la respuesta que recibía siempre. La historia venía de largo: hubo una banda, la de Carog, un mestizo también, que había asediado los caminos del norte de Los Seis Dedos durante años. Tuga Tursa formaba parte de esa banda y, según el decir popular, era una de las amantes del propio Carog. Claro que a la gente siempre le han gustado las historias truculentas de bandidos.

Fuera como fuese, ya no importaba, porque hacía un par de años, a comienzos de un verano, los mercenarios de la gente-león habían logrado sorprender y aniquilar a la banda junto al lago Brujo. El propio Carog había aparecido entre los cadáveres traspasados por las flechas, pero no así Tuga Tursa, que entonces ya era famosa por su crueldad. Los ojeadores la habían visto en el campamento antes del ataque, pero nadie pudo encontrar el cadáver de aquella mestiza de boca jugosa y ojos de demonio, y se supuso que se había ahogado en el lago, al tratar de huir.

Tal suposición era errónea, y bien claro quedó cuando reapareció para incendiar un santuario de Arbar, a mediados del otoño de ese mismo año. Ese acto insensato fue muy sonado y provocó gran número de especulaciones, aunque el decir popular, de nuevo, lo consideraba una especie de venganza salvaje por la muerte de su capitán y amante, el bandido Carog. Tras cometer ese desmán, la mestiza se había esfumado, dejando sólo rumores que no conducían a ninguna parte. Y en esos dos años había reaparecido esporádicamente, para cometer alguna tropelía, antes de desaparecer de nuevo.

—Tuga Tursa ya ha matado a dos cazadores de cabezas —añadió de repente la bruja; siempre la misma, ya que la otra era poco más que una sombra de enloquecidos

ojos claros.

—Así es —hube de admitir, molesto.

Volvimos al silencio. Todo estaba dicho entre nosotros, pero yo me demoré al lado de esas brujas momgargas y a ellas no pareció molestarles. Me entretuve mirando a la gente que pasaba: culteros armas de cabezas calvas y pintadas; montañeses y norteños desnudos, con una piel de animal sobre cabezas y espaldas; altacopas cargadas de joyas, con peinados caprichosos y cubiertas por máscaras; pandalumes con los emblemas de sus lares estampados en las ropas; mercaderes del Sursur, nómadas, caravaneros, vagabundos...

De repente me di cuenta de que un hombre se había parado a pocos pasos de nosotros. Un extranjero barbudo y entrecano, flaco, de ropas de ricas telas pero sencillas, y sin espada. Detenido allí, al pie de la esquina, nos estaba contemplando y, pasados los primeros instantes, apoyé la mano en el puño de la espada, devolviéndole perplejo el escrutinio.

Los gorgotas respetan y temen a los cazadores de cabezas, y los momgargas sólo nos temen; pero todos por igual nos eluden si no tienen nada que tratar con nosotros. Hacen como si no existiéramos o fuésemos invisibles. Nadie, sin una buena razón, se cruza en el camino de alguien que cala una máscara de matar, y resulta prudente seguir igual política con las brujas.

Pero aquel extraño no parecía tener ningún asunto que tratar con nosotros. Se limitaba a estar allí parado, junto a la esquina tallada, devorándonos con los ojos y frunciendo el ceño, como si tratase de forzar la vista para captar más detalles en la penumbra. Las brujas echaron mano a sus espadas, siseando irritadas, y yo, aunque atónito, las imité.

El desconocido reculó, mudando de gesto, de repente asustado por el brillo de aceros entre las sombras, y por el susurro del metal sobre el cuero de las vainas. Pero, en aquel preciso instante, se interpuso un segundo hombre. Un arma alto y de anchas espaldas, con ropas de calidad y una máscara de halcón, forjada en cobre rojo y bronce dorado, con una gran melena de largas plumas rojas.

El hombre-halcón apartó de un gesto al entrometido, a la vez que tendía la otra mano hacia nosotros, en un gesto que era a la vez de paz y de advertencia. Agazapado, el puño sobre la espada a medio desenvainar, observé a aquel segundo personaje, que era sin duda mi amigo Cosal. El extranjero se agitaba confundido a sus espaldas, y él seguía con la mano extendida hacia nosotros. ¿Era aquel hombre un forastero demasiado curioso, y puede que ignorante de ciertas normas básicas? Meneé la cabeza.

—Quietas, quietas... —aplaqué a las dos brujas, que ahora también dudaban ante aquella escena—. Es un extranjero, creo que un sabio, venido de... *do Changola*. — Utilicé el nombre que los pandalumes dan a las tierras situadas a meridión del

Riorrío, lo que nosotros llamamos el Sursur—. No conoce las costumbres. Seamos generosos.

Ellas devolvieron las espadas a sus vainas y el hombre-halcón, seguro ya de que no íbamos a atacar a aquel desconocido, lo cogió por el codo y se lo llevó calle abajo sin mayores miramientos. Sosegadas, las brujas volvieron a acuclillarse y los tres nos dedicamos a contemplar el paso de la multitud.

Pero, poco antes de la medianoche, el menguante gentío enmudeció ante el repicar que acompaña a los condenados a muerte. Volví la cabeza a tiempo de ver cómo los peatones cedían el paso a dos verdugos con mantos y máscaras grises y blancas. Uno de ellos llevaba de las riendas a un buey ensillado y con fundas de plata en los cuernos, mientras que con la zurda agitaba la campana de la muerte. Sentada en esa silla iba una bailarina, cubierta con un velo y cargada de alhajas: anillos en los dedos de pies y manos, ajorcas en tobillos y muñecas, pendientes, brazaletes. No llevaba, sin embargo, collares y le habían pintado un sello en la espalda desnuda, que proclamaba la naturaleza de su delito, según la costumbre arma. Pero yo estaba demasiado lejos y la luz era escasa, así que no pude distinguirlo, y no me levanté tampoco a mirar. Las brujas sí que se marcharon detrás de la cabalgata y yo me quedé allí sentado, haciendo saltar la réplica en mis manos y preguntándome el porqué de aquella ejecución nocturna.

La comitiva de la muerte, con su estela de curiosos, se alejó serpenteando por el dédalo callejero, hasta cruzar un arco adornado con calaveras pintadas. Del otro lado se encuentra una plaza cuadrada, en la que se alza una plataforma de pedernal, flanqueada por rechonchos ídolos de basalto. Ésa es la plaza Sangarea, el lugar del degüello público.

Había allí flameros encendidos y, a la luz de las llamas, los verdugos arrodillaron a la mujer sobre una alfombra y ante una estera. Le retiraron el velo y le ataron las manos a la espalda. Cosal, que se hallaba entre el público, supuso por sus facciones que era de sangre balbuca y al maestro Te-Cui, que no se despegaba de su lado tras el incidente de hacía un momento, la mujer le pareció muy joven, al tiempo que reparaba en detalles tales como el pelo negro recogido, la garganta desnuda y los ojos azules, apáticos por efecto del bebedizo.

El verdugo enarboló la hoja, tan antigua, de obsidiana negra, para mostrársela al público. Su discurso tradicional no pudo ser más escueto.

—Muere por quebrantar los códigos de las altacopas —anunció simplemente.

Y, alzándole con delicadeza el mentón, le abrió la garganta de oreja a oreja con un gesto de la hoja. Saltó una riada de sangre y, tras un chispazo de la mirada azul, como el de un rescoldo al apagarse, el cuerpo cayó de bruces sobre la estera.

Veterano de nueve cortes, el maestro Te-Cui había presenciado a lo largo de su

vida muchas ejecuciones, algunas de ellas verdaderamente terribles. Pero, aun así, toda aquella parafernalia nocturna le produjo una gran desazón.

—Una altacopa —le aclaró su acompañante, inescrutable tras su máscara de halcón, al tiempo que le señalaba el cadáver—. Son una institución que nos viene de los gargales. No, no nacen armas. —Se anticipó a la pregunta y, al menear la cabeza, los reflejos de las llamas rielaron sobre los metales de su cambuj—. Se las captura de niñas en la guerra o se las compra a los tratantes de esclavos, y se las envía a Escarpa Umea. Allí las educan. Hay varias clases de altacopas y tienen todo un sistema de jerarquías propias; pero todas ellas son intocables. Hay castigos muy duros para cualquiera que las moleste, y también para ellas —volvió a mostrarle el estrado—, si violan su posición.

El maestro asintió. Todavía tenía en la cabeza el incidente que acababa de provocar, y se dolía de ello. «Demasiado tiempo entre libros y gente pacífica», se recriminaba. Se había dejado llevar por la curiosidad y había estado a punto de causar un altercado con un cazador de cabezas y dos brujas pandalumes, y eso lo mortificaba. Se prometió ser más cuidadoso y se hizo el propósito, apenas regresase a su alojamiento, de volver a ceñir la espada que guardaba en el equipaje.

Las moscas zumbaban ya en torno al rostro ensangrentado de la muerta y, al otro lado de la plaza, una figura enorme abandonó la oscuridad de los soportales para mostrarse al resplandor de los flameros. El maestro Te-Cui sintió cómo se le erizaba el vello de antebrazos y nuca. Y, olvidado su propósito de cautela, se volvió a medias para observar a aquel gigante de cuerpo humano y cabeza de chivo, ataviado con una coraza de bronce, larga falda roja y una gran espada que se balanceaba bajo su axila izquierda. El hombre-halcón siguió su mirada.

—El ogro Tavarusa. Un dios-vivo de los montañeses y, desde la guerra del Oga Pantera, un héroe para los armas.

—Un ogro... —El maestro sacudió la cabeza, sin poder apartar los ojos de aquella figura.

Se quedó allí quieto, observando, entre el calor y mientras una joven altacopa se desangraba sobre una estera, rodeada de moscas. Vio al ogro caminar con parsimonia y abrirse paso entre el público en dispersión. Llevaba un lienzo colocado a capricho sobre hombros y codos, como un chal, ocultando a medias una gran hacha de dos hojas sujeta a la cintura, y su brazo izquierdo lucía armadura desde el hombro a los dedos. Luego, cuando la gran testa cornuda se volvió en su dirección, ya no se atrevió a seguir mirando. Aquellos ojos amarillentos tenían un brillo maligno, y los labios rumiaban lentamente, a la manera de las cabras, descubriendo y ocultando los dientes.

Apartó los ojos y se hizo de nuevo propósito de no mostrar su interés tan abiertamente. Oía a sangre vertida y las moscas zumbaban, y el maestro se preguntó si su desaparecido discípulo no habría sucumbido a esa misma curiosidad

desbordante que ambos compartían y que era la que le había llevado a aceptarle a su lado años atrás.

Al abandonar Tavarusa la plaza, con sus dos guardaespaldas unos pasos más atrás, acababa de sonar la medianoche. A esa hora las calles se vacían con rapidez de transeúntes, los tenderos recogen sus mercancías y sólo algunas tabernas permanecen aún abiertas, porque el barrio comercial nunca duerme del todo. Sin prisas, el ogro emprendió la vuelta a casa, distrayéndose en contemplar los rostros esculpidos en las cornisas, los pórticos cargados de imágenes, las esquinas talladas. Cuando algún mediarma se cruzaba en su camino, se inclinaba ante su presencia, y él aceptaba con gesto distraído el homenaje.

Aquel grande entre los montañeses había llegado hacía un par de años a la ciudad, para instalarse con su corte de brujas, concubinas y guardaespaldas. Había tomado casa en el Orói Marfil y su figura se había hecho ya familiar a los asiduos del barrio, paseando por las calles como si aún gobernase su reino de las montañas con sus ropas rojas de jefe y escoltado por dos montañeses desnudos, con pieles de cabra sobre cabeza y espalda, y grandes hachas de dos filos al hombro.

De repente, al pasar por la plaza de la Fragua, el pomo de su espada —grande como un puño y forjado en forma de cabeza de chivo— lanzó un agudo balido metálico que sobresaltó al ogro, a sus guardaespaldas y a los escasos viandantes que pasaban en aquel momento por allí.

El dios montañés se detuvo, flanqueado por sus dos escoltas. Acariciando pensativo el pomo del arma paseó la mirada por la plaza. Algunas lámparas esparcían resplandores inquietos, pero allí casi todo eran arcos en sombras, recodos oscuros, zonas en tinieblas. A unos veinte pasos de él, se alzaba la enorme estatua en basalto del ídolo Calaminea, sentado con las piernas cruzadas y con una mano a medias tendida sosteniendo un gran péndulo de bronce. Al pie de esa efigie inmensa ardía un fuego ceremonial.

Desde lo alto, los rasgos cincelados en basalto de Calaminea parecían mudar de gesto a cada brinco de las llamas. Inmóvil, rumiando con mucha lentitud, el ogro posó sus ojos amarillentos en ese rostro de boca ancha, como si buscara alguna señal por parte de aquel tutelar de la minería, propicio a los montañeses. Luego, muy despacio, como si hubiera obtenido respuesta, la mirada de Tavarusa fue descendiendo por la estatua hasta clavarse en las sombras que se espesaban tras el fuego sacro.

Hubo un compás de espera: el ogro aguardaba con la mano sobre la espada; sus guardaespaldas detrás, empuñando sus grandes hachas. Luego, el silencio se quebró de golpe. Como nacida de la espalda encorvada del ídolo, una riada de hombres brotó de la oscuridad, entre gritos y resonar de armas. La plaza entera pareció retemblar

bajo su alarido unánime. Los guardaespaldas se adelantaron a hacerles frente, blandiendo sus hachas y coreando a una el grito de guerra de la cabra, al tiempo que el ogro recurría a sus propias armas para defenderse y los escasos peatones huían al reconocer las capuchas de tela de los talafurata, los asesinos a sueldo pandalumes.

A la luz del fuego, uno de los hombres-cabra lanzó su hacha, antes de blandir dos dagas. El arma pasó volteando entre los asesinos y, tras herir a uno de ellos, fue dando botes sobre el empedrado, entre surtidores de chispas. Pero así consiguió deshacer su piña y frenar, aunque sólo fuese un instante, el ataque. Los talafurata se desplegaron para rebasar a los escoltas del ogro por ambos lados, pese a los esfuerzos de éstos por cerrarles el paso, y caer sobre su señor en un asalto destinado a durar un segundo.

Pero aquellos asesinos no conocían al dios montañés. Arrojó su capa roja a los pies de sus atacantes y se defendió con golpes amplios de aquella oleada de aceros que se le venían encima. Un par de hojas saltaron en mil pedazos y las esquiras metálicas laceraron a los combatientes; la espada del ogro arrancó las armas de manos de un talafurata y alcanzó con la punta el rostro de otro, que quedó revolcándose en el suelo. Los asesinos saltaban ya como sabuesos alrededor de Tavarusa —que se movía sin pausa para evitar ser rodeado— con los ojos brillantes por las pócimas, tratando de esquivar sus grandes armas y buscando algún hueco por donde encajar sus propios golpes.

Mientras uno de los hombres-cabra abría el pecho de un atacante con su hacha y el otro caía acuchillado, un buhonero que dormía en los soportales —un mediarma cubierto con una piel de jabalí— abandonó su manta para sumarse a la refriega, desnucando a uno de los asesinos con un golpe de maza.

Bramando, el dios montañés arremetió contra sus enemigos, rompió su círculo y se abrió paso a golpes hasta la estatua de Calaminea. El batir de armas atronaba por toda la plaza, levantando nubes de chispas en las sombras. El ogro rompió una rodilla de una patada, su hacha engancho a un talafurata situado a su izquierda y lo volteó como a un pelele, entre una lluvia de entrañas; la punta de su espada vació el ojo a otro que trataba de cerrarle el paso. El resto cedió sin poder rebasar la guardia de sus grandes armas. En la penumbra, el dios-vivo fue a chocar con un talafurata rezagado, que acababa de rematar a su segundo guardaespaldas, y lo derribó. Pateó con saña al caído, antes de arrimarse a la peana del ídolo y allí, respaldado por las llamas, plantó cara a sus atacantes.

La famosa carga de los asesinos pandalumes estaba rota y los supervivientes titubeaban, asombrados ante el desastre de armas rotas, muertos y heridos que se revolcaban en la penumbra de la plaza. Se oían lamentos, roces de hierros y olía a sangre derramada. Aquellos talafurata desconocían la vitalidad, la fuerza, la habilidad con las armas de ese gigante con cabeza de chivo negro. Pero yo le he visto en la

guerra, descollando como una torre sobre los enemigos, haciéndolos pedazos con la espada y el hacha. Y puedo jurar que es un espectáculo aterrador.

Los pandalumes calibraron con la mirada la situación, vigilando sobre todo lo que ocurría en las puertas de arco de la plaza, donde algunos mirones se habían congregado, sin atreverse aún a entrar. Cruzaron unas palabras y, por último, se volvieron hacia Tavarusa, que les aguardaba armas en puño, gesticulando silenciosamente con sus labios de cabra.

La brisa nocturna agitaba a intervalos las ropas sueltas de los asesinos, los ojos relucían tras las capuchas bordadas, las hojas tendidas centelleaban con cada vaivén de los fuegos. Luego, todos a una, los asesinos cargaron a través de la plaza en sombras.

Enardecidos por sus pócimas secretas, todavía muchos contra uno, los talafurata cayeron sobre el dios montañés lanzando golpe sobre golpe. Las hojas entrechocaban con estruendo, las chispas casi cegaban a los combatientes y el acero rechinaba sobre las defensas de bronce del ogro. Éste se hizo fuerte contra las llamas y luego, de repente —haciendo girar las armas y usando su corpachón como ariete— arremetió contra el grueso de los atacantes y lo deshizo. Los asesinos que no saltaron o retrocedieron fueron arrollados.

Entonces, Tavarusa comenzó a lanzar golpes atroces contra sus enemigos. Descoordinados, unos trataban de mantener la posición, otros retrocedían y algunos contraatacaban. Hubo una matanza en la plaza. El dios de testuz de cabra pisoteó hombres derribados, hundió cráneos con su puño acorazado, mutiló con los filos de sus armas. Los asesinos caían bajo los aceros del ogro y sin embargo aquella noche hicieron honor a la fama que tienen los talafurata sin cejar, y el ogro encajó más de una puñalada. Esos talafurata son, en el peor de los casos, hábiles y decididos, y quizás aún más cuando se ven azuzados por la adversidad.

El barrio entero despertaba alarmado por el estruendo de la lucha. En los aledaños de la plaza sonaban ya las bramaderas de los guardias y, al pie de los arcos, los más valientes de los espectadores se animaban mutuamente a intervenir.

El momento de los asesinos pasó cuando más gente se unió a la lucha. Cuando, riendo, la lanzái copa Acitacil surgió como por arte de magia de las sombras, a espaldas de un talafurata, y lo descabezó con un revés de la espada. El combate se propagó entonces por toda la plaza, alejándose del ídolo, y acabó cuando los pocos asesinos supervivientes se desbandaron, tratando de salvarse cada uno por su cuenta al amparo de la oscuridad.

En un callejón, no muy lejos, Palo Vento fue a toparse de boca con uno de los fugitivos. El hombre-serpiente acudía a la plaza, la espada suelta en la vaina, atraído como tantos otros por el estrépito de la lucha, cuando vio como alguien doblaba la esquina a la carrera. Un hombre ensangrentado que daba traspiés, con una capucha de

seda, hermoseedada con bordados, sobre la cabeza. Ambos se pararon en seco, evaluándose en la penumbra. Palo Vento blandió sus armas envenenadas a modo de advertencia, tal como una serpiente se alza y muestra los colmillos al verse amenazada.

Transcurrió un instante. El asesino, herido y con gente a los talones, sopesó sus hojas y observó al arma que le cerraba el paso, pareciendo dudar durante un momento muy largo. Luego, con pulso firme, se cortó el cuello con la espada.

El hombre-serpiente dio un brinco, impresionado. Luego envainó sus aceros y se inclinó entre las sombras para examinar al caído. Frotándose la cabeza calva, miró dentro de aquellos ojos verdes que se apagaban, intuyendo sin esfuerzo la desesperación del asesino. Y no le costó nada imaginarle, descartada ya cualquier posible salvación, sonreírse desalentado para sus adentros, como hacen los hombres fatalistas ante el desastre, antes de volver su propio acero contra sí mismo.

Yo también estuve aquella noche en la plaza. Había cadáveres y restos humanos por todas partes y, con el calor, el aire nocturno apestaba a sangre vertida. Tuve que sortear algunos charcos rojizos, y espantar a las moscas que acudían ya en gran número a los pingajos y las salpicaduras. Los cadáveres estaban medio despedazados, muertos por heridas atroces. Creo que en toda mi vida no he visto una esgrima tan sucia como la que practicaba don Tavarusa: era fuerte como varios hombres fuertes, inteligente y sumamente hábil con las armas; pero nunca, nunca daba golpes limpios. Si decapitaba, lo hacía siempre por encima del cuello y, si cortaba un miembro, invariablemente era al bies. Aplastaba, mutilaba, destripaba..., el resultado no habría sido más atroz de usar dos serruchos en vez del hacha y la espada.

Los dos escoltas del ogro y once talafuratas habían caído en la refriega, aunque alguno de éstos todavía conservaba un último soplo de vida, agonizando sobre el empedrado. También habían muerto tres de los que se sumaron a la lucha, entre ellos un montañés al que nadie conocía, y que fue el primero en acudir en ayuda del dios-vivo. Y no voy a hablar de todos los que habían recibido heridas más o menos graves.

Los guardias de la ciudad, con sus arneses rojos y dorados, deambulaban por entre los cuerpos a la luz de las antorchas; e incluso esos mercenarios —momgargas que habían tenido que dejar a sus gentes por culpa de algún crimen violento— se mostraban atónitos ante semejante matanza; y eso que muchos de ellos habían visto, a lo largo de sus vidas errantes, no pocos episodios sangrientos.

La lanzái copa Acitacil había cogido una cabeza humana y jugaba a la pelota con ella. Me levanté la máscara hasta la frente antes de acercarme a hablar con ella. Sonreía y sus ojos azules fulguraban al resplandor de los fuegos nocturnos.

—No me regañes... ¡huuuu! —Lanzó la cabeza a lo alto para recogerla luego en el aire—. Mira: es mía; la he cortado yo.

—Aún sangra —gruñí y me aparté un par de pasos para evitar las salpicaduras—. Pero mírate, mujer, te estás poniendo perdida.

La risueña lanzái copa agarró su trofeo por los pelos y, con dedos goteantes, trazó un dibujo sangriento alrededor de su ombligo desnudo. Y a mí se me escapó una sonrisa ante aquello: soy arma. El entrenamiento militar que reciben las lanzáis copa en la ciudadela de Escarpa Umea es secreto pero, sea cual sea, esas altacopas guerreras son de gustos crueles, como aquella Acitacil, que perdía la cabeza ante el olor de la sangre y gustaba de bailar entre los muertos.

—En fin. ¿Qué piensas hacer esta noche, Acitacil?

—Nada contigo —repuso con gesto amable—. Pero por cierto, me han contado que has vuelto a la caza de cabezas.

—Es cierto. —Toqué la máscara de matar que llevaba apoyada sobre la frente.

—Dicen que vas detrás de Tuga Tursa, la bruja.

—Sí.

—Bueno. —Me miró sonriente—. Pues cuando la mates puedes regalarme su espada.

Se echó a reír y yo no pude por menos que menear la cabeza, sonriendo. Las lanzáis copa son tan rapaces como sanguinarias. Es más fácil sacar algo por nada de una piedra que de cualquiera de ellas.

Cerca, uno de los capitanes de la guardia deambulaba con gesto entre hosco y asombrado por entre los despojos humanos. Mientras jugueteaba con una capucha talafurata, de bordados especialmente ricos, lanzó una mirada sombría a Tavarusa, que sangraba por varias heridas.

—A veces, señor —le comentó—, los talafurata envenenan sus hojas. Al menos eso es lo que se cuenta.

El ogro contempló con displicencia la sangre que le corría por los antebrazos.

—Podría ser —admitió, con ligereza propia de demonios.

Y sin más, se marchó.

Dedicó un gesto informal al ídolo Calaminea —el saludo que un montañés dirigiría a uno de sus iguales— antes de marcharse. Al pasar junto a Acitacil, que ensayaba unos pasos de danza entre los cadáveres, le lanzó un objeto brillante; puede que una moneda de gran valor o quizás una joya. Ella lo cazó al vuelo con una sonrisa deslumbrante, sin soltar la espada ni alterar el cimbreo de sus caderas.

2

La vieja lai cruzaba con paso cansino el mercado, curioseando, yendo de un puesto a otro, tanteando a veces los géneros con manos enguantadas. Sus amplios ropajes escarlata, sembrados de lunas y culebras doradas, y su brillante máscara de oro, parecían llamear entre la multitud. Al pasear se apoyaba en el brazo de una muchacha desnuda, de muñecas y tobillos cargados con ajorcas de metal, y con un cambuj de bronce bruñido sobre el rostro. Junto a aquellas dos, a manera de escolta, iba una lanzái copa con la vaina de la espada terciada sobre el hombro.

Recostado a la sombra, Palo Vento dejó aletear la mirada sobre aquella altacopa guerrera de ojos oscuros y caprichosa armadura de cuero y bronce, antes de posarla sobre la chica enmascarada cuyo brazo sostenía a la vieja lai: una altacopa de bajo rango —una dascopa o una tuguluma, tal vez una menuguera—, poco más que una esclava.

Bajo el sol de media mañana, los semblantes metálicos de las altacopas resplandecían a cada cabeceo de sus portadoras. El hombre-serpiente entornó los ojos deslumbrado, valorando la belleza convencional del rostro de cobre, en comparación con el continente entre amable y pensativo de la máscara de oro. Prendado de esa obra maestra, el trabajo increíblemente hermoso de los orfebres, supo que no podía tratarse sino del cambuj de oro de una mandrágora —la clase más alta de altacopas— y que debía representar sin duda el semblante de la propia lai, tal como había sido en su plenitud, muchos años atrás.

Como si se hubiese apercibido del escrutinio, la cabeza de la anciana se volvió por entre la gente hasta reparar en aquel perezoso sujeto que dormitaba recostado contra una morera. Los ojos, tras las ranuras de la máscara, estudiaron a aquel hombre alto y flaco, la larga falda ocre, la armadura sobre el brazo izquierdo, las espadas que se balanceaban bajo las axilas. Reparó en el trazo verdinegro que le surcaba la cabeza calva, de entrecejo a nuca, como el dibujo en zigzag de algunas culebras y, por último, los ojos verdes de la lai hurgaron en los castaños del hombre-serpiente.

Él sostuvo la mirada, incómodo pero resistiéndose a apartar la vista. Hubo de entornar los párpados para protegerse de los reflejos del sol en aquella máscara de insólita belleza. El semblante de oro acababa en el labio superior y las mejillas, sin cubrir el mentón de su portadora, y Palo Vento se fijó, fascinado, en la asimetría de esa boca; el contraste entre un labio joven y dorado, y otro tembloroso y consumido.

Algo intimidado por esa mirada fija, el hombre-serpiente rozó con los dedos el pomo con forma de cabeza de serpiente de su espada, para espantar el maleficio implícito en aquellos maliciosos ojos verdes. Equivocada por tal gesto, la lanzái copa de escolta ladeó intrigada la cabeza, preguntándose si aquel lánguido personaje

saldría de repente de su ensueño para atacarlas con sus armas de filos envenenados.

La altacopa guerrera se inclinó sobre el oído de la anciana para comentarle algo. Esta pareció asentir, antes de palmear el brazo de la chica de la máscara de cobre, y las tres reanudaron su tranquilo paseo por el mercado. Palo Vento aún pudo verlas entre las idas y venidas de la concurrencia, y observó que la vieja lai se detenía a palpar melones con el mismo interés con el que un rato antes había sopesado un collar de plata y jade.

—Parece que hoy hay mucha actividad en el mercado.

Olvidando a las tres altacopas, el hombre-serpiente se volvió hacia el montañés que le acababa de dirigir la palabra. Examinó durante un segundo a aquel mediarma de ojos crueles y barba teñida del color de las cenizas. Parecía fuerte y fibroso, de edad indefinida; un brujo, a juzgar por su manto negro y morado, el tocado hecho con un cráneo de cabra y placas metálicas, y el bastón, torcido como un sarmiento, que empuñaba en la diestra.

—Eso es porque acaba de llegar una caravana del norte. Hoy hay muchos negocios por hacer.

—Ah. La verdad es que no estoy muy al tanto del comercio. Nunca me he ocupado de esos asuntos —admitió el montañés.

Palo Vento cabeceó con descuido antes de volver su atención de nuevo al mercado, a la vorágine de comerciantes, compradores y ociosos, dejándose arrullar por el bullicio y el calor. Pero el montañés no había acabado.

—Soy Astiri, servidor de don Tavarusa. Y tú, si no me equivoco, eres el hombre-serpiente Palo Vento.

El aludido miró ahora de soslayo al montañés.

—No, no te equivocas. Dime, ¿cómo anda la salud de tu amo?

—Bien, gracias. Las heridas que recibió la otra noche no son nada para alguien como él.

Hubo después de eso un largo silencio. Palo Vento desplegó su abanico para airearse con parsimonia, mientras contemplaba las grandes estatuas de los ídolos del comercio, que sobresalían como arrecifes de piedra y bronce sobre aquel mar humano.

—Me has llamado hace un momento por mi nombre, montañés. ¿Quieres algo de mí?

—Sí. Me gustaría hablar contigo.

—No me lo tomes a mal, pero ¿de qué?

—Del Cufa Sabut.

El hombre-serpiente aún siguió abanicándose, los ojos fijos ahora en su interlocutor.

—Hablemos —aceptó, al tiempo que señalaba con la cabeza un poyo de granito

flanqueado por tripudos ídolos con rostro de batracio.

Se acomodó allí con las piernas cruzadas y, descolgando su espada, se la colocó en el regazo. El brujo montañés declinó sentarse, prefiriendo apoyarse en su bastón. Palo Vento dejó resbalar los dedos por la vaina lacada de su acero.

—¿Qué es lo que pasa con el Cufa Sabut?

—Ha vuelto.

Palo Vento se acarició con ambas manos la cabeza calva, siguiendo con las yemas de los dedos el zigzag verdinegro que la surcaba. Pese a la consternación, advirtió que la vieja lai le estaba observando de nuevo. El rostro metálico de brillos cegadores, que aparecía y desaparecía entre el ir y venir de la gente, produjo en él el espejismo de aquella otra máscara de oro, aún más hermosa e inquietante, a la que llamaban Cufa Sabut.

—No es posible —dijo por fin.

—Me temo que sí. Puedo jurarte que ha vuelto a aparecer y tiene un nuevo portador.

—¿Portador? —El hombre-serpiente respondió ahora con voz suave, tratando de no parecer alterado—. No, amigo, no es ése el nombre que le corresponde a quien la lleva.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esa máscara es antigua y demasiado poderosa. Quien se atreve a ponérsela desaparece por completo y se convierte en un pelele; un monigote a través del cual obra la voluntad del Cufa Sabut. Es demasiado vieja, demasiado grande y odia demasiado. Debería estar guardada en uno de los santuarios de Ejaune o, aún mejor, en las grutas de los antepasados.

—Ésa es tu opinión, y la respeto. Dime, ¿tú sabes sobre el Cufa Sabut?

—Por supuesto, hombre. —Sonrió con desgana—. Soy un hombre-serpiente, y la historia del Cufa Sabut es parte de nuestra herencia.

—¿Podrías hablarme de ella?

—No tengo inconveniente. —Volvió a pasear las manos por la franja verdinegra de su cabeza—. Pero antes mira allí. Fíjate en esa lai altacopa que está junto al puesto de telas.

—Sí. ¡Qué máscara! Esa mujer fue una mandrágora, sin duda. Y me parece que nos está mirando con mucho interés.

—Demasiado, diría yo. Las mandrágoras conocen muchas artes, y me pregunto si esa vieja no sabrá leer en los labios.

La cabeza del brujo, tocada con el cráneo y la cornamenta de un chivo, osciló ahora pensativamente.

—Todo podría ser. Será mejor que sigamos hablando en otra parte.

—No, no —siseó molesto el otro—. No es necesario. No tiene ningún derecho a

mirarnos con tanto descaro. —Y se reacomodó para enfrentarse a la rutilante máscara de oro.

Apoyado en su bastón, Astiri pudo admirar en silencio la capacidad mímica de la gente-serpiente. Un latido, una mínima alteración de gestos —una ligera caída de párpados, un leve fruncir de labios, una pequeña inclinación de cabeza y hombros— habían bastado para que la actitud de su interlocutor pasase del reposo a la amenaza.

Entre la muchedumbre, la anciana de ropas rojas pareció ignorar el aviso. El hombre-serpiente rozó la empuñadura de su espada. La altacopa que prestaba su brazo a la lai se removió inquieta, haciendo cintilar la luz del sol sobre su máscara de cobre. La lanzái copa apoyó una mano en el hombro de la chica para tranquilizarla, al tiempo que ladeaba la cabeza, advirtiendo mudamente a Palo Vento.

El brujo montañés paseaba la mirada entre ambos oponentes, cautivado. La vieja lai y el hombre-serpiente libraban un duelo gestual, muy del gusto arma. Un enfrentamiento que involucraba tanto a la lanzái copa —cuya actitud era de alerta— como al propio Astiri, que se colocaba en una posición neutral, inhibiéndose de la posible evolución de la pugna. En cuanto a la muchacha de la máscara de cobre, no era más que una altacopa de muy bajo rango —una menuguera, supuso—, seguramente capturada o comprada después de la niñez, aún poco ducha en las complejidades sociales de los armas, y no era capaz de ocultar su temor. «Seguro que la mandan de vuelta a Escarpa Umea por esto», se dijo.

—Paz, serpiente —aconsejó con voz calma—. No hagas locuras. Es una altacopa, una lai, y le debes un respeto.

—Y ella me debe un respeto a mí.

De forma inesperada, cuando ya la lanzái copa se adelantaba a la anciana y su acompañante para interponerse entre ellas y un posible ataque del hombre-serpiente, la vieja lai cejó y su labio inferior se unió al superior metálico para dibujar un mohín indescifrable, amable y despectivo a un tiempo, antes de darles la espalda. Fue un visaje frío y deslumbrante, una mueca ambigua que sugería todo el encanto que aquella mandrágora debió de poseer en su juventud. Su oponente apartó la mano de la espada con un respingo.

—¿Has visto eso? —musitó aplacado.

—Tú lo has dicho antes: las mandrágoras conocen muchas artes. Sólo una entre muchas altacopas llega a mandrágora. Ella cede, pero no se puede decir que haya perdido. Y yo, en tu lugar, lo dejaría así.

Observó como la pequeña comitiva desaparecía entre la gente de la plaza.

—Por un momento creí que iba a correr la sangre. Y esa menuguera no es más que una niña, le has dado un susto de muerte.

—¿Ah, sí? —Palo Vento sonrió sin humor—. Seguro que has abierto en canal a docenas como ella en los altares del Chivo Viejo, allá, en las montañas. No me vas a

decir que te fijes en esas cosas.

—Pues sí. —Astiri palpó sus amuletos de cobre, haciéndolos entrechocar—. La vida humana es sumamente valiosa para mí, arma. El dolor, el miedo, el sufrimiento, me importan mucho. ¿O acaso crees que ofrezco bagatelas a mis dioses?

El hombre-serpiente manoseó desconcertado la vaina de su espada, al tiempo que buscaba en vano alguna respuesta.

—Has mencionado al Chivo Viejo —añadió entonces el brujo—. ¿Es que has estado en las montañas?

—No. Pero he viajado por el norte, por Cabezas Muertas, y he presenciado ceremonias en honor del Gallo Rojo y el Mazacote.

—Entiendo. Bueno, ibas a hablarme del Cufa Sabut.

—Es cierto. ¿Qué es lo que quieres saber, y que yo te pueda contar?

—Me interesa su origen. —Astiri se acarició la barba teñida de color ceniza.

—Es una máscara antigua, montañés, y fue hecha según los rasgos de Bagalagagcú, el progenitor de la gente-serpiente. Pero fue forjada por gargales, y no por armas.

—Eso había oído, pero no sabía si creerlo.

—Pues es cierto. Es una máscara andrógina y no sé si conoces la razón. ¿No? Bagalagagcú no era gargal, sino un espuján modufe, uno de los que llegaron a esta tierra desde lejos para cambiarlo todo. Eso sí lo sabrás. Fue el primer espuján modufe en ingresar en la sociedad de las serpientes gargales, de la que procede la gente-serpiente arma y mediarma. Por eso es llamado, indistintamente, el padre o la madre de las serpientes.

»La verdad sobre Bagalagagcú se ha perdido, y el embrollo de tradiciones es tal que en unas leyendas es hombre y en otras mujer. Nadie sabe lo primero o lo segundo, y hay quien sospecha que tras ese nombre se esconden en realidad varios personajes distintos, a los que el paso del tiempo ha confundido. Hasta las máscaras que se parecen de una forma u otra a Bagalagagcú recogen esa ambigüedad. Se han modelado varias, en distintas épocas; unas eran masculinas y otras femeninas. Alguna, como el Cufa Sabut, es andrógina y puede ser llevada tanto por hombre como por mujer.

—El Cufa Sabut es la más antigua, entiendo.

—No, eso no es cierto. —El hombre-serpiente meneó la cabeza.

—Me contaron que, en efecto, los gargales la forjaron en honor a Bagalagagcú, cuando los armas aún ni siquiera existían.

—Eso es puro mito —sonrió Palo Vento con desgana—. Fue hecha por orden de la propia gente-serpiente, para ser compañera de la Máscara Real.

Astiri torció el gesto al oír pronunciar ese otro nombre legendario.

—La Máscara Real..., ¿viene entonces de ahí la enemistad del Cufa Sabut con su

propia gente?

—Tú lo has dicho.

—Me han dicho también que es de oro puro, y que es atractiva y espantosa a un tiempo. Y que no hay dos personas que vean la misma expresión en ella, aun cuando la estén mirando a la vez.

—Todo eso sí es verdad. Puedo garantizártelo. Yo mismo la tuve delante en una ocasión.

—¿Qué dices? —El otro se inclinó con avidez—. ¿Cuándo fue eso? ¿En qué circunstancias?

—Fue hace ya años, durante la guerra del Oga Pantera. Tú también estabas allí: te recuerdo muy bien de aquel entonces, brujo; aunque supongo que tú a mí no. Mataste a no pocos enemigos con tu hacha de montañés. —El hombre-serpiente se retrepó contra el muro que respaldaba el banco, agitando una mano para espantar las moscas y dejando velar la mirada para hacer memoria.

Volver con el recuerdo a aquella tarde lejana de primavera, en el norte, cuando los tambores retumbaban y los jefes hacían ondear sus estandartes, llamando a los supervivientes del desastre a reunión. Cuando una brisa inconstante agitaba los árboles y los juncos de la ribera, las aguas bajaban rojas y las orillas estaban llenas de muertos. Suspiró.

—Aquel día, brujo...

Aquel día, un desalentado Palo Vento había recorrido la ribera, buscando en vano un sorbo de agua limpia. El río bajaba fangoso y los cadáveres flotaban en la corriente. En la orilla opuesta, diseminadas por entre los cañaverales agitados por el viento, algunas mujeres-pantera blandían largos arcos y sus gritos llegaban hasta el hombre-serpiente a capricho de la brisa. Ignorándolas, se ajustó la media armadura, antes de empuñar la larga lanza norteña que había recogido de entre los muertos.

Una gran formación de aves sobrevoló por dos veces la cuenca del río, graznando escandalosamente. El sol declinaba ya a través de un cielo muy azul y salpicado por pequeños cúmulos blancos. Otro hombre-serpiente, desnudo y pintado, que calaba una sombría máscara de hierro negro y cobre verde, chapoteaba en las frías aguas. Llevaba al hombro un racimo de cabezas cortadas y, con la fría espada, iba decapitando a los enemigos muertos que encontraba enredados entre los juncos.

Cuatro estandartes rojos, con sellos dorados, chasqueaban a impulsos del aire. Palo Cence estaba sentado en lo alto de una masa rocosa, cruzado de piernas y con la espada en el regazo, los ojos fijos en el campo enemigo. Las largas plumas negras de su máscara de cuervo y de sus hombreras se arremolinaban alborotadas y, viéndole, Palo Vento se preguntó una vez más por qué no luciría el rojo y amarillo de jefe al que tenía derecho, puesto que era el más grande de los cuatro allí presentes.

Los tambores seguían retumbando y el hombre-serpiente no pudo por menos que menear la cabeza ante la mezcolanza de armas, mediarmas, mestizos y pandalumes que se congregaban en aquel meandro del río. Una fuerza dispar; los supervivientes del ejército que el Alto Juez de los armas había guiado hasta el norte.

Un par de siglos antes, algunos eredales de mujeres-pantera norteñas habían pactado la fundación de un santuario: un lugar de intercambio y tregua. Situado en el cruce de un camino comercial y el río Oga, no tardó en adquirir cierta importancia mercantil, ni en convertirse en la capital de una pequeña confederación: el Oga Pantera.

En esos doscientos años, las relaciones entre los armas y el Oga Pantera habían conocido muchos altibajos, de la alianza a la casi hostilidad armada. Y, algo más de diez años antes del día en que Palo Vento se sentó en un poyo de piedra, en la plaza del mercado de Minacota, a narrar su historia al brujo Astiri, el Ras —el gran consejo de todos los ferales armas—, aduciendo tasas abusivas para sus caravanas, había enviado un ejército a la conquista del santuario de Oga Pantera.

Aquella calamitosa expedición al Alto Norte tuvo la inesperada consecuencia de levantar una gran coalición norteña en su contra. El Oga Pantera y sus aliados se enfrentaron al ejército arma en una larga batalla, en la que los invasores fueron derrotados y muchos de ellos muertos, incluido el mismísimo Alto Juez, el sexto Gotafiera.

Apartando su lanza, Palo Vento se encaramó a la horquilla de un árbol para otear. Allá lejos, en la boca del recodo, la multitud de los enemigos se agitaba y había un clamor que no acababa de cesar. Las tropas armas estaban formando una larga línea de combate, erizada de lanzas, en la parte más estrecha del meandro, que iba de orilla a orilla. Los cuatro jefes se habían puesto en pie y los abanderados ondeaban los estandartes.

El hombre-serpiente hizo visera con la mano. Podía columbrar a caralocas desnudos y pintados que bailaban con las lanzas en alto; enanos patacones con grotescas cabezas de arcilla cocida, mediarmas, sobre todo mujeres-pantera y hombres-gallo, que danzaban alrededor de los estandartes rojos del Oga Pantera. Y aquí y allá, dispersos por entre esa turba, descollaban algunos jayanes, los legendarios gigantes del Alto Norte, con sus enormes martillos de piedra entre las manos.

Las masas de norteños ondulaban formando remolinos, mientras avanzaban con lentitud al compás de los ritmos guerreros caralocas, dos pasos adelante y uno atrás. Los supervivientes del ejército del Alto Juez se hacían fuertes tras su pared de escudos y picas, y las bramaderas atronaban en el aire de la tarde. Los tambores retumbaban y una lanzái copa se había quitado la armadura para bailar, en tierra de nadie, un noái; esa danza impúdica y ofensiva con la que las altacopas guerreras gustan de provocar al enemigo antes del combate.

—¿Qué hay, serpiente? —Un gigante barbudo, de ardientes ojos azules, desnudo bajo su piel de león y con una gran hacha de montañés al hombro, se detuvo al pie del árbol.

—Vuelven los norteños... y una lanzái copa está bailando un noái.

—¡Un noái! Hazme sitio. —Tucatuca, entonces un simple hombre-león, dejó de lado el hacha para unirse a Palo Vento en la horquilla del árbol.

Por delante de las filas armas, sola en mitad de los herbazales sacudidos por el viento, la lanzái copa bailaba entre los muertos, con dos espadas en las manos. Tan pronto se lanzaba a una jota salvaje, llena de giros, piruetas, saltos y entrechocar de acero, como se regodeaba en cadencias lentas, balanceando las caderas con las piernas abiertas y los brazos tendidos. La piel aceitada, los ornamentos de oro y bronce, las hojas de acero, resplandecían al sol de media tarde, y la cabellera sembrada de campanillas revoloteaba alborotada por la brisa.

—¿Sabes, brujo? *Su pelo era negro y espeso, muy hermoso, y juraría que oí tintinear esas pequeñas campanillas de bailarina. Pero eso es imposible, claro.*

—*Tal vez no. Yo le tengo el mayor de los respetos a la magia altacopa.*

Jaleada por los armas, la lanzái copa se había vuelto ahora de espaldas, inclinándose para menear sus nalgas desnudas ante el ejército norteño, invitándoles a herirla si podían. Unas pocas flechas llegaron zumbando sin fuerza y ella, riendo, desvió una con la espada, antes de comenzar una lenta retirada entre el vuelo de las saetas, sin dejar por eso de ofrecerse entre contoneos al enemigo.

—Pero ¿es que no hay nadie dispuesto a jugarse la cabeza para conseguir a una mujer así? —Tucatuca gesticuló, defraudado al ver que ningún norteño aceptaba el reto de la lanzái copa—. ¡Bah! ¡Cobardes! Vámonos serpiente, que nos necesitan en el río.

Los dos armas se descolgaron de su atalaya para unirse a una deslavazada fila de guerreros que merodeaban a lo largo de la ribera, escudriñando entre los juncos y la espadaña.

—¿Por qué no hemos formado en cuadro? Los enemigos nos superan ampliamente en número. —Palo Vento se volvió, lleno de inquietud. El tronar de tambores, de cuernos, el griterío y el resonar de aceros iba en aumento, y algunas flechas encendidas comenzaban a remontar ya el vuelo, dejando deshilachadas colas de humo negro.

—Palo Cence es un gran jefe y sabe lo que hace —le reconvino el hombre-león—. El grueso del enemigo se ha marchado, supongo que con la esperanza de caer sobre Cabezas Muertas; pero aun así, los que quedan son muchos.

—¿Entonces?

—La mitad de nuestros hombres, aquí, son mediarmas norteños, y la sangre se les alborota con facilidad. No podemos formar en cuadro y dudo que la línea nos sirva.

Ya verás como, en cuanto se calienten, a pesar de las instrucciones, rompen filas para saltar al cuello de sus enemigos. —Sonrió despectivamente—. Moriremos todos.

El hombre-serpiente sopesó su lanza con un suspiro, al tiempo que dirigía una ojeada a la margen contraria, plagada de mujeres-pantera.

—Seguramente así será.

El hombre-león se encogió de hombros. En la orilla, un mediarma norteño —un hombre-gallo desnudo, con una gran cresta de cabello rojo— disparó su largo fusil contra el río.

—Ya llegan. —Tucatuca blandió su hacha de dos hojas—. Esos locos vienen a morir.

—Que los antepasados me amparen, y mis hermanos no me olviden —dijo Palo Vento, sintiendo de repente una fugaz flojera de piernas.

A sus espaldas, las fuerzas se trabaron con un estruendo que reverberó por toda la cuenca y, en pocos instantes, la lucha llegó también a la ribera. El agua parecía hervir mientras los guerreros del Alto Norte se lanzaban de cabeza al río, tratando de llegar a nado hasta el meandro ocupado por los armas. Tres largas piraguas surcaban entre tanto el río, atestadas de mujeres-pantera que disparaban sus arcos largos contra la orilla. Los arqueros armas replicaban con sus saetas, los cadáveres traspasados bajaban flotando a la deriva y los heridos chapoteaban en las aguas enrojecidas.

Las aves alzaban el vuelo en masa desde ambas riberas, espantadas por el estrépito del combate. Las líneas de los armas oscilaban bajo el empuje de los norteños y los lanceros de la ribera se llamaban a los puntos de más peligro.

Una de las piraguas bajó a la deriva, girando muy despacio sobre sí misma, y fue a embarrancar en un arenal. Palo Vento se abrió paso por entre la espadaña, para vadear entre el zumbido de las flechas. El esquife, volcado a medias, estaba abarrotado de mujeres-pantera muertas o agonizantes, todas atravesadas por largas saetas. Con la punta de la lanza, el hombre-serpiente hurgó entre los cuerpos amontonados; hizo tintinear ajorcas y collares, y apuntilló a una moribunda. Con el plano de la hoja, alzó una barbilla para contemplar unos instantes un rostro femenino cubierto de sangre y tocado por la jeta moteada de un leopardo.

Un caraloca herido, con media cara pintada de verde y la otra media de azul, trataba de ganar la orilla muy cerca de donde él se hallaba. Antes de que pudiese hacer pie, Palo Vento descargó el filo de su lanza, como si fuera un hacha, y le abrió la cabeza como un melón. A pocos pasos, el hombre-serpiente de la máscara de hierro y cobre le insultó, al tiempo que agitaba el racimo de cabezas cortadas.

—¡En la cabeza no! ¡No! ¡Torpe!

Palo Vento siseó a su vez, lleno de irritación ante la frivolidad de aquel pariente salvaje, que aun ante las fauces de la muerte pensaba en la caza de cabezas.

—¿Quién era ese hombre-serpiente?

—Viboraz. Aún vive. Es un manamaraga^[1], debe de andar por las tierras altas. Es un gran luchador.

A sus espaldas, el son de los tambores cambió para hacerse más rápido. Los dos hombres-serpiente se volvieron a una. Tal como había predicho Tucatuca, los impetuosos mediarmas norteños, pasados los primeros instantes, estaban rompiendo filas para lanzarse en desorden contra sus enemigos de sangre y se enzarzaban en feroces luchas cuerpo a cuerpo. La batalla se disolvió en una confusión sangrienta. Los jefes armas hacían ondear los estandartes, llamando a reunión, y los arqueros se retiraban del río. Palo Vento retrocedió también y fue entonces cuando Viboraz lo tomó de repente del brazo.

—Primo, primo —siseó—. Prepárate a morir. Mira, por allí viene el Cufa Sabut.

Atónito, Palo Vento se volvió con la lanza entre las manos. Bordeando la orilla encharcada, irrumpía en el campo un vocinglero grupo de caralocas, con los cráneos afeitados y altísimos copetes de plumas multicolor. En medio de todos ellos iba una mujer desnuda y pintada como las brujas de las Tierras Altas, con una espada en cada mano y una máscara de oro sobre el rostro.

—Supe que era el Cufa Sabut al primer instante; lo sentí en los huesos y la sangre. Viendo esa máscara, brujo, uno no sabría decir si representa a hombre o mujer, porque hay algo de ambos, al tiempo, en ella. Es una pieza antigua, un trabajo gargal, y da miedo mirarla de frente. Cuando se volvía hacia el sol, había que desviar los ojos para no quedar cegado. Su portadora parecía una bruja arma. Recuerdo que era tan esbelta como un junco y que se movía con la gracia de una bailarina.

Los dos hombres-serpiente la contemplaron hechizados, mientras ella avanzaba como un torbellino, con su sonrisa de metal, rodeada por un enjambre de caralocas y abatiendo a cuantos se cruzaban en su camino. Los primeros norteños surgían ya de la abandonada margen del río, para atacar a los armas por la espalda. Palo Vento miró hacia ellos, luego hacia el Cufa Sabut, entrecerró los ojos y arrojó su lanza. Un caraloca se adelantó para interponer un broquel en la trayectoria del proyectil. La hoja atravesó el cuero pintado de blanco, gris y amarillo, y el asta quedó vibrando sonoramente en el aire.

Los caralocas, los patacones, los mediarmas del Alto Norte, tan sedientos de sangre como sus enemigos, deshacían también sus formaciones para lanzarse a un tumultuoso cuerpo a cuerpo. Sólo los jefes armas habían logrado reunir un contingente en torno a sus estandartes y tambores; una piña erizada de escudos y picas, en torno a la cual iba y venía la batalla, con la furia de una tormenta.

Palo Vento abatió con su espada a un patacón, y la gran cabeza de barro cocido estalló en mil pedazos. De reojo, advirtió que Tucatuca estaba luchando en solitario contra un jayán y, pese a su gran estatura y músculos de herrero, el hombre-león

parecía un niño al lado de aquel peludo gigante del norte. Más cerca, entre el griterío y la marejada del combate, una sonriente máscara de oro se volvió a contemplarle. Entre la vorágine de aceros, Palo Vento aún tuvo tiempo de admirarse ante la enigmática sonrisa de esa máscara. Luego, el Cufa Sabut se le echó encima.

Viboraz acudió como el rayo en ayuda de su pariente y, dos hojas contra cuatro, la bruja enmascarada hubo de recular. Luego, las mujeres-pantera se interpusieron entre unos y otros.

—*Luché con ella junto al río. Cruzamos espadas tres, cuatro veces, antes de que otros se entremetieran y nos separasen. Fue una suerte para mí, porque peleaba como pocas veces he visto u oído: los nuestros se enfrentaban a ella y morían uno tras otro.*

Pero, a pesar de lo que contó años después, en aquel momento, ofuscado por un odio antiguo que llevaba en la sangre, Palo Vento buscó más allá de los tocados de leopardo y los hierros que le cerraban el paso. En medio del combate desordenado, la portadora desnuda y pintada brincaba de un lado a otro, como saltando, y sus espadas hacían volar las cabezas de los que se atrevían a medirse con ella.

La fiebre de la guerra había hecho presa en los salvajes del Alto Norte, que se arrojaban ciegamente contra los armas agrupados en torno a los estandartes de los jefes, y los cadáveres se amontonaban ante los escudos. Resollando, retrocediendo sin cesar ante el ataque desigual de las mujeres-pantera, dando traspies entre los muertos, Palo Vento aún tuvo tiempo de maravillarse de la furia, el desprecio a la propia vida que parecían mostrar todas esas gentes del norte, fuesen amigos, aliados o enemigos. Fue en esos momentos de desesperación, entre la confusión de gritos y hierros, cuando el hombre-serpiente vio relumbrar por última vez al Cufa Sabut.

—*Lo habrás oído relatar ya, pero yo estaba allí. Si aquellos norteños no hubieran sido tan salvajes e indisciplinados, nos hubieran barrido y ni uno de nosotros hubiera vivido para contarlo. El Cufa Sabut estaba en lo más reñido de la batalla. Los nuestros morían ante ella y parecía que nadie sería capaz de detenerla. Pero tenía tanta sed de muerte..., se dejó llevar y se apartó demasiado de su escolta. Las lanzáis copa la rodearon, muchas contra una, y en un abrir y cerrar de ojos la hicieron pedazos con sus espadas. Sin embargo, las mujeres-pantera acudieron en masa a defender el cadáver y las hicieron retroceder. Luchaban con tanta furia que nadie pudo apoderarse de la máscara ni cortar la cabeza de su portadora.*

La caída del Cufa Sabut cambió la suerte de la batalla. Espantados por ese fin inesperado de algo que para ellos era casi como un dios menor, los caralocas de su escolta huyeron chillando del combate y, en aquel caos, el pánico cundió como un incendio entre los norteños; más rápido aún porque muchos no sabían a qué se debía. El menguado contingente de Palo Cence arremetió entonces contra ellos, haciendo retumbar los tambores y arrollando a los desperdigados enemigos, y las tornas se

volvieron en pocos instantes. Los caralocas, los patacones, los jayanes, los mediarmas, los exóticos guerreros de los pueblos menores del Alto Norte se desbandaban y huían tirando las armas; los había que se echaban de cabeza al río.

Sin aliento, Palo Vento se dejó caer sobre una roca, la espada entre las manos. El cielo comenzaba a virar hacia el rojo y violeta del ocaso. Las infatigables lanzáis copa recorrían ya el campo alfombrado de muertos, cruzando puyas con los exhaustos supervivientes, atendiendo a los heridos propios y alanceando a los del enemigo.

Allá delante, los norteños huían hacia las arboledas en un desorden total, se atropellaban y eran acuchillados por la espalda. Sólo las mujeres-pantera se retiraron en orden. Pese al súbito desastre, retrocedieron con lentitud, cubriéndose con sus paveses moteados y agitando desafiantes las enseñas del Oga Pantera, mientras transportaban, sobre un gran escudo, el cadáver de una mujer desnuda y pintada, cubierta con un cambuj de oro.

—Y poco más hay que contar. —Palo Vento lanzó un manotazo distraído contra los insectos, antes de reacomodar la espada sobre el regazo—. Tu amo llegó a tiempo con sus montañeses y rechazó a las hordas que trataban de invadir Cabezas Muertas; el Ras levantó un segundo ejército, vencimos a los norteños y sojuzgamos al Oga Pantera. Pero tú estabas allí y sabes todo eso. No pudimos apoderarnos del Cufa Sabut; hubo bandas de mujeres-pantera que prefirieron el exilio al yugo arma y se refugiaron entre los caralocas. Siempre se ha creído que alguna de esas bandas debió de llevarse en secreto el Cufa Sabut.

Hizo una pausa.

—Eso fue hace más de diez años, y ya pensábamos que se había perdido de nuevo. Pero ahora tú me dices que ha vuelto.

—Así es. Unos gargales la han sacado a la luz, estuviera donde estuviese, y le han dado un nuevo portador.

—¿Y por qué harían esos gargales algo así?

—Simplemente por eso, porque son gargales. —Astiri se encogió de hombros dando a entender que, a su juicio, las razones de un gargal son del todo incomprensibles para cualquiera que no sea él mismo.

—El Cufa Sabut es incontrolable. —Meneó la cabeza—. Es una mala, mala noticia. La desgracia acompaña a esa vieja máscara. Pero ¿por qué vienes a contármelo a mí?

—Te voy a decir algo que sin duda no sabes: mi amo, don Tavarusa, teme al Cufa Sabut. —El brujo fijó en el hombre-serpiente unos ojos como pedernales—. Sí, teme a esa máscara: entre ellos dos hay vínculos oscuros. Lucharon en bandos opuestos durante la guerra del Oga Pantera, y ya se habían enfrentado antes de eso en las montañas. Uno de los dos debe caer a manos del otro, o por culpa suya.

Irremediabilmente. Tal es su destino.

—La última vez no fue así.

—¿No? Si los montañeses no hubiésemos llegado a tiempo, la alianza norteña hubiera caído sobre los restos de vuestro ejército, para borrarlo del mapa, en vez de desviarse para cerrarnos el paso, y puede que entonces el Cufa Sabut no hubiera caído. O puede que el Oga Pantera no hubiese sido vencido, y entonces las mujeres-pantera le habrían encontrado sin duda un nuevo portador.

—Puede que tengas razón —suspiró el hombre-serpiente—. Pero insisto, ¿adónde nos lleva toda esta charla?

—Mi amo ha consultado las suertes. Tu camino se cruza con el del Cufa Sabut.

Palo Vento se acarició la cabeza, rozó con los dedos el pomo de la espada y esperó en vano a que el brujo montañés añadiese algo más. Por último, silbó desconcertado.

—No soy de los que confían mucho en suertes o agüeros. Te agradezco esa noticia, que haré llegar sin falta a los mayores de mi feral. Entre mis parientes, los hay mucho mejores que yo para manejar esta situación.

—Eso es decisión tuya.

—Hay algo más. Aunque ahora el Cufa Sabut sea enemiga de la gente-serpiente, no siempre fue así. Hubo una época en que estaba donde debía, al lado de los suyos. Gente con sangre de serpiente la portaba; era de los nuestros y luchaba contra nuestros enemigos. Así fue durante mucho tiempo. Ya no. Pero la hicieron a imagen de nuestro primer antepasado, y no esperes que nadie de la gente-serpiente la destruya o ayude a hacerlo, o siquiera consienta, si se presenta la ocasión.

—¿Quién ha hablado de destruirla? Eso es impensable, nos está vedado. —Con hosquedad, Astiri manoseó su bastón—. Te recuerdo que don Tavarusa es hijo de una bruja arma y un demonio de las montañas; es un gran jefe entre los gorgotas y jamás dañaría la máscara hecha a semejanza de uno de los primeros. Mi amo sólo quiere proteger su vida. ¿Es eso una aspiración extraña o irracional?

—En absoluto.

—Cuanto busca es que muera su portador y que jamás vuelvan a darle otro. Y que la máscara sea puesta a buen recaudo.

—¿Dónde?

—Eso no es cosa de mi amo. En un santuario de Ejaune, con las máscaras funerarias de la gente-serpiente o en las grutas de la gente-león. Eso le es indiferente. Lo que importa es que ha de estar guardada.

En el creciente calor de la mañana, los insectos revoloteaban sin descanso a su alrededor. Astiri jugueteaba con sus amuletos de cobre, haciéndolos sonar, en tanto que Palo Vento se acariciaba distraído la franja verdinegra que le surcaba la cabeza.

—Dices que volveré a encontrarme con el Cufa Sabut.

—Mi amo...

—Ha consultado las suertes, ya. —Se permitió una sonrisa muy leve, al tiempo que sus dedos volvían a rozar el pomo de la espada—. Tal afirmación, de alguna forma, me obliga.

—En absoluto. Mi amo te brinda esa información sin pedir nada a cambio.

—Sin embargo, desde el momento en que esta conversación ha tenido lugar, el Cufa Sabut ha vuelto a entrar en mi vida. De esa forma, el agujero se ha hecho ya realidad. De todos modos, agradece de mi parte a tu amo el aviso.

—Así lo haré, descuida. —El brujo se pasó los dedos por entre la barba gris ceniza—. Y no te entretengo más. Me marchó, serpiente. Que tengas un buen día.

—Buenos días para ti también, brujo.

—Sólo una cosa más. —Astiri titubeó, báculo en mano—. Aquel día, ¿venció Tucatuca sin ayuda al jayán? ¿Logró escapar? ¿O se apartaron los dos?

—Le acogotó, amigo. —El hombre-serpiente esbozó otra sonrisa lejana—. Le acogotó con sus manos desnudas.

Esa conversación llevó, un par de días después, a Palo Vento a los subterráneos de la Casa de las Serpientes, convocado por sus máscaras mayores. En una cámara amplia y umbría, abierta en la roca viva, estuvo largo tiempo sentado, con la vaina de la espada sobre los muslos, mientras daba cuenta de hasta el último detalle de todo lo acaecido aquella mañana en el mercado. Las luces de las velas titilaban, el polvo danzaba en la penumbra de la caverna y, a intervalos, los labios de piedra de una fuente goteaban a sus espaldas sobre un pilón de aguas oscuras, con un chapoteo hueco que resonaba por todas las esquinas de la gruta. Ocioso, el hombre-serpiente había buscado en vano alguna cadencia en esa lenta reverberación; en el son caprichoso de las salpicaduras del agua a sus espaldas.

—Me conocéis —había concluido con voz suave—. Sabéis de sobra que no soy hombre susceptible, ni suspicaz, y que siempre he confiado más en la cabeza que en el corazón o las entrañas. Así que creedme cuando os digo, porque estoy seguro, que aquella mandrágora estaba demasiado interesada en lo que Astiri tenía que contarme.

Tras eso, guardó silencio. Cientos de velas alumbraban la cámara, haciendo bailar las sombras, y en un lateral de la gran estancia hipóstila, rugían las llamas ante una efigie de Bagalagagcú, el padre de las serpientes. El agua seguía cayendo a sus espaldas y él dejó correr los dedos por el terso lacado de la vaina de su espada, esperando a que sus interlocutores hablaran.

El resplandor inquieto de las velas animaba las sombras de cinco figuras instaladas frente a él. Las contempló con párpados entornados. Permanecían inmóviles, los tres hombres con las piernas cruzadas y las espadas sobre el regazo, las mujeres sentadas sobre los talones y con los aceros junto al costado izquierdo; todos igualmente inescrutables tras las máscaras familiares que portaban. Debían de dar mucha importancia al incidente del mercado, se decía Palo Vento, ya que, de las trece máscaras familiares de la gente-serpiente, había allí cinco, el mínimo que la costumbre establecía para tomar una decisión.

El Ramanamer estaba en el centro, arropado en la oscuridad y con las manos sobre la funda de su acero. Al moverse, las luces resbalaban por los rasgos de bronce y oro de su máscara, fríos y masculinos, cincelados según los del legendario Bagalagagcú. Le franqueaban el Orcajo Negro y el Orcajo Pardo, como imágenes gemelas de mantos con estampados de helechos y culebras, lorigas de escamas lacadas y máscaras de mosaico.

A la zurda del Orcajo Pardo estaba la Bibruela, perdida entre las sombras. Una manamaraga desnuda, aceitada, con crótalos en las muñecas y una inquietante máscara semihumana de bronce —mitad ofídica, mitad femenina— sobre el rostro. Se mantenía completamente inmóvil, con las manos sobre los muslos y, al mirarla a

veces de soslayo, Palo Vento no podía evitar cierta desazón ante esa postura inmutable.

Por último, junto al Orcajo Negro se sentaba el Escamón, con un costado iluminado por el fuego ceremonial. Alto y flaco, desnudo y pintarrajeado, con el cabello recogido en una trenza que nacía en su sien izquierda. Su máscara de barro, un trabajo arcaizante y abstracto, transmitía una vaga sensación de amenaza.

—¿Qué interés podrían tener las altacopas por una máscara como el Cufa Sabut? —se preguntó por fin el Orcajo Negro; el hombre con la máscara de mosaico negro y verde, y ropas a juego.

—Es una máscara hermafrodita; una altacopa podría llevarla —le respondió de inmediato el Orcajo Pardo, su contrapartida femenina, ataviada de castaño y pardo.

—Eso es una locura. El Cufa Sabut es demasiado poderoso. Anularía a su portadora y no les serviría..., suerte tendrían si no acabara volviéndose contra ellas.

—Ya. Pero quizás ellas piensan otra cosa.

Los dos mellizos bamboleaban sus cabezas enmascaradas como culebras, alternativamente y como haciéndose eco el uno del otro, como si no fueran sino una sola persona que estuviese discutiendo consigo misma.

—Supongamos que quieren el Cufa Sabut. No es posible que se ponga en evidencia así, de una forma tan torpe. Eso no es propio de las altacopas, y menos de una lai que fue mandrágora.

—Hasta las mandrágoras cometen errores.

—Sí, pero...

—Basta —siseó el descarnado Escamón, cortando el interminable diálogo entre mellizos—. Las altacopas son un mundo en sí mismas. Nadie sabe con certeza qué es lo que ocurre tras los muros de Escarpa Umea.

—¿Y qué? —le espetó el Orcajo Pardo.

—Que lo que sí sabemos es que en Escarpa Umea hay facciones y luchas de poder. Hay que tener en cuenta la posibilidad de que una camarilla altacopa trate de apoderarse del Cufa Sabut y otra de impedirselo.

—¿Y?

—Que, de ser así, esa lai del mercado se habría delatado voluntariamente y todo habría sido una forma sibilina de ponernos sobre aviso de que al menos algunas altacopas están demasiado interesadas en el Cufa Sabut.

—Retorcido pero posible —admitió renuente el Orcajo Negro—. Pero lo cierto es que nadie sabe lo que se cuece en Escarpa Umea.

Palo Vento asintió para sí mismo. Años antes, remontando el río Ondo en una peregrinación, había tenido la oportunidad de avistar Escarpa Umea, una fortaleza sita en las hoces del río, a caballo sobre despeñaderos que caían a pico hasta el agua. Una ciudadela inexpugnable; un mundo secreto y prohibido en el que no rige más ley

que la de las lais altacopas.

—A mí no me acaba de convencer esa explicación. —La máscara de mosaico del Orcajo Pardo osciló una vez más en la penumbra.

—¿Por qué no? Los odios entre altacopas son implacables.

—Ya lo creo. Si la mitad de los rumores son ciertos, el asesinato es moneda corriente en Escarpa Umea. Pero os recuerdo que nunca conseguimos otra cosa que eso, rumores. Hagan lo que hagan, las altacopas son siempre discretas y jamás implican a terceros en sus ajustes de cuentas.

—Nadie ha venido a contarnos nada. Tan sólo una lai altacopa se ha comportado de forma sospechosa, y eso es algo que no compromete a nadie. Suponiendo, además, que las sospechas de Palo Vento sean fundadas y no estemos discutiendo sobre espejismos.

—Yo ya os he contado lo que ocurrió.

—¿Y si después de todo no fuese más que un espionaje inofensivo? —apuntó el Orcajo Negro.

—¿Inofensivo? —Palo Vento miró desconcertado a la máscara de piezas de malaquita verde y obsidiana negra.

—Las mandrágoras saben leer los labios, y puede que aquella vieja, simplemente, captase por casualidad vuestra conversación y se dejase llevar por la curiosidad.

Palo Vento le mostró las palmas de las manos. El irritable Escamón golpeó la funda de su arma.

—Estamos perdiendo el tiempo. Olvidémonos de momento de las altacopas. El Cufa Sabut ha vuelto, y eso es lo que ha de preocuparnos...

Se interrumpió indignado porque, en el otro extremo de la reunión, la Bibruela entrechocaba ruidosamente sus crótalos.

—Las altacopas no deben tener el Cufa Sabut —silbó ella—. Nunca.

—Claro que no. Con ellas no estaría segura.

—Ni con ellas ni con nadie. Es nuestra, nuestra.

—¡Tonterías! Hay que ponerla a buen recaudo; eso es lo que importa. Si es junto a las máscaras de nuestros antepasados, mejor. Pero si no...

Palo Vento se frotó la cabeza y se desentendió a medias de esa discusión. De las trece máscaras familiares del consejo de las Serpientes, la Bibruela era una de las más arcaicas y conflictivas. Manamaraga por tradición, de apetitos apenas menos mortíferos que los de una mujer-araña y viciada por multitud de rasgos infantiles, era impulsiva, cruel y caprichosa. Pero sin embargo, reflexionó el hombre-serpiente, era a cambio un contrapunto útil a la parsimonia, incluso inacción de algunos otros miembros del consejo.

Estudió con disimulo a las cinco máscaras, mientras se preguntaba qué conjunción secreta las habría reunido para la ocasión. Cinco entre trece con autoridad

sobre el feral de las serpientes. Trece máscaras mayores sujetas a complicados sistemas que regulaban tanto la elección de portadores como las combinaciones de las mismas a la hora de formar consejo. Había todo un ritual oculto que decidía cuándo podían asistir dos juntas, cuándo no, cuándo sí pero a condición de que estuviese presente una tercera...

—¿Te aburre este consejo, Palo Vento? —se interesó con voz melosa la Bibruela.

Él abandonó sus pensamientos para contemplar los rasgos metálicos, repulsivos y seductores a un tiempo, de la mujer-serpiente.

—En absoluto. Pero me estoy preguntando si con tanta discusión no estaréis olvidando algo. —Sonrió sin humor—. Si Astiri no me ha mentado, el Cufa Sabut ya tiene quien lo lleve y, por tanto, volverá a matar gente-serpiente. ¿No es eso importante para vosotros?

—Claro que lo es. —El Ramanamer le dio la razón, hablando por vez primera—. No hay nada más importante que proteger a los nuestros, y todo lo demás es secundario. Hay dos circunstancias: no sabemos quién ni por qué ha hecho volver al Cufa Sabut, ni sabemos cuál puede ser el interés de las altacopas en la máscara. Pero lo primero de todo es parar al Cufa Sabut. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Hubo gestos de asentimiento.

—Entonces...

—¡Yo lo haré! —interrumpió la impetuosa Bibruela.

—Bibruela —le advirtió el Ramanamer—, no me quites la palabra.

Los demás miembros del consejo se agitaron y Palo Vento, inquieto, creyó ver cómo, en los claroscuros engañosos de las velas, los rasgos de bronce y oro del Ramanamer se teñían de amenaza. La manamaraga levantó las palmas de las manos a modo de disculpa.

—Bien —prosiguió el jefe del consejo de las Serpientes, luego de un silencio espeso—. Está decidido. Hay que recuperar, esta vez sí, esa máscara. Ahora hemos de pensar quién o quiénes se ocuparán del asunto.

—Yo lo haré —insistió la Bibruela—. Mataré al portador y os traeré la máscara. Y voy a sacar las tripas a quien sea que la ha despertado, para que todos sepan que...

—Haz lo que quieras, Bibruela —aceptó con suavidad el Ramanamer.

—Ese brujo montañés, Astiri, le pronosticó a Palo Vento que su camino se cruzaría con el del Cufa Sabut —el Orcajo Pardo se volvió hacia el aludido—, ¿no es cierto?

—Sí —aceptó con hosquedad—. Y ya os he dado mi opinión al respecto.

—Ya. Pero ¿si se te mandase en busca del Cufa Sabut, irías?

Palo Vento contempló hastiado a aquella máscara de piezas de encina y obsidiana.

—¿Es que no soy un hombre-serpiente? Si así me lo indicáis, iré.

—Pero ¿y si pudieras elegir? —medió el Ramanamer.

—¿Acaso tengo elección?

—La tienes.

Ahora Palo Vento se frotó la cabeza calva, dejando correr los dedos por la franja verdinegra que la atravesaba.

—Es todo un dilema —suspiró al cabo—. Aunque, si es verdad que tengo que cruzarme con el Cufa Sabut, cuanto haga o diga da igual.

—¿Entonces?

—Entonces, elijo que elijáis vosotros.

La máscara del Ramanamer pareció sonreír en la trémula penumbra.

—Escamón —dijo luego, simplemente.

El aludido cabeceó en silencio y Palo Vento volvió los ojos a ese sujeto de máscara de barro, dotada para la hechicería. El jefe del consejo había puesto la decisión en sus manos. Hubo un intervalo muy largo.

—Dame un nombre —dijo al cabo.

—¿Cómo?

—Dime el nombre del que habrá de ir en busca del Cufa Sabut.

—¿Qué dices? —Palo Vento se removió muy incómodo—. ¿Es que quieres que te diga yo quién de los nuestros ha de perseguir al Cufa Sabut?

—Eso es. Dame un nombre que no sea ni el tuyo ni el de ninguno de los presentes.

—El Cufa Sabut es un mal enemigo. Aquel a quien yo mencione irá a una muerte casi segura. Esto es injusto y, además, me parece una tontería.

—¿Acaso te he pedido tu opinión? No. Te he pedido un nombre. —El Escamón se arqueó levemente—. Dámelo, y cuida esa lengua.

Ahora intimidado, Palo Vento acarició el pomo de su espada. Las velas chisporroteaban, las llamas brincaban ante la imagen semihumana de Bagalagagcú, y las sombras de sus interlocutores bailoteaban. Se frotó una vez más la cabeza calva, buscando consternado algún nombre. El agua goteaba sonora a sus espaldas. Alzó por fin la mirada, para fijarla con resentimiento en sus cinco interlocutores.

—Viboraz —musitó.

Se dice que la Máscara Real carece de recuerdos. Eso no es cierto: recuerda; pero tal aforismo refleja la esencia de esa máscara única, ya que su carácter es fijo e inmutable, y no es obra del tiempo o la experiencia, y sí de los ideales que condujeron a su forja.

Forjada en tiempos antiguos por el Rey Rojo, para llevar a cabo una misión sagrada. Forjada para pacificar Los Seis Dedos y regir a todos los pueblos que lo habitan mediante una ley única y superior.

Su naturaleza fija hace que no conozca las dudas ni el temor. En eso reside su fuerza y también la de sus seguidores —los benditos—, que por ella están dispuestos a los mayores sacrificios y aun a la muerte. Tampoco sabe lo que es el desaliento: porque la Máscara Real y aquellos que la siguen en su largo camino no combaten por odio o movidos por la ambición, sino por un ideal. Y su lucha es, por tanto, una verdadera guerra sagrada. Ni siquiera aquel día aciago en que recibió la noticia de que sus más valiosos partidarios en Los Seis Dedos habían sido asesinados en una sola jornada, perdió la Real —envuelta en sus ropas blancas, adornadas con soles y pájaros dorados— la compostura.

Durante cerca de un año había vagabundado por los caminos de Los Seis Dedos, expuesta a toda clase de peligros. Realizó milagros, convenció con su oratoria y a veces con su simple presencia, y derrotó a toda clase de enemigos. Y, antes de que tuviera lugar aquella larga peregrinación, ya algunos habían preparado su llegada. Porque siempre hubo quienes reverenciaron en secreto el recuerdo de la Máscara Real y su causa. A su mentor, Pogar, le gustaba decir que aquellos custodios de la tradición habían roturado, y que luego él había ido sembrando. Que los adeptos conseguidos eran como los primeros brotes de un roble en tierra dura, que nace en forma de carrasca, un arbusto de muchas ramas. Ramas que, con el tiempo, al crecer, dan paso a un solo árbol, alto, recio, frondoso.

Pero todas y cada una de esas ramas habían sido consumidas por el rayo, en un solo golpe demoledor, y el gran árbol fue abatido antes de llegar siquiera a ser. Algunos de sus seguidores fueron muertos en sus camas o mientras atendían a sus negocios, otros ajusticiados a plena luz y en presencia de gente. Treinta de sus fieles —los más entregados y mejores— cayeron así, y puede que el doble de ese número pereciera en los días posteriores, muertos en los caminos cuando trataban de huir, o en sus casas, en las que habían pretendido esconderse. Fueron los Cien los responsables. Los Cien: hombres terribles, con máscaras de matar sobre el rostro y aceros en las manos, en cuyo camino nadie osaba cruzarse.

Pero escaso tiempo hubo para llorar la muerte de tantos hombres buenos. Casi a los talones del mensajero, los vigías avistaron a los primeros enemigos. Primero

fueron bandas dispersas, armadas ligeramente, y aunque los más ardorosos querían salir a medirse con ellos, el sabio Pogar se lo prohibió e hizo que todos se replegasen al interior del templo, antes de cerrar las puertas.

Al poco llegaron contingentes con armamento más pesado y, detrás de ellos, grandes bueyes cargados con material de asedio. Todo un pequeño ejército contra el que poco podían hacer en campo abierto los cien valientes que la acompañaban en aquel retiro lejano, en el que se habían creído a salvo. El templo, antiguo, había estado consagrado a los ideales que representaba la Máscara Real y llevaba por eso largo tiempo abandonado. Era de un tipo muy común en todos Los Seis Dedos, con una parte construida y otra subterránea. Con tres terrazas superpuestas, enclavado en una ladera abrupta, era sólo accesible a través de una escalinata que subía entre peñas, y los más optimistas lo tenían por inexpugnable.

Pero Pogar se asomó al parapeto, las manos dentro de las mangas de su manto. Los ropajes rojos ondeaban al viento y la máscara de jabalí, de metales dorados, centelleaba al sol. Los benditos le observaban como quien contempla a un oráculo, en espera de su decisión, y los sitiadores a su vez, allá abajo, alzaban la mirada y hacían visera sobre los ojos, llenos de curiosidad. Estudió largo rato, en silencio, cómo los enemigos ensamblaban sus máquinas de guerra, y cómo los ballesteros tomaban posiciones, y supo que el templo estaba condenado.

Observó el gran número de estandartes y la diversidad de gentes que componían las fuerzas. Pudo distinguir enseñas de los principales feales armas, y las siluetas de santones guerreros y altacopas. Banderas de eredales mediarms y mestizos, y de las sociedades guerreras de sierra Cerrada, Nerega y Osca. Pabellones de Pagaise, Caldas y Ongún, los tres diminutos estados pandalumes enclavados dentro de Los Seis Dedos. Al frente de todos ellos se distinguía a un hombre-león con manto rojo y maza de juez. No le pasó desapercibido el simbolismo de ese despliegue, ya que mostraba la voluntad de los jueces armas de movilizar al mayor número de aliados posible contra la Máscara Real, y comprendió que sus planes habían naufragado en sangre.

La sabiduría de Pogar se cimentaba en una vida azarosa y guerrera, y por eso la Máscara Real le escuchaba y le tenía por consejero. Fue él quien, tras evaluar la situación en la que se hallaban, decidió que la máscara huyese mientras sus guardianes defendían hasta el último hombre el templo, para darle así el mayor tiempo posible. Los designados para la muerte aceptaron tal decisión sin protestar, muchos de ellos complacidos de poder prestar tan gran servicio a la máscara. Pero la Real, por su parte, sintió una pena honda, ya que después de haber perdido a sus partidarios más valiosos se veía obligada a sacrificar a los más valientes. Pero se plegó, como otras veces, a las razones de su consejero.

Y así, los cien benditos se hicieron fuertes en el templo. Uno de ellos se vistió con ropas blancas y doradas, y se cubrió el rostro con una máscara de oro puro, idéntica a

la Real, pues había sido forjada por las mismas manos, pero carente de sus virtudes. Aguantaron durante tres días y el ejército de la gente-león sólo pudo invadir el recinto cuando sus proyectiles incendiarios y los virotes de ballesta habían abatido a tantos defensores que casi ya no quedaba en pie nadie que pudiera guardar los parapetos.

Pero para entonces la Máscara Real estaba ya muy lejos y se encaminaba hacia el exilio, hacia el Alto Norte, acompañada tan sólo por el rey-brujo Pogar y las dos concubinas de este último, tal como había empezado su largo camino, dos años antes.

Aquellos fueron días de veras extraños. A un calor anormal para esas fechas, se unieron signos y presagios, así como toda clase de rumores. Cierto que la mayor parte de la gente pudo vivir esos días aún tranquila, ignorante de que se allegaban tiempos turbulentos. Pero algunos, desazonados, sentíamos ya en la piel que disfrutábamos de una falsa calma, como la que precede al viento y la tormenta. Estaba en el aire y yo mismo, casi cada vez que bajaba al Orói Marfil, obtenía siempre algún nuevo retazo que me reafirmaba en esa idea.

Cierta tarde me dirigí una vez más hacia el barrio comercial, sólo que en esa ocasión no fue para deambular al azar, sino citado con un personaje singular: un informador con el que había contactado de forma indirecta, a través de ciertos amigos, y que podía darme pistas para poder llegar a la bruja Tuga Tursa. Así que, al caer ya el sol, me encaminé perezoso por la plaza del Mercado hacia la puerta del Oro, que lleva a la isla del Orói Marfil.

Era un atardecer de esos en los que todo parece empaparse de una melancolía suave, una calma que nadie parece querer romper. El sol estaba ya muy bajo, las nubes blancas se teñían de rosa y rojo, y los muros de la Ciudadela, en lo alto del peñón, parecían hechos de oro. Los estandartes se agitaban con la brisa de la tarde, y los vencejos volaban persiguiendo a los insectos.

Había sido día de mercado, y todavía quedaban unos pocos rezagados en el gran rectángulo de la plaza. Algunos mercaderes retiraban sus géneros en carros de mano que traqueteaban sobre los adoquines. Restos de hortalizas alfombraban el suelo, y yo me detuve unos momentos a olfatear el aire del ocaso, cargado de olores a especias y frutas. Las sombras cuajaban ya bajo los soportales y, de vez en cuando, un graznido resonaba a lo largo de la plaza, por los arcos y entre las enormes estatuas de los ídolos del comercio, con aquella sonoridad que tienen los grandes espacios vacíos.

Mi informador me esperaba tras la caída del sol y yo, sin prisas, fui hacia la parte sur de la plaza. Allí se encuentra la gran puerta del Oro, que tiene forma de templete, con cuatro arcos abiertos a los cuatro puntos cardinales. Uno de esos arcos da a la plaza; otros dos bajan mediante rampas a la orilla. El cuarto es la boca del puente del Oro, que lleva a la isla del Orói Marfil.

Crucé el puente con las últimas luces. Las sombras cubrían ya las aguas, un par de barcazas bogaban por el canal y las aves pasaban en bandadas contra un cielo oscurecido. Después entré en el barrio comercial y mis pasos me llevaron hasta la posada del Dragón, que tiene fama de ser la más antigua de Minacota y que está en la calle que, en otro tiempo, fue el canal que separaba las islas del Oro y del Marfil, ahora unidas.

Me fui directamente a la sala principal de la posada, que es muy amplia y

penumbrosa, con estatuas que soportan el techo sobre sus hombros, a manera de columnas, y paredes encaladas y llenas de tapices, máscaras y hornacinas con ídolos de bronce en su interior. Al fondo de esa sala hay un tablado para las bailarinas y los luchadores, y las únicas luces son las lamparillas que flotan sobre pocillos llenos de agua y aceite, encima de las mesas.

La sala estaba aún medio vacía, aunque en cuestión de un rato, tras la caída del sol, iba a llenarse de público. Fui recorriendo la sala, escudriñando mesas y rincones con discreción, tratando de dar con el hombre que buscaba. Lo encontré en un lateral, sentado en el banco corrido que iba por toda la pared, medio en penumbra. Ni siquiera sabía su nombre, pero sí me habían indicado que estaría cubierto por una máscara de barro sin pintar. Y allí había alguien con una máscara así; un hombre de aspecto indefinible que, por sus ropas, podía ser cualquier cosa y pertenecer a cualquier raza que uno pudiera imaginar.

Él también me reconoció, supongo que por mi máscara de matar, y me saludó con un gesto de su cubilete de vino, por si no lo había visto. Me instalé en el banco a su lado; a la izquierda, como marca la cortesía, con tanta confianza como si fuera un viejo amigo. Él sorbió su vino en silencio, por debajo del borde de la máscara, y yo encendí mi pipa arma, de dos palmos y con la madera llena de tallas. Me recosté en la pared, envuelto en humo, a esperar que hablase.

Tras un intervalo de silencio, el hombre de la máscara de barro entró en materia sin preámbulos.

—Dirígete al lar Eitir Ogúa. Ellos tienen algún tipo de relación con Tuga Tursa.

—¿Qué dices? —Me sobresalté, porque los Eitir Ogúa son un lar pandalume asentado desde muy antiguo en Minacota, influyente y poderoso, y el tener tratos con alguien marcado para la caza de cabezas se paga muy caro—. ¿Qué clase de relación?

—Eso no lo sé. —Tras la máscara de barro, unos ojos duros me observaron—. No digo que haya ningún tipo de complicidad ni connivencia entre ellos.

—Mejor para todos si es así.

—Tuga Tursa se ha dedicado a saltar por los caminos y los Eitir Ogúa tienen intereses en las caravanas. Su relación puede ser de enemistad, o tal vez le paguen protección, para que les deje tranquilos. No lo sé. Sólo te puedo decir que has de dirigirte a los Eitir Ogúa, y ellos podrán darte alguna indicación sobre cómo encontrar a esa bruja.

—Bien.

—Lo que te he contado, ¿vale el precio que habíamos acordado?

—Sí, lo vale —asentí. Había un dinero en manos de un tercero, un intermediario, que pagaría al informador si lo que tenía que decirme era de utilidad.

El hombre de la máscara de barro apuró su copa, la dejó en el banco. Se puso en pie.

—Te dejo entonces. Te deseo suerte en tu caza, lobo. —Y se marchó sin más.

Me quedé sentado un rato en el banco, fumando y un poco aturdido por la brusquedad con que se había desarrollado la conversación y la información recibida. La sala iba llenándose y, entre la gente, pude ver que mis amigos Cosal y Palo Vento estaban sentados a una mesa, enfrascados en una conversación en voz baja. Así que me levanté y, con la pipa en la mano, me acerqué.

Como tenían una jarra de vino encima de la mesa, conseguí un vaso de cerámica antes de sentarme con ellos. Coloqué la espada en el regazo, y la máscara de matar en una esquina, junto al cambuj de halcón de Cosal, y les escuché durante un rato en silencio, sin participar.

Cosal, que servía al Ras, la gran asamblea de los armas, le estaba contando a Palo Vento algo acerca de un viaje realizado por unos espías hacia el este. Un pequeño grupo de hombres había navegado por el Riorrío hasta la ciudad con Confluga y, desde allí, en otra nave habían remontado el Bajo Embiruga hasta el lago Em Zuade. La misión de aquellos hombres, al parecer, había sido la de calibrar de primera mano la situación política de aquellas tierras.

—Hay bastante agitación en el país de los necas. En todo el Puca Reca, más bien —dijo el hombre-halcón, jugueteando con su copa de cerámica.

—Eso pilla lejos. —El hombre-serpiente se encogió de hombros.

—No tanto como uno pudiera pensar. —Se llevó la copa a los labios, meditabundo.

Y no lo está. Al este de Los Seis Dedos se abren grandes llanuras que se extienden interminables hacia oriente. El viajero que atraviesa esos mares de hierba se encuentra, tras mil kilómetros de viaje, con una barrera formada por el lago Qom Lonbo al sur y la Ongada al norte. Esa línea divide las llanuras en dos: al oeste de ella el Chan Menor, y al este el Chan Maior. La frontera meridional del primero de ellos es un largo curso fluvial que nace en el Qom Lonbo y desemboca en el Riorrío: el Embiruga. Al sur de éste, el terreno se hace ya más alto, escabroso y arbolado, y lo habitan tanto nómadas como pueblos sedentarios.

El Puca Reca lo forma el territorio de los puces, un pueblo gargal que ocupa la sierra Ongada, y el de los necas, un pueblo nómada de sangre falise que vive al oeste de la misma, y cuya frontera sur llega al Alto Embiruga. Y, desde hacía cierto tiempo, no dejaban de llegar noticias inquietantes de aquellas tierras que, como acababa de decir el hombre-halcón, no están tan lejos; no al menos para pueblos que viven a lomos de caballo y consideran que la guerra es la ocupación más meritoria de un hombre.

—¿Qué es lo que está pasando exactamente ahí? —Palo Vento inclinó la cabeza.

Cosal se acarició el mentón, como sopesando por un instante lo que iba a decir.

—Veréis. Los hermanos Mutel...

Sólo dijo eso, y dejó la frase en el aire. Palo Vento le miró con párpados entornados, yo seguí fumando. Los hermanos Mutel eran tres puces, famosos por su magia y sus hazañas guerreras, y no precisamente para bien de los armas.

—¿Qué pasa con ellos? —le animó el hombre-serpiente.

—Han alcanzado el rango de reyes-brujos entre los puces.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, no hay duda posible.

—¿Reyes-brujos? ¿Esos bandidos?

—Eso es algo que se viene oyendo desde hace tiempo —intervine por fin—. Y yo diría que son algo más que simples bandidos.

Porque los Mutel tenían, sí, algo de salteadores, pero también bastante de héroes. La sierra Ongada y el lago Qom Lonbo dividen los llanos entre el Chan Menor al oeste y el Chan Maior al este, como he dicho. El primero limita por el norte con regiones de lagos y bosques, y se une al segundo a través de una gran planicie conocida como Aspoulas, que en pandalume antiguo significa algo así como los baldíos o los despoblados. Dos rutas terrestres parten de Los Seis Dedos y cruzan el Chan Menor rumbo al Maior. La sureña va hasta Pagoa, la ciudad sagrada de puces y necas, situada en la punta norte del Qom Lonbo. La norteña, mucho más importante, atraviesa el Chan Menor y Aspoulas, rumbo a la ciudad de Tres Cortes, y está jalonada de colonias armas. Los Mutel llevaban años guerreando contra esas colonias, soñando con devolver a los suyos el esplendor de tiempos más antiguos y gloriosos.

—¿Qué tiene que ver eso con los puces?

—Que los Mutel aspiran a más y tratan de convertirse en Quiniones.

El hombre-serpiente torció el gesto, yo acaricié la pequeña calavera de bronce que me adornaba el mentón. El Quinión es una especie de gran rey que gobierna sobre Pagoa, tiene autoridad sobre los puces y los necas, y al que rinden también pleitesía grupos nómadas de Chan Maior, trocalumes y sensis sobre todo. De ahí el antiguo nombre de Quinión, porque antiguamente se decía que gobernaba sobre gentes de cinco pueblos distintos.

—Debe de hacer cien años que murió el último Quinión —rezongué—. Me parece una tarea ardua volver a reunir a necas, puces, pagoanos y a los lares nómadas del este.

—Las dificultades no asustan a los Mutel. Yo diría más bien que les sirven de acicate.

—¿Tú crees que pueden conseguirlo? —Palo Vento escancié un poco más de vino.

—Antes de hablar con los hombres que han hecho ese viaje, hubiera dicho que no. Pero ahora no sé qué pensar. Los Mutel están dispuestos a lo que sea con tal de ganar fama y honores, y conseguir así apoyo entre los jefes y ancianos de esos

pueblos. Además, nuestros agentes han recogido un rumor...

—¿Qué rumor? —preguntó el hombre-serpiente, porque era a él a quien estaba mirando Cosal.

—Que los Mutel han resucitado al Cufa Sabut.

Palo Vento le miró adusto, pero no sorprendido; al revés que yo, que tuve allí la primera noticia de que aquella máscara, antigua y mortífera, volvía a caminar entre los hombres.

—No pareces sorprendido. —Cosal le estudió con ojillos de halcón.

—Porque no lo estoy.

—Entonces ya lo sabías.

—Sí. Lo que ignoraba era quién había devuelto la vida a la máscara.

—Entonces el rumor es cierto.

—Lo es.

—¿Está informado el Ras?

—Informarle o no, es cosa de los mayores de mi feral, no mía. Cuéntame todo lo que sepas.

—Es muy poca cosa. Se dice que los Mutel encontraron la máscara en un templo, en el norte de la sierra Ongada.

—Pero ¿cómo llegó hasta allí?

—Algunas mujeres-pantera del Oga Pantera se refugiaron allí tras ser derrotadas. Cruzaron el Chan, llevando consigo la máscara, y la dejaron en custodia en uno de los templos subterráneos puce. Los Mutel debían de saberlo desde hace tiempo; pero sólo han podido apoderarse de ella siendo reyes-brujos.

—Lo que no entiendo es qué esperan ganar resucitándola.

—Puede que lo hayan hecho para que les sirva en sus planes.

—Tonterías. —El hombre-serpiente sonrió con desdén en la penumbra—. El Cufa Sabut sigue su propio camino y no conoce amo. Ni tampoco gratitud. Si tratan de presionarle, es muy posible que acabe volviéndose contra ellos.

—No creo.

—Ya lo verás. El Cufa Sabut es incontrolable.

—Escucha: los Mutel parecen haber rescatado la máscara por una razón muy concreta.

—¿Cuál?

—Al parecer, esos puce han forjado una Máscara Real.

Hubo un largo silencio. Cosal se llevó el vaso a los labios, observado por Palo Vento. Yo les contemplé a los dos, antes de apartar los ojos y pasarlos por aquel salón oscuro, que entretanto se había ido llenando de gente. El titilar de las mechas creaba penumbras temblonas que se agitaban. En esos vagos resplandores uno podía distinguir a la heterogénea concurrencia: armas, mediarms, algún gargal,

pandalumes, mestizos, hombres del sur y personajes exóticos, llegados por el río desde lugares distantes. Dejé la mirada, por alguna razón, posarse sobre un puñado de mujeres-hormiga —mediarmas de cráneos afeitados y espectaculares armaduras lacadas en negro— que se agolpaban alrededor de una mesa cercana, absortas en un juego de tablero e indiferentes al bullicio tabernario.

Desde hacía un par de años, venían oyéndose historias de que una Máscara Real vagabundeaba por los lugares más apartados de Los Seis Dedos, realizando hazañas y milagros, y ganando adeptos para su causa. Corrían muchos rumores, sí; pero pocos les habían dado mucho crédito, considerando que era un episodio más de falsarios, como otros que ya habían conocido Los Seis Dedos. Yo, al menos, era de los que había creído eso y, a juzgar por la cara de Palo Vento, él también. Hasta ese momento.

Di una larga calada a la pipa.

—Se acercan grandes acontecimientos —susurré, sin mirar a nadie en concreto.

—Así parece. —El hombre-halcón dejó escapar una sonrisa fatalista, más propia de Palo Vento que de él.

Y ahí se quedó la conversación. Aparté la pipa para dar un sorbo a mi vaso. Alguien cruzaba con paso lánguido las sombras del local, entrevista al resplandor de las velas. Una mujer-serpiente, desnuda y aceitada, con las muñecas y los tobillos llenos de ajorcas, una máscara de bronce sobre el rostro y los cabellos oscuros recogidos en gruesos tirabuzones entre los que brillaban broches de bronce bruñidos. Era pequeña y esbelta, con figura de adolescente, y portaba con despreocupación sus espadas al hombro. Aquella máscara era muy extraña: semihumana, fascinante y repulsiva a un tiempo.

—Es la Bibruela —nos advirtió Palo Vento con un susurro, por si no la habíamos reconocido en la semioscuridad.

La Bibruela, la viborueta, pequeña y mortífera. Atravesó las penumbras con movimientos sinuosos, llenos de gracia pero inquietantes, nos lanzó una mirada fugaz y acabó por sumirse en las tinieblas del fondo.

—Apartaos de ella. Los besos de la Bibruela están envenenados.

Cosal esbozó una mueca y yo llevé los dedos a la máscara de matar. De alguna manera, eso rompió con la conversación solemne, dando paso a cotilleos y confidencias. Al final nos callamos, porque habían encendido los flameros y un grupo de músicos estaba tocando los tambores. Bailarinas desnudas, con la piel untada en aceite, se cimbreaban sobre el tablado al son, con espadas en las manos y máscaras de cobre bruñido sobre el rostro, con ajorcas de bronce y oro en muñecas y tobillos, y campanillas en el pelo.

Nos volvimos para ver mejor. Giraban con rapidez, entrechocando aceros y con los cuerpos reluciendo de aceite y sudor, las joyas chispeando al fulgor de las llamas,

las cabelleras ondeando. Aquel baile era una variante mundana de una danza guerrera tradicional, de las que se bailan en los campamentos en las vísperas de batalla, y no pude por menos que preguntarme para mis adentros, si no sería aquello un agüero.

Abandonamos la posada del Dragón bastante tarde y los tres nos fuimos hacia el puente del Oro, algo achispados. Las calles ya estaban vacías, claro, y sólo nos encontramos con un par de alguaciles que no nos dedicaron dos ojeadas. Fue tras cruzarnos con ellos cuando algo —que en aquel momento tomé por un ruido, pero hoy estoy muy seguro de que fue un presentimiento— me hizo detenerme. Mis dos amigos se pararon a mi lado, mirándome.

—Juraría que he oído algo —murmuré aunque nadie me había me había preguntado, al tiempo que acariciaba el pomo de mi espada, cincelado en forma de cabeza de lobo.

En la boca de un callejón, Cosal giraba la cabeza de un lado a otro, como un halcón receloso, haciendo ondear las largas plumas blancas y verdes de su máscara. A un par de pasos, con un pie sobre un mojón de piedra, Palo Vento se frotó displicente la cabeza.

—Habrà sido el viento.

—No hay viento.

—Entonces es que has bebido demasiado —sonrió con falsa amabilidad.

Lo ignoré para escudriñar por última vez las sombras de aquel callejón que se recurvaba entre tapias de adobe cubiertas de hiedra y enredaderas. Por último aparté a regañadientes la mano de la espada. La noche colgaba a nuestro alrededor inmóvil, el agua chapoteaba a un par de calles contra las márgenes del canal y los mosquitos aleteaban con pesadez en el aire húmedo y cálido. Estaba formándose niebla sobre el río y comenzaba a invadir la ribera.

—Está cerrando la niebla —comentó Cosal—. Es mala hora.

—Hora de brujas —convine.

Y, como al conjuro de esas palabras desafortunadas, vimos cómo una figura alta aparecía calle arriba, viniendo a nuestro encuentro. Se acercaba paseando con indolencia entre los retazos de bruma, con sus armas colgantes del hombro izquierdo. Aquel perezoso caminante tenía un aire inconfundible de hombre-serpiente y, en el silencio nocturno, oíamos con claridad el débil tintineo producido por el entrechocar de las vainas lacadas de sus aceros.

Palo Vento se volvió a observarle con una expresión muy peculiar. Entre los flecos de vapor blanco, constatamos que efectivamente era un gorgota; un hombre de gran estatura, desnudo y con una máscara de arcilla sobre el rostro. La ausencia de adornos o pinturas impedían precisar si era un arma —fuese un miembro de feral

serpiente o un dao^[2]— o un mediarma: un miembro de los eredales independientes. Por el diseño de su máscara, bien podía ser incluso un gargal.

Pero por la expresión alarmada de Palo Vento, descarté enseguida que fuese de su feral, o siquiera amistoso. Había algo amenazador en aquel caminante nocturno y, viéndole llegar por la calle entrevelada de nieblas, me pregunté si no sería un mal espíritu, sediento de sangre. Cosal, impassible tras la máscara de halcón, echó mano a la espada. Y yo, inquieto, acaricié la pequeña calavera de bronce de mi mentón —el adorno que distingue a los cazadores de cabezas— para espantar el maleficio que parecía acompañar a esa figura solitaria. Luego, bajé la máscara de matar sobre mi rostro.

Él llegó a unos pasos y se detuvo. Ladeó la cabeza para dirigirse a Palo Vento.

—Busco a la Bibruela. ¿Dónde está? —preguntó con voz sorprendentemente melodiosa.

—No sé dónde puede estar.

—¿Y tú quién eres? —gruñí yo, envalentonado por la máscara de matar.

—¿Cómo te llamas ahora? —El recién llegado se volvió, más hacia el cambuj que hacia mí.

—Cuidado —advirtió Palo Vento, que no apartaba la mano de las espadas—. Es el Cufa Menor.

Escuruté aquel semblante de arcilla, hermoso y enigmático. Así que aquél era el Cufa Menor, modelado a imagen del legendario Cufa Sabut, de la misma forma que éste lo está a imagen de Bagalagagcú. Los rasgos asomaban entre volutas de bruma, a la luz escasa de las luces callejeras: ojos rasgados, frente amplia, pómulos altos. Volví a rozar la diminuta calavera de mi mentón, dispuesto ya a luchar; porque sólo el Cufa Sabut puede crear un Cufa Menor, y ambos están animados por un mismo espíritu.

—Me llamo Corocota. Cazo cabezas.

—¿Cuándo has hecho otra cosa?

Observó brevemente a Cosal, antes de volverse de nuevo a Palo Vento.

—Tú y yo ya nos hemos visto.

—Sí, hace años. —Y sacó con un siseo sus espadas.

El hombre-halcón y yo le imitamos. Y justo entonces, resonando a lo largo de la maraña de calles, nos llegó el repiqueteo de unos crótalos; un sonsonete monótono y amenazador que iba creciendo, según se acercaba. El Cufa Menor se volvió, desentendido de las seis hojas que tendíamos contra él.

—¿No preguntabas por la Bibruela? —susurró Palo Vento—. Pues mira: por ahí viene.

El Cufa Menor sacudió como en sueños la cabeza. El sonido aumentó, definiéndose y, de la niebla arremolinada en los pasajes, surgió una figura menuda con una máscara semihumana de bronce bruñido. Llegaba sin prisas, sujetando con la

mano izquierda los correaes de sus espadas sobre el hombro izquierdo, y con la diestra hacía entrechocar las castañuelas. Su piel aceitada, las ajorcas y el cambuj brillaban al tenue resplandor de las luces de la calle.

El amenazador toque de crócalos cesó de golpe. La Bibruela se detuvo junto a la esquina cubierta de tallas y, descolgando las espadas, las empuñó antes de lanzar a lo lejos las vainas; un viejo gesto arma que significa que un duelo va a ser a muerte. En el espeso silencio que siguió, el Cufa Menor desenvainó sus propios hierros, y las hojas abandonaron las fundas con un débil crepitar, como serpientes que salen de su madriguera. La bruma seguía subiendo desde el río, espesándose y empañando las luces. Se acercaron el uno al otro sin mediar palabra, con movimientos acompasados. Iba a producirse una lucha ritual entre máscaras mayores y nosotros tres nos apartamos en consecuencia, haciendo sitio.

Fueron aproximándose lenta, muy lentamente. Sus gestos transmitían una amenaza palpable, la niebla hervía a su alrededor y las luces tamizadas de las lámparas de aceite se reflejaban en los aceros desnudos. Se estuvieron valorando durante largo rato, a tres pasos, y después saltaron el uno contra el otro a un tiempo.

Entreveradas de bruma, las dos figuras enmascaradas daban vueltas en una danza mortífera, lanzándose golpe tras golpe, y los hierros tintineaban en el sosiego de la noche. Tras ese feroz cruce de estocadas, el hombre alto y la mujer menuda se separaron para volver a girar despaciosos en torno a un centro imaginario.

Por segunda vez se atacaron con soltura, cruzando hierros según la esgrima tradicional de las serpientes: estocada sobre estocada. Las espadas se encontraban chasqueando, rechinando, campanilleando; las chispas centelleaban fugaces entre la niebla y la sangre saltaba, empañando los brillos del acero.

Volvieron a apartarse con las espadas tendidas, observándose con fijeza. Un rencor antiguo parecía envenenar el aire húmedo y pesado de la noche. Los cuerpos desnudos de los duelistas relucían de aceite, sudor y salpicaduras de sangre. Los rostros esculpidos en piedra de las esquinas observaban con expresión somnolienta, a través de la niebla que se arremolinaba con lentitud.

Otra vez se acometieron entre la bruma, con cambios muy rápidos de estocadas. Los lances del duelo les llevaban de un lado a otro, de forma que entraban en nuestro campo de visión o se alejaban hasta casi perderse en la niebla, convertidos en dos figuras brumosas que combatían. El Cufa Menor intentaba sacar partido a su mayor envergadura y la Bibruela se movía sin pausa, fintando y tirando con agilidad. Las hojas se encontraban una y otra vez, silbando y resonando.

Se atacaban con celeridad, casi como si bailasen, con estocadas ajustadas y parando por la mínima; como duelistas que se hubieran medido ya muchas veces antes y conocieran cada maña de su adversario.

Les vimos hundirse en la bruma una vez más, siempre luchando, hasta convertirse

en dos figuras indistintas, para luego reaparecer resollando con fuerza por entre los dientes apretados, la Bibruela ahora cediendo ante un chaparrón de estocadas. De súbito, durante ese retroceso y al atacar de nuevo su oponente, la manamaraga paró y se tiró a su vez a fondo, a tumba abierta, rebasando la punta de la espada contraria y dejando que la suya propia pasase de largo, bloqueada por la daga del Cufa Menor. Llevada del impulso llegó al cuerpo a cuerpo, para asestar un golpe relámpago con su propia daga, semejante al picotazo de una víbora, antes de saltar atrás y asumir una postura defensiva.

Les vimos de repente inmóviles entre los flecos de niebla. El Cufa Menor se tambaleaba con las armas en alto, mientras la Bibruela le acechaba puesta en guardia. La sangre saltaba a borbotones de la herida del poseso, y le corría por el vientre y las piernas, para formar a sus pies dos charcos oscuros que relucían tenues. No pude evitar asombrarme ante el poder sobrenatural de aquella máscara de arcilla, que era capaz incluso de sostener en pie a un hombre muerto. Porque la hoja de la Bibruela había mordido bajo el esternón de su enemigo, en un golpe mortal de necesidad, bien conocido por cuantos manejamos hierros, que toca estómago, pulmones y corazón.

En un esfuerzo sobrehumano, el Cufa Menor lanzó sus armas contra la Bibruela. Pero ésta las desvió sin mayor dificultad, interponiendo sus propias hojas. Las espadas del poseso trazaron un arco y la niebla y la noche se las tragaron. Y entonces, mientras aún se oía un retintín de aceros que rebotaban sobre los adoquines, la máscara de arcilla estalló. Aquel rostro agraciado que representaba al Cufa Sabut reventó en mil pedazos con un sonido alto y cristalino, como el que hace una vasija que cae y se estrella contra el suelo. Los fragmentos saltaron en todas direcciones al tiempo que su portador salía lanzado hacia atrás, como si le hubieran empujado.

El cadáver rodó por el empedrado, dando lentos tumbos, y acabó tendido bocarriba. Los tres nos acercamos despacio y yo me fui hasta la Bibruela. Había recibido un corte en el hombro derecho, cerca del cuello, durante el lance final, y la sangre trazaba regueros perezosos entre sus pechos aceitados.

—¿Quieres su cabeza? —le pregunté, porque yo aún calaba la máscara de matar y todavía tenía las espadas en las manos.

—Esta serpiente no come serpientes.

El timbre de su voz era muy joven, casi infantil. Pero tras los ojos rasgados de la máscara de bronce acechaba una mirada tan fija y fría como la de un reptil, y no pude evitar un escalofrío. Ella arrancó un puñado de hiedra para limpiar con calma sus espadas ensangrentadas. Cosal se había acuclillado junto al muerto.

—Podría ser un gargal —aventuré—. A la mezquina luz de las lámparas, sus dedos toparon con un pedazo de arcilla, un resto del Cufa Menor—. La máscara está destruida.

—El Cufa Sabut hará otra si así lo desea, y portadores no le faltarán. —La

Bibruela se encaró con él—. No me importa si era gargal o no. Era un hombre-serpiente, uno de los nuestros, así que ocúpate de que descansen con los de nuestra sangre.

Mientras él asentía, ella recogió las vainas lacadas de sus armas. Giró su rostro de bronce una vez más, primero hacia el cadáver y luego hacia nosotros. Las luces de las esquinas rielaron débilmente sobre aquel semblante mitad ofidio mitad femenino, bello y repulsivo a un tiempo. Nos dio la espalda y un instante después había desaparecido en la niebla que cubría las calles del Orói Marfil.

Hay una escalinata ancha y muy concurrida cerca del canal del Bais Oude, un poco más arriba del puente que lleva a Parautapedra, el barrio pandalume de Minacota. Es un lugar agradable, frecuentado por ociosos, con gradas que llegan hasta el mismo borde del agua, flanqueadas por corpulentos plátanos de sombra y estatuas de piedra. Fue allí donde, unos quince días antes de la fiesta del Alto Ogual, me reuní con Togtatau del lar Eitir Ogúa, ya que los armas evitamos, mientras nos sea posible, pisar el barrio pandalume donde, gracias a viejos distingos, rigen las leyes de ese pueblo y no las nuestras. Además, Togtatau prefería que no la vieses en mi compañía dentro de aquel recinto.

Como otra mucha gente, habíamos ido a sentarnos en las gradas bajo uno de los grandes plátanos, huyendo del sol de media mañana. La temperatura era aún suave y la brisa hacía temblar los claros y oscuros del follaje. Se oían pocos ruidos, aparte del murmullo de la corriente y un rumor de conversaciones. Las aguas del Bais Oude, ancho y calmoso, centelleaban al sol, reflejando los muros de piedra, las cúpulas de cobre y los estandartes blancos y azules de Parautapedra, al otro lado del canal. Yo cargaba meticulosamente mi pipa de tabaco —una pieza de artesanía arma, de dos palmos de longitud y algo curva, con la madera llena de tallas—, y ella contemplaba distraída el correr del agua, haciendo resonar sus ajorcas de bronce.

De repente, a no más de un tiro de lanza, la superficie del agua estalló estruendosamente, al tiempo que la espuma saltaba en todas direcciones. Al volver la cabeza alarmados, pudimos contemplar como el lomo rugoso de un gran reptil surgía desde las profundidades, levantando surtidores enormes. Entre sorprendida y asustada, Togtatau se puso en pie de un salto y señaló al monstruo que retozaba en mitad del canal, como si yo no lo hubiera visto.

—¡Mira, mira! ¡Un dragón! —Había pasmo y miedo en su voz.

Yo me había incorporado atónito, pipa en mano. La gran bestia se hundía para reaparecer a los pocos instantes, atronando, y su cola erizada de nudos óseos aporreaba con furia el agua, alzando cortinas de espuma. Calculé que aquel monstruo, a ojo de buen cubero, debía de medir sus buenos diez o doce pasos de longitud.

—Un dragón, sí, y de los grandes...

La gente se acercaba gritando a lo alto de las escalinatas y los que habían estado a pie de agua subían atemorizados las gradas. En el canal, una barcaza cargada de hortalizas viraba con dificultad, intentando huir del monstruo que chapoteaba a escasas brazas. Los boteros se afanaban sobre remos y timón, sudando, chillándose entre el estruendo y los rociones provocados por los coletazos del reptil. Los espectadores gritaban, y yo recuerdo haber blasfemado al ver la pereza con la que evolucionaba aquella chalana.

—¡Los va a atacar!

—¡Están perdidos! —Me pasé las manos por los cabellos—. Ese dragón es enorme. Va a embestir la barcaza por debajo y la echará a pique. Eso si no los hace volcar.

Sin embargo, de forma increíble, la bestia ignoraba al lanchón. Seguía revolviéndose en mitad del canal, desplazando grandes masas de agua, y la barcaza fue alejándose poco a poco de allí, jaleada por los espectadores. La vimos acercarse penosamente a la orilla, temerosos de que en cualquier momento el monstruo fijase su atención en aquel pesado transporte de hortalizas y se sumergiese para atacarlo.

La tripulación lanzó un par de cabos a tierra y no faltaron quienes bajaran a agarrarlos y halar. Entre unos y otros llevaron la embarcación con tanta fuerza contra el margen de piedra que el costado chocó sonoramente y un par de remos saltaron en pedazos. Los atemorizados boteros saltaron a tierra y todos huyeron escalinatas arriba.

Pero el monstruo se hundió una vez más y ya no volvió a aparecer. La barcaza, abandonada a su suerte, comenzó a derivar alejándose de la orilla. Muchos estuvimos un buen rato allí de pie, expectantes, escudriñando el canal sin descubrir señal alguna de aquel reptil gigantesco. Las aguas revueltas fueron aquietándose poco a poco y la gente comenzó a apartarse de la ribera y de los pretilos del puente.

Nosotros dos nos volvimos a la sombra y yo, con un ojo aún en el canal, seguí llenando la cazoleta.

—Sí que es raro —comenté—. Los dragones no suelen entrar en los canales ni comportarse de esta forma. ¿Será un agüero?

Togtatau se acomodó otra vez con las piernas cruzadas sobre la grada.

—Dicen que están a acecho en el agua, esperando a que pase alguien cerca. Y que entonces le arrastran al fondo y se lo comen.

—Sí —acerqué lumbre al tabaco—, es uno de sus trucos favoritos.

—¿Crees que se quedará en los canales?

—Espero que no. Si lo hace habrá que salir a pescarlo, y ya has visto lo grande que es.

Ella jugó distraída con el puño de bronce de mi espada, que descansaba envainada sobre mi regazo.

—Si apareciera de repente para comernos, ¿podrías matarle con tu espada?

Sonreí sin poder evitarlo, aún tratando de encender la pipa. Aquellos comentarios, mitad inocentes mitad halago calculado a mi vanidad, eran muy típicos de ella.

—¿Te ríes? —Se le escapó un mohín, malinterpretando mi sonrisa—. ¿Tú no tienes miedo a la muerte?

Volví a sonreír, sin dejar de tratar de que la pipa tirarse. Aunque entretanto pensé su pregunta.

—No —repuse por fin, al tiempo que lanzaba la primera bocanada de humo—. Al menos no me lo da la idea en sí. La muerte es inevitable, todos hemos de morir algún día y eso es algo que hemos de aceptar. Otra cosa es cómo reacciona uno al verse en las fauces de la muerte.

—A mí me da miedo —admitió con una de sus sonrisas ambiguas—. No me gusta pensar en la muerte. No quiero. Sólo de pensarlo me tiemblan las piernas.

No había respuesta alguna a eso y por tanto nada dije. Me limité a dar un par de caladas, mirándola de soslayo. En aquel entonces era una mujer muy guapa: una pandalume pequeña y alegre, de cabello alborotado y sonrisa brillante. Al menos así la conocí y así quise recordarla siempre. Hubo un tiempo en que fuimos amantes y llegué a creer que habría algo más sólido entre nosotros dos, pero ella no lo consideró conveniente, nos fuimos distanciando y llegó un tiempo en que ya no nos vimos más.

Me arrebató la pipa, ya que le gustaba fumar tanto o más que a mí, y las fundas de bronce que cubrían la punta de sus dedos resonaron sobre la madera de la caña.

—Dicen que has vuelto a la guerrilla —apuntó como de pasada, envuelta en volutas de humo.

Resoplé. Hay momgargas que, cuando les conviene, ignoran las sutilezas culturales de los gorgotas, e incurren en errores que son mezcla de desconocimiento real y ofensa encubiertas. Y es muy propio de un pandalume confundir caza de cabezas y guerrilla, aun sabiendo perfectamente que no son lo mismo.

—No es verdad: te han engañado.

—Entonces ¿por qué llevas de nuevo tu máscara de matar? —se emperró—. Dicen que la gente-león te ha encargado matar a Tursa Tumbalobos...

—¡No te atrevas a mencionar ese nombre! —exploté, de repente indignado. Siempre habrá fanfarrones dispuestos a usar apodos tales como Tumbalobos, Mataojos, Zampagrullas y demás. Y ninguno llega jamás a viejo, que de eso se encargan tarde o temprano los hierros del feral ofendido.

—Lo siento, no me grites —se excusó, incómoda. Pero eso no la hizo cambiar de tema—. Tuga Tursa es una bruja mestiza y dicen que es muy poderosa..., ¿serás capaz de matarla?

—Más me vale —respondí aún malhumorado—. ¿Quieres que te traiga algún regalo? ¿Una o dos cabezas?

—Disfrutas cazando cabezas, ¿eh? Pero algún día puede que alguien te corte la tuya para variar, y eso no te hará ya tanta gracia —rezongó, molesta ahora ella.

—Y cuando eso ocurra, ¿tú serás de los que se alegren o de los que me lloren?

—No dices más que tonterías —bufó.

Y ya no habló más; agachó la cabeza y se dedicó a chupetear mohína la boquilla de la pipa.

Estuvimos en silencio un buen rato. La barcaza abandonada derivaba a favor de la

corriente, ahora por el centro del canal, dando lentas bordadas, y las aves comenzaban a posarse sobre las pilas de hortalizas. Por fin, con un suspiro, me volví hacia Togtatau y estudié el trazo de pintura azul que bajaba por su frente para bifurcarse, sobre el puente de la nariz, en dos trazos que surcaban las mejillas.

—Vamos, mujer —me decidí a contemporizar—, ya me conoces; no te enfades.

Ella dio un par de caladas, aún mohína, antes de devolverme la pipa y lanzarme una mirada de soslayo.

—Tursa... Tuga Tursa es mala enemiga. Ha matado ya a tres cazacabezas armas.

—Dos —le corregí.

—Sean dos o tres, es una bruja terrible.

—¿Qué puedes contarme de ella?

Me miró sin sorpresa, porque ya debía de haber imaginado que, tras tanto tiempo, le había pedido vernos para tratar aquel asunto. Por tanto, mi informador de la máscara de barro no mentía al decir que algo —fuese alianza o enemistad— había entre la bruja y el lar Eitir Ogúa.

—Ha conseguido reunir de nuevo a unos cuantos partidarios y anda errante por las Tierras Altas.

Hablaba con total convencimiento, y eso me alarmó, porque era muy probable que las lais de su lar la hubiesen aleccionado sobre lo que tenía que contarme; y esa gente nunca hace nada que no sea en beneficio propio. Le hice un gesto para que siguiese hablando.

—Se ha ligado mediante juramentos a alguien muy poderoso.

—¿Quién?

—Una máscara antigua de los gorgotas. El Cufa Sabut, que ha vuelto una vez más para hacer la guerra.

—Mucho sabes tú —susurré.

Ella se lo tomó como un halago, aunque no lo era, y sonrió.

—¿Qué más? —le insistí.

—Poca cosa. —Ladeó la cabeza—. Ah, sí. Por si te sirve de algo, podría ser que una bruja arma, una tal Sagalea, de las Tierras Altas, pudiera llevarte hasta ella.

No le contesté. La observaba entre el humo, y ella sostenía mi mirada sin pestañear, con ojos inocentes; señales que, en su época, había aprendido a temer en ella.

—Sagalea. —Lancé una bocanada.

—Eso es.

—Togtatau, con la caza de cabezas no se juega.

Entonces sí cambió de expresión.

—¿Qué quieres decir?

—Ni se te ocurra tratar de manejar la información que das a un cazador de

cabezas.

—Eres tú quien me ha pedido vernos. —Me miró con ojos ofendidos.

—Sé que hay algo entre tu lar y Tuga Tursa, Togtatau.

Esa afirmación la pilló por sorpresa y sus ojos, de repente, evitaron los míos. La miré con el ceño fruncido.

—Me voy a las Tierras Altas —le dije.

Y, al ver su expresión desdichada, sentí como mi irritación se esfumaba, dejando en cambio un poso de tristeza.

Fui a cogerle la barbilla entre los dedos, en un antiguo gesto, pero ella rechazó mi mano y se puso en pie, rehuendo en todo momento mis ojos.

—Te deseo buena caza, lobo, de corazón. Pero, por si te fuera adversa, mejor te digo ahora adiós. —Y no añadió más, despidiéndose así de mí, como si fuéramos dos desconocidos.

La miré abrumado y ella se volvió para marcharse. Luego la rabia me cegó y busqué sin pensar el puño de la espada. A punto estuve de desenvainar y separarle la cabeza de los hombros. Faltó un pelo. Pero ella ni siquiera llegó a darse cuenta, porque me daba ya la espalda. Me contuve y contemplé desalentado cómo se iba, subiendo las gradas. Puede que su paso vacilase, puede. Pero en todo caso, ni se detuvo ni se volvió, y acabó marchándose sin mirar atrás.

Yo también me fui, pero no hacia el puente de Parautapedra, como ella, sino cuesta arriba, hacia la colina. Subí por las calles del Tal Estaú a grandes zancadas, sintiendo cómo ardía de cólera, y crucé así todo el barrio del Estaú, desde el canal a la parte alta, donde la trama urbana se deshace en casas dispersas, agarradas a la ladera, y las calles se resuelven en senderos que recorren el flanco de la colina y llevan al Barrio Viejo y la Ciudadela.

Me dirigí hacia esta última y, al rato, me desvié por la escalera que sube hasta el antiguo santuario de Ejaune, el tutelar de los muertos. Un sol cegador colgaba del cielo azul y sin nubes, el calor iba ya apretando y las aves sobrevolaban majestuosas las aguas centelleantes del río. Fui ascendiendo por aquellos escalones tan antiguos como la ciudad, ya por la parte pétrea de la colina y, a media ladera, en un rellano, me topé con dos mujeres-urraca, que montaban allí guardia con arcos y espadas. Al asomarse a la escalera, me vieron trepar agobiado por los golpes de aire ardiente, y comenzaron a llenarme de burlas.

Al llegar, les dediqué un mal gesto. Una vestía falda negra con ceñidor de bronce y un caprichoso coselete del mismo metal; la otra iba desnuda, con el Gran Sello de la Urraca pintado en la espalda. Lucían un corte de pelo muy extendido entre ferales de aves: la nuca y sienes afeitadas y la mata formando altos mechones que, en su caso, eran negros con puntas blancas. Ambas respondían a los tópicos sobre su parentela,

ya que eran alegres y maliciosas, y las alhajas de oro, bronce y cobre relucían con tal fuerza sobre sus pieles morenas que casi llegaban a deslumbrar.

Mis malas pulgas no me salvaron de sus pullas. Pero no pude ofenderme, porque las mujeres-urraca son así. Es más, me detuve allí, a charlar un rato. El rellano era amplio, con balaustrada y dos grandes ídolos emplazados a ambos lados de la escalera. Ellas estaban allí para hacer valer el viejo distingo que prohíbe a los momgargas utilizar los senderos de la ladera ya que aquél era un punto de defensa, desde donde ellas dos con sus arcos hubieran podido contener a un ejército que subiese por la escalera. Pero en aquella mañana de sol y moscas, sin nada que hacer, se aburrían mortalmente.

La pared está excavada en forma de gruta artificial, para ampliar el rellano y dar, en aquella ladera orientada al sur, sombra los días de sol y refugio los de lluvia. Allí nos sentamos, a resguardo, y yo encendí la pipa. Las escuché parlotear y hasta les permití que tocasen la calavera de mi mentón; un gesto que, según cierta superstición, da buena suerte a las mujeres. Les dejé la pipa, para que fumasen, y me acerqué a la balaustrada, a contemplar el dédalo de tejados, patios y azoteas; las aguas calmas y centelleantes del río, los islotes cubiertos de vegetación, los barcos de velas coloridas. Y, al cabo, reanudé el ascenso.

Más allá del rellano, la escalinata serpentea hacia la vertiente oeste, donde las paredes rocosas caen a pico hasta el agua. Y así, siempre subiendo, llegué por fin al viejo santuario de los muertos, sito en una profunda oquedad natural de la parte pétrea de la colina. No pude evitar un suspiro, al tiempo que me enjugaba la frente, al ganar la sombra de esa gran cavidad.

Hay un pretil de piedra para evitar caídas accidentales, el suelo ha sido nivelado y, al fondo del gran repecho, se encuentra el santuario. De puertas afuera uno no ve otra cosa que un pórtico tallado en la roca viva, con rechonchos ídolos gargales haciendo como que sujetan el techo de piedra, a modo de columnas. Pero más allá de la puerta adintelada se abre una red de galerías y cámaras subterráneas, un laberinto rocoso en el que se atesoran miles de máscaras funerarias, y no sólo gorgotas, sino también momgargas, algo que resulta de lo más insólito entre nuestras gentes.

Una escalinata de tres escalones muy largos, anchos y bajos llevan del suelo a la puerta. Allí, como de costumbre, había no pocos ociosos sentados, y al pasear la vista por ellos descubrí a dos hombres-serpiente de cabezas afeitadas. Uno era mi amigo Palo Vento y el otro un personaje enjuto y hermético que se aireaba en esos momentos con un abanico. Vestía una larga falda tubular y media armadura lacada; lucía una calavera de bronce en el mentón y mantenía su larga espada sobre el regazo. Aquél no era otro que el famoso Aorcabuéis, el mejor cazador de cabezas de nuestra época.

Dudé, aunque era amigo de uno y había subido en busca del otro, pero no quería

interrumpir una charla privada. Sin embargo ellos me hicieron gestos de que me acercase y yo así lo hice, saludando primero al gran Aorcabuéis, que había cazado un total de cuarenta y nueve cabezas para tres Altos Jueces. Él, con un gesto regio del abanico, me invitó a sentarme con ellos en los escalones. Tenía fama de solitario y reservado; un hombre sin amigos ni mujer, que pasaba los días sumido en sus propios pensamientos.

Eché mano a mi propio abanico para mitigar aquel calor agobiante. Palo Vento me lanzó una ojeada y se interesó por mis asuntos.

—Me voy a las Tierras Altas —confesé—. He sabido que Tuga Tursa anda por allí, y de alguien que tiene cierta relación con ella.

—Es una buena noticia, ¿no? —El hombre-serpiente me miró, ya que algo en mi expresión o mi tono le había llamado la atención.

—Depende. La información es bienvenida, por supuesto. Lo malo es que me ha llegado por boca de Togtatau.

—¿Tu Togtatau?

—Esa Togtatau —maticé lacónico.

—Bueno, ¿y qué?

—Que la conversación no me ha gustado nada.

—¿Crees que ha tratado de engañarte?

—No lo sé. Veo la mano de las lais de su lar en lo que me ha contado, y éstas no hacen nada porque sí. Pero espero que no me haya mentido.

—Ya. —Entornó los párpados, antes de lanzar un manotazo contra un moscardón—. Si lo hubiese hecho... —Dejó la frase en suspenso y paseó la mano por la vaina de su espada.

—Si así fuese... —Agité mi abanico, turbado—. Si ella me hubiese engañado a mí, a un cazador de cabezas, tendría que matarla. —Me dije a mi mismo que, de ser así, usaría ese pequeño cachetero que tantos armas llevamos encima, oculto en cualquier parte. Un solo golpe, bien dado y por sorpresa, y por lo menos no sentiría llegar esa muerte a la que tanto temía.

Palo Vento, la mano sobre la cabeza de serpiente que era el porno de su espada, escudriñaba mi rostro.

—¿Lo harías?

—No —acepté con un suspiro—. Supongo que me faltaría valor. Para qué me voy a engañar.

—Ya sabes lo que ocurriría en tal caso —intervino entonces, por vez primera, el gran Aorcabuéis.

Asentí en silencio. Si alguien me trababa voluntariamente con mentiras en la caza de cabezas y yo no era capaz de aplicarle la ley arma, los míos me castigarían. Caería en desgracia, mi propio feral me repudiaría y yo me convertiría en un desheredado,

un hombre sin parientes ni posición.

—Lo que ha de ser, sea. —Mostré las palmas de las manos, resignado, con una de esas frases hechas que tanto nos gustan a los armas.

—Bien dicho, lobo. —Una sonrisa fugaz cruzó por el rostro adusto de Aorcabuéis.

—Espero que, si eso sucede —añadí resentido—, sienta algún remordimiento, un poco al menos.

—¿No estás haciendo demasiadas suposiciones? —Palo Vento meneó la cabeza hastiado—. Aún no sabes si te ha mentido.

—¿Mentir? No, estoy seguro de que no me ha contado ninguna mentira.

Palo Vento me miró un poco desconcertado. Aorcabuéis no mudó el gesto. Y yo me vi en la obligación de aclarar:

—Seguro que los datos que me ha suministrado son verdad. Pero esas verdades lo son a medias, o interesadas.

—Una verdad a medias no es una mentira.

—Si ha usado la verdad para causar en mí una impresión errónea, y me empuja a matar a alguien o a hacer algo que sirva a intereses ajenos a mi misión, el resultado será el mismo.

—Tursa tiene muchos enemigos, y no pocos de ellos son pandalumes. Darte información sobre su paradero es una forma de acabar con ella. No veo que eso esté mal.

—Ya. —Agité mi abanico, mirando de reojo a los dos hombres-serpiente, antes de encararme con Palo Vento—. ¿Y si te digo que Tuga Tursa está ligada al Cufa Sabut? ¿Sabías eso?

Se sobresaltó.

—¿Te lo ha dicho Togtatau? —Y, al verme asentir, se pasó la mano por la cabeza—. ¿Cómo saben ella o las lais de su lar algo así? Entonces...

—Basta. No conviene calentarse la cabeza con suposiciones —zanjó de repente Aorcabuéis—. Todo se verá a su debido tiempo y, hasta entonces, es inútil especular.

Tanto Palo Vento como yo asentimos mudamente y, en el silencio que siguió, nos abanicamos contemplando el revuelo de insectos en la penumbra. Más allá, la boca de la oquedad era una brecha amplia que bostezaba a un cielo azul resplandeciente, vacío a excepción de las aves que cruzaban en ocasiones, planeando en el aire cálido. Palo Vento, al cabo de un rato, recogió su espada e, incorporándose, se despidió. Yo en cambio seguí sentado, ya que tenía asuntos que tratar con el gran Aorcabuéis.

Él no mudó el gesto o la postura durante largo rato. Siguió allí quieto, abanicándose con aire adormilado, la diestra sobre la vaina de la espada. Y sólo al cabo se puso con mucha calma en pie, al tiempo que me hacía una seña.

—Entremos.

Subimos juntos las escalinatas, pasando por entre los mediatibundos ídolos del pórtico: estatuas macizas en cuclillas, que simulan sostener sobre hombros y manos el enorme peso de la roca que hay encima del santuario. Cruzamos la puerta y nos sumergimos en ese vasto laberinto que dormita en la penumbra eterna de las velas. La atmósfera interior es fresca y seca, y aquel día aún más, por contraste con la exterior. El silencio era total, roto sólo por algún eco aislado que reverberaba a lo largo de los túneles. Olía a polvo, a antiguo, y en hornacinas abiertas en la roca viva, los ídolos dormitaban ante lamparillas encendidas en su honor.

Aorcabuéis me guió a través de pasajes angostos hasta una gruta muy, muy antigua, abierta quizás en tiempos de los primeros armas. Una cripta de unos diez pasos de ancho, alumbrada con velas y llena de máscaras funerarias alineadas en anaqueles tallados en la roca, desde la altura de la cintura de un hombre hasta el techo.

Nos sentamos en tablados de madera. Aorcabuéis se puso la espada en el regazo y pareció volver a adormilarse. Yo también me acomodé la espada y esperé con calma. Desde las repisas, las máscaras de los antepasados gesticulaban a cada chisporroteo de las velas. Saqué la pipa y comencé a cargarla. El hombre-serpiente volvió sus ojos duros hacia mí.

—¿Vas a fumar en las alcobas de los muertos?

—¿Y por qué no? —Acaricié la cazoleta tallada—. Soy cazador de cabezas y algún día mi máscara funeraria vendrá aquí, a reunirse con todas éstas. Y no me disgustaría que a veces alguien viniese y encendiera una buena pipa, y así recordar el olor y el sabor del tabaco. Después de todo, los espíritus del humo siempre han sido buenos compañeros para mí.

Asintió en la penumbra, con ojos adormilados y sin añadir nada. Yo esperé, pendiente de sus palabras; porque Aorcabuéis no sólo era el mejor, sino un maestro de la caza; algo muy raro, ya que no muchas veces la capacidad de enseñar algo va pareja a la de destacar de forma sobresaliente en eso mismo. Por fin despegó los labios.

—Escucha. Ya sabes que el Alto Juez mandó a dos de los nuestros en pos de Tuga Tursa antes de llamarte a ti, y que los dos murieron a sus manos.

—La gente dice que han sido tres.

—A la gente le gustan los números redondos. O puede que ya te den por muerto a ti también.

Encogí los hombros con desdén, al tiempo que daba una calada, y él prosiguió.

—No es bueno que un rompevedas mate a dos cazacabezas.

—No, no lo es.

—No hace falta hablar de la calaña de Tuga Tursa. Es culpable de ataques a caravanas, robo de ganado, incendios, asesinatos. Es una alimaña humana; pero no

sería muy distinta de una docena de proscritos, de no ser por que a sus crímenes se añade haber incendiado un santuario.

Se acarició la calavera del mentón, mientras me contemplaba pensativo. Yo no dije esta boca es mía, y él continuó.

—Cabría pensar que Tuga Tursa no es más que una bruja sanguinaria que ha acabado yendo demasiado lejos, y que al final se ha atrevido a romper una Veda Mayor.

—¿Es que acaso es otra cosa?

—Ha matado a dos de los nuestros, y eso nos ha movido a hacer indagaciones.

—¿Y qué es lo que habéis averiguado?

—Los Cuatro han sabido que entre esa mestiza y los hermanos Mutel hay algún tipo de relación.

Ahora fui yo el que se le quedó mirando por entre las volutas de humo. Los Cuatro es el nombre con el que se conoce a los jefes de la sociedad arma de los cazadores de cabezas. Al igual que al conjunto de los mismos nos llaman los Cien, aunque en aquella época éramos unos pocos más de esa cifra redonda.

—¿Por qué nadie me ha informado de eso hasta ahora?

—Porque no lo sabíamos. Yo mismo me enteré ayer y por eso te he convocado. Hablé con un dao que logró introducirse el invierno pasado en la madriguera de los Mutel. Allí vio a una mestiza que bien podría ser Tuga Tursa...

—¿Podría?

—Él dice haber visto a una bruja joven, idéntica a Tuga Tursa y con pinturas como las que usa ella. Pero la vio en todo momento cubierta con una máscara y por eso no está completamente seguro.

—¿No pudo comprobarlo?

—Ya veo que no sabes cómo es el cubil de los Mutel: es un nido de águilas en el norte de la sierra Ongada; mitad cultería y mitad fortaleza. Ese dao no se atrevió a preguntar, ni a indagar demasiado. Sólo entrar allí fue una hazaña, y salir con vida una aún mayor.

Asentí envuelto en humo. Aorcabuéis siguió:

—La bruja mestiza de la que hablamos se sentaba a mano izquierda de los Mutel y, al parecer, es una de sus esposas.

—¿Esposa de cuál? ¿No son tres?

—De todos ellos. Recuerda que nacieron a la vez y son físicamente idénticos. Ya sabes la importancia que dan los gargales a eso. Además, ellos mismos alientan la creencia de que en realidad son tres cuerpos animados por una única alma.

—Ya he oído esa historia, ya. ¿Es de confianza ese dao?

—Totalmente. Lleva años actuando como espía al servicio de la gente-león. El propio Tucatuca le envió allí, porque esos tres le tienen cada vez más inquieto.

Estuvimos un rato en silencio; él inmóvil y con las manos sobre la vaina de la espada, yo fumando. Luego tomé a mi vez la palabra.

—Si de verdad esa mestiza era Tuga Tursa, por fin podríamos hilvanar esta historia. Cuando la banda de Carog fue aniquilada, debió de huir al este y buscar la protección de los Mutel, que se la darían de buena gana, en vista de sus antecedentes.

—Eso si no tenía algo con ellos previamente. Los Mutel llevan años tendiendo sus redes y contactando con gentes que son, como tú muy bien acabas de decir, enemigos de los armas.

—Es posible.

—Todo esto preocupa a los Cuatro. —Meneó solemne la cabeza—. ¿Y si Tuga Tursa fuese un instrumento de los Mutel? ¿Y si el incendio del santuario de Arbar hubiese sido planeado en las Ongadas?

—¿Por los Mutel? ¿Qué iban a ganar con algo así?

—Puede que fuese un paso en algún plan ya trazado. Tal vez buscaba precisamente lanzar a los cazacabezas tras sus propios pasos, para ir eliminándolos. Ya ha acabado con dos.

—Eso es un juego muy peligroso, y no le veo la ganancia.

—Tuga Tursa ama el peligro. En cuanto a la ganancia, ya es famosa y su nombre suena a desafío al poder de los armas.

—Aun así, no es una amenaza; todo lo más, una molestia.

—Por sí misma no. —Sonrió con dureza en la penumbra—. Pero ¿y si fuese una pieza dentro de un juego mucho más grande?

Le miré entre las espirales de humo blanco.

—Puede ser. Una Máscara Real recorre Los Seis Dedos, y han sido los Mutel los que la han forjado.

Ahora le tocó a él contemplarme largo tiempo.

—Veo que estás bien informado —dijo al cabo, simplemente.

—¿No es acaso eso lo que se espera de mí?

—Sí. Pero me pregunto si comprendes todo lo que ahora está en juego.

—Supongo que no. Te escucho, maestro.

—Sí. Escúchame con atención. No hace falta que te cuente la historia de la Máscara Real...

Negué con la cabeza porque, ¿qué arma no conoce esa leyenda? Es parte de nuestra historia. Hace siglos, Los Seis Dedos vivieron una larga época de guerras entre ferales; una verdadera edad oscura. Los ferales mayores lucharon entre ellos durante años, arrastrando al combate a los demás estamentos, a mediarmas, a gargales, a momgargas. Se guerreaba un año tras otro, la sangre corría como el agua, el humo oscurecía los cielos y los incendios iluminaban las noches. Fueron los años de la Senda Oculta, llamados así porque nadie parecía encontrar salida a aquella

situación.

Fueron tiempos sangrientos y, según la leyenda, fue un rey-brujo gargal, el Rey Rojo, quien, harto de matanzas, concibió la idea de forjar una máscara capaz de restaurar la paz en Los Seis Dedos. Trabajó en su fragua durante cuarenta días; la forjó de oro puro y, con su magia, la empapó de todas las virtudes. Por último, buscó un portador digno de ella.

La Máscara Real bajó de la sierra Cerrada y comenzó a vagabundear por los caminos de Los Seis Dedos, llevada de su misión. Y, si al principio lo hizo acompañada tan sólo de su creador y mentor, el Rey Rojo, no tardó en contar con partidarios por todo el país. Hizo multitud de milagros, derrotó a enemigos, monstruos y demonios y, sobre todo, consiguió que la paz llegase a Los Seis Dedos. Los ferales armas le rindieron homenajes y algunos, incluso, forjaron máscaras para que la acompañasen. Así fue como dio comienzo la era de la Máscara Real, que gobernó Los Seis Dedos durante treinta años.

Aunque esa era comenzó con los mejores augurios, finalizó como había nacido: entre la guerra y la sangre. La leyenda dice que la Máscara Real fue perdiéndose poco a poco en la soberbia y la cerrazón. No oía a nadie, no negociaba, y se convirtió en una deidad. Sus decretos eran inapelables y cualquier disensión era castigada con hierro y fuego. Sus partidarios le rendían culto, como si fuese un dios de las montañas.

Los últimos años fueron especialmente sangrientos y llenos de conatos de revuelta. Pero la gran rebelión la inició la gente-león en su ciudadela de Yunquera, al despeñar a unos enviados reales demasiado altaneros. Y, mientras la mismísima Real se dirigía con su ejército a sitiar Yunquera, el Rey Rojo volvió a bajar de la sierra Cerrada, esta vez para combatir a su propia creación. Aquello decantó la balanza y la insurrección se extendió por Los Seis Dedos. Aun así, la guerra duró tres años y fue muy dura, porque a la Máscara Real no le faltaban partidarios, tanto entre gorgotas como entre momgargas, y no acabó hasta que el propio portador de la máscara cayó en un combate. El Rey Rojo recuperó su creación y se la llevó de vuelta a la sierra Cerrada, donde descansa, según dice la tradición, en un santuario secreto de los gargales.

—Forjar una Máscara Real no es algo que pueda hacer cualquiera, como no cualquiera puede llevarla. Es una máscara muy noble y hay muy pocos dignos de ella. Corren muchos rumores, pero se dice que la Máscara Real es portada por alguien que no nació aquí, y que le acompaña un rey-brujo que hace las veces de mentor, como el Rey Rojo lo hizo con la original.

—Eso he oído yo también. ¿Podría ser uno de los hermanos Mutel ese rey-brujo?

—¿Quién sabe? Todo son rumores. Transitan por caminos apartados y tienen la precaución de no mostrarse en público. —Hizo una pausa—. ¿Por qué crees que los

Mutel forjarían una Máscara Real?

—¿Por vanidad?

—Ése sin duda es un buen motivo: emular las hazañas de los antiguos y, por tanto, alcanzar igual gloria. Pero, aparte, puede haber una razón mucho más práctica. La ambición de los Mutel es convertirse en Quiniones de Pagoa y en sus planes está romper el control que los armas ejercemos sobre el camino de Tres Cortes. Cuentan con que la Máscara Real les ayude a lo segundo.

—Si la Real llega a gobernar de nuevo Los Seis Dedos, puede que acabe siendo un enemigo terrible para ellos. Sólo conoce su verdad, no negocia ni transige, y no siente gratitud por nadie. Ella y sus devotos no deben lealtad más que a su propia causa.

—Puede. Pero si la Máscara Real se hace fuerte en Los Seis Dedos, sembrará la discordia, y quién sabe si nuevas guerras intestinas. Todo eso nos debilita y los Mutel lo tendrán más fácil para desalojarnos del Chan Menor. Todo apunta en esa dirección: hay bastante agitación en la llanura y sabemos con certeza que embajadores de los Mutel están tratando de soliviantar los lares nómadas contra nosotros.

—¿Y qué hace el Alto Juez? ¿Y el Ras?

—¿Has visto últimamente a don Tavarusa?

—No. Pero supongo que, desde que trataron de matarle, se ha vuelto más precavido.

—La precaución no ha sido nunca cualidad de demonios ni de ogros. —Meneó la cabeza—. No. Lo que ocurre es que ha salido de Minacota, rumbo al Magaz.

El Magaz es el valle, largo y fértil, que separa el Carauce de las montañas, y por el que discurre el río Morega. Un buen lugar en el que recibir tanto a los mercenarios enviados por los montañeses, como a los que bajan por el río desde Cabezas Muertas y el Alto Norte. Al menos, no se me ocurría otra explicación a la presencia de don Tavarusa allí.

—¿Está reuniendo un ejército?

—Así es. Y es buena señal que no hayas oído ningún rumor en tal sentido. Cuanto más tarde en saberse, mejor.

—Entiendo.

—Bien. Volvamos entonces a nuestro asunto. Los hermanos Mutel han puesto en marcha el asunto de la Máscara Real y ya no necesitan ocuparse de él. Recorre Los Seis Dedos haciendo milagros, según dicen las habladurías, y consiguiendo partidarios.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Los Cien, en aquella otra ocasión, lucharon contra la Máscara Real.

—Lo sé.

—Y ahora volveremos a hacerlo. —Me miró con serenidad—. Por supuesto,

nadie va a obligarte.

—Yo sé dónde está mi lugar y cuáles son los míos.

—Bien dicho. La Máscara Real y sus partidarios siguen el camino único. Representan la aniquilación de cuanto no se ajusta al mismo y de los que no lo siguen. Son la negación de todo aquello por lo que los Cien existimos. Cuando concluyas el asunto de Tuga Tursa, tendrás que elegir una máscara distinta para una misión bien diferente. —Hizo una pausa para mirarme—. Saldrás a luchar con los devotos de la Máscara Real.

—Así lo haré, maestro.

—Que no te tiemble la mano; pero recuerda esto: tu misión no es tanto matar como sembrar el miedo. Que no se sientan tan fuertes y no se crezcan como hacen ahora, confiados en el respaldo de la Real. Hazlo y usa para ello cuanto tus maestros y la experiencia te han enseñado.

Asentí, envuelto en humo. Las máscaras de matar, la noche, las veredas solitarias, las muertes repentinas y los incendios nocturnos. Y el miedo; sobre todo el miedo. Ésa es la gran baza de nuestra hermandad, la fuente de nuestro verdadero poder. El miedo de la gente nos alimenta, nos da fuerzas y hace invulnerables, debilita a nuestros enemigos y aparta a todos de nuestro camino. Y así, siendo tan pocos, imponemos las vedas a tantos.

—Bien.

—La gente tiene mala memoria y, cada cierto tiempo, hay que recordarles que existen leyes que no se deben desafiar, y límites que no hay que traspasar. Cuando te liberes de tu misión, irás a sangre y fuego contra los de la Máscara Real.

Acaricié distraído la calavera de mi mentón, mis ojos puestos en los suyos. El roce de ese adorno conjuró, entre las volutas de humo que giraban perezosas en la oscuridad de la cripta, una visión de casas en llamas y cadáveres tirados al borde de los caminos.

—¿Es eso lo que esperan los Cuatro de mí?

—Ellos hablan por mi boca.

—Entonces, así se hará.

El hombre-serpiente deslizó las manos a lo largo de la vaina de su espada, inclinando la cabeza calva, y ya no dijo más, sumiéndose de nuevo en sus pensamientos. Di otra calada, acomodando mi propia hoja sobre el regazo, y desvié la vista a las máscaras funerarias de las paredes. El palpitar de las velas arrancaba destellos a las mejillas pulidas; los ojos vacíos me devolvían la mirada; los rasgos metálicos parecían animarse, mudando una y otra vez de expresión. Les devolví el escrutinio; pero, aunque estuve largo tiempo allí, esperando algo, no pude descifrar el mensaje contenido en aquel incesante gesticular.

Su maestro Pogar no había mentido al pronosticarle un viaje largo, tanto en lo interno como en lo exterior. Dejaron aquel viejo santuario abandonado, sito en un paraje recóndito de Osca, no bien se lo permitió el deshielo, y se pusieron en camino. En aquel comienzo de una peregrinación, que luego se convertiría en leyendas y canciones, no le acompañaban más que Pogar y las dos concubinas de éste.

Viajaban ligeros. Pogar solía abrir la marcha, báculo en mano; se armaba con dos espadas, vestía un manto rojo y llevaba el rostro oculto tras su máscara de jabalí, de bronce brillante. El Elegido vestía con sencillez y nadie, a no ser que se ciñese la Máscara Real, le hubiese tomado por otra cosa que lo que en tiempos fue, un vagabundo extranjero. Tras ellos iban las dos mujeres con un buey de carga, que llevaba sus escasas posesiones. Aquellas dos concubinas no podían ser más diferentes. Porque Ramcrin era una nómada ancavele que manejaba las armas como un guerrero profesional, en tanto que Etinnú era hija de esclavos y había sido criada por los esclavistas de la fabulosa Troco para ser un capricho de harén de potentado. Ramcrin era la que guiaba las riendas del buey, en tanto que Etinnú cabalgaba a lomos del mismo.

Todos esos detalles quedaron consignados por escrito en su momento, gracias a un tal Sogha Zul, que viajó a Los Seis Dedos a recoger información sobre la Máscara Real por encargo de unos señores goro del Urante, y acabó por convertirse en su cronista.

Apenas abandonado el santuario, tuvo que pasar por su primera prueba; porque, en las mismas laderas boscosas que llevaban al viejo santuario, fueron atacados por bandidos. Una pandilla de desharrapados, heterogénea y castigada por el invierno, que cayó sobre ellos sin ninguna precaución, engañada por su pequeño número. Media docena de ladrones quedaron tendidos en el camino, y el resto huyó. El Elegido contuvo a Ramcrin cuando empuñó su arco para asaetear a aquellos desdichados en fuga, lo que fue considerado por Pogar como el primer acto de la Máscara Real como tal.

No obstante, esa misma noche, los ladrones supervivientes —que al menos deberían haber respetado a un rey-brujo gargal como Pogar— volvieron a intentar sorprenderles. Esa vez no tuvo compasión ninguna, ni perdonó a nadie. Su espada se manchó de rojo hasta gotear por los gavilanes y, en eso, Pogar vio el segundo acto, y ya no volvió a llamarle nunca el Elegido, ni a tratarle con familiaridad.

Abandonaron Osca por su parte norte y se adentraron en Cabezas Muertas, la provincia septentrional de Los Seis Dedos. Transitaban por caminos apartados, tomando toda clase de precauciones y, cuando era menester, el Elegido ocultaba la

fabulosa Máscara Real entre sus ropas y fingía ser un simple extranjero, compañero de un rey-brujo gargal en una peregrinación sobre la que nunca daban demasiados detalles.

Otros, y no sólo Pogar, esperaban desde hacía años a aquel que habría de ceñirse de nuevo una Real, y habían estado preparando su llegada. No tardó mucho, por tanto, en conseguir adeptos, ya que sembraba en un suelo que otros habían arado y abonado para él. Pero tampoco faltaron los peligros y los enemigos. A todos los venció o escapó de ellos indemne, y en alguna ocasión los antagonistas se convirtieron en seguidores. Como ocurrió con aquel asesino famoso, un talafurata pandalume contratado por la gente-león de Yunquera, a cuyos oídos habían llegado ya noticias de su existencia.

Nadie supo con exactitud qué ocurrió la noche en que aquel asesino intentó matar al portador mientras dormía. Sobrevivió, una vez más, y el asesino acabó renegando de sus orígenes para servir a la Máscara Real; con el tiempo, habría de llegar a ser uno de sus agentes más leales y eficaces. Esa aventura, y mil más, ocurridas durante un largo peregrinar por Cabezas Muertas y el Carauce, a lo largo de casi un año, fueron registradas por Sogha Zul en una crónica que, con el tiempo, se convertiría en un libro sagrado para los benditos.

En lo tocante al viaje interior prometido por Pogar, fue profundo y largo, sí; pero no doloroso. Quitarse la máscara era como despojarse de un brazo y una pierna; como si un ciego y sordo de nacimiento, al que de repente le dieran esos sentidos, tuviera luego que privarse de ellos. Le llenaba de una fuerza desconocida, fruto de la firmeza y la seguridad, y eso era lo que lo hacía invencible.

Con la máscara puesta era un mar de serenidad, una roca inamovible; los enemigos caían bajo su hierro y sus seguidores se postraban para recibir su bendición, otorgada con la punta de los dedos sobre la frente. A rostro descubierto, no era más que un hombre, cada vez más desorientado sin el cambuj. Enmascarado, no perdía ni su identidad ni sus recuerdos; pero todo eso se iba convirtiendo, de día en día, en quincalla —importante en su momento y ya inservible— arrinconada cada vez más al fondo de su cabeza.

Cada vez tenía más tiempo puesta la máscara, aun en privado. Y cuando, a finales del otoño, mientras las primeras nevadas comenzaban ya a revolotear en las alturas del Carauce, la Máscara Real volvió a aquel santuario perdido en Osca, lo hizo de forma muy distinta a cómo lo había abandonado casi un año antes.

Ya no era el Elegido, sino la Máscara Real: un hombre alto, con ropas blancas sembradas de soles y pájaros dorados, oculto tras un rutilante cambuj de oro y bronce que ya no se quitaba jamás. Le acompañaban cien hombres dispuestos a morir por él, y a su mano derecha viajaba Pogar, al que ya no consideraba como su maestro, sino su mejor consejero, dotado de esa sabiduría que sólo da la experiencia y de la que él

carecía.

Su viejo ser había desaparecido, pero no devorado por la máscara —como afirman los malvados y los ignorantes—, sino que se había ido de la misma forma en que un niño deja paso al adulto, o una larva a la mariposa, creciendo y madurando. Rara vez recordaba tiempos pasados y, si lo hacía, era como desde muy lejos, sin dolor y, si acaso a veces, con una nostalgia vaga. Pero eso ocurría cada vez menos y todo era como el aleteo de viejas emociones en un desván polvoriento; algo se agitaba por un instante, sólo para posarse un momento después y ser de nuevo olvidado.

6

Y así, poco antes de la fiesta del Alto Ogueral, me fui a las Tierras Altas. Es una región agreste y elevada, sita en el corazón del macizo del Carauce, y sirve de refugio a una población dispersa y salvaje. Allí, hasta las sendas son escasas y las señales de las encrucijadas pocas y confusas. Pero, con todo, son caminos: llevan de un lugar a otro y evitan los lugares más peligrosos, tales como los pinares de las brujas o las gargantas cubiertas de maleza que sirven de madrigueras a ogros y bichas.

No perdí tiempo tras mi conversación con Aorcabuéis, y esa misma noche remontaba en barco el río Ondo, porque ésa es la forma más rápida de ir desde Minacota a las Tierras Altas: subir río arriba hasta Salmora, donde deja de ser navegable, y a partir de ahí a pie hasta Angostura, que es la puerta por ese lado de las Tierras Altas. Viajé ligero, casi sin detenerme y, como suele ocurrir casi siempre, las mismas prisas acabaron por ser mi mayor estorbo.

Me extravié en una de las partes más salvajes y despobladas, y durante dos días anduve dando vueltas y revueltas, maldiciéndome a cada paso por no haber buscado guías. En ese tiempo, pude oír los tambores de las brujas, resonando en la hondura de sus pinares, y vi a lo lejos caseríos que colgaban de los riscos como nidos de golondrinas: las fortalezas de ferales manamaragas, tan pequeños como feroces. En cierta ocasión descubrí el rastro de una bicha, impreso en el barro junto a un arroyo. Pero, hasta el tercer día, no me crucé con ser humano alguno.

Me había detenido a media mañana junto a un manantial, en una quebrada boscosa, a refrescarme y estudiar las señales colocadas junto al venero. Fue entonces cuando oí como alguien bajaba por la senda. Quien fuese, lo hacía con despreocupación, apartando malezas y haciendo rodar los guijarros cuesta abajo, con los andares del que confía en sí mismo. Y recuerdo que, en ese momento, sentí el roce de la envidia ante tal demostración de seguridad.

Me senté junto a la fuente, apoyando la espada contra la roca y manteniendo la espada envainada sobre las rodillas, listo para luchar; porque un encuentro al borde del camino siempre es incierto en las Tierras Altas.

Por el sendero llegó una mujer tan alta como yo, con una musculatura de luchador. Se cubría con una caprichosa medio armadura gorgota de cuero —un hombro cubierto por hombreras y el otro no, un muslo protegido y el otro desnudo, etc.— y con un barroco casco cerrado que le dejaba la boca al descubierto. Entre las manos llevaba una red plegada y tres esbeltos dardos con puntas erizadas de espolones. Al verme se detuvo en seco, en una postura que recordaba a la de una araña al acecho. Pero no tuve necesidad de ver eso último para saber que había tenido la mala suerte de toparme con una mujer-tarántula.

Así estuvimos unos instantes: yo sentado y con las manos sobre la espada, y ella a

unos pasos, observándome. Luego, con lentitud, comenzó a aproximarse. Sus movimientos eran rítmicos y precisos, dotados de una cadencia que era sugerente y amenazadora a un tiempo, como las parsimoniosas danzas que bailan las mujeres-culebra de las montañas. Detuvo su avance a sólo cuatro pasos, y empezó a moverse de un lado a otro, con gestos complejos, hilvanando su hechizo en torno a mí, de la misma forma que una araña teje la tela alrededor de su víctima.

La contemplé deslumbrado. Tenía la boca hermosa, y sus vaivenes acompasados y llenos de fuerza encendían la imaginación. Sentado junto al manantial, con la mano sobre el puño de la espada, entorné los párpados y me dejé acariciar por el hechizo. Los contraluces del bosque moteaban el cuerpo de la mujer-araña, sus manos trenzaban dibujos que parecían flotar en el aire y, a cada paso, los músculos se perfilaban en sus muslos morenos...

Estuve a punto de sucumbir a aquel baile embrujado.

—Paz, manamaraga —conseguí articular con gran esfuerzo, y mi voz me sonó ronca a mí mismo.

Se inmovilizó de nuevo. Pero después de unos momentos vino a acuclillarse cerca, en otra de esas posturas que tanto recordaban a la de los arácnidos. Nos miramos en silencio durante largo rato. Se agazapaba totalmente quieta y sin embargo en tensión. Sus músculos jugueteaban bajo la piel oscurecida por el sol y yo no podía despegar mis ojos de ella. Tal como ocurre con algunas mujeres así, poseía un extraño atractivo; a pesar de que en su caso podía despedazarme con las manos desnudas, o tal vez por eso mismo, o quizá por ambas razones a un tiempo.

—Dime, ¿estás de caza? —Su voz pareció tañer y sostenerse en mis oídos, porque retazos de su hechizo aún flotaban junto al manantial.

—Voy detrás de Tuga Tursa. —Acaricié el pomo de mi espada—. Es una bruja mestiza.

—La conozco. No la encontrarás aquí. —Noté que, al hablar, tan sólo movía la boca, sin que el menor gesto rompiera su postura.

—Lo sé. Busco a una tal Sagalea, para hablar con ella.

—Ah, esa bruja gorda. Seguro que la encuentras en el mercado de Artam Orata.

—¿Cómo puedo llegar allí?

—Sigue el camino; está a menos de una legua.

—Gracias. —Meneé la cabeza.

Después de dar tantas vueltas, prácticamente perdido, la suerte me había llevado hasta quien buscaba.

—Ésa es la máscara de matar de Ansutar. —Me señaló el rostro, cambiando de golpe de tema.

—¿Ansutar? —La miré atónito—. No es de nadie, porque es una máscara de matar hecha para que la lleve gente-lobo. Es cierto que hubo un Ansutar que la llevó,

pero eso fue hace mucho tiempo.

—Mucho tiempo, sí. —Sonrió de repente, confundiéndome aún más. Usaba esa máscara y cazó muchas cabezas. Pero tú no eres él.

No supe qué replicar a esos comentarios tan extraños, así que nada dije. Me limité a seguir acariciando, inseguro, el pomo de mi espada.

—El mercado aún durará —prosiguió, mirándome a los ojos—. No hay ninguna prisa. ¿Vendrás conmigo?

Dicen que las mujeres-araña acechan en despoblado, que obran conjuros sobre los hombres y que los atraen a la destrucción. Y es cierto. Pero también deberían hablar sobre cuánto le gusta a la gente coquetear con la muerte. Como hice yo, dejándole tejer su maleficio, y como hicieron tantos otros, que acudieron por su propia voluntad a las cuevas de las mujeres-araña, atraídos por sus míticas artes amatorias. Y casi ninguno fue visto nunca más.

—Gracias, no puede ser —rehusé con esfuerzo, sintiendo la boca seca al tiempo que cerraba la mano sobre la empuñadura de mi acero, presto ya a luchar.

Pero la mujer-tarántula no me atacó. Tan sólo se puso en pie y se apartó unos pasos.

—Calavai —dijo lentamente.

Y me dio la espalda y se fue.

Completamente desconcertado, observé su espalda acorazada hasta que desapareció tras el follaje. Luego yo también retomé mi camino.

La garganta serpenteaba un trecho hacia arriba, antes de desembocar en un páramo de brezales y rocas grises, salpicado de enebros dispersos, y en aquellos momentos batido por la solana y un viento ardiente. La senda corría entre las matas amarillentas hasta llegar al santuario de Artam Orata, que era visible allá a lo lejos, a unos tres mil metros. Mientras atravesaba aquel páramo, sofocado por los golpes de calor, entre el chirrido de los insectos, no pude menos que ir dándole vueltas en la cabeza a mi extraño encuentro con la mujer-tarántula.

Ahora creo que ella era una mascarena: el soporte físico de una personalidad antigua y plural, en la que se mezcla la suya propia y la de su máscara. Porque había mencionado a Ansutar, un hombre-lobo que había cazado cabezas con mi misma máscara de matar, pero doscientos años antes de que yo naciese. Nunca oí que hubiera entrado en las cuevas de las mujeres-araña, aunque hacerlo y sobrevivir significaba entrar en las leyendas. Pero ella se había despedido diciendo calavai y por eso pienso que fue así.

Porque *calavai* es una fórmula que emplean en ocasiones las mujeres pandalumes. Cuando el amor debe acabar, porque duele o es imposible, entonces se despiden diciendo calavai, que en falanai, la vieja lengua materna de los pandalumes, significa algo así como «no digas nada y vete». Es una simple palabra, que es como

una sentencia y que deja el sabor de las cenizas.

Anduve lentamente a lo largo del sendero, escudriñando los matorrales con un venablo en cada mano, y deteniéndome cada cierto tiempo a otear los alrededores. La mujer-tarántula podía cambiar de humor y volver sobre sus pasos para atacarme; y ellas, como su animal epónimo, suelen emboscar a sus presas. Me sentía remiso a luchar con aquella extraña mujer y mi ánimo había decaído por culpa de su melancólica despedida. Quizá se debía a mis propios recuerdos o quizás a los del viejo Ansutar, impregnados en la máscara de matar.

Remonté las empinadas cuestas del farallón que hay al final del páramo, en dirección al santuario. El acantilado está carcomido, sembrado de cuevas poco profundas y una enorme puerta adintelada marca el perímetro del Orata, el santuario. Los estandartes amarillos con sellos rojos de la tregua ondeaban lánguidos sobre los taludes y, al pie de la puerta, dormitaba un hombre muy alto y delgado, apoyado en una larga lanza con penachos de arbitraje. Un arma desnudo, de cabeza calva y piel renegrida por el sol, con el cráneo, la frente y el puente de la nariz pintados de blanco: un hombre-buitre. Al verme llegar alzó la mano, esbozando el gesto de la paz.

—A juzgar por esa máscara que llevas ahí, yo diría que estás en la caza de cabezas —afirmó con cierta indolencia.

—Y no te equivocas.

—Has llegado a las puertas de Artam Orata. Esto es santuario. —Con el pulgar, señaló los anaqueles tallados en las grandes jambas de piedra de la puerta, sobre los que se alineaban hileras de cráneos humanos, pintados de colores—. No rompas la paz del mercado.

—¿Vas tú a enseñarme las costumbres de nuestra gente?

La ira pasó como un fogonazo por los ojos oscuros del hombre-buitre y, por un momento, pensé que me iba a atacar; porque los manamaragas son gente violenta y no temen a nadie. Pero se contuvo por respeto al santuario y el arbitraje.

—Bien dicho —aceptó a regañadientes, antes de franquearme el paso—. Bienvenido, lobo.

Antes de nada, subí hasta la oquedad que resguarda el orata del tutelar —una peana de roca, con gradas repletas de calaveras pintadas, donde se sienta la imagen bronceada del ídolo Artam— para presentar a éste mis respetos. Más abajo se levantaban los puestos del mercado: un batiburrillo de tenderetes, toldos o simples mantas extendidas sobre el suelo, en el que comerciantes y buhoneros exhibían sus mercaderías: armas, tabaco, alcohol, pócimas, mujeres, cerámica, telas...

Fui paseando sin prisas por el recinto. La feria estaba en su apogeo, los feroces habitantes de las Tierras Altas habían aplazado sus rencillas para comerciar, y entre los puestos deambulaba un gentío dispar, característico de aquel territorio. La mayoría eran manamaragas de aspecto truculento, así como brujas desnudas y

pintadas. Pero también había hechiceros, mochas-pochas, mediarmas, gargales y toda clase de mestizos. Incluso se veía a algún que otro ogro de cabeza bestial; enormes, peludos, contrahechos; monstruos de apetitos brutales y escasa inteligencia que descollaban como torres sobre el resto de la concurrencia.

En mi deambular, descubrí a dos hombres sentados bajo el toldo de un mestizo. Uno era un hombrón de barba salvaje veteadada de gris, desnudo como un montañés, con la cabeza y espaldas cubiertas por una piel de lobo teñida de rojo y amarillo. El otro era alto y descarnado. Su hacha de hoja muy larga, que remedaba una guadaña; la cabeza afeitada y las pinturas blancas que cubrían su cuerpo moreno para darle la apariencia de un esqueleto le delataban como santón de Ejaune, el tutelar de los muertos.

El manamaraga de la piel de lobo era el jefe Lobo Feroz, pariente mío, y en el santón reconocí a Arastacasta, que fuera también miembro de mi feral antes de entrar al servicio de Ejaune. Me despojé de la máscara, antes de arrimarme a ellos.

Con un gesto, Arastacasta me invitó a sentarme a su lado.

—Tú eres... —Lobo Feroz dejó la frase en el aire. Yo lo observé durante un momento bastante largo, antes de responder. Tenía los ojos entornados, el fusil cruzado sobre los muslos, se abanicaba con desgana y parecía, puede que por efectos del calor, más bien distante.

—Soy Corocota, hijo de Andatarú y cognato de las garzas. —Me identifiqué formalmente, dando el nombre de mi padre y el feral de mi madre; ya que yo era mucho más joven la última vez que les vi y podría ser que no se acordasen, por mi cara, de mí.

—Ah, entonces estuvimos juntos en la guerra del Oga Pantera.

Asentí con la cabeza y, hechas las presentaciones, charlamos un rato sobre los asuntos del feral, sobre este o aquel pariente, mientras mirábamos el ir y venir de gente. Abrí mis alforjas y me fumé una pipa de tabaco. Arastacasta se me antojó hombre reservado, aunque amable. Lobo Feroz hacía honor a su apodo, que entre los míos reservamos a los guerreros excepcionales pero de carácter turbulento; algo que, a éste en concreto, le había convertido en un manamaraga.

—¿Y qué te trae a ti por las Tierras Altas? —Arastacasta puso los ojos en la máscara de matar, antigua y de sobra conocida por mis parientes, que yo había depositado a mi lado.

—Busco la cabeza de Tuga Tursa, una bruja mestiza.

—Tursa Tumbalobos —rechinó Lobo Feroz—. Si le pongo la mano encima...

Decían que los prisioneros le duraban mucho a aquel jefe manamaraga, y aún más si eran mujeres. Fijé mis ojos por un instante en los suyos, que eran como brasas negras, y no tardé en apartarlos. No comparto esa pasión por la tortura que hemos heredado de los gargales y que tan querida resulta a algunos de los míos.

—Pero lo cierto es que he venido hasta aquí buscando a Sagalea, una bruja arma —maticé—, porque quiero intercambiar unas palabras con ella.

—Que sólo sea eso, ¿eh? —El santón señaló con la barbilla ladera arriba, al altar abarrotado de calaveras sonrientes.

—Hablar, sólo quiero hablar.

—Si la Sagalea que buscas es una bruja gorda como un tonel —medió Lobo Feroz—, hace un rato que la he visto sentada por allá, al otro lado del mercado.

Y allí la encontré, en efecto, más allá de los últimos puestos. Era de veras gorda: una mole de carne fofa y desnuda, pintada de verde y púrpura, y con el pelo teñido de iguales colores. Estaba arrodillada sobre una manta, ella sola aparte, haciendo rodar una sarta de huesecillos entre sus dedos fofos. Me acerqué haciendo el gesto de la paz; pero ella, tras levantar la cabeza y estudiarme con párpados caídos y expresión somnolienta, comenzó a ensalmar en gargal.

El conjuro cayó sobre mí como un golpe; el estómago se me volvió del revés y me sentí de repente como si estuviera dentro de un horno. El corazón me martilleaba dentro del pecho, como queriendo estallar, y creí que la sangre iba a hervir en mis venas. Llevé la mano a la máscara de matar mientras todo me daba vueltas alrededor, tratando de contener las arcadas, y eso me dio una pizca de fuerza. La bajé sobre mi rostro, eché mano a mi espada de lobo y me fui adelante con los dientes apretados.

Su cantinela vaciló cuando mi sombra cayó sobre su manta y la placidez se le fue del rostro. Me miró con ojos desorbitados, se encogió y cuando yo enarbolé la espada sobre su cabeza, rugiendo de rabia y dolor, trató de protegerse con los brazos, chillando ahora como un cochino.

El primer golpe, como un hachazo, le cercenó el antebrazo derecho a la altura del codo, y luego comencé a tajar aquella mole que berreaba. La hoja le destrozó un hombro, abrió en dos un pecho pintado, grande como una sandía, y por último fue a rajarle la panza de lado a lado, de forma que las tripas se le desparramaron, sobre el regazo.

Reculé salpicado de sangre. Las piernas apenas me sostenían y hube de sentarme a la sombra de un enebro, no lejos de la bruja Sagalea, que aún se agitaba entre sus propias entrañas, resollando roncamente. Me apoyé en la espada, agotado, para limpiarme la baba de los labios y tratar de secar un poco el sudor que me corría por el rostro.

Al alzar la vista, vi llegar al hombre-buitre que me recibió a las puertas mismas del santuario. Subía con rapidez por la cuesta, olvidada cualquier anterior languidez, al tiempo que blandía indignado su gran lanza con penachos de árbitro.

—¡Tú! ¡Tú! —vociferaba más que rabioso—. ¿No te dije que no vertieras sangre en santuario?

—Tú —acerté a resoplar, fatigado—. ¿Es que esperas que me deje asesinar sin

defenderme?

Se detuvo. Observó ceñudo a la bruja agonizante y de nuevo se volvió hacia mí.

—Explícate.

—Vine a hablar con esa gorda, con la que no tenía ninguna cuenta pendiente. Yo sólo quería hacerle unas preguntas. Pero ella, sin mediar palabra, lanzó sobre mí un conjuro de muerte. Yo lo único que he hecho es defenderme.

—Eso dices tú. —Y sin embargo titubeé, manoseando su lanza.

Me llevé la mano a la frente, para apoyar la palma sobre la máscara de matar.

—Por las máscaras de los antepasados. Así fue, ni más ni menos.

Ese juramento le convenció, aunque acto seguido señaló con disgusto a la bruja, que aún se removía entre estertores.

—Las brujas son difíciles de matar. —Me encogí de hombros, ya algo repuesto.

—Sobre todo si no se les da el golpe de gracia —rezongó—. Estas crueldades sobran en un santuario.

A una señal suya, otros dos árbitros del mercado, un mediarma y un mestizo, empuñaron sus propias lanzas y comenzaron a herir el cuerpo de la bruja caída. Tuvieron que asestarle sus dos buenas docenas de lanzazos antes de que la gran masa de Sagalea dejase de moverse.

—Su cabeza irá a adornar el Orata, ya que ha roto la paz del mercado.

—De eso nada —repliqué—. Es mía, porque trató de matarme y tuve que defenderme por mi mismo.

El árbitro volvió a dudar.

—Desde luego, algo de cierto hay en eso que dices —reconoció tras un silencio bastante largo. Luego tomó asiento a mi lado con la lanza entre las manos, antes de volver a hablar—. Escucha, lobo. Has derramado sangre en santuario y, aunque ha sido en defensa propia, la muerte que has dado a tu agresora no ha sido ni rápida ni limpia. Creo que tienes una deuda con el ídolo y el lugar.

—Pues yo creo que la deuda es de ambos conmigo, ya que, estando bajo la protección del santuario, he sido atacado y, de no haber andado listo en defenderme, hubiera muerto.

—Vuelves a tener parte de razón. Pero considera que tal vez Artam atenuó la fuerza del conjuro. Sagalea era una bruja poderosa, créeme.

Ahora fui yo el que me quedé mirándole a él. Podía haber discutido más, argüir que nací fuerte contra los maleficios y que la máscara de matar me daba, también, cierta protección. Pero no lo hice. Estaba cansado y además, ¿quién sabe si el hombre-buitre no tenía razón?

—Sea —acepté.

Y los árbitros cortaron la cabeza a la bruja para descarnarla y, una vez pintada, ponerla a los pies del ídolo Artam.

El hombre-buitre se incorporo, apoyándose en su lanza, y dio por concluida nuestra conversación, recuperando sus ademanes adormilados.

—Descansa un rato y recupera fuerzas. Luego, ve si quieres a aquellas cuevas, y date un baño y toma un tónico por cuenta del santuario.

Lobo Feroz y Arastacasta hicieron ademán de acercarse apenas se fue el otro, ya que teníamos la misma sangre, pero yo les contuve con un gesto, dando a entender que me encontraba bien. El sudor se había secado con el aire y el sol, el malestar iba pasando y comenzaban a volverme las fuerzas. Los mirones se dispersaban. Una bruja joven, con el cuerpo pintado de rojo y amarillo, y el cabello teñido con los mismos colores, con una espada y una daga colgadas del hombro, remoloneó largo rato por los alrededores, antes de acercarse titubeando y hacer el gesto de la paz.

—¿Me dejas beber la sangre de Sagalea? —Señaló con cierta timidez la mole decapitada de la bruja.

Levanté sonriente mi espada de lobo y se la brindé. Sin amilanarse, con una sonrisa rápida, se inclinó y besuqueó la hoja ensangrentada, antes de lamerla cuidadosamente, para no cortarse con los filos. Luego me miró con ojos brillantes.

—En serio —insistió—, era una bruja poderosa.

Bajé la espada y la estudié interesado.

—¿Qué me ofreces a cambio?

Reculó un par de pasos y, sonriendo con malicia, abrió los brazos para mostrarse a sí misma. La observé mientras jugueteaba con mi espada. Dicen con razón que no hay término medio en las brujas: o son repelentes hasta lo monstruoso, o peligrosamente atractivas. Y yo siempre he sentido cierta querencia hacia las mujeres pequeñas y vivaces de boca jugosa.

—Por la sangre.

—Y el corazón —añadió con rapidez.

—De acuerdo.

—¿Y la piel?

—Bueno, bueno. —Me eché a reír—. Mira: toda ella para ti; excepto la cabeza, que pertenece al tutelar del santuario.

—Es un trato.

—Lo es.

Se volvió para arrodillarse y beber con avidez del gran charco rojo que rodeaba al cadáver. El sello de la Reina Bruja estaba trazado en su espalda, indicando que pertenecía a su séquito; aunque eso era fácil de adivinar, gracias a sus pinturas rojas y amarillas.

Limpié con esmero la hoja de la espada, antes de envainarla, aunque la pequeña bruja había dejado poca sangre sobre el acero. Ella, saciada por fin, había empuñado su daga y desollaba el cuerpo decapitado. La contemplé durante unos instantes, antes

de encogerme de hombros y decirme que las brujas son así, y me fui por las cuevas a buscar el baño prometido por el hombre-buitre.

Esa noche nos quedamos en vela hasta altas horas, tendidos en los claroscuros de una cámara ritual, en las entrañas del santuario. Las luces de las lámparas parpadeaban, haciendo temblar las sombras de la gruta y arrancando muecas al ídolo de bronce que dormitaba en su hornacina. En algún momento me pregunté, de forma distraída, cuánto tiempo llevaría ya allí, junto a la bruja, oyéndola desgranar entre cuchicheos los sangrientos entresijos de las Tierras Altas.

—... así que sus máscaras familiares le han elegido para recuperarla —decía—. Pero hay gente-serpiente entre los mediarms y los gargales que son fieles al Cufa Sabut, y algunos de ellos a su vez se han juramentado para matar a Viboraz. Habrá grandes luchas.

Bajé la cabeza, dejando resbalar los dedos por su vientre pintado de rojo y oro, y cubierto de aceites. Ya había oído antes retazos de esa historia y no pude evitar recordar aquella noche en el Orói Marfil, y el mortífero duelo de máscaras que habíamos presenciado mis amigos y yo.

—Tú disfrutas con todos estos enredos, claro.

—Me encantan —reconoció con una risa amortiguada. Se escabulló entre mis manos para echarme los brazos, haciendo tintinear sus ajorcas en la media luz—. Adoro los duelos, los juramentos, las venganzas de sangre...

Se cimbrió muy despacio sobre mi regazo, adelante y atrás, sonriendo con malicia.

—La sangre es preciosa, tanto o más que el oro —murmuró con ojos brillantes—. Sí, es un verdadero tesoro y tú eres un cazador de cabezas. ¿Qué tendría que hacer yo para que matases por mí?

Sostuve pensativo su mirada, atrapado por ese rostro risueño, pintado de rojo y amarillo, y lustroso por el aceite. Sin responder, dejé vagar los ojos por las penumbras de la cueva: los viejos relieves gargales de las paredes, la entrada alta y angosta, las lamparillas que titilaban sobre las repisas, esparciendo una luz tenue y dorada.

—¿Qué me darías tú a cambio? —repuse por fin.

Ella acercó aún más su rostro al mío, calibrando mi expresión, antes de contestar.

—Cuanto tengo. Si es que tienes un precio que se pueda pagar.

—Todos al final lo tenemos —reconocí, pendiente de sus labios entreabiertos.

—¿De verdad cazarías una cabeza para mí? —me susurró al oído. Sus muñecas cargadas de ajorcas volvieron a resonar débilmente, mientras frotaba su pesado collar de medallones contra mi pecho. Porque, según las viejas costumbres de nuestro pueblo, Qum Moga, la bruja, había acudido a nuestra cita nocturna con el cuerpo cubierto de aceite y adornada con un sinfín de piezas de oro, bronce y cobre bruñido;

de forma que el fulgor de las luces arrancaba destellos a cada uno de sus gestos.

—¿Y por qué no? —admití. Ella se había mostrado afectuosa y entusiasta, tan caprichosa como sólo puede serlo una bruja. Y, como tal, estaba siempre presta a sonsacarme una palabra imprudente que atase mi voluntad a la suya—. Mira, en este momento me debo al Alto Juez y he de encontrar a una rompevedas.

—Sí, sí. Pero ¿y después?

—Después, ¿quién sabe? Como te acabo de decir, soy de los que piensan que todos tenemos un precio.

Encajó esa respuesta con una sonrisa ambigua y dejamos ahí el tema. Tras unos momentos de silencio, inclinó la cabeza para mordisquearme la tetilla izquierda. Despacio, muy despacio, se deslizó hacia mi hombro, besuqueándome el pecho, y terminó remoloneando ahí donde antes sus dedos enfundados en garras de bronce me habían rasgado la piel, haciendo saltar la sangre. Me recosté contra la pared de piedra, sintiendo anudarse la zurda sobre mi nuca, mientras las uñas de metal correteaban por mi espalda y sus labios y lengua aleteaban cautelosos sobre la herida.

Es cierto que las brujas saben pulsar los sentidos de sus amantes y, durante un rato, me dejé llevar, a sabiendas de lo que me estaba haciendo, oyéndola resollar cada vez más fuerte, estrechándose contra mí y removiéndose con rapidez cada vez mayor. Pero luego la sujeté por la cabellera teñida de fuego y oro, aparté su cabeza para mirar en aquellos ojos oscuros, que refulgían tras párpados entornados.

—Chica —suspiré—, ¿no te basta con Sagalea? ¿También necesitas mi sangre?

—No, no —ronroneó—. Sólo quiero un poco, unas gotas. La sangre es vida, tú eres fuerte y acabas de matar. Y eres un cazador de cabezas, pariente de los demonios.

—Tú sí que eres un verdadero demonio de las Tierras Altas.

Inspiró hondo, antes de echar la cabeza hacia atrás para sentarse de nuevo en mi regazo y volver a apoyar los antebrazos en mis hombros. Parecía atacada por alguna fiebre: sus ojos estaban llenos de reflejos turbios, el sudor relucía mezclado con el aceite y su cuerpo desprendía tanto calor como un horno. Suspiró de nuevo profundamente, intentando serenarse.

Yo tanteé a nuestro alrededor, sin mirar, hasta dar con un tazón casi lleno de vino, y se lo llevé a los labios.

—No te enfades conmigo, lobo —susurró con voz melosa—. No pensaba hacerte ningún daño.

Bebí a mi vez en silencio, mientras sentía cómo un hilo de sangre resbalaba por mi pecho. Luego suspiré. Los hábitos caníbales de los gorgotas más salvajes suelen turbar a la gente como yo; un arma de ciudad que ni los practica ni, en el fondo, los aprueba demasiado.

Además, allí había algo más: vampirismo y brujería. La magia antigua de las

mujeres gargales; artes oscuras con las que —mediante el sexo, la sangre o incluso un simple cruce de miradas o palabras— se pueden apoderar de la vitalidad ajena. No es algo de lo que suela hablarse, aunque no haya vedas menores sobre el tema; pero todos sabemos que esas prácticas están extendidas entre todos los pueblos gorgotas, y no pocas de nuestras mujeres lo practican, aunque la mayoría a pequeña escala. Por eso último es verdad que son contados los casos en los que su uso resulta verdaderamente dañino.

—No estoy enfadado —dije por último—. Ya sé que no pretendías dañarme y, si dijese que ciertas cosas me disgustan, mentiría. Soy arma. Pero no vuelvas a tratar de chuparme la sangre sin mi permiso ni a quitarme nada. Tendrás que conformarte con lo que te dé.

Encajó ese reproche con un mohín y sin replicar. En el silencio consiguiente, hurgué entre las ropas y armas apiladas a un lado, hasta dar con aquella miniatura que, tiempo atrás, pusiera en mis manos el Alto Juez Tucatuca. Sujeta entre los dedos, alcé a la luz aquella obra maestra de la gente-león, girándola y haciendo que el brillo de las lámparas rielase una y otra vez sobre los rasgos de metal bruñido.

—Ésta es Tuga Tursa, una bruja mestiza. —Ofrecí la réplica a mi cabizbaja acompañante, brindándosela como la joya preciosa que en realidad era.

—Sé quién es: la gente-león la ha sentenciado. —Volvió a sonreír, recobrando de golpe el humor—. Las noticias de esa clase vuelan por las Tierras Altas. —Recogió la miniatura para acunarla entre las manos y estudiarla a la media luz.

—Ella misma se ha sentenciado al romper las Vedas —me sentí obligado a matizar—. Así que la conoces.

—Claro. Alguna vez la he visto, aunque hace tiempo —admitió distraída. Con sus garras de metal, acarició aquellos labios de bronce—. La muy estúpida ha incomodado también a la Reina Bruja.

—Entonces ¿están también enemistadas?

Me fulminó con una mirada entre incrédula y burlona, antes de echarse a reír, haciendo ondear su melena roja y amarilla.

—¿Enemistadas? Pero ¿quién te has creído que son una y otra, lobo? —Deslizó sus uñas de bronce por mi mejilla—. La Reina Bruja es muy poderosa. Nadie en las Tierras Altas iguala su magia y no hay hermandad de brujas que pueda hacer siquiera sombra a la suya... la nuestra. —Volvió a reírse—. Esa mestiza no es nadie comparada con ella y, si se atreviese a desafiarla, la Reina Bruja la borraría del mapa de un soplo. No, pero Tuga Tursa ha hecho cosas que no han gustado a la Reina Bruja, y eso tarde o temprano se paga.

—¿Qué cosas en concreto? —Acaricé sus costados, resbaladizos de aceite—. Si es que pueden saberse.

—No sabría decirte con certeza —reconoció al tiempo que se mecía entre mis

manos—. La Reina Bruja me envió con Lobo Feroz, tu pariente, hace ya meses, y no estoy muy al tanto de todos esos detalles.

—Así que estás en su banda.

—Sí. —Jugueteó al descuido con su gran collar, arrancando destellos a los discos metálicos engarzados—. La Reina Bruja y Lobo Feroz siempre han estado en muy buenas relaciones, y ella nos ha enviado a mi hermana Sondelide y a mí para que le sirvamos.

Cabeceé. En las Tierras Altas y en las zonas fronterizas, las brujas de guerra suelen sustituir a las lanzáis copa, ocupando junto a los jefes manamaragas el sitio que les pertenece a las segundas en la sociedad arma clásica.

Alzó de nuevo la réplica y la sostuvo ante las luces doradas de las lamparillas de aceite, para examinar embelesada el trabajo de los artífices.

—Es muy bonita, mucho —suspiró con ojos brillantes—. Alhajando, no hay nadie como la gente-león, nadie. Además, hace justicia a Tuga Tursa porque, ¿sabes?, es realmente guapa.

—Eso dicen todos los que la conocen —murmuré, contemplando a su vez ese rostro de bronce—. Pero también me habían contado que es una bruja temible, y ahora tú me dices todo lo contrario.

—No. No me has entendido —protestó—. Tuga Tursa vale mucho, aunque no pueda compararse con la Reina Bruja. No es un enemigo despreciable, créeme. Pero es de esas a las que su poder les hace perder el buen juicio y creer que pueden con todo. Yo nunca dejaré que me suceda algo así, porque es un camino que acaba siempre por llevarte a la perdición. —Abstraída, volvió a deslizar sus garras de bronce por mis mejillas—. No es bueno jugar ni con la Muerte ni con la Suerte, lobo. La primera es una amante celosa y la segunda nunca es fiel durante mucho tiempo.

Sin saber qué contestar a eso, me pregunté si sus palabras no serían un agüero... y si, de serlo, lo serían para Tuga Tursa o para mí. Traté de descifrar el rostro de la pequeña bruja en la media luz y ella, quizás intuyendo mi turbación, volvió a sonreír con malicia, al tiempo que se balanceaba sobre mí.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—Muchas cosas. Dime, ¿qué relación había entre Tuga Tursa y Sagalea?

—Ninguna, que yo sepa.

—Pero ¿Podría haberla?

—Claro. —Me miró intrigada—. Por muy chismosa que sea la gente de las Tierras Altas, siempre habrá secretos bien guardados.

—Lo cierto es que yo no pensaba hacerle nada. Vine a preguntarle sobre Tuga Tursa y ella me atacó sin mediar palabra, y en el santuario. ¿Por qué lo haría?

—No lo sé. Si tú no la hubieses matado, los árbitros lo habrían hecho después.

—No tiene sentido.

—No tiene por qué tenerlo. Sólo tienes que acercarte al altar de Artam y contar las calaveras que hay a sus pies: siempre hay gente dispuesta a cometer ciertos crímenes, a pesar del castigo.

—¿Así, abiertamente?

—No lo sé. La gente a veces enloquece sin que los demás se den cuenta. Y un día estallan, sin que pueda ya pararles la razón, o el miedo al castigo.

—Es posible. —Meneé la cabeza.

Pero para mis adentros pensé en lo hablado con Aorcabuéis. En que la Máscara Real era mucho más que un objeto sagrado o una institución, puesto que representaba una idea, una forma de concebir el mundo. ¿Había estado dispuesta Sagalea a morir por esa idea? ¿A morir a cambio de matarme a mí, a un cazador de cabezas que perseguía una pieza valiosa para los planes de los Mutel y, por tanto, para la vuelta de la Máscara Real? Me pasé la mano por la frente.

—Es posible —repetí—. El miedo contiene a la mayoría, pero no a todos.

—Y cuando con el miedo no basta, suena la hora de los cazadores de cabezas —bromeó ella—. Vienen de noche cerrada, para cogerte y sacarte las tripas. —Soltó una risa queda—. Como en los cuentos que me contaban mis tías cuando yo era pequeña.

La contemplé pensativo, antes de responder.

—Así es, chica —acepté con lentitud, con una sonrisa que logró apagar la suya—. Así es.

A media mañana fuimos a pasear por los puestos de la feria. Yo llevaba la máscara de matar bajo el brazo y Qum Moga, incansable, correteaba de un lado a otro, curioseando, palpando mercancías y tratando de sacarme alguna chuchería. En un aparte del mercado, tres hombres-león habían instalado una fragua al aire libre y ejercían sus viejas artes cubiertos con máscaras, y con mandiles de cuero, martilleando entre surtidores de chispas y resonar de metales. Bajo los toldos, jefes de ropajes rojos y amarillos se sentaban junto a personajes que portaban las máscaras familiares de los diminutos ferales manamaragas. Los observé conversar indolentes, fumando largas pipas y sorbiendo infusiones calientes. Las ferias de los santuarios, protegidos por tregua sagrada, siempre han sido buen sitio para zanjar esas largas y sangrientas rencillas que tanto nos gustan a los armas, sobre todo a los de las Tierras Altas.

Un hombre de gran estatura se destacó de la concurrencia, abriéndose paso hacia mí. Era muy alto y ancho, con aspecto de enorme fortaleza física, y lucía una espectacular máscara de oro y bronce, con rasgos que eran mezcla de humano y jabalí. Vestía de forma no muy distinta a la mía, al estilo de muchos armas de ciudad, con ropas negras y holgadas, sobre las que ceñía defensas de cuero y bronce. Las

vainas de sus espadas le colgaban del hombro, oscilando mientras cruzaba por entre la gente.

—Paz, lobo. —Se detuvo a mi altura para saludarme con una voz profunda y agradable—. Tú debes de ser Corocota, el cazador de cabezas.

—Así es. —Dudé un instante—. En cambio, yo no sé quién eres; tendrás que disculparme.

—Es normal, no importa. Soy Trapaieiro Porcaián —afirmó con sencillez—. Vengo de las montañas.

Contemplé casi boquiabierto a ese que se atribuía el nombre de un dios menor. No parecía un perturbado y, si bien su indumentaria no era para nada lujosa, el ajuar —espadas, máscara, vainas, alhajas— estaba compuesto de piezas de calidad. Qum Moga, atraída a su vez por las palabras y el aplomo de aquel hombretón, lo rodeó embelesada.

—¿Qué eres tú? —le espetó sin poder contenerse—. ¿Un mascareno? ¿Un demonio de las montañas? ¿Un dios-vivo?

—Soy un poco de todo eso. —Nuestro interlocutor dedicó una sonrisa a la pequeña bruja pintarrajeado de rojo y amarillo, antes de dirigirme de nuevo la palabra, bajando esta vez un poco el tono de voz—. Tengo entendido que buscas a una bruja mestiza llamada Tuga Tursa.

—Cierto. —Interesado ahora, acaricié la máscara de matar que acunaba en el hueco del brazo—. ¿Tienes algo para mí?

—Hablemos. —Movié la cabeza, haciendo que los metales de su máscara chispearan bajo el sol abrasador—. Pero no aquí, en público.

—Pues vamos a sentarnos a la sombra —aprobé.

Y, con un ademán discreto, le señalé afuera del mercado.

—¿Y yo? ¿Os dejo? ¿O puedo acompañaros?

Me volví hacia la inquieta bruja que remoloneaba a nuestro lado, hirviente de curiosidad. Consulté con los ojos a Trapaieiro Porcaián, pero éste se limitó a sonreír de nuevo.

—Bueno, anda —acepté tras un momento de indecisión—. Venga, siéntate con nosotros.

Nos alejamos por las cuestas que hay al pie de los farallones, dando la espalda al bullicio de la feria, para buscar algún lugar donde las peñas resguardasen de la solana. Con un gesto, el montañés me indicó una buena sombra. Yo asentí, antes de sentarme con las piernas cruzadas y la espada terciada sobre el regazo. El montañés me imitó, acomodándose a mi zurda.

Qum Moga, tras vacilar un momento, fue a ponerse a la izquierda del montañés. Incliné la cabeza. Aquel acto dejaba a Trapaieiro Porcaián como eje de la reunión, aunque había sido él quien acudió a mi encuentro y no al revés, y pese a que ella iba

conmigo, no con él. Ambos la miramos perplejos. Pero ella, sentada con las piernas juntas, apoyando las muñecas cargadas de ajorcas sobre la vaina lacada en oro y rojo de su espada, nos devolvió sin pestañear una mirada de falsa inocencia.

No me ofendí. Trabajo me costó esconder una sonrisa. Aunque valoro la etiqueta, que tan del gusto arma es, nunca me he sentido atado a la misma, ya que no es más que una herramienta útil. Además, quizá la pequeña bruja no hacía otra cosa que poner las cosas en su sitio; ya que Trapaieiro Porcaián, de ser quien afirmaba ser, era un grande entre los nuestros. Al fin y al cabo, Qum Moga era una bruja de guerra y éstas, como las lanzáis copa, dan suma importancia a las formalidades, además de considerarse a sí mismas como las custodias de nuestras viejas tradiciones.

Ofrecí tabaco al montañés y ambos cargamos en silencio las pipas, contemplando el paisaje de pedregales, pinares oscuros y páramos amarillentos, ahora abrasados por un viento ardiente. Ese mutismo formal, previo a una conversación, me sirvió para reflexionar sobre aquel extraño interlocutor, que usaba el nombre de un ídolo montañés.

Hasta donde yo sé, Trapaieiro Porcaián era, en su origen, uno de esos maliciosos diablos porcinos que tanto abundan en la mitología pandalume. Como otra docena de pequeñas deidades similares, nos llegó a través de los pandalumes que se instalaron entre nosotros en el pasado, y fue asimilado con rapidez por varios panteones gorgotas, los montañeses sobre todos. Trapaieiro Porcaián, en concreto, es muy antiguo y parece estar tomado de los trocalumes, los pandalumes nómadas.

Puede que por eso, por ser tan antiguo y anterior al resto, no se hizo un hueco entre los grandes ídolos de las montañas, como ocurrió con otros parientes suyos, como el Gochora o el Maevís. Carece de devotos o culto propio, y sus altares son escasos. A cambio, tampoco ha cambiado tanto su carácter primitivo: sigue siendo un genio marrullero y embaucador, como todos sus parientes; pero es más malicioso que malo, y no tiene sed de sangre humana.

Volví los ojos hacia aquel montañés de máscara bruñida. Fumaba con fruición, aguardando calmoso mientras lanzaba nubecillas blancas al aire de la mañana.

—En fin. Tú dirás.

—Tucatuca te ha mandado a cortar la cabeza de Tuga Tursa, y corre el rumor de que vas de un lado a otro, dando palos de ciego y sin conseguir pistas sobre su paradero. —Dejó escapar otra bocanada de humo—. Pero yo puedo llevarte hasta ella.

Agité la cabeza, interesado. Pero nada dije, recordando las artimañas que la tradición atribuye a ese demonio montañés llamado Trapaieiro Porcaián. Di una larga calada a mi pipa, invitándole con mi silencio a proseguir.

—Bueno —sonrió, como si me hubiera leído los pensamientos—, escucha. Corren muchos rumores sobre dónde puede estar Tuga Tursa, pero pocos saben nada

de cierto... Esa chica está dando muchos quebraderos de cabeza a sus enemigos, que no son pocos. Yo puedo asegurarte que en estos momentos está en las Tierras Altas, actuando como agente de los hermanos Mutel, esos reyes-brujos puces que tantos problemas han dado a su vez a los armas en el este.

—Es una información valiosa y te la agradezco.

—Hay más, amigo. —Puso su larga pipa de madera en manos de Qum Moga, invitándola a dar unas caladas—. Esos locos sueñan con convertirse en Quiniones de Pagoa, establecer una hegemonía en las llanuras y, para ayudarse en sus planes, han forjado una Máscara Real. —Me miró al rostro—. Supongo que todo eso ha llegado ya a tus oídos, ¿no?

—Así es.

—Ahora, Tuga Tursa está aquí, en las Tierras Altas, con la intención de hacer una ofrenda de sangre a uno de los demonios predilectos de los Mutel: el Gochora.

Lo miré. El Gochora era otro demonio porcino de origen pandalume, emparentado por tanto con Trapaieiro Porcaián, pero mucho más sanguinario que éste. Su culto, otrora bastante poderoso en las Montañas y Cabezas Muertas, prácticamente había desaparecido.

—La Máscara Real es enemiga de demonios como el Gochora —objeté—. No veo qué relación puede haber entre una y otro.

—¿Relación? Ninguna. Los Mutel juegan sus bazas. Por un lado han despertado a la Máscara Real y por el otro se buscan la ayuda del Gochora con un sacrificio; no tiene nada que ver.

—Entiendo. Sigue.

—Un grupo de partidarios suyos se va a reunir para sacrificarle un ser humano en uno de sus viejos altares, el primer novilunio tras la fiesta del Alto Ogual, para darle poder. Los celebrantes del rito serán, ni que decir tiene, gente escogida. Allí estarán aliados de los Mutel, adoradores del Gochora y la propia Tuga Tursa. También tomará parte el ogro Poupar, que es hijo del Gochora y una bruja arma.

Allá lejos los buitres, motas negras contra el cielo azul, trazaban lentas espirales sobre los montes. Puestos los ojos en esos círculos sin fin, me pregunté si tal visión no sería un agüero. A nuestro lado, Qum Moga chupeteaba la pipa del montañés, mientras seguía atenta la conversación y trataba de pasar desapercibida. Durante un latido, tentado estuve de pedirle que interpretase para mí la danza aérea de los buitres, pero pude contenerme.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? —Lo observé con precaución, ya que pocos dan algo por nada.

Él recogió su pipa de manos de la bruja, dio una calada profunda y dejó escapar con lentitud una gran humareda blanca.

—Aquel que haya forjado una Máscara Real es enemigo mío.

Asentí despacio. Trapaieiro Porcaián, según la leyenda, había sido una de las máscaras mayores que habían bajado de las Montañas para combatir a la Real y los suyos. Él ladeó la cabeza, arrancando de repente reflejos amenazadores al cambuj.

—Pese al secreto, he sabido que va a celebrarse esa ceremonia y pienso frustrarla. Pero allí habrá muchos enemigos congregados y yo no puedo enfrentarme solo contra todos ellos. Ayúdame y yo te ayudaré: te llevaré hasta Tuga Tursa, si no tienes miedo de ofender a un ídolo tan feroz como el Gochora.

—¿Miedo? No —negué mientras me acariciaba la pequeña calavera del mentón—. Soy un cazador de cabezas y hago valer las Vedas. Allá el Gochora si acepta el homenaje de un condenado: habrá de cargar con las consecuencias, sea o no una deidad. Pero dime —volví a rozar con los dedos mi barbilla—, ¿cómo es posible que alguien como tú ande solo y sin partidarios?

—Yo, si quisiera, podría ser un gran jefe en las Montañas —repuso con sencilla inmodestia—. Ser tan poderoso como lo fue don Tavarusa o puede que aún más. —Apartó la mirada del paisaje para clavarla en mí y, tras las ranuras doradas del cambuj, dos ojos como carbones escarbaron en los míos—. Pero me gusta considerarme un espíritu libre y detesto cualquier clase de atadura.

—Ya veo —dije tras un instante, ganado por una repentina simpatía hacia ese extraño personaje—. ¿Y cuántos crees que serán?

—Alrededor de cincuenta. Va a ser una gran celebración. —Se terció la vaina de la espada sobre el regazo e hizo una pausa—. Según he oído contar, Tuga Tursa es responsable de la muerte de algunos de tus parientes e incluso se atreve a llamarse, y discúlpame por mencionarlo, Tumbalobos.

—Estás sugiriéndome que pidamos ayuda a mi feral. —Manoseé el pomo de mi espada—. Bueno, es cierto que tiene cuentas de sangre pendientes con nosotros y los lobos no somos de los que dejan correr el agua. Pero yo soy además un cazador de cabezas; el Alto Juez Tucatuca ha sido quien me ha enviado a matar a Tuga Tursa y, según las costumbres de los Cien, no puedo pedir ayuda a mis parientes para cazar una cabeza.

—Las costumbres son sólo eso, costumbres.

—En este caso es como una ley inmutable. Los Cien estamos para preservar la paz, no para desatar guerras. Obramos al margen de sangre y parentela. Si un cazador de cabezas recurriese a su feral, quizá los parientes del quebrantavedas se vieran obligados, por la fuerza de la sangre, a intervenir a su vez a su favor.

—Tienes razón —admitió el montañés.

Asomada tras su corpachón, la bruja se removía inquieta, tratando de llamar mi atención.

—Perdonadme. No quiero molestar. —Aún dudó, y mostró las manos en gesto de disculpa—. Pero es que Lobo Feroz, tu pariente, está aquí mismo, en el santuario.

—¿Y?

—Él no es un cazador de cabezas. —Sonreía como una niña, supongo que contenta de prestar un servicio a un grande, como era nuestro interlocutor—. Por tanto, no está atado, y seguro que estará muy contento de atacar a un enemigo de sangre. Y a mí me escucha cuando hablo; aprecia mis consejos. Podemos ir a verle.

Así que me llegué de nuevo hasta el toldo del hierbatero mestizo, aunque esta vez en compañía de la bruja y el montañés. Por consejo de la primera, fuimos pasado el mediodía, cuando el mercado dormitaba, prácticamente desierto por los embates del viento abrasador. Eran las horas más calurosas, los buhoneros sesteaban junto a sus mercancías y casi todos los asistentes se habían retirado a la sombra, a echar una cabezada.

Trapaieiro Porcaían y yo nos instalamos frente al jefe manamaraga, que se sentaba flanqueado por Arastacasta, santón de Ejaune, y Qum Moga, la bruja de guerra. Los cinco bebíamos tisanas humeantes. Los toldos chasqueaban a impulso de las cálidas ráfagas, olía a hierbas aromáticas, el polvo se arremolinaba en torbellinos fugaces y los insectos volaban en torno a nosotros.

A un lado, el mestizo trasteaba entre el puchero de agua hirviente y sus tarros de hierbas, sin reparar en nosotros. Ya antes se lo había señalado con disimulo a Lobo Feroz, pero éste había descartado el tema con un vaivén del abanico. «Descuida hombre, que es un amigo», había musitado.

Ahora, mi pariente se abanicaba con parsimonia, tan reacio como yo a mezclar a terceros en el asunto, aunque por otras razones.

—Por supuesto que me alegra saber que Tuga Tursa está aquí, en las Tierras Altas, al alcance de mi mano. Y es verdad que yo podría convocar así de fácil — chasqueó los dedos— a dos docenas de espadas o más. Pero éste es un asunto que no va con mis amigos. Tendríamos que recurrir a nuestros parientes. Después de todo, las cuentas de sangre de esa bruja son con los lobos y no está bien que otros nos saquen las castañas del fuego. ¿Qué dirían por ahí de nosotros?

—Yo no puedo acudir a los nuestros —le recordé.

—Pero yo sí. —El manamaraga volvió a abanicarse, espantando de paso a las moscas—. Alguien con el descaro de llamarse Tumbalobos no tiene derecho a la vida. Hay tiempo de sobra para convocar a los lobos y, para la luna nueva, tendré reunido un número más que suficiente para este asunto.

Hubo una pausa en la que bebimos de nuestras infusiones. Luego, Trapaieiro Porcaían denegó lentamente con la cabeza.

—Me temo que eso no es posible. Los Mutel dan mucha importancia a esta ceremonia y sus espías en las Tierras Altas tienen que estar al quite. Es más, el Gochora y yo somos viejos enemigos, y su culto nunca desapareció del todo, ni aquí,

ni en las Montañas, ni en Cabezas Muertas. No te quepa duda de que, en este preciso instante, alguien nos vigila.

Lobo Feroz aceptó tal hecho acariciándose la barba veteada de gris, al tiempo que entornaba los párpados. El montañés prosiguió:

—Si los lobos suben en masa a las Tierras Altas, o los que viven aquí se reúnen, se sabrá. No hay tampoco tiempo de hacer las cosas con cuidado y en secreto. Y si los celebrantes sospechan que han sido descubiertos, obrarán en consecuencia.

—Es posible —admitió de nuevo el manamaraga. Con gesto distraído, se llevó la mano a las mejillas para acariciar los colmillos de bronce de la piel de lobo con la que se cubría—. Pero yo te digo que convocar a mis amigos para este asunto sería abusar de nuestros juramentos mutuos. No, no estaría bien. Yo te comprendo y la información es tuya. Si no quieres que acuda a los lobos, no lo haré; estás en tu derecho. Y puedes contar conmigo a nivel personal. Así están las cosas, y créeme que no puedo hacer más.

Trapaieiro Porcaián apuró su recipiente para, acto seguido, tendérselo al hierbatero, indicando así que se lo llenase de nuevo. Hasta que eso estuvo hecho no dijo palabra.

—Se acerca una guerra. —Manoseó el cuenco humeante—. Los Mutel están soliviantando a los nómadas contra los intereses armas en el Chan Menor y la gente-león se ha decidido a actuar. Tavarusa está levantando un ejército para dirigirse a los llanos y está alistando a muchos jefes y cabecillas para la campaña. Entre ellos, a no pocos de las Tierras Altas.

—¿Y? —Lobo Feroz lo miró con párpados entornados.

—Tú eres uno de ellos, si no me han mentido. Y creo que no lo han hecho.

—Las noticias vuelan. —El manamaraga se sobó la gran barba, sonriendo sin humor—. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estábamos hablando?

—Todo. Es la solución —irrupió Qum Moga, que había captado la intención del montañés—. A nadie le va a llamar la atención que convoques a tu banda. Todos supondrán que vamos a unirnos al ejército de don Tavarusa.

El manamaraga torció el gesto, pero la pequeña bruja levantó las manos, y sus ajorcas tintinearón al impedir la réplica.

—¡Déjame acabar! Si frustramos esa ceremonia y, de paso, matamos a unos cuantos aliados de los Mutel, ganaremos favor a los ojos de don Tavarusa. Sería un servicio que él sabría agradecer, y recompensar.

—Visto así, la cosa cambia. —Sin embargo, Lobo Feroz aún dudaba, acariciando pensativo el largo cañón de su fusil—. Pero dime, ¿está bien exponer a mis amigos a las iras del Gochora? Es un demonio poderoso, y vengativo.

Sentada sobre los talones, la bruja de guerra se echó a reír, haciendo resonar sus pulseras.

—Con los ídolos pasa lo mismo que con la gente, jefe. Es imposible estar a bien con todos.

El descamado Arastacasta esbozó entonces una sonrisa y dejó correr los dedos por la hoja de su hacha, similar a la de una guadaña.

—Escucha a la chica. Escúchala, que lo que dice no es ninguna tontería.

Lobo Feroz aún estuvo abanicándose largo rato, meditando con los párpados caídos.

—Bien —aceptó al fin—. Entonces, estamos de acuerdo.

En aquellos días extraños no fui yo el único que se topó con personajes que portaban máscaras antiguas y fabulosas.

Mi amigo Palo Vento, casi al mismo tiempo que yo me dirigía a las Tierras Altas en busca de la bruja Sagalea, se unió como escriba e intérprete a un viajero que acababa de llegar del Sursur. Respondía ese extranjero al nombre de Te-Cui y era una especie de filósofo, adscrito a una escuela bastante extendida por las tierras del Sursur. Se hacían llamar los Mundanos, y seguían el precepto de un antiguo maestro, que defendía que un filósofo tenía que dedicarse a los negocios de este mundo para después, en lo privado, entregarse a estudios y especulaciones de carácter más abstracto. Es una forma de vida con bastantes adeptos en el Sursur y Te-Cui, fiel a esa máxima, había trabajado en no pocas cortes, en todo tipo de ocupaciones, desde la supervisión de obras hidráulicas a la enseñanza de los hijos de sus patronos.

En la época en que vino a Los Seis Dedos era hombre ya de mediana edad, alto, delgado, con una barba entrecana muy cuidada. Vestía ropas de buena factura y corte sencillo. Personaje muy viajado, curioso impenitente, dominaba multitud de artes, entre ellas la esgrima, aunque procuraba recurrir lo menos posible a ésta, tanto por temperamento como por convicciones filosóficas.

Había abandonado el último de sus empleos, en una lejana corte meridional del Sursur, para venir al norte del Riorrío, en busca de un discípulo suyo. Uno por el que sentía especial aprecio, que le acompañó durante años y que se había apartado de su lado para acudir a su vez a Los Seis Dedos, con la intención de estudiar y transcribir textos gargales y armas.

Esos documentos eran tratados de ingeniería y medicina, dos disciplinas que interesaban especialmente tanto a Te-Cui como a su discípulo; así que aquél no creía que éste hubiera violado ninguna veda sin querer, ni que se hubiese metido en problemas por culpa de los mismos. Pero lo cierto es que, tras enviarle ciertas cartas, había desaparecido sin dejar rastro. El maestro temía que hubiese sufrido algún percance y eso le causaba cierta desazón, ya que, aunque la idea había partido de su alumno, había sido él quien lo animó a hacer ese viaje, habida cuenta del caudal de conocimientos que podía encontrar.

Eso había sucedido hacía unos pocos años y el maestro, fiel a una forma de ver la vida y a unos preceptos de comportamiento, tras constatar que su discípulo no iba a reaparecer, lo dejó todo para subir al norte. Fue bien recibido en Minacota, donde las autoridades le brindaron su ayuda. Así se supo que el desaparecido había estado, en efecto, algún tiempo en la ciudad, antes de partir hacia Resegra, en el Carauce, con la intención de estudiar en la Biblioteca de esa ciudad, la más sagrada de los armas.

El maestro era hombre decidido, a la par que prudente, así que resolvió dirigirse a

su vez hacia Resegra. Pero no lo hizo de forma irreflexiva, sino que antes contrató a un guardaespaldas, así como a Palo Vento, ya que pensó que un escriba que dominase los alfabetos locales, capaz además de empuñar las armas si la necesidad lo requiriera, podía serle de suma utilidad en su viaje al corazón de Los Seis Dedos.

El maestro Te-Cui llegó así a una ciudad que no sólo era sagrada, sino también prohibida, ya que se necesitaba un salvoconducto para entrar en ella. Él y sus dos compañeros viajaron por los ásperos caminos montañoses, y tuvieron que cruzar los tres desfiladeros antes de alcanzar el valle en que se enclava Resegra. Y sin duda, aun él, que tantas maravillas había visto, debió de sentirse impresionado ante esa ciudad monumental, de edificios contruidos con grandes bloques y fachadas talladas en la ladera pétreas.

No es una ciudad muy grande, ni muy populosa, pero sí imponente, puesto que contiene multitud de templos y edificios públicos, como la Casa de Ciencias o la Biblioteca, de las que tan orgullosos nos sentimos los armas. El maestro Te-Cui pudo recorrer a su antojo aquella ciudad sagrada, custodiada por mil máscaras guerreras; se entrevistó con sus cinco alcaldes, visitó los santuarios y estudió las construcciones. Pero no por eso descuidó el motivo que lo había llevado hasta aquella región montañosa, y que no era otro que encontrar a su alumno desaparecido.

Los bibliotecarios recordaban muy bien a aquel otro viajero del Sursur, pero sólo pudieron decirle que había pasado una temporada en la ciudad. Que tuvo libre acceso a cuanta documentación quiso y que un buen día se marchó, sin que nadie le preguntase nada; pues era hombre entregado a su trabajo y no estuvo allí el tiempo suficiente como para entablar amistad con nadie.

Te-Cui no era de los que se desaniman a las primeras de cambio, así que pidió a su vez que le dejaran examinar los libros que había estudiado su alumno. Quizá, se decía, había encontrado algo destacable; algo que podía poner en marcha a un hombre inquieto, más preocupado por el saber práctico que por acumular erudición. ¿O cómo explicar si no su partida repentina?

Pero esa investigación laboriosa no dio fruto alguno, y tuvo que ser un encuentro extraño —que él aceptó con estoicismo— el que le sacase del atolladero en el que se hallaba.

Cierta tarde, harto de hojear libros de ingeniería con la cada vez más lejana esperanza de encontrar una pista, abandonó la biblioteca antes de la hora habitual. Era éste un edificio monumental, un rectángulo de enormes sillares adosado a la ladera, con salas orientadas al sur para la lectura y el copiado, y kilómetros de galerías y cámaras subterráneas donde se almacenaban decenas de miles de tomos, escritos en un centenar de alfabetos. Aunque había oído hablar de esa Biblioteca, el maestro se había quedado anonadado ante su magnitud. Sin embargo, en todos aquellos libros, no había una sola línea que pudiera ayudarle.

Declinaba la tarde y la temperatura era tibia, aunque luego, tras el ocaso, haría frío. Bajó casi sin darse cuenta, porque tenía la cabeza puesta en otra cosa, hasta el santuario de Arbar, diosa del rayo y del trueno, en el que se practicaban ciertos tipos de sanación. El templo dispone de un atrio exterior y de pórticos con estatuas grotescas a manera de columnas, y allí tenían a un puñado de enfermos a la sombra de los árboles, aprovechando la tibieza vespertina. Los dolientes lo eran de enfermedades internas, y el viajero se detuvo a observar cómo los sanadores de ropas blancas y rojas les atendían con pócimas, agujas y pases de las manos.

Absorto en el espectáculo, tardó en darse cuenta de que había un segundo hombre también mirando, éste desde la sombra de los soportales, muy cerca. Pero, en cuanto se fijó en él, se olvidó de enfermos y sanadores. Era obviamente gargal; un sujeto de estatura normal al que una barroca máscara de toro, de oro y bronce, hacía parecer un gigante.

Observó aquella figura colorista. Su piel, muy morena, contrastaba con la túnica roja y los adornos de oro, muy trabajados, tales como el gran collar o los brazaletes. De fortaleza nervuda, antes que musculoso, lucía una gran barba blanca, quizá teñida. Empuñaba un báculo tallado y, de su axila izquierda, pendían una gran espada y una daga.

Sólo cuando llevaba un rato estudiando al personaje y su ajuar, sus ojos fueron a toparse con los del otro, que le estaba observando a su vez; y entonces comprendió que, una vez más, se había dejado arrastrar por una curiosidad excesiva. Pero los ojos oscuros del gargal no mostraban hostilidad e incluso le vio sonreír con tolerancia, tal como ocurre con los hombres de mundo y ciertos filósofos, que están por encima de las formalidades.

—Perdón... —murmuró, sin embargo.

—Supongo, señor, que eres el maestro Te-Cui —le dijo el otro con soltura, el bastón en la diestra—. El sabio que ha venido del Sursur.

—Te-Cui me llamo —repuso, ahora igual de desenvuelto—. Pero no soy ningún sabio.

—Dicen que aquel que niega ser un sabio da muestras precisamente de serlo, o al menos de estar en camino de lograr tal dignidad.

—Tal vez. —Contempló con mayor curiosidad aún, si cabe, al portador de la máscara de toro—. Y mi sabiduría, si es que tengo alguna, aumentará sin duda, aunque sea una pizca, cuando conozca el nombre de mi interlocutor.

—Poca sabiduría hay en eso. Pero la gente me llama el Rey Rojo.

Te-Cui hizo una reverencia con los brazos abiertos, tal como se estila en el Sursur; aunque fue por cortesía y no porque tal nombre le dijese nada. Sólo más tarde sabría, por boca de otros, quién era el Rey Rojo. Pero éste hablaba ya de nuevo.

—Tengo entendido que estás en Resegra buscando a alguien; a uno que estuvo

aquí tiempo atrás.

—En efecto, así es.

—¿Y cómo esperas encontrarle si todos dicen que se marchó hace años?

El maestro lo contempló y, tras vacilar un momento, se decidió a responder.

—Leo los mismos libros que él leyó en su momento. Aquel a quien he venido a buscar es un antiguo discípulo. Le conozco bien y sé que, si encontró alguna descripción que llamase su atención, no se habría limitado a copiar las páginas, sino que hubiera ido a verlo con sus propios ojos.

—Descripción de...

—De alguna obra de ingeniería, por ejemplo. Era su pasión, y sé que si hubiera sabido de alguna verdaderamente audaz, o útil, habría ido a verla, y a tomar él mismo notas.

—Y por eso buscas en los libros. Me parece poca cosa: una esperanza muy débil.

—Soy consciente de ello, pero es lo único que tengo.

—Yo puedo ofrecerte algo mejor.

El maestro Te-Cui se quedó contemplándolo con curiosidad renovada.

—Adelante. Te escucho —le invitó.

—Me dirijo a oriente, a unirme a don Tavarusa, el montañés, que está reuniendo un ejército por cuenta del Ras arma, para luchar en los llanos.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿Encontraré allí a la persona que busco?

—No. No allí.

Te-Cui se acarició la barba entrecana, cada vez más desconcertado. La tarde declinaba, los sanadores seguían atendiendo a los dolientes y soplaba una brisa de última tarde, llevándoles olores a prados.

—No entiendo. Si no lo voy a encontrar, ¿por qué habría de viajar al este?

—A veces no dependemos de nosotros mismos, sino de otras circunstancias. El que encuentres a tu discípulo o no, y en qué condiciones lo hagas, dependerá de lo que ocurra en fechas próximas en las llanuras. —Sonrió de nuevo con una especie de benevolencia distante—. Comprendo que es difícil de creer, porque no me conoces de nada y, de momento, no puedo contarte más.

El maestro Te-Cui volvió a mirarle, se acarició la barba de nuevo. Meneó por último la cabeza.

—Hay muchas cosas difíciles de creer que sin embargo son ciertas. ¿Puedo pensarlo?

—Me voy mañana.

—Entonces, mañana tendrás mi respuesta.

—Guardaré un hueco para ti y los tuyos en mi comitiva —dijo simplemente el otro.

Y se marchó haciendo resonar el báculo tallado sobre los adoquines del atrio.

Pasaron todo el invierno ocultos en un viejo santuario abandonado, en la comarca gargal de Osca, al noroeste del Carauce. El monasterio estaba situado en un valle remoto, en la zona norte de Osca, y en tiempos había estado consagrado a los valores que defendían la Máscara Real y sus seguidores. Su caída había provocado su abandono y eso, unido a su ubicación en territorio gargal, y en lugar de difícil acceso, lo habían salvado quizá de ser destruido en su momento. En la época actual, no debía de haber muchas personas que conocieran siquiera su existencia, ya que sólo cazadores visitaban el valle angosto al que se asomaba el santuario, colgado de una de las laderas.

Trescientos años de abandono habían hecho poca mella en aquella edificación de grandes sillares de piedra, y en buena parte subterránea, aparte de devorar los materiales perecederos, desde maderas a telas, y acumular polvo en estancias y pasillos. Fue en la cámara más profunda de aquel gran santuario muerto, mientras en el exterior rugían los vientos y caía la nevada, cuando por fin el sabio Pogar mostró la máscara al Elegido, antes de instruirle en la historia de Los Seis Dedos, así como en la filosofía que guiaba a todos los que seguían el camino de la Máscara Real.

La Máscara Real, forjada en oro purísimo, tenía la forma de un semblante noble y sobre todo hermoso. Hermoso no tanto por la perfección de sus facciones como por lo que éstas lograban transmitir a quienes lo contemplaban: serenidad, rectitud, compasión. Aquel rostro no era ni de hombre ni de mujer, sino andrógino, para representar la intrascendencia de ese simple accidente que es el sexo, así como para indicar que podía ser portada tanto por un hombre como por una mujer.

Durante varios días el Elegido, en la profundidad de aquella cámara sagrada, no hizo otra cosa que tenerla entre sus manos, contemplar el semblante y mirar las cuencas vacías de los ojos; y, con frecuencia, pasear los dedos por aquellos rasgos cincelados en oro. Ese gesto, el roce de sus yemas sobre el metal dorado, lo llenaba de una calma extraña; un sosiego de espíritu que hacía mucho tiempo que no sentía.

Pese a todo, las primeras veces se caló aquella máscara con un miedo apenas disimulado. Como muchos extranjeros, ajenos a Los Seis Dedos y sus culturas, no podía evitar pensar que las máscaras mayores anulaban total o parcialmente a aquellos que se atrevían a ponérselas. Por mucho que Pogar le hubiera explicado que, aunque así sucedía con algunas máscaras, no era el caso de la Máscara Real, el temor estaba ahí, y no podía evitar un temblor de manos al llevársela al rostro. Pero no ocurrió eso que temía; de hecho, notó tan poco que el momento fue para él casi una decepción.

Pogar le había advertido que podría dejar la máscara siempre que quisiese, y que incluso ésta podría rechazarle; no con violencia ni daño, sino simplemente siendo un

adorno hermoso pero inerte sobre su rostro; y eso fue lo que llegó a temerse esas primeras ocasiones.

Pero al poco, una vez liberado de los miedos previos, comenzó a tener sensaciones verdaderas, que de nuevo no fueron ni mucho menos las que había imaginado. Dones tales como ver los colores de las almas o aliviar el dolor con el simple roce de los dedos llegarían tiempo después. Lo que ocurría aquellos primeros días, al ceñirse el cambuj, era semejante a lo que nota un hombre que de repente se siente más fuerte. Fuerte no por una ganancia física, sino porque sus pensamientos se volvían más claros, su voluntad más recia y sus convicciones más sólidas.

—La Máscara Real no puede darte nada que no esté ya dentro de ti —le decía una y otra vez Pogar—. Si en ti no hay sed de justicia, la máscara no puede despertarla. Si no amas a tus semejantes, ella no puede enseñarte a hacerlo.

Lo que más notaba, empero, siempre que se ponía la máscara, era cómo su pena se apaciguaba. Y una vez más esto sucedía de una forma que él nunca habría esperado. Ya Pogar le había advertido que el cambuj habría de mitigar el dolor; pero él pensaba que si tal cosa era posible sería gracias al olvido que da el fundirse con un carácter ajeno, como es el de la Máscara Real.

Sin embargo, los recuerdos seguían allí.

Ceñirse la Máscara Real simplemente les daba una dimensión nueva y más amplia que, de forma curiosa, aliviaba el dolor. Con ella sobre el rostro, de la pérdida que había sufrido desaparecía la dimensión personal y localizada, para convertirse en un caso concreto de la situación de guerra endémica y violencia que azotaba Los Seis Dedos. El pesar por la muerte de la amada se convertía en reflexión filosófica.

—Los armas gobiernan sobre Los Seis Dedos —murmuraba Pogar—. Son dignos descendientes de mi pueblo, los gargales, y jamás han pensado en establecer una ley común a todos los pueblos que lo habitan.

—Pero los armas tienen leyes. —El Elegido meneó la cabeza.

—Por supuesto que las tienen; todo un código, antiguo y complejo. Los demás pueblos que habitan Los Seis Dedos tienen a su vez las suyas propias; y los armas no se suelen inmiscuir en eso. Todo cuanto existe a nivel común son unas pocas normas.

—¿Entonces?

—Entonces, el problema es ése. No hay más que las Vedas armas y, en un terreno más cotidiano, los decretos del Alto Juez; eso es todo lo que regula la convivencia entre las distintas gentes de Los Seis Dedos. Nunca ha habido intención, ni supongo que siquiera idea, de elaborar un cuerpo legal superior, que iguale y obligue a todos los pueblos.

—¿Y eso es malo?

—Tras esas normas no hay ninguna filosofía, y resultan insuficientes. Han surgido para atender problemas concretos, y lo único que las respalda es la fuerza.

Pero el miedo al castigo no siempre detiene a los transgresores, como has podido comprobar tú mismo en carne propia. La Máscara Real sigue un camino distinto, y propugna la creación de un código de conducta superior, de una moral que esté por encima de las diferencias entre gentes y pueblos.

Esas conversaciones solían tener lugar en la cámara profunda, lejos del frío y la nieve que cubría las montañas. El Elegido vestía una túnica blanca sin adornos y Pogar un manto rojo y la máscara de jabalí, forjada en bronce y oro, que le señalaban como rey-brujo gargal. El segundo instruía al primero, que escuchaba en silencio. Esas enseñanzas adquirirían otra dimensión cuando las recibía con la máscara puesta, y se acostumbró a calarla siempre que se reunían para aquellas largas disertaciones. Las dos concubinas entretanto les servían en silencio, como sombras entre la penumbra de las velas, y el Elegido, absorto, raras veces se percataba siquiera de su presencia.

—¿Es necesario que las diferencias desaparezcan, la gente sea igual y los pueblos de Los Seis Dedos se fundan en uno solo?

—Nuestro camino no propugna eso. Cada cual tiene derecho a ser quien es. —El rey-brujo se inclinó hacia delante, las luces de las velas reflejándose en los metales de su máscara—. Te daré un ejemplo. Cuando se habita bajo un mismo techo, en un hogar, se pertenece a una estructura superior, la familia, y se trabaja por un objetivo común, la ganancia de ésta. Eso no impide a cada uno ser como es, pero sí integra todas esas individualidades.

»Eso, aplicado a Los Seis Dedos, es el camino de la Máscara Real: la integración de todos los pueblos en una estructura superior. La visión tradicional, por el contrario, no ve Los Seis Dedos como el hogar del ejemplo, sino como una posada o una taberna, en la que no hay objetivos comunes y donde, en efecto, existen unas normas mínimas de convivencia. Pero ahí cada cual vela por lo suyo y, si acaso, se unen cuando la posada es atacada por bandidos.

—Pero ¿de verdad es necesario establecer la Ley Única por la fuerza?

—Nuestro camino no es el de la guerra. Buscamos imponer una paz duradera en Los Seis Dedos.

Pero siempre que ha aparecido una Máscara Real, ha corrido la sangre.

—Veo que has leído los libros que te di. ¿Es igual el agresor que el agredido? No. Pero si el segundo se defiende, a ojos de aquel que los ve luchar de lejos, uno y otro se confunden. Tenemos el derecho, y aun la obligación, de empuñar las armas para defender la vida, nuestras ideas, o para acudir en auxilio de los más débiles, si son atacados.

—¿Y los que no quieren aceptar esa ley, esa moral superior?

Depende. Hay muchas formas de ejercer violencia y algunas de ellas sin mover un dedo. Imagina a un matón que se coloca bloqueando una puerta por la que quieres salir. No alza una mano contra ti y, sin embargo, te está agrediendo.

—No acabo de verlo claro —agitó la cabeza.

—Cuando no veas claro, espera a hacerlo y después actúa. Pero, créeme —Pogar sonrió bajo el borde metálico de su máscara de jabalí—, la Máscara Real tiene pocas dudas.

Lobo Feroz cumplió su palabra y para la fecha señalada había reunido de sobra a su banda, con el propósito aparente de unirse a las huestes de don Tavarusa. Yo, entretanto, busqué asilo en uno de los santuarios de las Tierras Altas, porque no es mala cosa para los cazadores de cabezas aislarse de vez en cuando y meditar para hacerse más fuertes.

Al llegar el novilunio, aguardábamos todos, ocultos, en las inmediaciones del pinar de Jabalaneté, que era donde iba a tener lugar la ceremonia. Cúmulos blancos flotaban en el cielo enrojecido y, aunque el sol rozaba aún las cumbres, matizándolas de oro viejo, las sombras iban cubriendo ya los valles y las zonas más bajas. La temperatura descendía con rapidez y, a poco menos de un tiro de flecha, las copas de los primeros pinos se mecían al compás de ese viento que suele levantarse al ocaso.

Entre dos luces, salimos de nuestros escondites para deslizarnos con la mayor precaución posible hacia esos primeros árboles. Allí hicimos el primer alto, mientras Trapaieiro Porcaián, las dos brujas de guerra y un gargal llamado Esude —un hombre-búho, experto en escaramuzas nocturnas— se adelantaron para eliminar a los posibles centinelas.

Volvieron ya de noche cerrada, poco después de que los tambores comenzasen a sonar en la hondura del bosque y, a una voz del jefe Lobo Feroz, toda la banda se adentró en el pinar. Comenzaba un largo periplo por la espesura, ya que avanzar en aquellas tinieblas obligaba a moverse casi a ciegas, desdeñando la vista para confiarse a otros sentidos. Caminar con cautela, casi tanteando el camino entre los árboles; aguzar el oído y pisar con precaución, aspirando a cada paso el olor punzante de la pinaza.

Al frente, el fulgor de las llamas se colaba a través de la espesura, delatando el lugar en el que se celebraba el festival en honor del dios-jabalí Gochora. En esa negrura, los troncos de los pinos se recortaban como columnas negras contra el resplandor movedizo del fuego, creando un laberinto de noche y llamas por el que merodeaban sombras fabulosas.

Había pocos sonidos en la oscuridad, aparte del susurro del ramaje mecido por la brisa nocturna. Sólo a veces un roce, un crujido, algún débil retintín de aceros, delataban la presencia de gente armada en la fronda. Sombras escabulléndose entre sombras, en silencio casi total. Algunas estrellas brillaban por los resquicios del enramado, la brisa acariciaba las ropas y, en una ocasión, el rugido de una pantera reverberó entre los pinos. Aquel maullido salvaje sonó casi a mi espalda y me hizo volver con precipitación, venablo en mano. Pero no vi nada, ni oí más, y todo debió de ser una jugarreta de la noche y el viento.

Alguien chistó en las sombras y otros pasaron la voz, advirtiendo de que

estábamos ya cerca del claro que alberga el altar del Gochora, en el corazón mismo del pinar. Me deslicé tras una roca áspera y manchada de líquenes, empuñando el venablo, mientras los manamaragas se desplegaban entre los pinos y las zarzas.

Atisbé con cautela por encima del pedrusco. En el claro, las hogueras flameaban a los embates del aire nocturno, entre retumbar de tambores y repique de cencerros. El resplandor de los fuegos silueteaba rocas y matojos, y grandes bocanadas de chispas revoloteaban en la noche, arrojando a los danzarines desnudos que giraban ante el gran ídolo de bronce.

Puse los ojos en el dios-jabalí. Y tuve que admirar aquel antiguo trabajo de los artífices de las Tierras Altas. Inmenso, contrahecho, bestial; un dios de sangre entronizado entre los fuegos, que acechaba el baile de sus devotos. Cada superficie, cada curva del ídolo recién bruñido, refulgía al ritmo de las llamas, luces y sombras correteaban sin cesar por su jeta metálica, y las calaveras brillaban en sus manos como grandes joyas de marfil.

Tal como había predicho Trapaieiro Porcaían, medio centenar personas ocupaban ese calvero. Algunos batían tambores y el resto bailaba formando dos círculos que rotaban lentamente en sentidos opuestos. Dos ruedas rituales de hombres y mujeres que giraban, haciendo chocar espadas y agitando ristras de cencerros. Por fuera del segundo círculo, daban vueltas cuatro hechiceros con máscaras de jabalí, que marcaban el paso con largas lanzas empenachadas.

Asomado al borde de la luz, traté de encontrar a Tuga Tursa entre toda esa gente. Fui escudriñando con avidez esa reunión de bailarines desnudos y pintados, muchos de los cuales ocultaban el rostro tras máscaras rituales. Y, de entre todos, no pude por menos que reparar en un ogro tripudo y deforme, un gigante peludo con cabeza de jabalí, que sobresalía por encima de todos sus concelebrantes, tambaleándose mientras enarbolaba un hacha de dos hojas.

A cada instante, algunos partícipes cambiaban de sitio, pasando de un círculo a otro según las pautas del ceremonial. Y, en el centro de las dos ruedas, danzaba un hombre de brillante máscara dorada y con el cuerpo lleno de pinturas vistosas. Aquél era la víctima escogida del Gochora, el eje sobre el que giraban los bailarines.

El festejo iba a durar horas, casi toda la noche. Enardecidos por pócimas, danzarían sin descanso hasta altas horas, girando y girando en honor del dios-jabalí. Luego, antes del alba, los cuatro maestros de ceremonia —esos brujos que marcaban desde fuera el compás del baile— mutilarían ritualmente al hombre de la máscara de oro, antes de arrancarle el corazón y las entrañas, y arrojar sus restos al regazo del ídolo.

Alguien me puso la mano en el hombro y, al volver la mirada, entreví a Trapaieiro Porcaían agazapado a mi diestra, con la vaina de la espada en la mano. Entre las sombras, señaló el ruedo de las hogueras.

—Tuga Tursa —murmuró—. Ahí, ahí.

Siguiendo su índice, alcancé a distinguir a una mujer esbelta entre toda aquella gente. Una bruja desnuda, embadurnada de amarillo y azul, y con el cabello teñido de los mismos colores, con un rutilante cambuj de cobre pulido y marfil sobre el rostro. Se cimbreaba lentamente, al son de los grandes tambores, empuñando dos espadas, y sus ojos azules relumbraban a la luz de las hogueras.

—Ahí la tienes, tal como acordamos —volvió a susurrar a mi oído el montañés—. Yo he cumplido ya mi parte.

—Así es —musité, sintiendo un regusto áspero al pronunciar esas palabras y sin poder despegar la mirada de aquella bruja mestiza que danzaba entre los fuegos, con el pelo suelto y espadas en las manos.

Traté de distinguir más detalles desde aquel borde del claro, porque hay vínculos perversos entre los cazadores de cabezas y sus víctimas. Se me antojó joven, vital, alocada, y al menos de cuerpo era tan hermosa como me habían dicho. Tan sólo unos pasos nos separaban en esos momentos y, mientras la veía bailar, acaricié la filuda hoja de mi venablo.

A ambos lados míos, podía entrever a los juramentados de Lobo Feroz, parapetados en las sombras y la maleza. Manamaragas medio desnudos, armados hasta los dientes. Casi la mitad eran hombres-lobo —unos de mi feral y el resto daos, mediarms, gargales—, muchos con una piel de lobo sobre cabeza y espalda, y unas cuantas defensas de cuero y metal repartidas a capricho por el cuerpo.

En esa penumbra, distinguí a Arastacasta agachado tras unas matas, desnudo y pintarrajeado como un esqueleto, con una rodilla en tierra y su hacha en la mano. Aunque no le vi, pude imaginarme a Lobo Feroz en esas tinieblas, tarareando entre dientes los largos estribillos que sirven en estos casos para medir el tiempo, y dando así margen a las dos brujas de guerra para que pudiesen flanquear y situarse en algún lugar adecuado desde el que disparar sus arcos.

Observé de nuevo hacia el redondel de hogueras. El plan de mi pariente era simple: veinte contra cincuenta, atacaríamos en tromba, fiando en la sorpresa y la confusión para desbandar al enemigo, y apoyados por las brujas, que lanzarían sus flechas desde los lados, sin temor a herir a los nuestros.

Si no lográbamos empujar a los enemigos a las cuevas que respaldaban el altar, si nos plantaban cara, lo íbamos a pasar mal. Pero en la vida hay que correr riesgos y, ocurriera lo que ocurriese, Tuga Tursa moriría esa noche. Qum Moga y yo habíamos cerrado un pacto de muerte y, en caso de que yo cayera, ella asaetearía a la bruja mestiza. De esta forma, nunca volvería a presumir de haber causado la muerte de más cazacabezas, ni de más hombres-lobo. No volvería a mermar el prestigio de los Cien, ni a humillar a mi feral, ni serviría más a los designios de los enemigos de los armas.

A cambio, si todo iba bien y yo sobrevivía, yo quedaría en deuda con Qum Moga.

En ese momento, el ogro se apartó bruscamente del baile, haciéndome volver a lo inmediato. Los tamborileros perdieron el compás, haciendo zozobrar la danza, mientras los maestros de ceremonia observaban perplejos cómo el gigante de cabeza bestial se plantaba al borde del ruedo de hogueras. Algún indicio, o un sentido inhumano, le habían alertado sobre nuestra presencia y ahora sus ojillos rojizos se removían inquietos, escudriñando recelosos la negrura circundante.

El tiempo fue pasando muy despacio, con el ogro parado junto a los fuegos y nosotros agazapados en la oscuridad. Por último, Trapaieiro Porcaián se incorporó con un suspiro y abandonó la espesura para mostrarse a los clarosucos vacilantes de las llamas. Todos le vimos acercarse al ruedo, casi con indolencia, la funda lacada del acero en la mano. Del otro lado de la hoguera, el ogro asió su hacha con ambas manos.

Trapaieiro Porcaián esgrimió su propia hoja, tirando a un lado la vaina, y los contendientes se encontraron al pie mismo del redondel, entre dos fogatas. Sólo entonces advertí de verdad cuán enorme era aquel ogro; porque si el montañés, que era hombre de gran estatura, me sacaba a mí, que soy bastante alto, dos buenas cabezas, aquel monstruo le rebasaba a él otro tanto.

Entre las nubes de chispas que se arremolinaban al viento, el ogro descargó un hachazo serpenteante contra su enemigo. El montañés hurtó la cabeza a la parte alta del golpe, bloqueando abajo con su espada. Y sin pausa, mientras el ogro alzaba de nuevo su arma, Trapaieiro Porcaián le tiró una estocada de abajo arriba; un golpe que abrió en canal la barriga del gigante peludo, de pubis a esternón.

El montañés se apartó mientras el hacha resbalaba de los dedos de su enemigo. El coloso semihumano cayó de rodillas, con las manos sobre el vientre, como queriendo impedir que las entrañas se le escapasen por aquella herida mortal, y lanzó un berrido que retumbó por el claro; un chillido tan atroz como el de un cerdo en la matanza. Luego se desplomó de bruces entre las hogueras.

Por unos instantes, todo quedó como congelado. Las hogueras crepitan en la noche, Trapaieiro Porcaián observaba al ogro muerto y los celebrantes asistían atónitos a la escena, sin poder creer que aquel hombrón de ropas negras y máscara bruñida de jabalí hubiera podido abatir al ogro en un solo quite.

Estalló un fogonazo a mi izquierda. El disparo de Lobo Feroz volteó a uno de los maestros de ceremonia y, antes de que los últimos ecos del estampido se hubiesen dispersado a lo largo del pinar, los manamaragas atacaron entre aullidos y al son de las bramaderas, volcando un chaparrón de proyectiles sobre sus aturdidos enemigos.

Yo por mi parte eché a correr, sorteando el núcleo del combate. Tuga Tursa estaba a un lado del altar, espadas en mano y tan confusa como sus compañeros. Sólo cuando rebasé el anillo de hogueras reparó en mí y supo de inmediato quién era. Se revolvió blandiendo aceros y, bajo el cambuj de metal y marfil, sus labios jugosos se

fruncieron para enseñar los dientes.

Rugiendo, le lancé mi venablo. Un hombre interpuso su propio cuerpo para proteger a la bruja, y recibió el tiro en pleno pecho. Cayó hacia atrás, chocó contra Tuga Tursa y se fue al suelo sin que ésta le dedicase una sola mirada.

Yo ya había empuñado rodela y espada, pero no llegué a cruzar hierros con ella, porque me dio la espalda para escabullirse entre la confusión del combate. La lucha se decantaba con rapidez y los adoradores del Gochora, aturcidos por las pócimas y la sorpresa, cedían ya ante el empuje de los atacantes. Pero yo, indiferente a todo eso, me abrí paso entre unos y otros, y la bruja mestiza volvió a plantar cara al otro lado del redondel de hogueras. Durante un latido, fijé mis ojos en aquellos otros azules, que parecían echar humo. Luego, me arrojé contra ella.

Fue entonces cuando las hogueras más cercanas parecieron explotar, derramando una ola de fuego que se interpuso entre ambos. Y yo hube de recular ante esa riada ardiente, fruto de la magia de la mestiza. Cuando las llamas menguaron, ella ya escapaba brincando con agilidad por entre las rocas diseminadas por la pendiente.

Salí en pos de ella, azuzado por la sed de sangre. Bajé por la cuesta, mezclado con los devotos en fuga, sin molestarles ni ser molestado. Uno de los brujos, empero, quiso detenerme al pie de los primeros pinos, al fondo de la cuesta. Surgió de repente de las sombras y apenas logré agacharme, hurtándome a un lanzazo que pasó rozando mi hombrera izquierda. Antes de que pudiera intentar un segundo golpe, le apuñalé desde abajo y él, herido, abandono su lanza para huir, sujetándose el costado.

Pero, entretanto, Tuga Tursa había ya desaparecido. Al incorporarme, aún pude vislumbrar alguna última figura desnuda y pintarrajeada que corría entre los troncos, buscando la protección de las sombras. Estuve dudando al pie de la espesura, rabioso y tentado de seguir persiguiendo a la bruja en la oscuridad. No obstante, al cabo, tuve que aceptar que se había esfumado en la noche y que no podría a dar con ella en aquellas tinieblas.

Remonté los taludes cubiertos de maleza, al tiempo que me sacudía con desgana la tierra de las ropas. Los manamaragas bailaban ya entre los muertos, celebrando la victoria con cabriolas, griterío y batir de aceros. Una docena de cadáveres yacían en el ruedo, casi todos traspasados por armas arrojadizas, y los vencedores brincaban entre las llamas, enarbolando las cabezas recién cortadas.

Tenían aún viva a la víctima del festival, maniatada. Era muy joven, apenas salido de la pubertad, y aguardaba su destino embotado por el bebedizo y lo ocurrido esa noche. Trapaieiro Porcaían se aproximó, espada aún en mano.

—Eres un hombre muy fuerte, un gran luchador. —Admirado, Arastacasta señaló con su hacha al ogro caído. Después, con otro gesto del arma, le mostró la estatua de bronce—. ¿Quieres que derribemos la estatua de tu pariente?

—No, no —descartó con la cabeza el montañés, antes de volverse hacia las dos

brujas pintadas de rojo y amarillo, que discutían sobre cuál de ellas había alcanzado a más enemigos con sus flechas. Les mostró al muchacho atado de manos—. Sacadle del ruedo y matadle.

Ellas hicieron una rápida reverencia, antes de apoderarse de él riendo. Apenas se debatió cuando le arrastraron a las sombras para degollarle. Pude entreverlas en la penumbra, daga en mano, agachadas junto al cadáver como carroñeros sobre una res muerta, y no me sorprendió ver que volvían relamiéndose los labios.

Me quité la máscara, recobré el venablo del cuerpo del juramentado de Tuga Tursa y fui hasta una hoguera. El calor resultaba agradable; la madera crepitaba, y olía a pinar y a leña quemada, y también un poco a muerte. Qum Moga, la bruja, merodeaba insegura a mi alrededor, con esa misma timidez que ya mostrase en nuestro primer encuentro. Y yo, sabiendo muy bien qué quería, le hice señal de acercarse.

Contemplamos juntos el fuego, sin intercambiar palabra durante un rato. Sus cabellos teñidos de escarlata y amarillo se alborotaban a cada ráfaga de viento nocturno, las ajorcas centelleaban a la luz de las llamas y sus ojos oscuros relucían cada vez que me lanzaba una mirada de soslayo.

—¿No tienes frío? —le pregunté.

Porque la temperatura era baja y ella iba casi desnuda, como todos sus compañeros, cubierta apenas con un puñado de defensas de bronce bruñido y cuero lacado en rojo, y un manto colorado en el que se envolvía ahora a capricho.

—No. —Ladeó la cabeza, algo desconcertada—. Aquí refresca siempre de noche y nosotros estamos hechos al clima. Las pinturas y el aceite dan calor, sirven tanto como vuestras ropas.

Asentí, con los ojos puestos en los torbellinos de pavesas rojizas que volaban hacia la oscuridad.

—Tuga Tursa se ha escapado —comentó por fin, sin mirarme.

—Sí —suspiré—. Son cosas que pasan, y hay que estar tanto a las duras como a las maduras.

—Eso son palabras —observó con frialdad—. No te creía de esos que se esconden tras frases hechas.

—Vigila esa lengua, chica —la reconvine sin alzar la voz—. Yo no me escondo de nada ni de nadie, ni me importa lo que pienses tú de mí. Soy un cazador de cabezas: estoy para matar rompevedas, no para quedar bien delante de nadie. —Tendí las manos al fuego—. Mis maestros me enseñaron que la paciencia, la perseverancia y la resistencia valen tanto para un miembro de mi sociedad como un par de buenas espadas. ¿De qué sirve ser animoso sólo a ratos? Un buen cazador no debe temer ni a la adversidad ni al fracaso.

Ella no contestó nada. Y yo añadí:

—No seré tan hábil como Sesegüe o el gran Aorcabuéis, que podrían matar al mismísimo rey de Corgo en su cama, entre sus guardias. Pero sí soy tenaz como pocos y no me desanimo fácilmente. Eso hizo que los Cuatro se fijasen en mí..., porque yo no escogí ser cazacabezas, como tú no escogiste ser bruja.

Qum Moga cambió el peso de un pie al otro y se apoyó en su arco de guerra, sopesando mis palabras.

—Será como dices. Tú eres el cazador y sabes más de todo esto.

—No, no. —Sonreí con desgana—. Tan sólo soy un poco más viejo y he tenido algo más de tiempo para aprender.

Hubo un nuevo silencio entre nosotros. El aire nocturno agitaba las llamas y, al borde del claro, las copas de los pinos eran manchas negras que se mecían contra las estrellas.

—Corocota —dijo ella por fin—, ¿qué pasa con nuestro pacto?

—El pacto, sí..., ¿tú que opinas?

—Bueno. —Volvió a mirarme de reojo—. Tuga Tursa está viva, pero tú también. Por eso no le disparé, aunque la tuve a tiro. Yo creo que he cumplido mi parte. Pero, si no estás de acuerdo, podemos acudir a un árbitro imparcial.

—No es necesario —reconocí. La culpa era sólo mía, por cerrar tratos en condiciones desfavorables—. Tienes razón, y cumpliré lo pactado... en cuanto remate este asunto de Tuga Tursa, por supuesto.

—Por supuesto —admitió, aliviada.

Dudó, pero no añadió más. Aunque seguía junto al fuego, noté cómo sus ojos buscaban continuamente a la otra bruja de guerra, Sondelide, que no se despegaba del lado de Trapaieiro Porcaían. El montañés era el personaje de la noche, ya que había vencido a un ogro famoso en un parpadeo, y el papel de las brujas de guerra en las bandas de las Tierras Altas y la frontera es muy similar al de las lanzáis copa. No en vano ambas derivan de las mismas brujas gargales, las Tonj Ampae, célebres por sus artes guerreras, amatorias y mágicas.

—Bueno. —Sonreí—. Anda, vete. No tienes por qué hacerme compañía.

—¿Celoso? —Volvió los ojos sorprendida; agradablemente, creo.

—No.

Me dedicó un mohín que estaba entre el desdén y el despecho, medio en broma pero mitad en serio, y me dio la espalda. Y al rato yo también me aparté del fuego. Los manamaragas reunían el botín —alhajas, máscaras, armas—, y el jefe Lobo Feroz se había sentado en la plataforma de roca que sustentaba al ídolo, a conversar con Esude, el hombre-búho. El gargal asentía de vez en cuando y terminó por abandonar el ruedo de hogueras para internarse en la noche. Supuse que iba a la caza de enemigos rezagados, y puede que a cerciorarse de que no se reagrupaban para contraatacar.

Al acercarme al pedestal, mi pariente me lanzó una mirada aviesa que yo sostuve irritado. Arastacasta nos contempló a ambos con ojos sombríos, sopesando su hacha, mientras los demás espectadores se removían incómodos. Pero por fin fue el jefe manamaraga el que cedió en esa oportunidad, apartando primero la vista.

—Bueno, sobrino —me interpeló con cierto esfuerzo—, ¿qué planes tienes?

—Ninguno. —Me encogí de hombros—. En cuanto amanezca, saldré a buscar a Tuga Tursa y, allí donde la encuentre, le cortaré la cabeza.

Lobo Feroz cabeceó con solemnidad, supongo que porque una respuesta así fue de su agrado, antes de encararse con Trapaieiro Porcaián, que estaba flanqueado por las dos brujas embadurnadas de rojo y amarillo.

—¿Y tú, montañés?

—Mis sinos me llevan a oriente. —El aludido le mostró las palmas de las manos—. Bien sabes qué asuntos me han hecho bajar de las montañas. Pero es en los llanos donde está la clave de la lucha contra la Máscara Real, y no aquí, en Los Seis Dedos.

—Entonces sigamos juntos. Don Tavarusa ha acampado en Ruq Ulea y está reuniendo fuerzas. Nos uniremos a él, para hacer la guerra contra los Mutel.

Pero el montañés denegó con la cabeza.

—Te agradezco la oferta, pero no puede ser. He consultado las suertes y éstas han dispuesto otra cosa.

El manamaraga cabeceó, resignado, y el hombre de la máscara semihumana de jabalí fijó la mirada en el ídolo de bronce.

—Sí —susurró con voz de repente ronca—. Iré por mi cuenta a los llanos.

Lobo Feroz manoseó inseguro su fusil y Arastacasta volvió a sopesar su hacha. Todos, incluso las brujas de guerra, nos sentimos de repente intimidados por el aura que manaba del montañés. Los reflejos de las llamas parecían retorcer los rasgos de su máscara, empañándolos de amenaza, y un algo inquietante, casi tangible, parecía arroparle.

Luego, mudando de humor, se volvió y puso sus manos en los hombros de Qum Moga y Sondelide. Los tres se fueron riendo a cortar la cabeza del ogro muerto y los demás no pudimos reprimir suspiros. Trapaieiro Porcaián parecía un sujeto tranquilo, de los que no molestan a quienes les dejan en paz; pero calaba la máscara de un dios menor: ni un manamaraga, ni un santón del dios de los muertos, ni aun un cazador de cabezas envalentonado por su máscara querría tener tan mala suerte como para interponerse en su camino.

Y así, yendo a la ventura hacia el este, Trapaieiro Porcaían tomó uno de esos viejos caminos de carga que atraviesan el Carauce, ondulándose por las laderas, culebreando entre barrancos y bosques, y cruzándose caprichosamente una y otra vez.

El montañés se topó por dos veces con caravanas a lo largo de ese viaje. Columnas perezosas de bueyes; grandes bestias de cuernos enfundados en bronce que avanzaban entre polvaredas, bamboleándose bajo el peso de los fardos entre el resonar de sus cencerros. Y también mercaderes a caballo, arrieros que azuzaban a los animales con sus agujas, portadores con las mercancías auestas, mercenarios flanqueando la columna arco en mano...

En ambas ocasiones, el viajero se detuvo para sentarse a la sombra con guías y ojeadores. A fumar una pipa, intercambiar información sobre los bandidos y la guerra en ciernes del este, y trocar adivinaciones por un poco de comida y tabaco.

Y así, tras un par de días de perezoso deambular, Trapaieiro Porcaían llegó a un terreno llano y anegado, cubierto de malezas altas y con algunos bosquecillos dispersos por toda la extensión. Las aguas se remansaban en aquellas tierras planas, creando un marjal salvaje y peligroso, en el que el único signo humano era la vieja calzada que lo atravesaba, retorciéndose entre charcas y cenagales.

Mientras recorría esa ruta, que había sido abierta por los hombres-león en tiempos inmemoriales, como atestiguaban los leones de piedra sitos a intervalos a lo largo de la calzada, el montañés pudo ver inmensas bandadas de aves que alzaban el vuelo a su paso, rebaños de toros salvajes que retozaban en las pasturas, nubes de mosquitos que zumbaban alrededor de las charcas. Las aguas estaban llenas de reflejos de luz, un aire cálido corría por las landas, acariciando hierbas y arboledas, y el calor hacía temblar las imágenes ante los ojos del viajero.

Más adelante, vislumbró a dos hombres que luchaban al pie del camino. Parecía un duelo y no un viajero asaltado por bandidos; así que, acomodando las vainas lacadas de sus espadas al hombro, el montañés siguió caminando hasta llegar a unos pasos. La pelea había arrastrado a los dos luchadores hasta una charca poco profunda, donde ahora contendían con el agua por la cintura, sin pronunciar palabra. Forcejeaban agarrándose por las muñecas y blandiendo dagas que centelleaban al sol. Los dos eran hombres-serpiente, advirtió el espectador, y ambos calaban máscaras de matar: de bronce bruñido una, de mosaico verde y negro la otra.

Se detuvo al borde de la calzada, a observar cómo se desarrollaba ese duelo ritual. Los hombres-serpiente se debatían, cada uno tratando de librar el brazo armado y girando juntos a través de las plantas acuáticas, entre chapoteos. En bastantes ocasiones se zafaron para trabarse de nuevo, sin lograr encajar ni un solo golpe. Por último, fueron dando tumbos hasta sumergirse en las profundidades de un juncal y

desaparecieron de la vista del espectador.

Trapaieiro Porcaián se quedó junto al camino, aguardando. El aire traía multitud de olores vegetales, y desde donde él estaba veía agitarse los juncos. Paradójicamente, se escuchaba cantar un pájaro, con una llamada que resonaba a lo largo de la extensión de aguas y plantas. Por fin uno de los combatientes —el de la máscara de mosaico, hecha de piezas de malaquita verde y obsidiana negra— reapareció por entre los juncos. Resollaba al remolcar por los sobacos el cuerpo de su enemigo, que mostraba esa laxitud de la muerte, y, a su paso, las aguas ya turbias enrojecían. Vadeó penosamente las charcas hasta alcanzar, chorreando, la orilla que daba al camino.

Arrastró el cadáver a tierra, al tiempo que lanzaba una mirada de través al viajero, que alzó la mano derecha en gesto de paz. El vencedor de la lucha ritual era un arma delgado y de músculos fuertes; un manamaraga casi desnudo, cubierto de aparatosas alhajas de bronce y oro, y algunas defensas de metal y cuero. En la espalda llevaba pintado un sello de matar rojo.

Con movimientos pausados, el montañés abandonó su lugar para acercarse. El hombre-serpiente adelantó la cabeza, vigilándole con suspicacia.

—Paz, serpiente, paz.

—Paz... —El otro dudó, tratando de clasificar a aquel vagabundo de gran estatura y ropas negras, cubierto con máscara semihumana de jabalí—. Viajero —concluyó, sin poder decidirse.

—Ha sido una gran lucha. —Y, con un ademán, el montañés abarcó tanto a la charca como al cadáver.

El manamaraga fue a sentarse en una roca y se despojó de la máscara y las defensas. Se palpó con gesto distraído la cabellera, recogida en una gruesa coleta que le colgaba de la sien izquierda.

—Sí que lo ha sido. Sí —admitió, al tiempo que se recostaba al sol, manoseándose de nuevo el peinado, que iba sujeto por pesados broches de bronce. Advirtió cómo el montañés observaba los sellos rojos y amarillos que el muerto llevaba pintados en los antebrazos—. El del brazo izquierdo es el Sello Maestro de la Máscara Real, y el de la derecha, el de matar del Cufa Sabut.

—Gracias, pero los conozco de sobra —dijo con suavidad el montañés.

El hombre-serpiente observó lleno de curiosidad a su interlocutor; pero éste, sin añadir nada, se acomodó sobre una piedra cercana.

—Soy Trapaieiro Porcaián. Vengo de las montañas.

El otro entornó los párpados para valorar el cambuj del hombrón, así como su ajuar guerrero.

—Usas un nombre famoso. ¿Qué eres? ¿Un mascareno?

—Algo así —aceptó sonriendo.

—Yo soy Viboraz, arma del feral de las serpientes.

—Ah, Viboraz. —El montañés se inclinó hacia delante, interesado—. Vaya, vaya. ¿Sabes que en las Tierras Altas se habla mucho de ti estos días?

El manamaraga se encogió de hombros por toda respuesta. Y Trapaieiro Porcaián, abriendo sus alforjas, comenzó a cargar la pipa.

—Dicen que tu feral te ha encargado la misión de acabar con el Cufa Sabut. No te preguntaré si es verdad, claro. Pero —señaló con la cabeza al muerto— entonces ese mediarma muerto es...

—Uno que tenía que acabar conmigo —gesticuló de nuevo con desgana—. Era un hombre-víbora del norte. Estuvimos charlando un rato antes de luchar... ya no volverá nunca al río Morega.

El montañés asintió lentamente, mientras acercaba la mecha a la cazoleta de la pipa. Lanzó una gran nube de humo.

—Y ahora vas al este, supongo.

—Voy allá donde pueda estar el Cufa Sabut. Si está en el este, allí voy yo.

—Y viajas así, a plena luz. —Blandió su pipa, volvió a sonreír bajo el borde de la máscara de jabalí—. Tienes más valor que cabeza, serpiente. Y no te ofendas. Pero dicen que hay todo un ejército de juramentados buscándote.

—Ya serán menos. A la gente le gusta exagerar.

—Eso también es verdad. Por cierto que yo también voy hacia el este. —Entre dos caladas, señaló hacia el camino—. Don Tavarusa está reuniendo un ejército en Ruq Ulea, y yo pienso unirle allí a él.

—Ah. —El hombre-serpiente volvió a mirar con sorna al montañés—. La verdad es que no tienes aspecto de guerrillero ni de mercenario.

—No soy ni una cosa ni otra. Pero tengo algunas cuentas pendientes que saldar.

—No es difícil suponer cuáles ni con quiénes. —El manamaraga esbozó una sonrisa desvaída.

—No es un secreto, ni pretendo que lo sea. Luché contra la Máscara Real hace trescientos años y volveré a hacerlo ahora. Contra ella o contra cualquiera que pretenda resucitar su poder.

—Ya. ¿Y qué haces por esta comarca? ¿Vienes de las montañas para la guerra?

—No. Vengo de Jabalaneté.

—¿El pinar de Jabalaneté? Pues te has desviado bastante.

—Sin duda. No conozco estas tierras.

—Mira —Viboraz se incorporó a medias—, sigue la calzada hasta salir de estas ciénagas y llegarás a una bifurcación. Toma el camino de la derecha porque, aunque también se llega a Ruq Ulea por el de la izquierda, es más largo y da más vuelta. El de la derecha es más corto aunque bastante solitario: lo usan los buhoneros y alguna caravana pequeña de mulas, porque la senda es demasiado abrupta para los carros y

los bueyes.

—Te agradezco las indicaciones. —El montañés meneó la cabeza con cortesía antigua—. Es fácil perderse por aquí, aunque ya veo que tú conoces los caminos.

—Un poco. Suelo ganarme la vida escoltando caravanas.

—Ah. Yo también soy un poco vagabundo, ¿sabes? Allá, en las Montañas, voy de un lado a otro. Leo las suertes, rompo maleficios y cosas parecidas... Así voy tirando.

El manamaraga volvió a estudiar, más que curioso, a su interlocutor.

—¿Cómo es posible? Alguien como tú sería un grande en las Montañas, o incluso en Los Seis Dedos, con sólo desearlo.

—Tú lo has dicho. Yo no lo deseo. Voy de un lado a otro, acepto lo que me trae el destino y no aspiro a más. Creo que la mía es una buena vida.

—No sé, señor. —Viboraz torció el gesto—. Hubo un tiempo en que pensaba lo mismo que tú. Pero lo cierto es que al final acaba uno cansándose de ir dando tumbos.

—Y también de estar en un mismo sitio, haciendo siempre las mismas cosas —sonrió Trapaieiro Porcaían—. La verdad, amigo, es que al final acaba uno hartándose de casi cualquier cosa..., si es que llega a vivir lo suficiente.

Viboraz se tumbó de nuevo, sin responder a eso, y ambos se quedaron en silencio. Viboraz tendido al calor del día, Trapaieiro Porcaían fumando y tratando a veces de espantar a los mosquitos a manotazos. Al cabo de mucho tiempo, el hombre-serpiente se incorporó, tentando con cierto disgusto el acolchado aún húmedo de sus defensas.

—Bueno, montañés, se está a gusto aquí, al sol, pero tengo que proseguir mi camino.

El hombretón cabeceó con placidez, envuelto en la humareda de tabaco. Viboraz se había incorporado y, con cierta pereza, comenzaba a ceñirse las piezas de armadura. Titubeó antes de volver a hablar.

—Pues la verdad es que yo también tenía en la cabeza unirme al ejército de don Tavarusa. Los dos nos dirigimos al mismo lugar, estamos del mismo bando y tenemos algunos cuantos enemigos en común.

—El camino se hace más llevadero en compañía. —El montañés vació las cenizas de su cazoleta—. ¿Por qué no seguimos juntos?

—Me parece bien. Pero antes tengo que encargarme del cadáver. —Señaló al hombre-víbora muerto—. Después de todo hay un parentesco entre él y yo.

—Claro. —Trapaieiro Porcaían se puso en pie, al tiempo que observaba con descuido el cuerpo al sol y las moscas que se agolpaban en torno a la herida de daga—. Uno no debe dejar a los de su sangre tirados como si fueran carroña, a merced de las alimañas. Permite que te ayude a disponer de él.

Cuando, tras varios días de vagabundeo, Viboraz pudo por fin mostrar Ruq Ulea a Trapaieiro Porcaián, éste se había limitado a asentir y pararse un rato a contemplar ese lugar que hacía tantos años que no visitaba. En aquella región, el Carauce es como un espolón que avanza hacia las llanuras, y el viajero, si se asoma a mirar, puede ver a lo lejos la silueta de la sierra Culebra. El camino baja desde los altos a los llanos, zigzagueando entre despeñaderos y bosques, en una ruta directa, pero áspera y fragosa, que atraviesa tres gargantas rocosas, antes de llegar abajo.

Ruq Ulea es una peña pardusca que se alza como un arrecife por encima de un mar de árboles, cerca del arranque superior de ese camino; uno de esos riscos, fruto caprichoso de la erosión, que se asemejan a guijarros gigantes. Las aguas de una laguna centelleaban al pie de la peña y, al otro lado de la misma, se levantaba el campamento de don Tavarusa.

Haciendo visera con la mano, el montañés pudo divisar en lo alto de la roca terrazas superpuestas, escalinatas y los estandartes que ondeaban sobre los parapetos. Luego volvió los ojos al campo del ogro, protegido por fosos y terraplenes, antes de hacer gesto de reanudar la andadura. Todo a lo largo del camino, los vigías se recostaban a la sombra, fumando largas pipas, y nadie hizo amago de cerrarles el paso o pedirles cuentas. Se limitaron a contemplar cómo pasaba esa curiosa pareja: el montañés del cambur de oro y bronce, y el hombre-serpiente de la máscara de mosaico.

Ellos fueron acercándose sin prisa al campamento. Los terraplenes eran muy altos, pero de taludes suaves y verdeados por la vegetación, y los fosos estaban invadidos por malezas. Tantos ejércitos habían acampado allí, a la sombra de Ruq Ulea, camino de las llanuras, que aquellas fortificaciones casi parecían ya obra de la naturaleza.

La puerta sur estaba guardada por una banda de hombres-pantera: montañeses desnudos y bulliciosos, con una piel de leopardo sobre cabeza y espalda, y arcos en las manos. Apenas vieron a Trapaieiro Porcaián, salieron en tropel a su encuentro, para franquearle el paso entre reverencias. Había gran trasiego, al menos por aquella puerta, de carretas, bueyes cargados, portadores con fardos a cuestas, grupos de guerreros. Ellos dos fueron abriéndose paso hacia la gran carpa de Tavarusa, hasta que Trapaieiro Porcaián se detuvo hastiado, a valorar con una mueca pensativa tanta actividad.

—Pero bueno... Esto parece día de mercado.

—Sí. Huele a marcha inmediata. —El hombre-serpiente también observaba intrigado—. Los voceros de Tavarusa han estado proclamando que el ejército aún estaría aquí una luna. Pero puede que haya cambiado de planes, o quizá los augurios

del santuario le han aconsejado otra cosa.

El montañés alzó la mirada hacia la cima del risco, a los estandartes que flotaban en el viento. Allí arriba se custodiaban las rocas horadadas del santuario; las siete piedras sagradas de la terraza más alta. Los sonidos que el viento saca a esos silbatos minerales son un oráculo muy reputado entre todos los gorgotas, y no ha habido nunca gran jefe que, camino de una guerra en los llanos, no se haya parado a consultarlos.

Se supone que ésa es la razón por la que se reúnen tropas ahí, si hay guerra en el Chan Menor. Pero tampoco es de desdeñar el que haya espacio donde acampar, y para entrenar a las tropas, y agua en abundancia. También es un buen sitio al que enviar en destacamentos a los mercenarios reclutados tanto en las Montañas como en el norte, y desde allí se baja con rapidez a los llanos.

En cuanto a los culteros de Ruq Ulea, son guerreros feroces que vigilan ese tramo del camino, abrupto, directo y propicio para las emboscadas. Y también se ocupan de que, cada vez que un ejército se reúne al pie de su peña, esas tropas no molesten a los mercaderes de paso.

—Todo es posible —admitió Trapaieiro Porcaían—. O las cosas han cambiado, o desde un primer momento hizo correr esa noticia para pillar desprevenidos a sus enemigos. Creo que no tardaremos en enterarnos.

Siguió caminando. A su paso, los montañeses se inclinaban ante aquel personaje con máscara de metales bruñidos; hasta que al final Viboraz se volvió impresionado hacia él, viendo cómo le rendían homenaje gentes de todo eredal y condición.

—Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Acaso eres un dios-vivo en las Montañas?

—Algo de eso hay —admitió distraído, sin darle gran importancia—. Anda, mira, ahí delante tenemos la tienda de Tavarusa.

Viboraz volvió su atención al gigantesco albergue del ogro, situado en lo alto de un viejo montículo artificial.

—Nunca había visto nada igual —admitió asombrado—. Es un verdadero palacio. Ni el mismo rey de Corgo debe de viajar así. Pero si debe de hacer falta toda una caravana para transportar tanto poste y tanto toldo.

—Bah —su compañero se ajustó displicente una hombrera—, no te dejes intimidar. A Tavarusa le gusta la buena vida. No es como esos ogros montaraces y de poco seso que se esconden en cuevas. Además, en cuanto bajemos al Chan, mandará de vuelta casi todo: no es tan necio como para llevarse a la guerra su tesoro y sus concubinas. Sé muy bien cómo piensa: es un viejo conocido mío. Venga, vamos a saludarle.

—¿Así, por las buenas?

—Claro.

El hombrón, seguido con bastante renuencia por su compañero de viaje, se dirigió

a la base del montículo, al punto en que unos escalones llevaban arriba. Una pequeña multitud de montañeses guardaban celosamente la carpa del dios-vivo: hombres-cabra con arcos, archas y hachas; brujas de aspecto inquietante, pintarrajeadas y con largas espadas colgando del hombro; hechiceros feroces con cráneos de chivo a modo de casco y hachas dobles en las manos. Todos juramentados a muerte con el ogro.

Tres calaveras sonreían a las puertas de la carpa, colgadas de correas, y mientras aguardaban a que les anunciaran, Trapaieiro Porcaían se entretuvo en estudiarlas.

—Parecen recientes. —Observó las pinturas que adornaban los huesos—. Vaya, asesinos. Un oficio arriesgado. Y hablando de eso, es mejor que te quites la máscara y dejes aquí los dardos: los guardaespaldas de don Tavarusa son gente recelosa.

Los centinelas se apartaron para dar paso a un hechicero que salió de dentro, empuñando un bastón torcido. Alguien de importancia, a tenor de su manto y adornos, y el respeto que le mostraban aquellos guerreros de las montañas.

—Don Trapaieiro Porcaían. —Le dedicó una reverencia—. Don Tavarusa, mi amo, te da la bienvenida a su tienda.

—Gracias, amigo. Bienhallados todos. —Se quedó mirando a su interlocutor—. Pero si yo te conozco, tú eres Astiri.

—Así es, don. —Halagado, el brujo volvió a inclinarse.

Luego, con un gesto, les invitó a entrar.

Lámparas de aceite y velas daban luz en aquella carpa inmensa; un sinfín de pequeñas llamas que titilaban entre sombras, aumentando el espacio, creando ilusiones y entretejiendo semioscuridad con penumbras doradas. Los resplandores múltiples se reflejaban en sonrientes idolillos montañeses de cobre bruñido y, en un lateral de la tienda, había una efigie del Chivo Viejo realizada en bronce —sentado con las piernas cruzadas y el regazo lleno de calaveras humanas—, ante la que llameaba un flamero.

Hombres-cabra de aspecto imponente permanecían en los claroscuros, empuñando hachas dobles. Un puñado de músicos instrumentaba una pieza suave, discreta, y las bailarinas acometían una danza lenta y cadenciosa. Danzarinas mediarmas, reparó de pasada el hombre-serpiente, no altacopas armas. Esclavas de los montañeses, que se mecían desnudas a media luz, cubiertas de aceite y ornamentos, con máscaras hechas de cráneos de cabras y placas de metales bruñidos, y con el cuerpo lleno de exóticos dibujos multicolor.

El propio Tavarusa estaba sentado más allá de ellas, aunque no les prestaba gran atención. Ocupaba un sitial, vestía ropas rojas y defensas de bronce y escuchaba con atención a su consejo de guerra. Los miembros del mismo lo flanqueaban como dos alas, arrellanados sobre tabladillos. Los primeros a ambos lados eran montañeses: lugartenientes, brujas, hechiceros; y más allá de ellos jefes gorgotas y alguno momgarga, aunque había también guerreros y santones, y un par de lanzáis copa.

Astiri contuvo a los viajeros, porque en esos momentos se discutía acaloradamente; así que se pararon y observaron curiosos. Las voces subidas de tono no conseguían perturbar las medidas evoluciones de las bailarinas. Pero aquello no era una escaramuza verbal entre dos bandos, sino un cruce de numerosas opiniones diferentes, y muchos disputaban con su vecino, alzando la voz, gesticulando e incluso los más vehementes palmeaban las vainas lacadas de sus aceros.

Alineadas tras el sitial del ogro, las mujeres de su harén seguían con suma atención los lances de la disputa. De un modo inevitable, la mirada del manamaraga fue revoloteando por la tienda hasta posarse en aquellas concubinas cargadas de joyas, que se mantenían inmóviles en la penumbra, adoptando posturas diversas. Astiri, al notar su interés, le susurró al oído.

—Es un harén muy valioso, el de mi amo. Hay pocos en las montañas que puedan compararse con él. Y estas que ves aquí no son sino parte de sus concubinas.

—Son mujeres notables todas —concedió por lo bajo, admirado ante sus posturas estáticas y elaboradas; porque se mantenían erguidas, de frente o medio lado, con uno o dos brazos en jarras, cada una tratando de destacar sin abandonar un discreto segundo plano.

—Mi amo ha gastado mucho oro en reunir las y se siente muy orgulloso de ellas. Y le gusta exhibirlas ante la gente, como es costumbre en nuestra tierra.

—Lo que Astiri trata de decirte es que se ve pero no se toca —terció en voz baja Trapaieiro Porcaíán—. Esas mujeres son de Tavarusa y él las muestra en público, tal como hace con sus demás tesoros, para que todos sepan de su grandeza.

—Ya —musitó incómodo el manamaraga—. También hay concubinas entre los armas, aunque sean pocas. No hace falta recordarme que no son personas libres y que no disponen de sí mismas.

—A eso voy —murmuró el hechicero—. Para nosotros, los montañeses, no son personas sino simples propiedades.

—Eso es —remarcó Trapaieiro Porcaíán—. Y don Tavarusa, como cualquier ogro, es sumamente avaricioso con lo que le pertenece. Las brujas guardan los harenes de los jefes montañeses, por si no lo sabes, y disfrutan dando muertes horribles. Y esas chicas —apuntó discreto con la cabeza a las concubinas— tienen a gala haber atraído a algún incauto a la muerte. Es algo que da categoría entre ellas.

—Humm, sí. Creo haber oído esa historia...

Se interrumpió porque, con un gesto, Tavarusa acababa de acallar el tumulto. El silencio se adueñó de la carpa, matizado tan sólo por la música y un lento repicar de castañuelas. Los ojos amarillentos del ogro se clavaron en ellos y, con un nuevo ademán, los reclamó a su vera.

Es más, se incorporó y fue a su encuentro. Viboraz, rezagado dos pasos, no dejó de darse cuenta de cómo se estrechaban ambas manos su acompañante y él, que es la

forma en que, entre montañeses, se saludan los iguales.

—Trapaieiro Porcaián, bienvenido. ¡Cuánto tiempo!

—Mucho, Tavarusa. Bienhallado.

—Ven. Siéntate a mi lado.

El hombre con máscara de jabalí hizo un gesto afirmativo, pero retrocedió para poner su mano sobre el hombro del manamaraga.

—Mira. Éste es Viboraz, un gran luchador.

—Ah, Viboraz. Bienvenido a mi tienda. —Le escrutó por un instante—. Creo que tenemos enemigos comunes.

—Eso parece, grande. —El hombre-serpiente le mostró las palmas de las manos a modo de homenaje—. Bienhallado, señor.

—Quédate, por supuesto. Hazte un sitio. —Señaló al descuido hacia su mano izquierda, antes de darle la espalda para conducir a Trapaieiro Porcaián al lado mismo de su asiento.

El hombre-serpiente descolgó sus espadas y se dirigió al sitio indicado, buscando con los ojos un tabladillo libre. Aquel consejo era bastante extraño, o por lo menos así se lo pareció a él. Multitudinario y tumultuoso. Pudo ver que había gente-serpiente allí; entre ellos la Bibruela. La manamaraga estaba casi oculta entre las sombras del fondo, sentada en silencio sobre los talones, la espada a un lado y totalmente inmóvil. Fue a sentarse entre ella y su también pariente Palo Vento, que estaba asimismo presente.

—¿Qué hace una máscara como tú aquí? —le espetó en voz baja—. Tu sitio está cerca de la cabecera.

—Calla, estúpido —siseó ella, enfurruñada—. Yo valgo lo que valgo, me siento donde me siento.

—Cálmate, hombre —le susurró Palo Vento—. Esto es una audiencia informal, a la que la gente viene a opinar libremente.

—Pero ¿se puede saber qué ha pasado?

—¿No lo sabes?

—No tengo la más mínima idea.

—Ha estallado la guerra en los llanos. Muchos lares nómadas han tomado las armas contra nosotros; sus ancianos nos han declarado la guerra y sus hechiceros nos han maldecido delante de sus dioses. La mano de los Mutel tiene que estar detrás de todo esto.

—¿Y?

—¿Te parece poco, hombre? —Cosal, que estaba sentado cerca, cubierto con una máscara de halcón, cobre rojo y bronce dorado, con una melena de plumas rojas y amarillas, le miró irritado—. En estos momentos, todos nuestros establecimientos importantes de los llanos, Orniya, Vendija, Erruza, Coliga, se hallan sitiados por los

nómadas. Algunos puestos menores han sido arrasados o hemos tenido que desalojarlos. Y los trocalumes han atacado una de nuestras caravanas, a unos cien kilómetros al este de Erruza.

—¿Una caravana? ¿Cuál? —se interesó Viboraz, que solía trabajar de guardia caravanero.

—La de la Pequeña Estrella Norte.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Ha sido destruida: casi todos sus integrantes han muerto y se ha perdido una fortuna.

—Yo tenía amigos en esa caravana. —El manamaraga cabeceó consternado—. ¿Son fiables esas noticias?

—Me temo que sí. Algunos supervivientes lograron llegar a Erruza y dar la alarma. La guarnición no pudo hacer otra cosa que mandar mensajeros con la noticia a Los Seis Dedos, ya que la propia Erruza fue atacada al día siguiente y está sitiada. Y después de Erruza las demás colonias, de este a oeste, una tras otra. Es como si un incendio se hubiera propagado por las llanuras.

—Aquí hay un ejército. Marchemos al Chan, a liberar nuestras colonias y dar un buen escarmiento a los nómadas...

—No es tan fácil, serpiente —terció de repente un hombre-caballo de nuca y sienes afeitadas, con una gran mata de pelo espeso—. La situación es delicada y no conviene precipitarse. Hay que recordar lo que ocurrió durante la guerra del Oga Pantera.

—Yo estuve allí.

—¿Y no aprendiste nada? Nuestro ejército entró con demasiada alegría en territorio hostil y lo pagamos muy caro. Faltó muy poco para que aniquilasen totalmente a los nuestros, y para que los norteños entraran a sangre y fuego en Cabezas Muertas.

El manamaraga frunció el ceño, pero al tiempo cabeceó, aceptando esas palabras.

—¿Qué pasa si todo es una trampa para hacernos acudir en ayuda de nuestras colonias? —apostilló el hombre-caballo—. Hay que sopesar todas las posibilidades antes de ponernos en movimiento.

—¿Y si mientras tanto caen nuestros establecimientos?

—Dejarnos aniquilar por marchar con alegría a través de los llanos no les ayudará en nada.

—Lo que aquí se discute —le aclaró Cosal— es qué hacer. Este ejército estaba aquí, preparado para entrar en el Chan Menor y meter en cintura a unos cuantos lares. Ahora nos será de gran utilidad, si queremos forzar a los nómadas a levantar el asedio sobre nuestras colonias.

—¿Y cuáles son las posturas?

—Lo dicho. Unos son, como tú, partidarios de ponerse en marcha de inmediato, y otros piden prudencia: enviar espías para conocer la verdadera situación, antes de movernos.

—¿Y qué dice Tavarusa?

—Nada. Escucha, mira y no suelta prenda.

Viboraz puso los ojos en el ogro que, en efecto, prestaba atención a las distintas opiniones, envuelto en sus ropas rojas, entre el runrún de las conversaciones y el repicar de castañuelas. Suspiró.

—Parece que va a ser una guerra larga. Pero a mí tanto me da. Yo busco al Cufa Sabut.

—El Cufa Sabut está en el Chan, con los Mutel —siseó la Bibruela.

—Entonces iré al Chan, a buscarle allá donde esté.

—No te complicas la vida, ¿no? —Palo Vento se acarició la franja que le atravesaba la cabeza calva, en zigzag.

—¿Para qué? Nuestros mayores me han encomendado conseguir la máscara y, si me dicen que está en el Chan Menor, allá me voy yo. ¿Para qué darle más vueltas?

—Supongo que tienes razón. —Le miró algo de soslayo, un poco azarado—. Te deseo suerte en tu búsqueda. De corazón.

Mediaba ya ese largo verano cuando, desde lo alto de un cerro, pude divisar al ejército de don Tavarusa, que marchaba hacia Erruza. El sol inundaba las planicies de luz ardiente y el aire vibraba, provocando ese vértigo que acomete al viajero en mitad de los espacios abiertos y los horizontes ilimitados. El calor hacía danzar espejismos y vapores ante mis ojos, golpes de aire abrasador agitaban los matorrales reseco y grandes columnas de polvo se alzaban en el aire y, en la quietud de la tarde, la tierra retemblaba bajo miles de pies, cascos y pezuñas.

Los llanos se abrían en todas direcciones ante mis ojos, hasta perderse de vista, cubiertos de pasturas y algunas arboledas. Sólo al sudoeste llegaba uno a columbrar algo que bien podría tomar por un atisbo lejano de la sierra Culebra, si no fuera porque estaba demasiado lejana. Aunque en aquella atmósfera recalentada se producían extraños efectos ópticos. Algunos cúmulos blancos surcaban lentos el cielo azul de aquella tarde perezosa, las aves planeaban con alas tendidas sobre las corrientes de aire cálido y los insectos chirriaban entre las matas.

Un par de jinetes se aproximó al altozano para estudiarme con recelo, antes de espolear sus monturas y alejarse. Guías mestizos al servicio del ogro Tavarusa. Balbucas de brillantes ojos azules y pinturas de guerra rojas y blancas, con ropas holgadas de grandes listas, arcos en la mano y cuernos de señales colgando del arzón.

Contemplé cómo cabalgaban por entre los matorrales reseco, despacio, con una flecha en el arco, tan alertas como si esperasen una emboscada. Y es que aquél era un terreno peligroso. Aquel ejército, mandado por un montañés y costado por los armas, acudía en ayuda de Erruza, la colonia más oriental de los armas, en el camino de Tres Cortes, asediada en esos momentos por los nómadas.

Tavarusa había salido de Los Seis Dedos en auxilio de los puestos situados a lo largo de ese camino. Cayó por sorpresa sobre los sitiadores de Orniya e hizo una matanza entre ellos, antes de seguir hacia el este, sumando fuerzas amigas. Derrotó a los que rodeaban Vendija y ahora se dirigía a Erruza, sometida también a cerco y que, al ser el establecimiento más oriental y alejado, era el que en mayor peligro se encontraba. Uno de los tres hermanos Mutel, Carará, le salía al encuentro, con una muchedumbre de jinetes. Estábamos en vísperas de una gran batalla y los exploradores de ambos bandos menudeaban por las llanuras, tendiéndose emboscadas, evitándose o cruzando insultos, y a veces librando refriegas fugaces.

Guiñé los ojos, tratando de evaluar las fuerzas que marchaban por el camino de Tres Cortes, a un tiro de flecha. Bandas de escaramuceros flanqueaban el ejército y, aún más alejados de la columna, galopaban los ojeadores. Había una avanzada de jinetes balbucas y la vanguardia estaba formada por infantería pesada reclutada al sur del Riorrío. Tras ellos marchaban en sucesión la infantería gorgota, los aliados

pandalumes y mestizos, agrupados según lares y por último los irregulares, armados de forma ligera. La caballería iba por fuera del camino, a la derecha de la columna, y una enorme polvareda flotaba a retaguardia, señalando el paso de la caravana de bagajes con su escolta de lanzáis copa. Y, entre toda esa muchedumbre en movimiento, la litera del ogro Tavarusa se bamboleaba a lomos de un buey gigantesco, custodiado por hombres-cabra y brujas montañesas que enarbolaban sus enseñas rojas y doradas.

Con la rodela en una mano y los dos venablos en la otra, bajé al encuentro de las fuerzas. El calor danzaba entre los matojos, haciendo temblar la visión, y las culebras se escabullían siseando ante los golpeteos de mis armas contra la maleza. Los ojeadores trotaban sin rumbo fijo y los escaramuceros deambulaban en grupos sueltos. Algunos conocidos me vieron: me saludaban a gritos y yo respondía levantando los hierros.

Fui contorneando a paso calmo las formaciones de infantería que marchaban con el equipo a cuestras. Luego advertí que un jinete llegaba galopando hacia la cabecera. Su máscara —hecha de cráneo de chivo y placas metálicas— lo señalaba como un gran guerrero entre los montañeses, así como un hechicero de rango menor, y, al constatar que cabalgaba hacia mí, cambié un venablo de mano. Se me acercó refrenando poco a poco la montura, de tal forma que llegó hasta mí al paso.

—¿Eres el hombre-lobo Corocota? —Los ojos, tras las rendijas de hueso y bronce, eran oscuros y fieros.

—Sí.

El caballo, tan salvaje como el jinete, piafaba y hacía saltar pellas de tierra y polvo. El hombre-cabra se inclinó sobre la silla para observarme, y entonces fue cuando advirtió la forma en que empuñaba el venablo, listo para lanzar.

—Paz, lobo, paz —protestó.

—Haber empezado por ahí, hombre. —Abatí el hierro—. Paz, chivo.

—¿Vienes del este? ¿Tienes noticias?

—Puede que tenga alguna, sí. Todo depende de lo que ya sepáis.

—Entonces vamos, dáselas tú mismo a don Tavarusa.

—Bueno —me excusé, azarado—, tampoco tengo tantas cosas que contar.

—No importa. Él te escuchará de todas maneras. Vamos —urgió—. Vamos.

Así que tuve que aceptar a regañadientes. Me agarré al pomo de su silla, él azuzó a la montura y salimos al trote, al encuentro de la comitiva del dios-vivo.

Cien montañeses, armados hasta los dientes, guardaban el palanquín durante la marcha. Aquel buey era uno de los más grandes que yo haya visto nunca: muy ancho y con casi dos metros de alzada; engualdrapado en rojo, con campanas al cuello y fundas de bronce en los cuernos. La litera oscilaba lentamente a lomos de aquel gigante animal, brujos enmascarados guiaban a éste de las riendas y montañeses de

aire salvaje rondaban todo en torno, velando por su señor.

Habían alzado los velos para que corriese el aire, y el dios-vivo se recostaba bajo el dosel en compañía de dos concubinas, amodorrado por la hora, el bochorno y el pausado bamboleo de la marcha. Había relegado sus ropas rojas de jefe para vestir una larga falda blanca, sujeta con faja dorada; pesadas defensas de bronce le cubrían el hombro y brazo izquierdos, y un collar de cráneos dorados, grandes como puños, se columpiaba sobre su pecho velludo.

Una de sus mujeres, apenas cubierta por tres filigranas de plata, estaba sentada junto a su cabeza, espantando el calor y los insectos con un abanico. La otra —con cambuj de cobre bruñido y un peinado tan barroco como el de una altacopa— leía en voz alta un libro, reposando una mano sobre el texto, para evitar que la brisa pasase las hojas.

Caminando entre montañeses a la par que la litera, en espera de que me llamasen, presté oídos para escuchar. Todos callaban y —aunque las palabras eran difíciles de captar a esa distancia— el tono, el ritmo, las inflexiones de la voz llegaban con claridad en el silencio de la media tarde. Fascinado, me di cuenta de que recitaba versos: viejos poemas en Alto Arma.

Los cascos del buey golpeteaban la tierra, las campanillas tañían débiles y las colgaduras susurraban agitadas por la brisa. Y, sobre todos esos pequeños sonidos, la concubina del ogro iba desgranando cadenciosa las estrofas. Conjurando emociones, hechizando a la concurrencia, arrullando los sentidos con su voz privilegiada.

Por último, la lectura tocó a su fin y la magia cesó. A una señal del dios-vivo, puse mis venablos y rodela en manos de una bruja, y me aupé a los estribos intermedios del buey.

La litera se mecía con suavidad, a lentos bandazos. El paisaje subía y bajaba despacio, muy despacio. El ogro guardaba un mutismo somnoliento entre sedas, oro, mujeres; como la viva estampa de esa molicie bárbara que, entre montañeses, es atributo de la grandeza. Su testa de chivo basculaba adormilada, el collar de cráneos se mecía sobre el torso peludo, las alhajas metálicas de sus concubinas tintineaban a cada vaivén. La chica del abanico aireaba rítmicamente a su amo, mientras la lectora repasaba sus versos.

Estudí intrigado a esta última. El cabello negro, los ojos oscuros, los matices morenos de la piel, delataban su sangre gorgota. Y aquel hermoso cambuj de cobre era de un estilo mimético del de las máscaras altacopas. De nuevo, reparé en ese tocado repleto de broches, peinetas y fundas de marfil y metal.

—¿Te gusta la poesía, cazador? —inquirió distraído el ogro.

—No tengo mucho paladar para los versos, grande.

—Lástima. La poesía es un placer incomparable: una de las artes mayores —murmuró con su acento exótico, lleno de resabios al balido de las cabras—. Y éstos

son buenos, viejos versos. —Tendió la mano hacia el volumen encuadernado en cuero—. Eran ya antiguos cuando los armas no existían siquiera.

Con sus garras de bronce alzó el rostro de la lectora, y yo pude apreciar aquella boca agraciada bajo el hermoso semblante de metal pulido.

—¿Sabes? Pagué muchos pesos de oro por ella. Las lais de Escarpa Umea la adiestraron expresamente para mí en las artes de la lectura. Domina el Alto Arma y los tres alfabetos gargales, el goro, el cinca, el falanai y las siete grafías coutou... — Con un gesto desdeñó proseguir—. Hay una máscara así entre vuestras altacopas: una máscara de la que ésta es un remedo, pero supongo que tú no la conoces.

—Las altacopas custodian ciento sesenta y nueve máscaras tradicionales, grande —me excusé—. Son muchas y resulta difícil conocerlas a todas.

—Sobre todo a ésta, que es de las menos populares —concedió—. Hoy en día sobran dedos en las manos para contar a las altacopas capaces de portar una Máscara Lectora. Es una pena. —Agitó la cabeza, como para sacudirse el sopor—. Pero, en fin, dime, ¿cómo ha ido tu caza?

—De momento no muy bien, grande. Aún no he logrado la cabeza de Tuga Tursa.

—Cuéntame qué te ha sucedido.

Colgado del palanquín, me acomodé para relatarle mi larga cacería. Tuga Tursa era astuta y resbaladiza, además de temeraria; ya que su fuerza, que era a la vez su debilidad, estaba en un gusto malsano por tentar de continuo a la suerte. Tras escaparse del pinar de Jabalaneté, había bajado a las llanuras de Biga y se había dirigido hacia el este.

Me ahorré relatar los pormenores de la persecución. Se había unido disfrazada a una caravana y así había recorrido el camino de Tres Cortes, yo había ido en pos de ella y, curiosamente, a los dos nos había sorprendido el estallido nómada contra los armas en Vendija. Tan decidida como siempre, había abandonado la ciudad antes de que los guerreros del llano la cercasen por completo y yo me fui una vez más en pos de ella. De una forma u otra, los dos habíamos logrado llegar a la sombra de la sierra Ongada, donde Carará Mutel preparaba un gran ejército para marchar contra las colonias armas.

Nunca habrá certeza de tal cosa, pero lo más seguro es que todo aquel ataque de multitud de pueblos contra los armas debió de pillar también por sorpresa a los propios Mutel. Habían estado soliviantando durante largo tiempo, en secreto, a los nómadas, pero todo se había desatado antes de lo que ellos habían previsto; antes de que pudieran ultimar sus planes. Había sido la codicia de algunos jefes truro lo que los había llevado a atacar la caravana de la Pequeña Estrella Norte, y eso había sido la chispa que había encendido los llanos.

El caso es que Tuga Tursa había ido a unirse a Mutel y yo, ofuscado por las ganas de matar, no había dudado en seguir la caza al propio campamento del rey-brujo.

Tomé aliento un instante. La concubina del abanico me lanzó una mirada turbia. Su amo me contemplaba con ojos amarillentos.

—¿Entraste en el campo enemigo? Ésa es una muestra de mucho valor.

—No, grande. Carará Mutel estaba acampado al norte de la sierra Ongada, en Aspoulas, recibiendo aliados. Pero hay muchos gorgotas, puces sobre todo, en ese ejército. Ellos no sólo me respetaron, sino que me protegieron. Incluso el Cufa Sabut mandó a los suyos hacerlo.

—Entonces, ¿está el Cufa Sabut con Carará Mutel?

—Sí, grande. Está con un número respetable de partidarios.

—¿Ha tomado partido por los Mutel? ¿Tan grande es su odio a los suyos?

—Más bien ha reunido juramentados a favor de la Máscara Real y, de momento, es aliado de los Mutel, que por otra parte fueron los que lo sacaron de nuevo a la luz.

El ogro cabeceó pensativo.

—Estuve al acecho durante varios días, pero ella no se apartó en ningún momento de sus amos. Porque, entre nuestra gente, los reyes-brujo y los dioses vivos están por encima de la caza de cabezas y la gente como yo no puede molestarles. A su vez, Mutel me dejó en paz, fuese por respeto a mi condición o por miedo a enojar a los puces. Pero en ese ejército había muchos momgargas, gente que no debe nada a los cazacabezas y, aconsejado por las brujas puces, decidí huir.

—Ya daré con Tuga Tursa en la batalla, o después —concluí—. Un cazador de cabezas ha de ser paciente.

—Cierto —convino—. ¿A qué distancia pueden encontrarse en estos momentos?

—Calculo que a unos dos días. Son muchos y se mueven despacio.

Hice una nueva pausa, para luego, midiendo las palabras, intentar describirle aquella coalición grande y abigarrada. Carará Mutel venía a nuestro encuentro con un ejército cuyo núcleo eran puces y necas. A ellos había que sumar no sólo un gran contingente que seguía al Cufa Sabut y el antiguo estandarte de la Máscara Real —diseñado hacía siglos por el Rey Rojo para su creación: un círculo, con un ojo dentro, del que irradian seis dedos dorados, como los rayos de una estrella, sobre fondo blanco inmaculado—, sino también jinetes: trocalumes y truro sobre todo, pero también grupos menores de otros pueblos nómadas: sensi, falises, colagines, ancavales, alganós...

Traté de pintarle, con tranquilidad, la imagen de aquella muchedumbre. El lujo de las carpas de los jefes, la imagen de grandes hordas montadas que cabalgaban entre polvaredas, el espectáculo de vagabundos exóticos llegados de lugares muy lejanos. No sólo había allí guerreros, puesto que algunos lares de Aspoulas e incluso del Chan Mayor se habían unido a la aventura y avanzaban entre el traqueteo de los carros, con las mujeres correteando junto a las yuntas y los esclavos arreando el ganado con sus lanzas.

Tavarusa me dejó hablar, animándome a veces a proseguir, sobre todo cuando comentaba acerca de las rencillas y los resquemores, la confusión de pueblos, los campamentos separados delatando que aquélla era una alianza de lo más turbulenta.

—Parece que nos superan en número —dijo por fin.

—Ampliamente —acepté sin rodeos. Él ya sabía todo cuanto le estaba contando, claro, pero a los grandes jefes gorgotas les gusta simular ignorancia—. Tienen muchísima caballería y —aquí sí que dudé un momento— también elefantes.

—Eso había oído. —Sus labios de cabra se removían, como rumiando la noticia. Agitó una mano velluda—. ¿Cuántos son?

—Cada nómada da una cifra; pero, por lo que yo he visto, deben de ser unos veinte. Son elefantes del norte; elefantes de guerra: grandes y peludos, de los de cuatro colmillos. Los reyes goro del Urante se los han enviado a los Mutel; unos dicen que en alquiler y otros que como gesto de alianza.

Cabeceó y yo añadí:

—Lo que es cierto es que sólo uno de los tres hermanos, Carará, dirige ese ejército. Eneqe está sitiando en persona Erruza y, en cuanto a Antil, nadie sabe su paradero. Algunos dicen que está en un santuario secreto, sacrificando por la victoria; pero nadie sabe nada de cierto.

Tavarusa movió de nuevo la gran cabeza cornuda.

—Me has dado informaciones valiosas y te lo agradezco. Y ya no te entretengo más.

Eso era una despedida. Me apeé del estribo y, tras recobrar rodela y hierros de manos de la bruja, me aparté de la cabalgata. Me detuve un instante a contemplar cómo se alejaban, la litera basculando perezosa sobre el buey engualdrapado en rojo, entre revuelo de colgaduras, envuelta en una polvareda pardusca. Luego me volví y me marché en busca de algún hueco para mí en la retaguardia.

Según nuestras viejas costumbres, los carpinteros del ejército habían montado un tablado anejo al campamento y, desde la caída de la noche, un gentío armado se agolpaba al reflejo de los fuegos, absorto en el espectáculo de bailarinas que, con máscaras, espadas y teas, se cimbreaban al son de los grandes tambores.

Ejecutaban una danza tradicional a la luz de las llamas, ágil y rápida, llena de juegos, quiebro y saltos. Giraban unas en torno a las otras, al compás de los tambores, con las hojas tendidas, contorsionándose y batiendo aceros. Cada articulación parecía estar en juego y los pies descalzos —con anillos en los dedos y ajorcas en los tobillos— taloneaban estruendosamente sobre las maderas del tablado. Los cuerpos desnudos y aceitados y las antorchas llameantes tramaban una red de reflejos movedizos, hilvanando el embrujo de las altacopas sobre aquel público en víspera de batalla. Las espadas entrechocaban entre el retumbar de los parches,

expresiones enigmáticas asomaban a los semblantes de metal bruñido y las alhajas relucían como fuegos dorados.

Luego, el redoble de tambores cesó de golpe y las bailarinas se detuvieron jadeantes, empapadas en aceite y sudor, y aturcidas por ese griterío —remedos de voces de fieras— que es el aplauso de los gorgotas. Entre el clamor, las bailarinas saludaron entrecruzando las espadas sobre sus cabezas, antes de esfumarse en la noche, custodiadas por lanzáis copa con los hierros desnudos.

Nosotros, por nuestra parte, nos alejamos del tablado. Habíamos estado presenciando el espectáculo desde las últimas filas, entre las sombras del fondo; pero ahora elegimos salir a dar un paseo por el campo. A nuestras espaldas, los tambores volvían a tocar, anunciando un nuevo grupo de danza. Porque esa noche, por orden expresa de don Tavarusa, todas las bailarinas del ejército estaban en pie, actuando para las tropas hasta el desfallecimiento.

Dejamos a nuestras espaldas el campamento, protegido por terraplenes, empalizadas y fosos. La noche era húmeda y cálida, y la gente, desvelada, holgazaneaba entre las tiendas y la primera línea de centinelas. La luna, grande y llena, entretejía espejismos con sombras; las cañas se estremecían acariciadas por una brisa tibia y las ranas, que saltaban a nuestro paso, punteaban la oscuridad de chapuzones.

—Mañana es el día. —Distraído, Palo Vento se ajustó las espadas, al tiempo que echaba un vistazo a las hogueras enemigas, que resplandecían allá a lo lejos.

Cosal asintió y, pasándose de mano el fusil, se agachó a coger un guijarro plano. Lo arrojó al agua con un gesto de muñeca y, en la oscuridad, oímos dos chapoteos consecutivos. El hombre-serpiente también se detuvo, buscando alguna piedra adecuada, y enseguida los tres nos habíamos arrojado al agua, para competir a los saltos y contar salpicaduras.

Nos habíamos reencontrado los tres en el ejército de don Tavarusa, lo que —sobre todo en el caso de Palo Vento— había sido una sorpresa para mí. Ninguno de los tres pertenecíamos, estrictamente, a las tropas del ogro. Cosal había venido en el séquito de dos enviados del Ras —la asamblea de los ferales armas—, que daban legitimidad a ese ejército compuesto en su mayoría por mercenarios y dirigido por un montañés. En cuanto a Palo Vento, estaba allí acompañando a un personaje fabuloso: el legendario Rey Rojo, que una vez más había bajado de las montañas Nubladas para combatir a su antigua creación, la Máscara Real.

Nos entretuvimos tirando piedras hasta que, en un momento dado, Palo Vento se detuvo y señaló campo adelante. Allí estaba surgiendo un resplandor que crecía y crecía, semejante a una aurora rojiza. Tratamos de aguzar la mirada. Un incendio, sin duda, que bailoteaba en la distancia, alumbrando la noche; y al poco el viento nos trajo, a ráfagas, un rumor débil de gritos, relinchos y entrechocar de armas.

Observamos con avidez aquellos resplandores. Algún accidente, o puede que un golpe de mano, había provocado el fuego en uno de los campamentos enemigos. Tiendas y carros ardían en el calor de la noche, y los impetuosos nómadas debían de haberse lanzado unos contra otros.

A nuestras espaldas, los soldados se agolpaban sobre los taludes y las empalizadas, gritando y haciendo conjeturas. Luego se oyó mugir a los turullos, que llamaban a reunión. Todos los que estaban entre el primer círculo de guardia y el campamento regresaron, algunos a regañadientes. Ninguno de los tres estábamos sujetos a la disciplina estricta de las tropas, pero Cosal, cuyo sitio estaba junto a los enviados del Ras, se volvió, y lo propio hizo Palo Vento, alegando que quería estar descansado para morir al día siguiente, en alusión a un viejo dicho arma; aunque él lo pronunció más en broma que de forma solemne.

Así que me quedé solo, paseando entre el primer y el segundo círculo de centinelas. Nos encontrábamos al borde de una zona de humedales, y Tavarusa había levantado el campamento a orillas de una laguna, para aprovechar el respaldo del agua. Enfrente, en campo abierto, estaban los campamentos de los Mutel y sus aliados, y entremedias un llano cubierto de gramíneas ahora reseca por el sol. Los turullos volvieron a sonar por segunda vez, llamando a los rezagados; pero yo fui a sentarme junto al agua, en un tronco muerto y, casi a tientas, comencé a cargar mi vieja pipa.

Estuve fumando mientras miraba el incendio palpar a lo lejos, hasta que un susurro de malezas me hizo volverme en mi asiento, poniendo la mano en el acero. Escudriñé receloso las tinieblas circundantes. Hubo un largo intervalo de silencio; se oía cantar a los grillos y olía a noche, a proximidad del agua y a vegetación. Luego hubo un nuevo murmullo de plantas y me puse en pie. Alguien chistó y una bruja pintarrajeada de rojo y amarillo surgió de entre las sombras de los cañaverales, con la diestra alzada.

—¿Qum Moga? —Aparté la mano de la espada, agradablemente sorprendido.

—Paz, lobo. —Traía un arco en la zurda, y una sonrisa deslumbrante en el rostro.

Me senté de nuevo y, con un ademán, la invité a hacer lo propio a mi lado. No se hizo de rogar. Acerqué fuego a la cazoleta, porque se me había apagado la pipa, y estuvimos un rato en silencio, mirando el incendio que rugía a lo lejos.

—Te traigo un regalo —dijo al cabo.

Volví los ojos y ella, como un prestidigitador, me mostró una cabeza recién cortada. La hizo rodar entre sus manos, sin dejar de sonreír, mientras yo examinaba esos rasgos muertos a la luz de la luna. Olía a sangre, y escarbé en vano en mi memoria.

—No —acabé renunciando—. No lo conozco, o no lo reconozco.

—Mis hermanas lo sorprendieron rondando por las lagunas, hace un rato. Llevaba

máscara y el sello de matar de Tuga Tursa. Éste trataba de llegar al campamento, y seguro que venía a por ti, Corocota.

—A Tuga Tursa no parece faltarle gente dispuesta a morir y a matar por ella. — Agité la cabeza.

—Siempre ha sido muy buena engatusando y ha estado rodeada de juramentados. —Había un punto de envidia en su voz.

Hizo saltar aquel trofeo sangriento entre las manos y yo le tendí la pipa, invitándola a fumar.

—Da las gracias a tus hermanas, de mi parte.

—Lo haré. —Aspiró una calada honda, avivando las brasas rojas del tabaco—. ¿Y cómo es que no estás con una mujer, con alguna altacopa? ¿No es ésa la costumbre de los cazadores de cabezas antes de matar?

—Lo es de algunos. Dicen que la espera de matar, en soledad, destempla los nervios. —Aún tenía en el bolsillo un par de guijarros y recuerdo que los sopesé distraído, haciéndolos sonar—. Pero yo casi prefiero estar solo. Siempre me ha gustado la soledad, y me gusta cada vez más.

—Ah —titubeó en las sombras, con aquella antigua timidez que ya había mostrado en las Tierras Altas—. Entonces, mejor me voy.

—No, mujer. No me entiendas mal.

En el silencio que siguió, volví a entrechocar las piedrecillas. Qum Moga jugueteaba con la caña de la pipa, dando vueltas a alguna idea.

—He oído decir a mis tías —apuntó por fin, dando una última calada a la pipa, antes de devolvérmela— que la soledad es como una enfermedad entre las máscaras como la tuya.

Fumé a mi vez despacio, al tiempo que rumiaba para mis adentros ese comentario. Entre mi gente, las brujas lo son por nacimiento: las comadronas lo descubren gracias a los signos que acompañan el parto y, apenas destetadas, alguna máscara menor la lleva junto a sus iguales. Éstas se encargan de ellas, se convierten en su única familia y las crían, instruyéndolas en las tradiciones de esa clase misteriosa y aparte que son las brujas armas.

Poseen costumbres propias, nombres secretos, alfabetos distintos. Viven al margen, a su aire, y se consideran desligadas del resto; espectadoras capaces de observar sin involucrarse. Son enigmáticas e intrigantes, y a menudo peligrosas; pero sus opiniones merecen consideración, ya que tienen un punto de vista diferente.

—No sé muy bien qué quieres decir.

—La gente como tú se refugia en la soledad y en una postura distante. Eso os hace fuertes a ojos de los demás. —Dudó por un instante—. Pero a la larga esa imagen os atrapa y ya no podéis escapar de ella.

—La máscara protege, pero también obliga. —Sonreí.

—Máscara obliga... —Ahora fue ella la que pareció degustar esa frase hecha, dejándola sonar en la noche.

Se inclinó sobre la pipa, buscando otra calada. Su mano, cargada de ajorcas y anillos, rozó la mía al agarrar la caña, y pude oler el perfume enredado en su cabellera revuelta; uno de esos perfumes que destilan las brujas de las Tierras Altas, tenues y sugerentes.

Nuestras miradas se cruzaron en las sombras, de reajo. Ahora estábamos muy cerca. Ella dejó escapar una lenta bocanada y la humareda ondeó como un velo entre ambos. El roce de manos se repitió, hubo tintineos muy leves y, entre el humo y la oscuridad, aquellos labios entreabiertos, aquellos ojos brillantes, atraían como abismos.

Meneé la cabeza, sonriendo con esfuerzo. Qum Moga jugaba conmigo a la manera de las brujas y, si cedía a sus enredos, tendría que pagar más tarde un precio muy alto. Me moví y ella se apartó algo, porque las brujas saben cuándo ceder. Fumé con parsimonia. Las ranas croaban en las charcas y, a lo lejos, llameaba aquel resplandor rojizo.

Se lo indiqué y ella cabeceó con gesto desenvuelto.

—¿Eso? Indica que Sisiu Sochi, el gran jefe sensi, ha muerto.

—¿Muerto? —Acaricié la madera negra de la máscara de matar, perplejo. De los días que había pasado en el campo enemigo recordé a aquel nómada alto y de ojos dorados, siempre rodeado de guardaespaldas recelosos, a quien llegué a ver una vez y del que tanto oí hablar—. Era un malvado dispuesto a todo; cruel y sanguinario, y mataba por si acaso. Pocos le querían, y se apoyaba en el miedo. No me extraña que al final alguien le haya ajustado las cuentas.

—No, no. —Se atusó la melena teñida de amarillo y rojo—. Ha sido una altacopa quien lo ha matado; uno de los nuestros.

Mientras la oía reír, me vino a la memoria una mujer enjoyada, oculta tras un primoroso cambuj de jade y bronce, que estaba entre las concubinas de Sisiu Sochi. Los chismes de campamento decían que era una altacopa de alto rango, capturada cerca de Ornija, y lo cierto es que iba siempre vigilada por uselgeres, esas mujeres salvajes que los magnates orientales compran para vigilar a sus esposas. Pero yo, que soy bastante escéptico a veces, la había estudiado de lejos, tratando de determinar si de veras era una altacopa arma o tan sólo una esclava adiestrada para aparentar como tal. Porque las altacopas gozan de gran renombre y muchos harenes momgargas cuentan con esas imitadoras, mucho más fáciles de conseguir que las verdaderas.

Qum Moga seguía riendo y yo moví despacio la cabeza. Así que aquella mujer lánguida y distante a la que yo espiaba entre las caníbales pintarrajeadas de blanco y negro que la rodeaban era en realidad una asesina, quizás una Qutu Roja, entrenada en Escarpa Umea y enviada a Ornija como un cebo mortal.

—Lo ha matado y ella misma ha provocado el incendio, para huir gracias a la confusión. Tenía que llegar a las lagunas, y algunas de mis hermanas la están esperando allí, si lo logra. Yo no he ido con ellas porque mañana estaré con la vanguardia. Y, hablando de eso, sería mejor que me fuese a dormir un rato.

—Así que mañana bailarás el noái...

—Sí. —Volvió a reír, contenta. Se incorporó, apoyándose en mi brazo—. ¿Estarás mirándome?

—Desde luego —sonreí a mi vez.

Retrocedió unos pasos hacia las sombras, sopesando su arco de guerra. Me dedicó otra de aquellas miradas oblicuas suyas, tan difíciles de interpretar, y pareció cambiar bruscamente de humor.

—En paz, lobo.

Y me dio la espalda en la oscuridad, mientras yo la miraba, sorprendido por una despedida tan abrupta. Hice entrechocar los guijarros en la mano y pensé en decirle algo; pero mientras se me ocurría, ella ya se había sumido en las tinieblas de los humedales, desapareciendo de la vista.

El día de la batalla amaneció despejado y caluroso. Apenas hubo atisbo de claridad, mandaron salir a las tropas de las empalizadas para desplegarse en el llano. Un gran resplandor despuntaba a oriente, las estrellas iban difuminándose en el cielo gris y las cigüeñas aleteaban con pesadez entre dos luces, asustadas por tanto movimiento. Los centinelas avivaban sus fogatas y por todas partes sonaban los tambores. A la media luz del alba era posible ver, allá a lo lejos, a las masas de caballería del enemigo, que se disponían a su vez para el choque.

Nuestros hombres estaban formando en abierto, con el campamento a la espalda y los aguadales a la izquierda. Avanzadas de jinetes habían salido al llano por delante del grueso de nuestro ejército, compuesto por cuadros de infantería, erizados de largas picas, y líneas de ballesteros. En el ala izquierda se situaba la infantería de los aliados pandalumes y mestizos, y más allá de ellos el grueso de los irregulares. A la derecha estaba toda la caballería de los auxiliares nómadas, agrupada por razas y lares. La retaguardia la formaba la caballería arma y mediarma, y el propio Tavarusa había ido a situarse, junto con sus lugartenientes y su guardia personal, sobre un cerro desde el que dominar el campo de batalla.

Yo iba detrás de los cuadros de primera línea, sin rumbo fijo y ayudando de vez en cuando a sacar las máquinas de guerra de los atolladeros. Las plataformas oscilaban traqueteando y el bamboleo de los bueyes de tiro hacía tañer las campanillas. Brujas pintadas de colores vivos bullían por todas partes, agitando sus arcos entre alaridos, y algunas bailaban sobre las máquinas, haciendo equilibrios en lo alto. El sol ascendía con lentitud para teñir el día de azul, blanco y dorado; el viento remitía y un sinfín de aves sobrevolaba entre graznidos las aguas bajas.

Me encaramé a un árbol aislado, una encina gruesa y copuda, que permitía una buena vista del campo. Enfrente de nosotros, el enemigo nos mostraba un despliegue imponente de caballería: un mar viviente que se removía y arremolinaba entre revuelo de mantos y estandartes. Los truro ocupaban la primera fila, con sus inconfundibles ropas multicolor, y sus largas lanzas adornadas con crines. A su izquierda y algo más atrás se situaba una tropa heterogénea, un hervidero que reunía desde señores goro de atavíos recargados y corceles de ricas gualdrapas a caballistas desnudos que montaban a pelo. Tras ellos, fuera ya de la vista, aguardaban aún más jinetes, los elefantes, la infantería; una muchedumbre que multiplicaba por cuatro o cinco el ejército de los armas.

Habían plantado un gran pabellón abierto, de toldos rojos entre postes, sobre una altura próxima. Allí estaba Carará Mutel, el rey-brujo, y hacia allí dirigí la vista, preguntándome si Tuga Tursa estaría junto a su amo. Se veía una columna de humo, procedente de un fuego sacrificial y traté de distinguir detalles, guiñando los ojos.

Pero la distancia era mucha y apenas pude intuir, más que ver, un revuelo de bailarinas, víctimas arrodilladas y la figura con manto rojo y máscara dorada del rey-brujo, que se mecía con el acero ceremonial en alto.

Volví los ojos al campo contrario, asombrado de ver tanta gente reunida. Estábamos a cincuenta kilómetros escasos de la sitiada Erruza y me pareció que aún había más profusión de razas que cuando yo estuve en el campamento del rey-brujo. Sin duda, la oportunidad de derrotar a los armas, así como de saquear sus establecimientos comerciales y quizá de caer sobre sus territorios más orientales, había seguido atrayendo a toda clase de nómadas y aventureros.

Los caballos piafaban inquietos, haciendo ondular las filas. Los jinetes oteaban sobre la llanura reseca, observándonos, y los nuestros, apoyados en las picas, los estudiaban a su vez. Caballistas sueltos se adelantaban para amagar cargas en falso, mientras otros encabritaban sus monturas, haciéndolas bailar al tiempo que voceaban desafíos, lanza en mano. El ataque era inminente, a la espera tan sólo de que concluyese el sacrificio en la colina. Pero don Tavarusa, al que se veía en lo alto, erguido entre máquinas de guerra y rodeado de su guardia personal, no parecía dispuesto a esperar tanto.

Los tambores seguían redoblando y varias lanzáis copa, tras despojarse de la armadura, bailaban ya en avanzada. Se cimbreaban cada una a capricho entre los herbazales secos, alternando pasos rápidos con otros lentos, mientras repicaban espadas, movían las caderas y se exhibían maliciosas ante los nómadas. Tras ellas, las brujas de guerra ejecutaban su propia danza, más antigua y ritual, y, ululando, se balanceaban al compás, al tiempo que lanzaban gestos maléficos contra el enemigo.

Algunos valientes, picados, habían salido al galope de las filas de los truro, ladeándose en las sillas para voltear redes y lazos. Las lanzáis copa los regateaban con soltura, cortando las cuerdas que volaban a su alrededor y malhiriendo a cuantos se les acercaban demasiado. Había ya caballos sin jinete sueltos por el campo y las altacopas danzaban, espadas en alto, enarbolando cabezas cortadas. Llegaban más enemigos y las brujas gritaban, meneando las caderas al hacer puntería.

Cada vez acudían más nómadas, las lanzáis copa se retiraban y las brujas corrían disparando sus arcos. Los truro habían mordido el cebo y aquel juego sangriento se habían convertido ya en una violenta refriega. Los nómadas galopaban con estruendo por entre los matorrales, las flechas zumbaban entre nubes de polvo pardusco, y hombres y caballos caían dando volteretas. Las brujas retiraban a los heridos en volandas, y los escaramuceros llegaban también en tropel, para cubrir con sus escudos a las altacopas en fuga.

El rey-brujo seguía ante el fuego, vertiendo sangre, pero sus lugartenientes tremolaban con frenesí grandes estandartes de señales, tratando de contener a sus aliados. La abigarrada caballería del flanco aún se refrenaba, indecisa, pero los truro

ignoraban los avisos para salir impetuosos al combate. Morían en masa, los caballos agonizantes se revolcaban relinchando, sus formaciones se deshacían bajo granizadas de flechas y los supervivientes cabalgaban cegados por el polvo, agitando en vano sus lanzas de vistosos penachos.

Nuevas oleadas de jinetes llegaban sin embargo a rienda suelta, por entre nubes de tierra alzada, vociferando y blandiendo aceros. El suelo temblaba bajo las cargas de caballería; el fragor de cascos, de gritos, de arreos entrechocando resultaba ensordecedor, y gigantescas columnas de polvo ascendían como humaredas en el aire de la mañana. Los cuadros de nuestro ejército se estrechaban enfilando hierros, los arqueros disparaban un diluvio de flechas y los proyectiles de las catapultas trazaban parábolas llameantes sobre nuestras cabezas, para sembrar la confusión en las masas desordenadas de caballería.

Los montañeses que rodeaban a don Tavarusa agitaban ahora sus propias enseñas rojas y doradas. De repente, toda nuestra caballería volvió grupas y huyó al galope más allá del campamento; a la vez, los cuadros situados más a la derecha —los de mercenarios del Sursur, los de armamento más pesado— se replegaban en un movimiento tan perfecto como el de un mecanismo, para cerrar un gran cuadrilátero que se recostaba en los humedales de la izquierda.

Engañados por esa maniobra y creyendo que nuestro ejército cedía, el frente de caballería se deshizo como nieve. Los reyes de la llanura se lanzaron al ataque, cada uno por su cuenta, y sin hacer caso a las señales que ondeaban sobre la colina. Unos cargaban desenfrenados sobre los hierros tendidos, otros perseguían a nuestros jinetes y algunos se desgajaron de la masa principal para rodear el gran cuadrilátero del ejército arma y asaltar nuestro campamento. Los había incluso que se metían en las charcas, tratando de flanquear. Los caballos chapoteaban ruidosamente; sus jinetes blandían las lanzas, azuzándolos a gritos, y los escaramuceros, desde las orillas, los rechazaban una y otra vez a flechazos y pedradas.

Bandas dispersas de jinetes galopaban contra las tiendas, con idea de pillaje, e iban a caer en los campos de tropiezos que rodeaban el campamento. Las cabalgaduras resbalaban entre los abrojos o se metían en los hoyos; hombres y bestias caían revueltos, y se oía gritar a los jinetes aplastados bajo sus monturas. La carga de los nómadas se rompió, tuvieron que retroceder entre gritos y, apeándose, algunos tantearon apenados los remos de los animales heridos. Les musitaban palabras cariñosas al rematarlos, porque los llaneros adoran a sus caballos. Luego embrazaron escudos y se lanzaron a un asalto en masa.

Desde las empalizadas, los asistentes del ejército —herrereros, talabarteros, carpinteros, cirujanos—, así como las lanzái copa, que son las encargadas de proteger los bagajes, los recibieron con un alud de proyectiles. Los virotos traspasaban cuerpos de lado a lado, las flechas incendiarias prendían en las ropas, y los bodoques de

arcilla, silbando, saltaban los sesos. Ellos cerraban filas, se cubrían tras un muro de escudos y avanzaban tenaces, con los heridos arrastrándose entre sus pies.

Luego llegaron otros nómadas, obligándoles a retirarse. Se pusieron a discutir acaloradamente y no tardaron en enzarzarse a lanzazos entre ellos. Aquellas gentes sencillas, engañadas por el repliegue, se creían ya vencedores y comenzaban a disputar por el botín. Dejándose llevar por viejas enemistades, se acometían y alanceaban con saña, mientras los intérpretes se desgañitaban tratando de poner paz y las altacopas, desde las estacadas, se reían de ellos.

Pero a unos pocos cientos de metros, sus aliados rodeaban a nuestro ejército y lo atacaban en desorden por todos lados. Tavarusa, empero, había calculado bien el perímetro defensivo, disponiendo a las tropas con la precisión de un geómetra; de forma que cada ondulación del terreno y cada arboleda albergaban arqueros y, entremedias, formaban los cuadros de infantería, mostrando sus picas.

Las polvaredas, espesas como nubarrones, hervían de agitación y rebrillar de aceros. Ofuscados, los nómadas cargaban bajo una lluvia de saetas e iban a estrellarse una y otra vez contra las puntas tendidas. Los piqueros blandían hierros adelante y atrás, aunque los jinetes golpeaban las astas con sus largos sables, haciéndolas vibrar. En muchos puntos, la afluencia de nómadas era tal que se apelotonaban en las picas y, hacinados, se estorbaban mutuamente; de forma que nuestras tropas, moviendo sin cesar las varas, hacían una matanza entre ellos.

Los golpes sacaban a los jinetes de las sillas, y las monturas, encabritadas por los puyazos, se ponían de manos relinchando. Los reyezuelos soplaban trompas de hueso en medio del tumulto de lanzadas, y los hechiceros nómadas, enloquecidos por la efusión de sangre, se arrojaban sobre los hierros agitando sus sonajeros mágicos. Entre nuestros cuadros y la laguna, escaramuceros y brujas bailaban la guerra, entrechocando los palos de las lanzas y batiendo estruendosamente espadas. Y, sobre aquel lejano altozano, seguían aleteando los estandartes, y Carará Mutel se asomaba al borde, mientras el sol hacía relucir su máscara de oro y la brisa cálida agitaba sus amplios ropajes rojos.

Fue entonces cuando, entre nubes de polvo, surgieron barritando los elefantes: monstruos de pelaje marrón, enormes, cubiertos de telas azules y doradas, con pesados caparzones de púas y cuchillas curvas al extremo de los dos pares de colmillos. Tras ellos, entrevistados en la polvareda, llegaban puces con máscaras y pinturas de guerra. Entraron en liza por la izquierda, tratando de apartarnos de las charcas, y en un instante los tuvimos encima, pisoteando con furia a los hombres, trompeteando y sacudiendo las orejas. Desde las torres de vaqueta y mimbre, tiradores goro y pandalumes disparaban sus dardos y, por los huecos, los puces entraban al combate entre resonar de bramaderas.

Aquellas bestias parecían incontenibles, aplastando todo a su paso. Los piqueros

se agolpaban ante ellas, enfrentándolas con los hierros tendidos y un gran griterío. Caían bajo las patas y los colmillos, y los golpes de trompa los mandaban por los aires. Las varas se rompían contra los caparazones, los cuadros comenzaban a ceder, abrumados por la lluvia de proyectiles, y los hombres del Urante blandían sus dardos entre cánticos de victoria. Pero ya los montañeses que rodeaban a don Tavarusa estaban agitando sus estandartes de señales, las catapultas corregían el tiro y, por entre toda aquella confusión, vimos aparecer a gentes de las Tierras Altas.

Se lanzaron hacia delante sin miedo. Las mujeres-araña arrancaban a sus víctimas de lo alto mediante redes emplomadas; los hombres-escorpión volteaban cuchillas al extremo de correas, infligiendo heridas atroces; y enjambres de gente-avispa, pintarrajeados a manchas amarillas sobre negro, acudían disparando saetas emponzoñadas. Los conductores de los elefantes los agujaban contra ellos, y los tiradores asían nuevos dardos, observando desconcertados cómo hormigueaban alrededor. Manamaragas de máscaras antiguas y terribles zigzagueaban entre los remolinos de polvo, agitando lanzas en llamas, blandiendo armas como guadañas o tumbándose de espaldas para calzarse el arco y arrojar flechas humeantes con fuerza terrible.

Los tiros de catapulta silbaban entre el vuelo de las saetas, esparciendo humo y fuego. Un elefante, herido por uno de aquellos largos hierros, cayó entre berridos de dolor, aplastando a los que luchaban a su vera; y, cuando un bolaño acertó de lleno en una torre, hombres, maderas y armamento saltaron por los aires como dulces de piñata. Los monstruos trompeteaban, exacerbados por los flechazos, y se revolvían, bamboleándose de un lado a otro como montañas, oscureciendo con sus moles el sol.

Aún recuerdo cómo corría yo en medio de todo aquel caos, con la rodela en alto para protegerme de los dardos que caían silbando. Los proyectiles zumbaban rabiosos, el polvo se arremolinaba a bocanadas, sofocando, y los escaramuceros acudían en tropel, con toda clase de armas, para trabarse como furias a los mismos pies de los elefantes. Entonces, de entre toda esa barahúnda, me salió al paso un mestizo con máscara de matar; un juramentado que llevaba el sello de Tuga Tursa en el escudo. Me hizo un aspaviento de desafío, entrechocando escudo y maza. Y yo, ante el gesto, le tiré uno de mis dos venablos y le herí en el vientre.

Pero luego, antes de que pudiera asestarle el golpe de gracia, nuevos llegados me hicieron olvidar allí herido, revolcándose entre los muertos. Personajes con máscaras de ofidio surgían como fantasmas diurnos de entre las densas polvaredas. Silbaban y siseaban al disparar sus arcos, y con ellos iba un hombre desnudo y pintado que calaba esa máscara antigua que es conocida con el nombre de Cufa Sabut.

Llevaban con ellos el estandarte de la Máscara Real: un círculo con un ojo dentro, del que irradian seis dedos como los rayos de una estrella. Multitud de gentes-

serpiente se agitaban en torno al portador del Cufa Sabut —muy alto y huesudo, con un espada en cada mano— cubriéndole con escudos que lucían sellos y culebras entrelazadas. Cuando la vi así, tras las adargas, aquella máscara me resultó tan hermosa, tan enigmática como su leyenda decía. Brillaba, sonreía, cautivaba aun en medio de la vorágine, obligándome a desviar la vista, deslumbrado. Pero apenas tuve un instante para admirarla, antes de que los vaivenes de la lucha la apartasen de mis ojos, y ya no pude verla más.

Los nómadas comenzaban a ceder ante el bosque de picas, abrumados por tantas pérdidas, y nuestra caballería, en falsa fuga, tras revolverse contra sus perseguidores, regresaba ahora a la carga, contribuyendo al desastre. Los reyes de la llanura soplaban sus turullos y los brujos sacudían sonajeros, entonaban largos gritos de guerra, hacían ondear las banderas orladas con los curiosos alfabetos de los llanos, tratando de mantener el ánimo de los suyos. Pero éstos retrocedían y los nuestros pasaban ya a la ofensiva, desplegándose y empujándoles a golpes de hierro, y enseguida los llaneros se vieron ante un largo muro de moharras tendidas.

Eran horas de mucho calor, próximo ya el mediodía, y el viento ardiente soplaba a ráfagas, rasgando las polvaredas. El sudor corría a mares, los brazos pesaban de blandir las armas y el mismo aire parecía quemar en la garganta reseca. Había sed, y olía a multitud y a muerte. Nuestros cuadros presionaban al ronco son de los tambores, agitando hierros, con los aliados pandalumes y los escaramuceros cubriendo el flanco izquierdo, y la caballería por el derecho, galopando a rienda suelta entre alaridos. Los reyes del llano hacían frente al muro de picas con denuedo, gritando sin entenderse y conduciendo cargas tumultuosas. Algunos jinetes dispersos habían logrado rebasar nuestras líneas por la derecha e intentaban alcanzar el cerro donde se hallaba Tavarusa; trataban de abrirse paso a galope tendido, entre voltear de sables, tan temerarios como juramentados, pero los montañeses los derribaban de lejos, a tiros de fusil y flechazos.

Al pie de las charcas, los escaramuceros combatían en confusión, entre las moles muertas de los elefantes abatidos. Varios de aquellos monstruos, cegados por las flechas envenenadas, barritaban enloquecidos. Terribles, los veíamos surgir de improviso entre las nubes de polvo, y pasar con gran estruendo, las torres en llamas, aplastando cuanto encontraban en su camino. El clamor, el bochorno, el polvo, lo cubrían todo. Las banderas, las crines de los caballos y las ropas holgadas de los llaneros ondeaban entre hierros arremolinados. La sangre salpicaba en el revuelo de armas, enrojeciendo las hojas; relucía al resbalar por los filos y burbujecía en charcos oscuros sobre la tierra parda y seca.

De nuevo ondearon las banderas de señales desde el otero ocupado por el rey-brujo Mutel y la caballería pesada de los necas, hasta ese momento en reserva, se abrió paso por entre aquel maremágnum. Los que combatían en alto pudieron verlos

aparecer al galope por el llano, haciendo retemblar el suelo con un estruendo sordo, como una tormenta de otoño. Cabalgaban cubiertos de piezas de armadura, sobre grandes monturas cubiertas de láminas y cotas metálicas, y enristrando lanzas con vistosas banderolas. Otros jinetes, interpuestos, les estorbaban, de forma que los caballos chocaban aparatosamente. Andanadas de flechas castigaban sus filas, y el polvo enturbiaba la vista. Pero aquellos falises, una rama semicivilizada de ese pueblo nómada, cargaban en formaciones cerradas, unas tras otras, como largas olas, y nada pudo impedir que llegasen a embestir con ímpetu irresistible contra el centro de nuestro ejército.

Las bestias al galope se ensartaban en el muro de picas y, agonizantes, seguían llevadas de su empuje; daban vuelcos, rompían astas y arrollaban a los hombres. Los jinetes salían lanzados por los aires e iban a caer sobre los piqueros, desbaratando las líneas. Más de un cuadro sucumbió bajo aquella avalancha de caballería blindada, y los hombres fueron entonces barridos por el vendaval de cascos, lanzas y sables. Los restantes hubieron de resistir apiñados, erizando hierros y con los ballesteros entre las varas.

Nuestras reservas acudieron a cerrar brechas, mientras los jinetes enemigos se agolpaban allí como aguas en las represas. La infantería puce arrostraba nuestras largas picas, los jinetes nómadas volvían en desorden al ataque y los elefantes supervivientes se estaban reuniendo para una nueva carga. Los combatientes se amontonaban unos contra otros y la línea de batalla se agitaba en toda su gran extensión: hervía de lanzas agitadas, de estandartes, de espadas y hachas, y de escudos pintados que subían y bajaban sin cesar.

Un gran griterío, muy distinto, comenzó a correr entre los llaneros. Los vimos apartarse y refluir, mientras sus reyes volvían indecisos los ojos a la espalda, aupándose sobre los estribos. Y nosotros miramos también más allá.

Dos lares sensi, los Mettorutane y los Ococogunne, se habían vuelto contra sus aliados y, mientras todos luchaban, se habían lanzado al ataque contra el cerro ocupado por Carará Mutel. Aquel que arriesgaba alguna que otra mirada por entre el choque de armas, podía ver cómo los sensi espoleaban sus monturas por las laderas, apoyados por esclavos con arcos. Los puce y los necas de la guardia de Mutel se defendían con rabia, indignados por esa traición, y hombres y caballos rodaban cuesta abajo, entre regatos de guijarros y arena. Otros nómadas picaban ya espuelas en socorro del rey-brujo, pero los atacantes eran muchos para los defensores, las saetas arreciaban y, pese a todo su valor, los defensores fueron desalojados de la cima del cerro.

Y, con eso, aquella coalición heterogénea quedó sin cabeza. Nadie sabía ya muy bien qué pasaba y la confusión cundió como un incendio. Cabecillas y hechiceros titubeaban, cada uno dudando de los demás, y en un parpadeo, unos por otros,

comenzaron a retirarse.

La gran horda se resquebrajó como muro de barro. La infantería tiraba sus armas para huir, y los jinetes volvían grupas. Corrían o galopaban hacia los carros o hacia campo abierto. Los nómadas, inclinados sobre el cuello de sus monturas, las fustigaban con furia, y los elefantes se abrían paso a través de la desbandada, atropellando a los fugitivos.

Vimos cómo escapaban en lontananza, desperdigándose cada vez más. Los cuadros avanzaban en línea, la caballería cargaba por el flanco y las lanzáis copa habían salido con caballos frescos a perseguir a los enemigos en fuga, desplegadas en abanico. Enarbolando lanzas y sables, les daban alcance y los derribaban. Hombres y caballos caían entre revolcones, en confusión.

Enseguida todos estuvieron lejos. Soplabla una brisa polvorienta, enturbiando la luz del sol. Los heridos se retorcían entre los muertos. El aleteo de cuervos oscurecía el aire; hurgaban en las carroñas, rebuscando desafiantes; y nubes de moscardones acudían zumbando a la sangre. Las brujas de guerra se congregaban en torno a los enemigos rezagados. Éstos les hacían frente con sus hierros mientras ellas brincaban alrededor, como demonios pintarrajeados, agitando picas recogidas de entre los cadáveres. Los hostigaban a puyazos, abriéndoles las carnes antes de ensartarlos e irse en busca de nuevas presas. Algunos se agrupaban para defenderse, pero ellas los apedreaban y, una vez caídos, les abrían el costado para arrancar el corazón aún tembloroso. Allá lejos, sobre el cerro que ocupara el rey-brujo, los toldos rojos de su carpa ardían con una humareda alta y negra, como proclamando a los cuatro vientos el desenlace de la batalla.

Hubo aún, sin embargo, choques armados durante toda la tarde. Los jinetes libraban escaramuzas rápidas a lanza tendida, los nómadas se defendían junto a sus grandes carros y los campamentos estaban en llamas.

En las lagunas, personajes con máscaras se escabullían como culebras por las cañas, dándose caza unos a otros. Pintarrajeados y sigilosos, se les entreveía en la espesura: surgían por un instante y al siguiente ya no estaban. Las aves alzaban ruidosamente el vuelo, en bandadas inmensas, y la brisa acariciaba las copas de los árboles, estremeciendo la penumbra del bosque. Ecos de gritos distantes resonaban sobre las charcas y, a veces, flechas sueltas volaban como pájaros entre dos orillas.

El sol comenzaba ya a declinar, dorando el centelleo de las aguas, cuando Tuga Tursa apareció por fin ante mis ojos, abriéndose paso entre los juncos. Vadeaba con cautela, espadas en mano, mientras yo, oculto en la maleza, espiaba sus movimientos. Lucía una media armadura de cuero lacado y metal bruñido sobre el cuerpo pintado de colores vivos, máscara de cobre pulido y llevaba la cabellera suelta y teñida de añil. Su ajuar —espadas, arnés, cambuj; las alhajas que brillaban sobre la piel untada

de amarillos y azules— estaba formado por trabajos de calidad; piezas magníficas tal como corresponde a la concubina de un grande.

Se detuvo de golpe, recelosa, a escudriñar cada resquicio de la espesura circundante. La vegetación abarrotaba las orillas, sepultándolas bajo un estallido de verdes y castaños. Las copas de los árboles se mecían susurrando sobre su cabeza y el resplandor de la tarde se filtraba por el enramado, cubriendo el suelo de arabescos luminosos.

Hasta que no volvió la cabeza no me descubrió allí cerca, camuflado en los contraluces de la chopera. Nos miramos durante un instante muy largo. Luego me acerqué sopesando despacio el venablo. Comenzamos a girar entre los árboles, uno en torno al otro; lenta, muy lentamente, igual que duelistas en el ruedo. Yo agitaba el hierro con parsimonia deliberada, tanteando, y ella fintaba interponiendo aceros, algo inclinada hacia delante. Los labios llenos, pintados de turquí y amarillo, aleteaban entreabiertos, y los ojos, tras las ranuras cobrizas de la máscara, despedían fuego azul.

Amagué algunos tiros y, en cada ocasión, ella esguinzó con rapidez para hurtarse a un posible golpe. Pero advertí que había cambiado de mano las espadas —la larga a la zurda, la daga a la diestra— y, atento a sus gestos, pude constatar que a duras penas podía valerse del brazo derecho, quizá dañado por un golpe de maza o un encontronazo. Las placas de su coraza tintineaban a cada inspiración, como si le faltase el aliento, y la sangre caía sobre las plantas, las gotas reluciendo como gemas sobre el verde oscuro de las hojas.

Estuvimos así largo rato, girando. Yo blandía el venablo y ella esquivaba, escabulléndose tras los troncos. Fui azuzándola sin descanso con amagos del hierro, rehusando sus intentos de trabarse y empujándola sin cesar por la chopera. A cada paso que daba atrás, el sol le correteaba por el cuerpo, moteándolo al trasluz del enramado; los aceros chispeaban y sus ojos azules ardían con sentimientos que pasaban por ellos como relámpagos: furia, dolor, fatiga, desamparo.

Agité otra vez el venablo, ella se removió de nuevo, volvimos a cruzar miradas. Reculó una vez más, se detuvo y después, de repente, enderezó la espalda y volteó aceros, para luego abrirse lentamente de brazos, con las hojas de las espadas pegadas a los codos, adoptando esa postura ritual de brazos en cruz que ningún gorgota puede dejar de reconocer.

La observé con mezcla de recelo y respeto mientras ella aguardaba así, quieta. Estaba malherida, cierto; pero yo hubiera esperado quizás algo muy distinto de ella: puede que una resistencia desesperada con uñas y dientes o que, al verse indefensa, optase por degollarse a sí misma, como es costumbre entre algunos pueblos momgargas. Desde luego, nunca pensé que llegaría a entregarse, y me moví a un lado y luego al otro, desconfiado; porque Tuga Tursa era una bruja marrullera, capaz de

cualquier treta. Sin embargo, máscara obliga y un cazador de cabezas no puede negar a nadie la buena muerte. Así que, aunque con suspicacia, acepté la rendición que me brindaba, abatiendo algo el hierro y cabeceando.

Entonces depositó con cuidado las armas en el suelo, y se alejó unos pasos de ellas, antes de dejarse caer de rodillas sobre la hojarasca. Todo eso con pasos tan sueltos como los de una bailarina en el tablado, acompasados y medidos, de forma que no hizo sino avivar mis recelos. No obstante ahora, años después, comprendo que ella era de esos que están fascinados por la idea del fin propio; de esa gente que se regodea tanto en la idea del fracaso como en la del triunfo.

Se desprendió del cambuj de cobre, luego de la gola; acto seguido se introdujo los dedos en la cabellera teñida de añil y comenzó a reunirla en un moño alto, para descubrir la nuca. Remoloneé un instante a su lado, contemplando por vez última aquel rostro hermoso y pintado, antes de ir a situarme detrás de ella. Y allí, con gesto quedo, fui desenvainando la espada.

Sus dedos largos, enfundados en bronce, anudaban con parsimonia los mechones añil. Por lo bajo, entonaba una melodía lenta y cadenciosa; uno de esos antiguos cantos de muerte pandalumes, tranquilos y suaves, sedantes como nanas. Yo aguardaba el momento propicio a su espalda, escuchando cautivado el canturreo, acero en puño y dejándome acariciar por los suaves compases de la tonada.

La cantinela fue desvaneciéndose despacio, se convirtió en un sordo tarareo. Cesó. Sobrevino una pausa. El aire de la tarde susurraba entre las ramas, las hojas se estremecían, la luz temblaba. Tuga Tursa, entrelazando los dedos a la espalda, me ofreció el cuello desnudo. Entonces pasé con rapidez a su izquierda y, de un solo golpe a dos manos, la decapité.

El cuerpo se desplomó laxo, desangrándose a chorros sobre la tierra negra, y la cabeza fue dando tumbos por la hojarasca. Me precipité a recogerla. Luego tomé asiento sobre un tronco muerto y, haciendo a un lado la espada, le di vueltas entre las manos, despreocupado de la sangre que me goteaba sobre el calzón y las polainas.

Estudí con detenimiento aquel rostro armonioso, embadurnado de colores luminosos. Así la cabeza por el cogote y me entretuve en limpiarla de motas de tierra y briznas de hierba. Los ojos, vueltos por la muerte, mostraban el blanco y la afeaban, así que le cerré los párpados con cuidado. Porque nosotros los Cien, como cualquier otro cazador, somos bien poca cosa sin las presas y gustamos de pensar que las que hemos cobrado son las mejores, las más hermosas.

Me demoré así largo rato, jugueteando con la cabeza de la bruja. El tacto untuoso de las mejillas pintadas, el olor a sangre vertida, agitaba viejos recuerdos adheridos a la máscara de matar, conjurando imágenes que no me pertenecían a mí, sino a hombres ya muertos.

Acariciando aquellos labios plenos, entornaba los párpados y los veía

vagabundear por caminos, riberas, bosques; todos calando una máscara de madera negra y bronce bruñido; un semblante antiguo y alobado, de gesto entre pensativo y cruel. Cobluga, frío y distante, con una extraña manera de pensar. Taltalcú, el más cruel de todos. Col Mogüe, cazacabezas por accidente. Ellos y muchos más: todos cuantos algún día contemplaran el mundo a través de las rendijas del cambuj se insinuaban ahora en los bordes de mi propia memoria. Asomaban, desaparecían.

Luego todo aquello pasó y yo, con cierto esfuerzo, volví los ojos. La luz menguaba y enrojecía, y el sol estaba ya muy bajo. Nubes de insectos revoloteaban golosos en torno al cadáver, cubriendo las heridas, y grandes moscardones negros zumbaban como locos en torno a mi espada veteada de sangre. Durante un rato me esforcé en espantarlos a manotazos, en vano.

Cuando abandoné los humedales, el sol acababa de ponerse en ese mar de hierbas que son los llanos. Las nubes blancas se arbolaban con bordes teñidos de un rojo intenso, mientras el azul del cielo iba pasando lentamente al violeta y, más al este, al azul muy oscuro. Las sombras se espesaban entre los árboles y grandes hogueras llameaban al raso. Santones de Ejaune, pintados como esqueletos, giraban en torno a los fuegos con sus hachas aguadañadas en alto, bailando viejas danzas en honor de los muertos en la batalla.

A campo traviesa, vi llegar a Trapaieiro Porcaían, en compañía de un nutrido grupo de hombres-jabalí: montañeses hirsutos de frondosas barbas, con pieles de jabalí sobre cabeza y espalda, armados con pesadas hachas dobles, arcos de guerra y lanzas. Redujo el paso para observarme interesado. Nos saludamos, me uní a ellos y anduvimos cierto trecho en silencio.

—Así que por fin la has encontrado —comentó al cabo.

Asentí. Llevaba yo la máscara de matar alzada sobre la frente y los despojos de la bruja —arnés, aceros, joyas— a cuestras sobre el hombro izquierdo, sujetos con una mano. La cabeza cortada pendulaba entre el botín, colgada por el cabello azul.

El montañés ladeó la cabeza para examinarla en la penumbra del crepúsculo.

—Era tan guapa como decían, tengo que reconocerlo —afirmó, admirando aquellos rasgos pintarrajeados.

—Era una bruja loca —rezongué.

—¿Seguro?

—No. Pero, en todo caso, ya está muerta.

Volvió a mirarme de soslayo y lleno de curiosidad; pero se abstuvo de comentar nada. Se reacomodó las vainas de las espadas sobre los hombros, con un gesto que le era muy propio, al tiempo que lanzaba una mirada displicente alrededor.

—Bien, cazador, ¿y ahora qué?

—Ahora a Yunquera. —Agité la cabeza. Iría a la ciudadela de la gente-león, en el

corazón del Carauce: ellos dispondrían de la cabeza de aquella bruja rompevedas—. Después, puede que me acerque hasta Boca Chica.

—Boca Chica, ¿eh? ¿Y qué tienes tú que ver con la Reina Bruja, si puede saberse?

—Con ella nada. Pero sí con una de sus brujas: Qum Moga; supongo que la recuerdas. Allá en Jabalaneté cerramos un pacto que acabó siendo bastante desventajoso para mí, y ahora estoy obligado con ella y debo cazarle una cabeza.

—Ya, ya. —Reía por lo bajo—. Ya conozco ese tipo de acuerdos.

—¿...? —Ahora fui yo el que volvió la cabeza, intrigado.

—Vamos. —Bajo la máscara semihumana de jabalí, se insinuaba una sonrisa—. Tarde o temprano, la caza humana se os mete en la sangre y, cuando eso ocurre, cualquier excusa es buena para volver a ella. Al final os pasa a todos, y es lógico. Pero ten cuidado. Recuerda que en este juego uno es cazador y presa a un tiempo.

—De sobra lo sé. —Hice una pausa, caviloso—. Puede que tengas razón, al menos en parte. No se me había ocurrido pensarlo, pero eso no quita para que pueda ser verdad. Uno cree conocerse y luego, muchas veces, cuando se detiene a mirarse, sólo ve a un extraño. De todas formas, no sé siquiera si iré ahora a Boca Chica —añadí, recordando el encargo de Aorcabuéis—. Puede que antes tenga que ocuparme de otros asuntos.

Me miró de nuevo y cabeceó.

—Así que los Cien vuelven de nuevo a la guerra...

Nada respondí a eso, ni cambié de gesto, ni le pregunté cómo había sabido o qué le había hecho adivinar que los Cuatro habían decidido que saliésemos a luchar contra los seguidores de la Máscara Real. Él tampoco añadió nada a ese comentario, y seguimos caminando un rato en silencio, a la luz del ocaso.

Un puñado de jinetes pasó al trote. Extranjeros de cabezas calvas, con ropas amplias y negras sobre cuerpos untados de escarlata. Racimos de manos disecadas adornaban sus lanzas y los cascabeles de sus caballos tintineaban al cabalgar. Al cruzarnos, nos dirigieron largas miradas curiosas, de soslayo. Sin duda, debíamos de resultarles tan exóticos como ellos a nosotros. Tenían aspecto de caníbales y, de pasada, me pregunté cuál sería su pueblo y lugar origen.

Bandas de aventureros errantes, algunas originarias de lugares muy remotos, habían participado en la gran coalición de Mutel y, aunque nos habían combatido encarnizadamente hacía sólo unas pocas horas, ahora estaban de nuestro lado. Astiri, uno de los lugartenientes del ogro Tavarusa, había salido a campo abierto apenas concluir el combate, acompañado de intérpretes y rodeado de montañeses que ondeaban los estandartes amarillos con sellos rojos de la tregua. Y muchos de aquellos vagabundos habían acudido a su reclamo, tratando de congraciarse con los vencedores.

—¿Y por qué no? —Trapaieiro Porcaían se encogió de hombros cuando le señalé a aquellos nómadas que ahora dedicaban reverencias y zalemas al brujo montañés—. Es mejor tenerles de nuestro lado que a la espalda, hostigando. Son bandas demasiado pequeñas como para temer de ellas una traición y, además, son un buen refuerzo. No sé si te das cuenta de lo cerca que hemos estado hoy de la derrota y el desastre. Y seguimos en mitad del Chan Menor, a mil kilómetros de Los Seis Dedos, y la guerra aún no ha acabado.

Asentí.

Al borde del campo de batalla, los mediarmas habían improvisado altares de piedra y, olvidando heridas y cansancio, bailaban en honor de sus ídolos. Rugían llamas enormes, retumbaban los grandes tambores y un sinnúmero de hierros desnudos subían y bajaban sin cesar, reflejando la luz de los fuegos. Brujos enmascarados danzaban ante las aras, hileras de prisioneros aguardaban maniatados, y la sangre desbordaba las piedras para arroyar por la tierra parda en regatos calientes y oscuros.

Colgaba sobre todo aquel llano el olor inconfundible de la muerte que acompaña a las batallas, ese que amortaja los campos cubiertos de gran número de muertos. Al otro lado, ardían estacadas, carretas, tiendas, lanzando al aire del ocaso oleadas de pavesas incandescentes. La lucha no había acabado sin embargo, ya que algunos jefes decididos habían guiado a los suyos hasta el borde mismo de los humedales, para formar allí un gran círculo defensivo de carros. El montañés me los había señalado con el dedo.

—Esas pandillas nos vendrán bien mañana o pasado: ese rueda de carros va a ser tan difícil de conquistar como una fortaleza.

Cuadrillas de nómadas asediaban el anillo al galope, entre agitar de arcos; nuestra infantería también tanteaba aquí y allá, formando tortuga con los escudos, y las flechas incendiarias rasgaban la penumbra con largas trayectorias llameantes, como meteoros. Los sitiados respondían, parapetados tras aquellos enormes carros de ruedas macizas, y los jinetes rodaban atravesados por largas saetas.

Contemplamos la refriega de lejos, durante un rato. Allá dentro se hacinaban hombres, mujeres, niños, ancianos. Lares enteros aguardaban su suerte al amparo de los carros. Cuando, antes o después, los nuestros entrasen a sangre y fuego en aquel rueda, casi todos morirían en la lucha o después, por su propia mano o pasados a cuchillo. Los supervivientes se convertirían en esclavos de los mediarmas o serían vendidos a los traficantes. Algunas niñas serían elegidas por las lais altacopas para ser educadas en Escarpa Umea, y puede que algún jefe, llevado de su propio capricho, adoptase o liberase a alguien. Y, sin duda, no pocos lograrían escapar.

Pero, como grupo, estaban condenados. Al finalizar el asalto, los lares allí refugiados —cada uno con su peculiar sentido colectivo, sus dioses familiares, su

pequeña historia— serían aniquilados y morirían para siempre.

—En fin —dejé de lado aquellos pensamientos—, ¿y cuáles son tus planes, montañés?

—Dicen que Carará Mutel ha muerto —volvió a recolocar sus espadas sobre el hombro—; pero aún quedan sus hermanos, la Máscara Real anda suelta y la guerra sigue... Si te soy sincero, no tengo planes. Estoy a expensas de los acontecimientos.

El terreno estaba sembrado de bultos inmóviles. En la creciente oscuridad, hienas de pelaje gris y negro se escabullían riendo entre los cadáveres y a veces nos llegaba un lamento en idiomas extraños, de labios de enemigos malheridos a los que las brujas —siguiendo sus misteriosos designios, o quizá por simple capricho— habían dejado con vida.

Trapaieiro Porcaián ladeó la cabeza, escuchando. Alguien volvió a gritar en la casi oscuridad, en una lengua desconocida y, como a coro, estalló un escándalo formidable entre las hienas. El montañés acarició las mejillas de bronce de su máscara, luego el pomo de su espada, forjado como la cabeza de un jabalí. Hubo un intervalo de silencio.

—¿Es un agüero? —le pregunté.

—Supongo que sí.

Vieron el humo desde muy lejos, ya que durante días había estado soplando un viento frío del norte y el día era claro, con un cielo azul salpicado de nubecillas blancas. La humareda se elevaba en oleadas de un gris sucio por encima de las grandes rocas, cuesta arriba. El olor a quemado y esa peste inconfundible a carne chamuscada le asaltaron más tarde, mientras subía a la carrera por la senda. Luego pudo oír los gritos, y los lamentos, y enseguida llegó al escenario de la catástrofe.

El santuario había ardido por los cuatro costados y ya no era más que un montón de piedras ennegrecidas y maderos que aún humeaban. La torre del rayo se había derrumbado y al desastre había contribuido esa forma de construir, típica de la zona, que engranaba madera y piedra en un todo. Los supervivientes del fuego atendían a los heridos, algunos de los cuales tenían quemaduras atroces. Sus ojos no la encontraron, ni pudo dar con ella buscando entre los quemados.

Pogar llegó justo a tiempo de verle lanzarse a las ruinas humeantes. El rey-brujo venía fusil en mano, seguido de sus dos mujeres, porque no había querido dejarlas solas en mitad de aquellos despoblados altos e infestados de bandidos. Pero él no se dio cuenta de su presencia; rebuscaba como un loco entre los tizones y las brasas, y no tardó en hacerse con un palo para remover las cenizas ardientes. Pogar le llamó y, como no le hacía caso, entró también en el santuario incendiado. El calor era terrible, como de horno, y cuando Pogar quiso sacarle él se resistió. Tuvieron que acudir un par de hombres fuertes y entre los tres lograron llevárselo. Tosían por culpa del humo y él no dejaba de forcejear, como si creyese que podía encontrar a alguien vivo en aquel infierno.

Nunca pudo reconocer su cadáver, y fue sin duda una suerte, porque no le hubiera hecho ningún bien. El fuego había devorado las ropas, fundido los adornos de metal y reducido los cuerpos a monigotes ennegrecidos.

En los primeros momentos, había asumido que se trataba de un accidente. Alguna lámpara de aceite o algún fuego ceremonial debía de haber prendido en tapices o colgaduras, y la abundancia de madera había propiciado un incendio rápido que había devorado a dos docenas de personas. Pero los supervivientes, pasados los primeros momentos de frenesí, lo habían sacado de su error. Una bruja mestiza había sido la culpable del fuego. Ella era la que había incendiado deliberadamente el santuario, y se había burlado con aullidos desde lejos, mientras los más decididos trataban de rescatar a los atrapados por las llamas. Tuga Tursa era su nombre, y varios valientes habían salido en su persecución.

Esa noche la pasaron al raso. Él se había sentado al fuego, en compañía de Pogar, que portaba su máscara y se envolvía en un pesado manto rojo. El viento aullaba,

aventando chispas; olía intensamente a quemado y desde la oscuridad les llegaban los ayes le los que se morían entre dolores atroces.

—Yo creía... creía que los santuarios eran intocables.

—Intocables. Sí, lo son. —El rey-brujo agitó la cabeza cubierta por la máscara de bronce y oro, los ojos puestos en el fuego.

—¿Cómo puedes decir eso? —Se atragantaba al hablar y alguna lágrima, cuando inclinaba la cabeza, se le quedaba colgando un momento de la punta de la nariz, antes de que una ráfaga se la arrebatase.

—Porque es cierto.

—Hoy una bruja ha incendiado éste. Lo ha destruido por completo y ha matado a un montón de gente.

—Y morirá por ello. No hay perdón para alguien que hace algo así; si los que han salido a perseguirla no dan con ella, el Alto Juez llamará a los cazadores de cabezas y ellos la encontrarán, aunque tengan que ir al fin del mundo a buscarla.

—Vano consuelo.

—Tienes razón. Eso no devolverá la vida a los muertos. Los castigos para ciertos crímenes son drásticos y no se contemplan atenuantes posibles. Pero el miedo al castigo no detiene a todos los transgresores. —Se frotó las manos, las tendió hacia el fuego y, por último, volvió a esconderlas bajo el manto rojo—. No. El miedo no basta. Hay veces en que la codicia, la ira, el odio u otra docena de emociones, entre las que se incluye el amor, pesan más en el alma que la posibilidad del castigo.

—Nada se puede hacer contra eso —suspiró él—. Si la certeza de la muerte no detiene la mano asesina, nada lo hará.

La hoguera crepitaba y, en la oscuridad, el viento silbaba entre las peñas y los árboles. Alguien dejó escapar un lamento largo. Pogar meneó despacio la cabeza, arrancando resplandores de fuego a su máscara.

—Te equivocas. Aunque no puedas detener un torrente con un muro, cuando vienen las lluvias, sí puedes encauzarlo.

—Bonita metáfora. Pero no le veo la aplicación.

—La organización de Los Seis Dedos es demasiado primitiva. No tienen más que un puñado de leyes y castigos para aquellos que las trasgreden. Si hubiera una filosofía que rigiese sus vidas, conceptos más elevados que diesen sentido a las relaciones entre gentes y pueblos, por encima de la hospitalidad y la venganza de sangre, la cosa sería distinta. Allá donde el miedo fracasa, la moral puede vencer. Si los hombres y la sociedad se ven regidos por una moral, la propia presión interna conduce y obliga sin violencia exterior.

Sin apartar los ojos del fuego, se quedó pensando aquello durante unos instantes, antes de volver a suspirar.

—Puede que tengas razón —admitió luego, sin muchas ganas de hablar.

La batalla, más tarde conocida como la de Aguas Sogqi, supuso el final de los sueños de los hermanos Mutel. Uno de ellos, Carará, murió incluso en aquella jornada. Su coalición se deshizo y los ancianos de Pagoa les retiraron la confianza. Los nómadas levantaron el sitio de Erruza, y unos se apresuraron a firmar la paz en tanto que otros volvían grupas y escapaban al este y al norte, para alejarse de las lanzas armas.

El ejército de Tavarusa, tras asegurar las colonias armas en el Chan Menor, se retiró hacia Los Seis Dedos. Pero ni el Rey Rojo ni Trapaieiro Porcaían volvieron con él. Aquellas dos máscaras legendarias se apartaron con sus acompañantes y se dirigieron por su cuenta hacia la ciudad de Gaiola, porque los espías del ogro montañés habían logrado averiguar que el Cufa Sabut había sobrevivido a la derrota de sus aliados y se había refugiado en aquella ciudad independiente y mercantil.

Ese viaje al norte lo hicieron junto a un pequeño séquito de amigos y asalariados. El viajero del Sursur, Te-Cui, se fue con ellos, y Palo Vento hizo lo propio a su vez, acompañando a éste.

Así fue como, unas tres semanas después de la gran batalla en los llanos, el escriba se encontró en una azotea de Gaiola, asomado al borde, en compañía de Viboraz. Éste fumaba una larga pipa de madera y aquél se abanicaba con parsimonia, mientras contemplaban el espectáculo de la gente en la calle. Porque allá abajo, por plazuelas y callejas, hervía una mezcolanza humana típica de las ciudades fronterizas. Gorgotas con máscaras, pandalumes de barbas teñidas, caralocas pintarrajados, mestizos, nómadas, vagabundos de lugares muy lejanos.

—Raro es el día que no entra o sale una caravana, o un barco —comentó entre dos caladas el manamaraga, que ya había estado allí otras veces, escoltando a mercaderes—. Dicen, y con razón, que Gaiola es uno de los ombligos del mundo.

El otro asintió, sin apartar los ojos de la calle. Las gentes iban de acá para allá, se detenían en los puestos, regateaban con gestos exagerados. Aromas a especias, frutas, hierbas aromáticas, perfumes, subían a oleadas. Las voces de los vendedores se confundían con el batir de yunques y los gritos de los porteadores. Los mendigos alargaban sus escudillas, los forasteros observaban embobados y los matones empujaban a la gente, abriendo paso a las sillas de mano de los ricos. Vagos con aceros desnudos en las fajas se recostaban en las esquinas, y había mujeres con máscaras doradas que se pavoneaban entre aquel mar de gente. Con la pipa, el manamaraga le mostró una de estas últimas a Palo Vento.

—Míralas —rezongó—. En Los Seis Dedos no andarían así, imitando con tanto descaro a las altacopas.

—No, claro. —El otro se permitió una sonrisa leve—. Se llevarían, como poco, una buena paliza, y tendrían que pagar una multa elevada. Pero tú lo has dicho: no

estamos en Los Seis Dedos... que no se te vaya a olvidar.

Observó cómo los vencejos oscuros, de alas como hoces, sobrevolaban la ciudad en busca de insectos, antes de poner los ojos en el maremágnum de tejados y terrazas circundantes. En los balcones de madera, muy trabajada, suspendidos sobre las calles y en la ropa tendida que ondeaba en la brisa vespertina. Giraldas de hierro negro daban vueltas en lo alto de las torres y el sol iba declinando entre nubes blancas, esparciendo un resplandor tardío que avivaba los colores, acentuando contrastes y ennobleciendo los detalles con una pátina de reflejos dorados.

El calor comenzaba a remitir y pronto, al ocaso, refrescaría para dar paso a una noche algo destemplada, casi como un prelude a un otoño que ya se iba dejando sentir en el aire. Pero eso sería luego, a la puesta del sol. A esas horas, el bochorno aún gravitaba sobre la ciudad, convirtiendo las calles estrechas en hornos de atmósfera recalentada.

Palo Vento volvió su atención a la azotea en la que se hallaban. Viboraz fumaba con cachaza, a su mismo lado y, más allá, tres hombres descansaban bajo un toldo multicolor, bebiendo vino y charlando informalmente. Uno de ellos era Cosal, el otro el maestro Te-Cui y el tercero su anfitrión, Caug lar Mahín, también llamado el Jato Malaváia. Era él quien estaba hablando.

—Entre mi gente, es un dicho que el lar está hecho de *chan e curmáns*; es decir, de tierra y parentela —explicaba con pasión, sobándose la gran barba teñida de azul y blanco, tal como suelen llevarla muchos pandalumes de Los Seis Dedos—. Los trocalumes sólo saben de lazos de sangre pero eso se debe a que ellos son nómadas. Para nosotros, los pandalumes, hay algo más; un vínculo con la tierra que... —Se miró absorto las manos, grandes y nudosas, más de campesino que de mercader. Luego sonrió de repente, haciendo nacer infinidad de arrugas en torno a los ojos—. Pero en fin, me cuesta explicarlo. Tendría que hablar con las lais. Ellas saben más que yo.

—Creo haberlo entendido —sonrió el maestro Te-Cui—. Siempre me ha interesado el sentir de la gente. Creo que ese sentir forma una corriente poderosa que los gobernantes deberían tener en cuenta, porque es lenta pero muy fuerte, y no conviene remar en contra de ella.

—Sin embargo, usted no ha venido de tan lejos para ver cómo vive la gente por estos pagos.

—Cierto. Vengo buscando a una persona en concreto, y no cejaré hasta hallarla o saber al menos qué ha sido de ella. Pero eso no me ha robado mi manera de ser. Y yo soy un hombre curioso.

—E inquieto. Apuesto a que no está nunca mucho tiempo en el mismo sitio.

—¿Tanto se me nota? —sonrió el maestro.

—Lleva la marca del errante. —Al otro, a su vez, se le escapó una sonrisa—.

Hace muchos años que estoy en el caravaneo, lo que en sí mismo es una forma como cualquier otra de ganarse la vida. Pero no voy a negar que me gusta ir de un lado a otro, ver mundo y conocer gente.

—A mí también. Aunque a este viaje me empuja la obligación.

—Por supuesto. Pero si no hubiera sido eso hubiera sido otra cosa; de no ser el norte, hubiera sido el sur. Cuando a uno se le mete el veneno del camino en el cuerpo...

—Humm. —El maestro meneó la cabeza, con una media sonrisa, sin desdecir a su anfitrión.

Sentado enfrente, Cosal observó con simpatía a aquel viajero llegado de las cortes sureñas. El sol de las praderas le había oscurecido la piel, y la barba era algo más larga y salvaje ahora. Sus ropas se habían hecho también más abigarradas y casi podría pasar por un mestizo o por uno de esos trotamundos que, a fuerza de viajes, han hecho de su atuendo un muestrario de sus vagabundeos.

La blusa azul cobalto era de corte arma; el calzón holgado y lleno de pliegues, de un granate subido, era trocalume. La faja tenía una botonadura de monedas y, entre sus vueltas, eso sí, llevaba aún su antigua espada del Sursur, y una primorosa daga, triangular y calada, como las que usan los pandalumes de Tres Cortes. Sobre tales atavíos, portaba algunas piezas de armadura, a la gorgota, aunque cada una de ellas era de un estilo distinto.

—¿Espera encontrar a su desaparecido alumno aquí?

—No, pero sí acabar llegando a alguna pista sobre su paradero.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Sólo porque lo diga el Rey Rojo?

—Así es: él me ha dado su palabra.

—El Rey Rojo es un grande, sin duda —afirmó con prudencia el pandalume—. Pero la gente como usted suele preferir los hechos, y lo que se puede palpar y tocar; y no da mucha importancia a augurios ni profecías.

—Cierto, aunque tampoco desdeño nada de eso. En todo caso, voy a ciegas y el Rey Rojo me ha ofrecido al menos un camino. Ya veremos adónde me lleva...

Se interrumpió al advertir cómo los dos hombres-serpiente se inclinaban sobre el antepecho de la terraza, perdida de repente la indolencia.

—Algo pasa ahí abajo —advirtió Palo Vento.

Los otros tres se incorporaron. Una pequeña muchedumbre se arremolinaba en un cruce. No dejaba de llegar gente, se oían gritos y algunos curiosos se habían subido a los tenderetes, o se asomaban a los balcones, tratando de averiguar qué ocurría.

—No se ve nada —rezongó Cosal—. ¿Qué puede haber pasado?

—¿Quién sabe? —Malaváia se apartó del borde—. Habrá habido una pelea, o habrán pillado a un descuidero. O puede que hayan asesinado a alguien.

El hombre-serpiente torció el gesto.

—Es fácil morir en Gaiola, por lo que veo. Ayer apuñalaron a un mestizo, un glutaga, en plena calle. Nadie vio nada pero, de repente, aquel hombre cayó al suelo. Yo lo vi, estaba tirado, muriéndose, y creo que ni llegó a saber qué le había pasado.

—Hay aquí talafuratas expertos en matar a plena luz. Se acercan a sus víctimas en las aglomeraciones y les clavan unos aceros estrechos y sin mango que manejan como prestidigitadores. Ocurre tal como has contado: alguien cae muerto, en mitad de la gente, y nadie ha visto nada.

—No parece que Gaiola sea un remanso de paz —manifestó el maestro.

—Nunca lo ha sido, aunque vivimos tiempos especialmente turbulentos. Gaiola es una ciudad comercial, situada en una encrucijada. Al oeste tiene el Alto Norte y el Carauce, al este el Chan. Aquí el río cambia de nombre: aguas abajo es el Morega y aguas arriba el Moregúa, por el que se sube hasta Lagoa.

Se miró luego las palmas de las manos, callando un momento para observar a continuación el vuelo de una bandada de pájaros, que aleteaban alrededor de una torre cercana.

—Somos gente de aluvión: no hay más que asomarse a la calle para comprobarlo. Esta ciudad está habitada por dos docenas de pueblos, sin contar a los mestizos. De hecho, hay aquí dos grupos mestizos, los jacar y los glutaga, que se reparten el poder y que, entrambos, bien pueden sumar un cuarto de la población total.

—¿Es esa diferencia de pueblos la que provoca tanta violencia?

—No creo. Aquí pesa más el interés que la sangre. —Volviéndose al toldo, se sirvió un poco más de vino—. Somos comerciantes: no tenemos más dioses que los del Mercado, ni más nobleza que la de las bolsas bien repletas. Esta ciudad ha sido siempre un avispero de clientelas y rivalidades, y el asesinato no es otra cosa que una herramienta más.

Bebió un trago largo, y paladeó el vino. Nadie dijo nada.

—Aunque la sangre también pesa lo suyo, claro. Es famosa, fuera de aquí, la enemistad entre los jacar y los glutaga. Pero todo son motivos de separación y discordia. Los mismos pandalumes, por ejemplo... unos lares son emigrantes y otros nativos, fundados aquí, y también los hay que no son sino filiales de lares foráneos.

—¿Y el suyo propio? —tanteó con cautela Te-Cui.

—Los míos llegaron a esta ciudad hará unos dos siglos, procedentes de Los Seis Dedos, y aquella rama aún existe. Traficamos río abajo y no es ningún secreto que nuestros intereses coinciden más con los de los armas que con los de los lagoáns o los de los pandalumes de Tres Cortes. Pero así son las cosas del comercio.

Hizo otra pausa y el doctor se asomó a la calle. Todo había terminado abajo, fuera lo que fuese, y la gente iba ya dispersándose. Creyó ver que se llevaban algo o a alguien a rastras, y se inclinó un poco más, pero las sombras cubrían ya el cruce y el gentío le estorbaba la visión. Alzó los ojos. El sol, ya bajo, caía deforme y enrojecido

por entre las torres de la ciudad, mientras el cielo iba cambiando poco a poco de color.

—Son tiempos revueltos, amigos —añadió el mercader—. La guerra en el Chan ha tenido un efecto carambola y parece como si todos los nómadas del Chan Menor y Aspoulas estuvieran en pie de guerra, luchando unos contra otros. ¿Quién podía prever una situación así? Hay rutas cortadas, se han perdido caravanas y el mercado es un caos. Nadie sabe qué géneros van a subir o bajar, ni cuánto, de un día para otro. Se hacen y se pierden fortunas, y casi nadie está contento con su suerte.

Sus oyentes asintieron. La guerra seguía en el Chan Menor, convertida ya en escaramuzas y golpes de mano. Los armas habían deshecho la coalición llanera en Aguas Sogqi, y los nómadas se entregaban ahora a luchas tribales. Muchos reyezuelos habían enviado regalos a las colonias que hacía pocos días sitiaban, mientras diplomáticos y asesinos a sueldo de los armas recorrían incansables las planicies.

Tras el desastre ante el ejército arma y la muerte de uno de los hermanos Mutel, no sólo Pagoa y los necas los habían abandonado, sino que los propios puces los habían sentenciado a muerte, tal como ocurría a veces con los reyes-brujos caídos en desgracia. Fiel a ese designio de los mayores de su pueblo, Eneqe Mutel había acudido a las montañas, a entregarse al cuchillo del degüello.

—¿Y Antil Mutel, el tercer hermano? —se interesó Te-Cui.

—Nada se sabe de él; pero nada se sabía ya desde hace tiempo. Hay quien dice que ha huido al Alto Norte —apuntó Malaváia.

—Eso he oído. —Cosal tentó el pomo de su espada, pendiente de su vaina en la axila—. Dicen también que las máscaras mayores de los puces han mandado a tres brujas, a arrancarle el corazón. Pero otros cuentan que en realidad ha muerto... y yo casi apostaría por esto último, porque me cuesta creer que un rey-brujo gargal, y más un Mutel, rehúya así sus obligaciones y ande huido como un bandido.

—¿Quién sabe? —Palo Vento se deslizó las yemas de los dedos por la franja ocre, orlada de negro, que le surcaba el cráneo—. Se cuentan tantas cosas... Hay quien dice incluso que Antil Mutel es ese rey-brujo, Pogar, que acompaña a todas partes a la Máscara Real.

Hubo un silencio. Habían llegado rumores desde Los Seis Dedos, sobre que había habido una matanza de partidarios de la Máscara Real, y que ésta había huido al Alto Norte. De ser así, sin duda el Cufa Sabut se dirigía hacia ese territorio con la intención de reunirse con ella.

—Corren muchos rumores, sí, y uno no puede saber qué es cierto —convino Malaváia—. Todo se descubrirá quizás a su debido tiempo. Pero, entretanto, esto hierve de intrigas y no es prudente hacer comentarios o preguntas a la ligera. Aquí, una lengua demasiado suelta puede costarle muy caro a uno.

Nadie repuso nada a eso. Cosal se entretenía jugando con su vaso, y Palo Vento y el maestro Te-Cui cabecearon. Viboraz se acarició la coleta que pendía sobre su mejilla, y lanzó luego una bocanada. El humo blanco ascendió en volutas perezosas, antes de dispersarse en el aire de la tarde, tal como se disipan en su momento la mayoría de los rumores.

Un par de noches después, moviéndose a la luz de una llama por una sala llena de muertos, Cosal habría de recordar todos aquellos comentarios sobre los peligros de Gaiola. Porque aquella noche, cada paso que dio en la oscuridad fue con extrema cautela, con una lámpara de latón en la zurda y la diestra cerca del puño de las de las espadas, mientras el maestro Te-Cui trasteaba por el lugar, estudiando los detalles más nimios.

La atmósfera de la casa era viciada, cálida y algo maloliente; las moscas zumbaban en la negrura y las llamas, al temblar, agitaban sombras sobre los muros. En esa casi oscuridad turbia, la sala se intuía amplia, llena de rincones y abierta a otras estancias a través arcos. El maestro se había acercado a la gran mesa central, también él con una lámpara en la mano, y examinaba a las seis mujeres muertas que se sentaban a su alrededor, ataviadas con mantos estampados y collares de plata y crines; dos de ellas con el rostro cubierto por máscaras de cuero castaño.

Unas yacían retrepadas en los asientos, otras de lado, y una había caído de bruces sobre el tablero de la mesa. Te-Cui paseó la luz de la llama por esos rostros, contemplando ojos ya opacos, labios entreabiertos, hilos de saliva que churreteaban los mentones. Cosal se acercó con la lámpara en alto, y esa nueva luz alumbró vasos de cerámica ocre, alguno de ellos volcado, así como una jarra aún medio llena de vino, con una mosca ahogada en su interior.

—Esto, entre pandalumes, es algo así como un asesinato ritual —susurró. Un castigo por un delito sacrílego que alcanza a todos los de una misma sangre.

—Es cierto —dijo una voz en la oscuridad, sobresaltándoles.

Pero no era sino el Jato Malaváia, que volvía de una inspección por la casa en sombras. Se detuvo bajo los arcos, el rostro empalidecido, con una mecha chisporroteando entre sus dedos.

—He mirado por todas partes y no hay más que muertos. Los niños, los criados, todos... y esta gente no es pandalume, sino yeyáus: descendientes de trocalumes que se asentaron en Gaiola.

Cosal, al asentir, hizo resbalar reflejos de las lámparas sobre los metales de su máscara de halcón.

—Pues deben de tener costumbres iguales —musitó.

—No; en absoluto. Pero alguien les ha aplicado la vieja ley pandalume —matizó Malaváia, a la luz oscilante de su mecha.

Cosal, por su parte, al alzar de nuevo la lámpara, se fijó en un cadáver exangüe que yacía despatarrado en una esquina, entre su propia sangre, como un monigote tirado.

—Ésta debió de rechazar el vino envenenado, así que usaron aceros. —Alumbró aún más cerca, arrancando destellos rojizos a la sangre.

Le habían asestado multitud de golpes, ninguno mortal, antes de abandonarla allí, para que se desengrase con lentitud.

—Este lar andaba metido en asuntos turbios —murmuró el mercader—. Nunca fueron gente limpia; pero la lai que los guiaba ahora era demasiado ambiciosa, y jugaba con todos los bandos. Eso debe de haberles perdido. —Se manoseó la barba blanca y azul—. Pero esta matanza no es normal. Me pregunto qué habrá pasado; quién les ha condenado y por qué...

Cosal tentó los puños de sus aceros, inquieto por los juegos de penumbras y tinieblas que bailoteaban por toda la sala. Aquellas gentes iban a revelarles —así se lo habían dicho a los agentes del Jato Malaváia— el paradero del Cufa Sabut, del que se sospechaba que estaba en Gaiola, esperando la oportunidad de dirigirse al Alto Norte. Pero, al acudir a la cita, se habían encontrado una casa silenciosa y a oscuras y, al entrar con cierta audacia, se habían dado de bruces con aquel espectáculo inesperado.

—¿Habrán muerto por querer contarnos quién y dónde se oculta el Cufa Sabut? —Por bajo que uno hablase, las palabras resonaban a lo largo de las estancias, y las sombras parecían cobrar vida sobre las paredes blancas.

—Sin duda.

—¿Estamos nosotros en peligro?

—No lo sé. —El pandalume volvió a acariciarse la barba—. Es posible.

Se impuso el silencio. Las moscas zumbaban viciosas alrededor de los muertos y, en el exterior, cantaban los grillos. Por último habló el maestro Te-Cui.

—¿Cuál de estas mujeres es la lai del lar?

—Ninguna de ellas. Esa está en su propio cuarto: a ella no le han dado una muerte tan generosa.

El otro se pasó un pañuelo por el rostro, porque hacía calor allí, antes de dirigirse a una de las paredes, con ánimo de estudiar un altar de dos peldaños allí situado. Habían barrido los objetos de culto familiar —amuletos, figurillas, cántaros— que yacían desparramados y rotos, para sustituirlos por un atado. Una ligadura mágica hecha con un cuerno de vaca, manojos de hierbas, una ristra de ajos secos, guijos de formas extrañas, una muñeca de madera...

Tendió la mano hacia esta última, pero Cosal se la sujetó con un respingo.

—¡No! ¿Qué hace, hombre? No se le ocurra nunca tocar algo así, si tiene la desgracia de volver a ver algo semejante. Esto es *meigaio veio*, mala magia.

—Hágale caso —convino el Jato Malaváia—. Cuanto más lejos de esas cosas,

mejor.

Pero él mismo se acercó a su vez y, alzando la mecha, examinó el atado. Escudriñó los detalles y se paró en la muñeca; con ésta se entretuvo largo rato, estudiándola mientras se pasaba los dedos por la barba. Cosal se mantenía algo aparte, cubierto con la máscara de halcón, toqueteando sus espadas, y Te-Cui lo observaba todo en silencio.

El pandalume, cada vez más inquieto, se apartó del altar familiar y observó las paredes a la luz de la mecha, hasta que de repente el resplandor desveló una mancha reciente en el encalado. Porque alguien había mojado la mano en sangre para luego apretarla contra la pared e imprimir una mano roja sobre el blanco.

Los otros dos se acercaron también a mirar. El pabilo chispeaba y humeaba, alumbrando a fogonazos. Las sombras se agitaban a cada destello, los reflejos corrían por el cambuj de Cosal y el rostro del Jato Malaváia brillaba cubierto de sudor.

—Ay —se le escapó por fin, sin dejar de mirar y remirar—. Mandemo, mandemo.

—Mandemo... —Cosal frunció los labios e, inquieto, rozó de nuevo las empuñaduras de sus espadas, forjadas como cabezas de halcones—. Tenemos que salir de aquí.

El maestro apoyó a su vez la mano en el puño de su espada, envainada entre las vueltas de la faja. Observó aquella mano roja. Ya había oído antes aquel nombre. Mandemo, las temidas brujas pandalumes del lago Amarelo, situado entre la frontera de Lagoa y el Alto Norte.

Se llegaron los tres a las celosías para espiar a través de los calados. La noche estaba en calma; el aire inmóvil, las calles desiertas. Una media luna, como una hoz blanca, colgaba sobre los tejados, y en las tinieblas, aquí y allá, brillaban las luces de unas pocas lámparas dispersas. Los murciélagos aleteaban en torno a esas luces, cazando insectos, y alguna que otra ráfaga de aire estremecía a veces las sombras en las callejas.

—Hay alguien ahí fuera —susurró el Jato, al tiempo que señalaba unos soportales oscuros, al otro lado de la calle—. Tres o cuatro personas.

—Sí. —El hombre-halcón se pasó el dorso de la mano por los labios, los ojos clavados en esas sombras más espesas, quietas bajo la oscuridad de los arcos de adobe—. Y seguro que hay más. Quizá deberíamos apagar las luces, para que no nos delaten.

—No —rechazó el mercader—. Nos quedaríamos a ciegas. Antes, mientras registraba otros cuartos, encendí algunas lámparas para despistar a los posibles espías.

—Bien pensado.

—Esta casa tiene un portillo trasero, al fondo del patio. Iré a echar una ojeada y, si está libre, lo mejor es que salgamos lo más rápido posible, por ahí.

—Ya es tarde —rezongó Cosal—. Mira ahí.

Porque en el exterior, como por arte de magia, había aparecido un nutrido grupo de gente armada. El maestro Te-Cui, fascinado, pegó aún un poco más el rostro al entramado de madera, tratando de discernir detalles en la casi oscuridad callejera.

Entre los recién llegados abundaban los pandalumes, muchos de ellos pintarrajeados de blanco y azul, así como las brujas de vestidos negros y cabellos teñidos de blanco. Pero allí había también sujetos menos clasificables, algunos de ellos cubiertos con máscaras o capuchas. De entre todos ellos, la mirada del maestro fue a pararse en una mujer que se mantenía un poco apartada. Estudió su porte, el manto azul y amarillo con el que se envolvía de pies a cabeza y el cambuj de bronce, que destellaba entre los pliegues de su ropa cada vez que movía la cabeza. Supo, sin necesidad de preguntar nada a sus compañeros, que estaba viendo a una de las legendarias brujas mandemo del lago Amarelo.

Se habían congregado ante la casa, en grupo, sin, al parecer, intención de entrar. Ellos se quedaron observando desde la ventana. El tiempo fue pasando muy despacio. Los murciélagos volaban al fulgor de las lámparas callejeras, los aceros destellaban y la máscara de la bruja relucía entre las sombras. Te-Cui se volvió, ahora sí, a sus dos compañeros.

—¿Qué ocurre? ¿Qué significa todo esto?

—Tiene fácil explicación —suspiró Cosal—. Las brujas armas juegan a juegos muy parecidos con los entrometidos, y con los que tienen la mala suerte de meterse por casualidad en sus asuntos. Las mandemo lo aprendieron de ellas. A partir de este momento, nuestras vidas dependen de lo que hagamos.

—¿Un juego? —Pestañeó perplejo—. ¿A qué te refieres?

—Ellas ya han decidido, pero nosotros no lo sabemos. Están ahí paradas para dárnoslo a entender. Si salimos, por ejemplo, por la puerta, lo mismo pueden degollarnos que dejarnos ir. Ese es el juego.

—Entonces tenemos una oportunidad. Pero ¿cuáles son las reglas, si es que hay alguna?

—Las hay, pero sólo ellas las conocen. Es como tener que elegir a ciegas entre varias puertas: en unas está la salvación, en otras la muerte, en otras la mutilación o cosas peores...

Se quedaron en silencio, y el tiempo fue desgranando con lentitud mientras esperaban. Fuera, la lai mandemo y su séquito seguían ante la puerta, también aguardando.

—Bueno. Lo que está claro es que, quedándonos aquí, no... —Pero el hombrehalcón no llegó a terminar la frase, ya que Malaváia le agarró por el codo, para señalarle después un extremo de la calle.

A través de las celosías, vieron llegar un buey de carga con una litera a cuestas,

bamboleándose con pesadez entre repicar de cascabeles. Según se acercaba, pudieron distinguir, al resplandor de las luces callejeras, gualdrapas verdes y oro, fundas de bronce rematadas en bolas, protegiendo los cuernos, y un revuelo de colgadura, que cubrían los laterales de la litera y que se agitaban al compás de la marcha.

Junto al buey, bullían los escoltas armados: hombres fuertes de libreas holgadas, enlistadas en diagonal, con aparatosos chascás de bronce sobre la cabeza. La mayoría empuñaba archas de anchas cuchillas y adornadas con borlas, de los mismos colores que las listas, aunque algunos portaban ballestas al hombro. Un par de mozos sostenían antorchas en alto, para alumbrar con grandes llamaradas el paso del palanquín.

—Jacar —susurró el Jato Malaváia.

Alertados por la presencia del grupo congregado ante la casa, en mitad de la calle, uno de los guardias se destacó de la comitiva para lanzarles un grito desabrido, semejante al que los pastores emplean con las bestias. Los pandalumes se revolviéron indignados, entre murmullos.

—¡Pero qué gente estos jacar! ¡Mira que son soberbios! —El mercader, con los ojos pegados a la celosía, meneaba la cabeza—. ¡Son capaces de iniciar una pelea por el derecho de paso! ¡Ah, mirad!

Fuera, tras un agrio cruce de palabras, el jacar había retrocedido y, sin más, los ballesteros se adelantaron, encarándose ya las armas. Hubo una explosión de gritos y movimientos, seguido del chasquear de las cuerdas y un vuelo de saetas entre las sombras. Los pandalumes anteponían sus propios cuerpos a la lai bruja, y los heridos se revolcaban rugiendo, tras pasados de pecho a espalda por los viotes.

Los demás se echaron contra los jacar, pero se adelantaron los archeros, blandiendo sus largos hierros. Sin embargo los pandalumes, lejos de acobardarse, volcaron sobre sus atacantes una granizada de armas arrojadizas; acero de formas caprichosas que zumbaban como avispa en la semioscuridad, destellando a veces al roce de las luces, para hundirse en la carne de sus enemigos.

Los archeros jacar, no obstante, pasada la primera confusión, duchos como eran en refriegas urbanas, lograron alinearse a lo largo de la calle y rechazaron a los pandalumes con los hierros tendidos, mientras los ballesteros recargaban sus armas, unos pasos más atrás. Arriba, en la casa, el Jato Malaváia se tironeaba de la barba sin poder evitar un ramalazo de simpatía por aquellos de su misma raza que momentos antes amenazaban su vida y que ahora combatían con denuedo, pese a tenerlo casi todo en contra: el número, la posición, el armamento.

Las brujas abrían el combate. Brincaban enardecidas ante las moharras que se agitaban, volteando sus propias espadas con chillidos tan agudos que aguaban la sangre, y los jacar a duras penas podían contenerlas al extremo de sus archas. Las cuchillas chocaban una y otra vez con las espadas, resonando como gongos entre

torbellinos de chispas.

Los ballesteros llevaron a cabo una segunda descarga contra los pandalumes, y más de éstos cayeron gritando, atravesados de parte a parte. Los archeros ya se adelantaban pisoteándolos, empujando a los supervivientes, cuando, sin previo aviso, varias figuras armadas surgieron a sus espaldas, saliendo de la oscuridad de una bocacalle. Más brujas pandalumes que acudían ululando, con las ropas negras al viento y los aceros rebrillando entre las manos.

Los mozos, que aguardaban junto a la litera, tiraron sus antorchas para defenderse; pero las brujas se les echaron encima como exhalaciones, y les dieron muerte antes de que pudieran siquiera desenvainar las espadas. Los archeros titubearon entonces, puesto que su instinto era el de proteger a toda costa el palanquín, y, en ese parpadeo de duda, un par de pandalumes logró colarse entre las varas. La línea se rompió y los dos bandos se trabaron en un cuerpo a cuerpo, en la mayor de las confusiones.

—Esas brujas eran las que vigilaban la parte de atrás. El ruido las ha hecho acudir. —Cosal se enderezó—. Es nuestra oportunidad de salir de aquí.

—Sí... —Malaváia agitaba la cabeza pero no hacía amago de moverse, como hechizado por el tumultuoso combate que se libraba en torno al buey y su litera. Pero, despabilándose por fin, sopló la mecha que sostenía entre los dedos, hasta avivar la llama—. Vámonos, amigos.

Les condujo por un pasillo a oscuras y luego por una escalera, hasta salir a un patio sin luz. Allí se demoraron un momento, apenas lo necesario para cerciorarse de que no les estaban esperando. Los cobertizos parecían tranquilos, nada se movía en los corrales y tan sólo se escuchaba el susurro de una higuera, mecida por el viento. Cosal desenvainó sus espadas. El maestro olisqueó el aire libre, contento de abandonar la atmósfera enrarecida de aquella casa. Pero luego, cuando quiso echar a andar, tropezó entre las sombras y no se fue al suelo porque entre los otros dos lo sujetaron.

—Pero ¿qué es esto? —Cosal se agachó para palpar a ciegas y, al tacto, pudo reconocer un gran cuerpo de pelaje tupido—. Pero ¡si han matado hasta a los animales!

—Vamos, vamos —urgía Malaváia.

Fueron hasta la tapia zaguera y, tras desatancar el portillo, el pandalume se asomó con precaución. Cosal, aceros en puño, salió con cautela. Hubo una pausa llena de tensión mientras examinaban el callejón, tratando de taladrar con los ojos la negrura. Pero no había sino silencio en aquel pasaje angosto.

—Vamos —repitió el mercader.

Lejos, se oía el rumor de la refriega desatada ante la puerta principal. El maestro Te-Cui se volvió por un momento y los chispazos del pabalo arrancaron destellos a la

hoja de su espada sureña.

—¿Quién irá venciendo?

—Allá se las compongan. —El hombre-halcón se encogió hosco de hombros—.

A mí tanto me dan unos como otros.

—Estaba igualada la cosa. Pero, si tengo que elegir, casi prefiero a la lai y los suyos. —Malavía hizo una pausa, antes de soltar una risa sombría—. Aunque, por si eso llegase a suceder, lo mejor es que aligeremos. —Señaló callejón adelante con la brasa de la mecha—. Por aquí.

La ciudad de Gaiola se alza en la ribera norte del río Morega, que a partir de ese punto cambia su nombre por el de Moregúa. La parte vieja está rodeada por una gran muralla de ladrillo y su interior, relleno de tierra, se levanta unos cinco metros por encima de los terrenos circundantes, lo que la protege de crecidas y le da una defensa adicional. Un foso cubre la parte que no está en contacto con el río, de forma que la ciudad vieja es algo así como una isla artificial. Algo de lo más conveniente en una urbe enclavada en territorios salvajes.

Pero Gaiola ha crecido con el paso del tiempo y, hoy en día, hay barrios más allá del foso, protegidos por una segunda muralla, e incluso un arrabal extramuros. Existe también un barrio comercial al otro lado del río, que no es más que un conjunto de almacenes, muelles y albergues, defendidos por fosos y empalizadas.

Los armas de Gaiola viven en el Barrio Gorgota, que es un distrito grande y antiguo, sito en la Ciudad Vieja. Este barrio cuenta a su vez con muralla propia y puertas que pueden cerrarse en caso de alarma y, al igual que otras colonias armas en ciudades extranjeras, tiene estatutos propios y está administrado por un consejo de ancianos y una máscara mayor.

Hay máscaras así en los barrios armas de Tres Cortes, Confluga o la propia Gaiola. Imparten justicia, dirigen a la gente de guerra y presiden las ceremonias públicas. En el caso de Gaiola, la máscara es la Sapor Roja, sibilina y hedonista, diplomática a la par que guerrera, como corresponde a una ciudad rica y turbulenta, que en los últimos veinte años ha conocido dos grandes asedios, varios ataques de los nómadas contra los almacenes de la orilla sur y no pocas revueltas urbanas.

La Sapor Roja, cuyo portador es casi siempre un hombre-león arma, reside en un alcázar hexagonal de altos muros de piedra, en el corazón del barrio. Fue allí, en los jardines, donde organizó un banquete nocturno a cielo abierto, aprovechando los últimos coletazos del verano. No fue un acto lúdico, sino la excusa para reunir a una serie de personajes. Porque no en vano la Sapor Roja representa los intereses armas en Gaiola, y el Ras y el Alto Juez hablan por su boca.

Habían montado una gran mesa con forma de media luna, y los comensales se sentaban en la parte convexa. Soplabla una brisa suave que agitaba entre susurros las copas de los árboles. Docenas de lámparas de cristal colgaban de las ramas, entre el follaje, y la luz oscilaba a cada ráfaga. Sirvientes con máscaras de tela iban y venían, cargados de bandejas y ánforas. Olía a asados, a especias y al incienso que se quemaba entre las sombras del jardín, en pebeteros de bronce.

Corrían la comida y la bebida, y el maestro Te-Cui, perdido entre los concelebrantes, se entretenía tratando de averiguar las pautas que habían llevado a los maestros de ceremonia a situar a cada comensal en su sitio.

El asiento central, claro, correspondía al portador de la Sapor Roja, que no la ceñía esa noche. Su nombre era Mascor Masade y era un hombre-león fuerte, rubio, de abundante barba y aspecto felino, al que la buena mesa había dado corpulencia sin restarle vigor. A su derecha e izquierda se sentaban sus dos lugartenientes: el portaespadas y el escriba.

A media distancia entre él y el extremo izquierdo de la mesa, se arrellanaba Trapaieiro Porcaián, el montañés, con sus sencillas ropas negras y la rutilante máscara híbrida de jabalí. Justo igual pero a la derecha, estaba el rey-brujo gargal conocido como el Rey Rojo, ataviado de escarlata y con una máscara de toro dorada.

Y, a partir de aquel triángulo fijo, los maestros de ceremonias habían ido tejiendo toda una telaraña de correspondencias. Allí, entre los comensales, estaba la Bibruela, una máscara mayor serpiente, pequeña y mortífera, con el cuerpo lustroso de aceite, el cambuj ofidio centelleando a cada destello de las lámparas, y con las muñecas y tobillos relucientes de ajorcas doradas.

Del otro lado del anfitrión, los maestros de ceremonia habían colocado a un santón ambulante de Ejaune, el tutelar de los muertos, para compensar la presencia de la Bibruela. Porque Uíso Caruvé, alto y fuerte, con la cabeza afeitada y el cuerpo untado de blanco y negro, a semejanza de un esqueleto, cubierto de un manto negro, voceaba y reía sin descanso, y cada dos por tres enarbolaba su hacha de hoja curva y muy larga, con un diseño que evocaba el perfil de una guadaña.

Los demás asientos habían sido asignados también según un sin fin de criterios cruzados que Te-Cui apenas llegaba a entender. Y eso que había pasado la mañana entera en compañía de los tres maestros de ceremonia, sorbiendo infusiones y escuchándolos mientras ponderaban minuciosamente cada aspecto del ritual. Pero lo oscuro de muchos conceptos, así como algunos giros dialectales, habían hecho de esa jornada algo bastante infructuoso.

Bastantes comensales eran guerreros de oficio, dados a la efusión de sangre, y muchos de ellos montañeses, hombres-jabalí y hombres-cabra sobre todo: fieros, de grandes barbas, desnudos casi todos a excepción de los hierros, las joyas y la piel de su animal epónimo echada sobre hombros y cabeza. Pero también había allí más gentes; todo un repertorio abigarrado que no podía por menos que despertar la insaciable curiosidad del maestro, que no sabía ya dónde poner los ojos.

Estaba aquel hombre-cuervo con una charretera de plumas negras sobre el hombro izquierdo, que compartía una pipa de cáñamo con su consorte, una risueña mujer-urraca de nuca y sienes afeitadas, con la mata cardada en altos mechones de puntas blancas. Y aquel hombre-comadreja pequeño y nervioso, con el rostro surcado por un trazo ceniciento a la altura de los ojos. Un dao con una máscara blanca y azul. Dos caralocas taciturnos, con largas plumas en el cabello y el cuerpo lleno de pinturas. Un hombre-cabra de aire sombrío, brujo y guerrero, desnudo y con una

máscara hecha de cráneo de chivo y metales pulidos.

Había también gente-serpiente a la mesa; enemigos del Cufa Sabut. El doctor los miraba buscando afinidades y diferencias. Unos eran mediarmas, gentes culebra y víbora, de atuendos recargados. Otros armas. Además de la Bibruela, estaban Viboraz, un manamaraga desnudo y fibroso, con el pelo recogido en una coleta lateral; y Palo Vento, flaco, de cabeza afeitada y temperamento entre cínico y flemático.

A la izquierda del maestro se hallaba aquel personaje apuesto y de hombros amplios, Cosal. La brisa nocturna que soplaba en el jardín, alborotaba sus charreteras de plumas amarillas y rojas, y los metales de su máscara de halcón rielaban al resplandor de las lámparas. Hablaba por los codos, sonreía y bromeaba. Pero a veces, en la penumbra, el maestro llegaba a ver unos ojos como guijarros tras las rendijas del cambuj, y había muy poca alegría en ellos. Te-Cui se animó a preguntarle por qué se había unido a la persecución de la Máscara Real.

—Poco misterio hay. —El hombre-halcón se había llevado la copa a los labios—. Sirvo al Ras arma; estoy en esto mitad por lealtad y mitad por interés propio. Soy un hombre ambicioso y quiero llegar a ser alguien. Y la forma más rápida de hacer méritos en el Ras es este tipo de asuntos: demostrar que uno tiene no sólo valor, sino también cabeza.

El maestro asintió, puesto que su interlocutor lucía el amarillo y el rojo, tanto en las ropas, como en los adornos y en la máscara, y ya sabía lo suficiente de las proporciones entre ambos como para haber colegido que debía de ocupar algún cargo menor al servicio del Ras: el gran consejo de los armas; una especie de asamblea de ferales que era el contrapeso al poder aristocrático de la gente-león.

—La más rápida y también la más peligrosa.

—Claro. Precisamente por ser la más peligrosa, es la más rápida. —Sonrió bajo el borde de la máscara, y Te-Cui no insistió, intuyendo que el otro daba por zanjada la conversación.

En el otro brazo de la mesa en curva, Palo Vento los había visto conversar sin llegar a entender de qué hablaban. Pero no tardó en apartar su atención de ellos para centrarla en las dos altacopas que se sentaban muy cerca de él: Ocalid y Peitorcal. Dos lanzáis morenas y de talle esbelto, con los ojos azul oscuro y tan parecidas entre ellas que bien podrían haber sido hijas de una misma madre. Como de pasada, les preguntó él a su vez qué motivos las habían llevado a aquella mesa.

—No es decisión nuestra, sino de nuestras lais. —Ocalid apoyó el mentón entre los dedos entrelazados para dedicarle una sonrisa deslumbrante—. Son ellas las que nos han enviado aquí.

El hombre-serpiente, acariciando la vaina lacada de su acero, que llevaba terciado sobre el regazo, esbozó a su vez una sonrisa pensativa, al tiempo que volvía a

contemplarlas.

Lucían campanillas en el pelo, como las bailarinas; llevaban el cuerpo untado de aceites aromáticos y las muñecas repletas de ajorcas. La de mayor rango, Ocalid, tenía el cabello recogido, con un penacho de plumas rojas en la sien izquierda, y vestía un manto envuelto a capricho en torno al cuerpo, dejando el costado derecho al aire, y un coselete de cobre. Peitorcal iba desnuda a excepción de gran número de joyas de cobre, bronce y oro, entre las que destacaba un gran collar de monedas engarzadas. Al reparar en aquella pieza, la mirada del hombre-serpiente no había podido evitar remolonear sobre aquellos pechos altos y lustrosos por el aceite, entrevistados a través del centelleo de las monedas.

—Dime serpiente, ¿qué te parece mi collar? —La altacopa había sopesado con sonrisa maliciosa la alhaja, arrancando tintineos y reverberos a los discos de oro.

El aludido se pasó las manos por la cabeza, y se echó a reír entre azarado y divertido, mientras ella volvía a estrechar el collar entre sus dedos.

—Mira. No son monedas vulgares —aclaró con orgullo—. Cada una de ellas representa una muerte.

Palo Vento se acarició otra vez la cabeza. La altacopa aludía a la vieja costumbre gorgota del pago ritual por ciertas muertes: ejecuciones, caza de cabezas, compensación por homicidios, que se hacían todas con pesos de oro especialmente acuñados.

—No me digas que todas éstas las has conseguido tú... —La miró a los ojos, de veras sorprendido.

—No, no. —Se reía, regocijada—. Es un collar muy antiguo y va pasando de una lanzái copa a otra. Yo sólo he sumado unas cuantas.

—Quizá tengas ahí alguna moneda de Corocota.

—¿Ese quién es?

—¿No lo conoces?

—Me suena, pero...

—Es un hombre-lobo; un viejo amigo. Es uno de los Cien.

—Ah, ah. Entonces, si tienes oportunidad, preséntamelo. Seguro que hacemos buenas migas.

—No lo dudo. —El hombre-serpiente puso sus ojos en la otra altacopa—. ¿Y tú, Ocalid, también coleccionas muertes rituales?

—No tengo especial interés. A mí cualquier cosa bonita me sirve. —Contoneó risueña los hombros, cubierto el uno por una hombrera de bronce y desnudo el otro, antes de matizar, jugueteando con el pomo de la espada—. Pero sí que me gusta que se haya luchado por ellas.

—¿Broches, ajorcas, espadas?

—Todo eso, sí.

—¿Máscaras?

—Hummm. —Sonrió—. Depende. Hay que tener cuidado con las máscaras, no sea que lleven aparejada alguna maldición.

—¿Una maldición? ¡Nada, no hay problema! ¡Aquí tengo yo el contrahechizo! —vociferó achispado Uíso Caruvé, el santón, sentado unos asientos más allá, al tiempo que blandía en alto su hacha, arrancando risas de aprobación a las dos altacopas.

El hombre-serpiente sonrió a su vez, pensativo. El tiempo le había enseñado a valorar a las lanzáis copa, famosas tanto por sus habilidades guerreras como por sus artes amatorias. Y bien sabía que sus poses despreocupadas, esa sanguinaria frivolidad de la que suelen hacer gala, son meras apariencias; máscaras tras las que acechan mentes bien despiertas, entrenadas para servir a Escarpa Umea.

Las lais de Escarpa Umea habían enviado a aquellas dos a servir a Trapaieiro Porcaían, en un gesto poco habitual para con un montañés, fuese o no la máscara de un dios menor. Se las habían mandado a él, y no al Rey Rojo, que era demasiado distante. En todo caso, aquella deferencia le daba que pensar, ya que Palo Vento no había olvidado cierto encuentro con una lai de máscara dorada, meses atrás, en el mercado de Minacota.

Las altacopas habían mantenido una postura bastante ambigua durante las guerras de la Máscara Real y, sin duda, acostumbradas a servir sus propios intereses, no harían sino lo mismo en caso de que se volvieran a repetir aquellas luchas civiles: nadar entre dos aguas y velar ante todo por lo suyo.

Una mujer pintarrajeada surgió de entre las sombras para servir a Mascor Masade, el anfitrión. Una esclava con ánfora, que rellenó con cuidado la copa del amo de la casa. Palo Vento no pudo evitar una mirada hosca a aquel detalle, que no era más que uno entre muchos, porque Masade, un hombre-león, portador de la Sapor Roja, vivía más como un jefe montañés que como un administrador arma. Masade ni se dio cuenta, puesto que estaba hablando con los comensales más inmediatos.

—Las noticias son confusas, como cabría esperar. —Meneaba la cabeza leonina—. Por más diligentes que sean los espías, la mayor parte de las veces tocan de oído, y sus informaciones son más que dudosas. Según unos, el Cufa Sabut está cerca de Cabezas Muertas, en la ribera norte del Morega, agitando a las tribus caralocas contra los armas. Pero, según otros, no es él, sino un Cufa Menor... Hay incluso quienes hablan de varios Cufa Menores. Yo me inclino por esa segunda idea; porque hace no mucho que el Cufa Sabut estuvo aquí, en Gaiola, fugitivo tras el desastre de la batalla de Aguas Sogqi.

—¿Y la Máscara Real? —Se interesó un hombre-gallo de nuca y sienes afeitadas, con la mata teñida de rojo sangre, y una gran sobrenariz de bronce que imitaba el pico de un ave.

—Ahí todos coinciden. Ha logrado salir de Los Seis Dedos y se ha refugiado en

algún punto del Alto Norte, casi seguro en la parte oriental, donde cuenta con la ayuda de las brujas mandemo. Que fueron las que también ayudaron al Cufa Sabut a pasar por aquí, camino de reunirse con su señor.

—Doy fe de eso —murmuró el Jato Malaváia, sentado a tres asientos de Mascor Masade.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Malaváia? —quiso saber el escriba de la Sapor Roja, un mestizo de ojos azules y joviales.

—Yo partiré dentro de una semana escasa con mi caravana. Si no recibimos ninguna información que nos haga cambiar de idea, todos estos que se han reunido para perseguir a la Máscara Real irán con nosotros.

—¿Y qué harán en la caravana? —se interesó Masade, como si no hubiera hablado ya en privado antes de todo aquel tema.

—Nos acompañarán hacia el norte, hasta que recibamos información más precisa del paradero de la Real. Mientras tanto, podrán pasar como caravaneros y guardias, y el riesgo de poner sobre aviso a nuestros enemigos será menor.

Pero Mascor Masade meneaba dudoso la cabeza, al tiempo que daba otro sorbo de vino.

—Lo primero me parece bien. Pero en cuanto a lo segundo, dudo mucho de que todo esto pueda mantenerse en secreto.

—Aquí se ha reunido gente decidida, y se han juramentado a guardar silencio.

—No dudo de ellos, amigo Malaváia. Pero el sentido común es un bien más escaso que la lealtad o el valor. Aquí hay cuarenta personas. Es muy fácil que alguien se vaya de la lengua.

—Puede ser... —El pandalume se acarició la barba teñida de blanco y azul.

Pero le distrajeron los gestos de una de las dos altacopas, visibles gracias al arco que trazaba la mesa.

—Mirad, mirad —les decía Peitorcal, encantada, a sus compañeros de banquete—. ¿Es que va a haber lucha?

Y, efectivamente, un vocero con manto rojo y blanco, bastón en mano y con un casco-máscara de alto copete blanco, avanzaba para plantarse ante el arco de comensales. Comenzó a hablar sin esperar a que le prestasen atención, de forma que muchos, hasta que los despistados se callaron, no llegaron a oír las primeras frases.

—... Too Csice, de los Ejún-Truro, y Supuruban Amiffar Amifolige, que jura ser hombre de rango entre los Calisefom, una tribu nómada del norte del Urante.

Aparentemente estaba presentando a dos luchadores, comprados de entre los prisioneros de la batalla de Aguas Sogqi, que iban a luchar para divertir a los comensales. Otro lujo más propio de jefes montañeses o norteños que de un hombre-león, que debería comportarse como el más arma de los armas. Pero los gladiadores ya estaban entrando, entre media docena de hombres con los hierros en claro.

El truro era algo más alto y de músculos pesados; su rival, enjuto y puede que más ágil. El truro tenía los ojos muy azules, la cabeza calva, el torso desnudo y lleno de cicatrices. El calisefom era de piel amarillenta oscura, la cabeza también afeitada, y lucía una barba grande y bífida. El vocero seguía hablando, mientras algunos comensales no por eso dejaban de discutir los planes de viaje al Alto Norte.

—Ambos son grandes guerreros y de valor probado. Ambos estuvieron en la gran batalla de Aguas Sogqi, donde lucharon en las filas de Carará Mutel, el rey-brujo puce, y hoy han aceptado batirse el uno contra el otro.

»Será a un solo asalto, sin intermedios, aquí y ahora. De mutuo acuerdo, el duelo se libraré con las espadas tradicionales de sus pueblos respectivos. La lucha será a muerte, y el vencedor ganará su libertad.

Se apartó para reunirse con los guardias armados, que empuñaban lanzas y archas, listos para abatir a aquel que retrocediese más allá de cierto punto o tratase de lanzarse sobre los comensales. Los rivales se valoraron largo rato a la luz de las llamas, más con curiosidad que con animadversión, antes de entrechocar con fuerza los broqueles, tal como les habían indicado que debían hacer, para señalar el comienzo del combate.

Los largos sables de jinete fueron a encontrarse; el cuero y la madera de los escudos crujían, mientras los concelebrantes jaleaban los golpes. Ya no se oía ninguna conversación, y todos prestaban atención al combate.

Los dos luchadores eran veteranos y libraban un duelo lleno de amagos y triquiñuelas. Fintaban y se movían sin descanso, cruzando estocadas para apartarse después. Se miraban durante un segundo, los pechos jadeantes, antes de acometerse de nuevo. Buscaban con el acero las rodillas y los flancos del oponente, trataban de enganchar los escudos para tirar y desequilibrarle, y una y otra vez ensayaban toda clase de marrullerías.

Al cabo, entre el alboroto de los espectadores, fue la hoja del truro la que alcanzó el muslo del calisefom. El filo mordió hondo e hizo saltar la sangre. El nómada del lejano nordeste intentó, por un instante, mantenerse en pie —la frente sudorosa, los dientes crujendo, el sable aún en guardia—, antes de doblar la rodilla. El truro, empero, no se dejó cegar y en vez de lanzarse a rematarle, se conformó con dar vueltas a su alrededor, descargándole una lluvia de sablazos y sacando el máximo partido posible a su ventaja.

Los golpes del truro abrieron cinco o seis veces las carnes del calisefom, antes de que éste cayese bañado en su propia sangre. El vencedor se detuvo sólo entonces, algo indeciso, y el vocero le indicó por señas que se apartase. Luego, con otro ademán, mandó a dos de los guardias a rematar con sus lanzas al vencido. Él mismo lo decapitó después con un hacha.

El escándalo entre los invitados era ahora ensordecedor. Algunos aporreaban los

tableros de la mesa, haciendo saltar los cacharros. El truro les miró huraño antes de levantar los brazos, despacio, con la espada en una mano y la cabeza de su rival en la otra. Saludó hosco, con labios prietos, como quien sólo acepta lo que le pertenece.

Los guardias sacaban ya a rastras al cadáver y los comensales volvían a sus conversaciones, aunque los hubo que se entretuvieron comentando los lances de la lucha. Sentado en su extremo, el Rey Rojo había observado sin mudar el gesto el combate, ataviado con sus ropas rojas, sus adornos de oro y la gran máscara de toro. Ahora, al pasear la mirada por entre los concelebrantes, sus ojos se toparon con Palo Vento, sentado a dos lugares de él. Le dirigió la palabra para interesarse por el motivo que lo llevaba a él a participar en aquella aventura, ya que el hombre-serpiente había abandonado su trabajo como escriba con el maestro Te-Cui tras la batalla de Aguas Sogqi.

—Podría decir que es por enemistad con el Cufa Sabut, pero mentiría.

—¿Entonces?

—La verdad es que no tengo motivos claros. —Apoyó los codos en la mesa, puede que algo menos reservado que de costumbre, gracias al vino—. Verás, señor, muchas veces uno siente como si la vida se le escabuliese a traición. Como si el tiempo fuera agua que corre entre los dedos, y se escurre sin que pueda uno sujetarla. Se nos escapa, sí, y no nos deja nada. Es por eso, creo, por lo que me he unido a una expedición guerrera, cosa que hasta ahora siempre había evitado.

—¿Y piensas retener así eso que se te escapa?

—No. Se va igual, de todas formas. Pero es peor cuando cada día es igual. Hay quien se acostumbra a la rutina y se aficiona a las pequeñas cosas. Yo mismo soy así, casi siempre. Pero hay veces en que no puedo. No puedo. Y, o salgo a hacer algo distinto, o creo que me vuelvo loco.

—Comprendo —dijo sencillamente el Rey Rojo.

El hombre-serpiente sonrió. Sonrió también el rey-brujo gargal. El primero deslizó los dedos por la franja que le surcaba la cabeza, y como su interlocutor no añadía ya nada más, se volvió de nuevo a la conversación de las dos lanzáis copa. El Rey Rojo, a su vez, inescrutable tras la máscara de toro de oro y bronce, se quedó de nuevo ensimismado en sus pensamientos, tal como era costumbre suya hacer.

A él, el Carauce le imponía. Aquel dédalo de sierras, valles y ríos, habitado por toda clase de gentes, se le antojaba un mundo en sí mismo que, en muchos aspectos, vivía de espaldas al resto del Mundo. Uno podía pasarse toda una vida deambulando por sus caminos sin llegar a conocer más que una parte de los secretos que albergaba el macizo montañoso. El corazón de Los Seis Dedos le provocaba atracción, sin duda, pero también reparos y algo de miedo.

Miedo que tenía mucho que ver con ella. Ella, que había abandonado la seguridad de los santuarios de la sierra Cerrada para recorrer el Carauce, ejerciendo la sanación. Pero esa circunstancia no les había separado. Él, a su vez, se había unido al rey-brujo Pogar, que había partido a peregrinar por el macizo, a rendir homenaje a los ídolos gorgotas. Y así, durante parte de la primavera y todo el verano, sus caminos se estuvieron cruzando una y otra vez, al capricho de su destino común.

Cuando se encontraban era en algún santuario. Ella, empujada por la fugacidad de tales encuentros, abandonaba los viejos juegos de ambigüedad para calarse la segunda máscara, su rostro más íntimo, y apurar así los momentos, que unas veces duraban un par de días y otras sólo unas horas. Él, por su parte, procuraba también exprimir hasta la última gota de ese tiempo.

Luego volvían a separarse. Siempre se separaban, esperando que llegase un nuevo encuentro, camino y tiempo adelante. Ella partía hacia un lugar y él hacia otro, acompañando a Pogar. El rey-brujo viajaba con sus dos mujeres, confiando en la protección que le daban tanto su rango como su habilidad con las armas. Él nunca las tenía del todo consigo, ya que solían transitar las zonas más salvajes del Carauce, cruzando gargantas montañosas y bosques despoblados.

Pero la intranquilidad por su propia seguridad no era nada comparada con la que le producía el pensar en ella. Al menos, Pogar y él mismo eran hombres que sabían defenderse; y una de las esposas del primero, Ramcrin, había sido educada desde niña en el manejo de las armas. Pero ella era una sanadora que no viajaba más que en compañía de una vieja hierbatera, y él no dejaba de pensar en que el Carauce era un país infestado, en ciertos lugares, de bandidos y monstruos.

Cierto que aquellos que se dedican a la sanación están protegidos por las Vedas y molestar siquiera a uno de ellos es exponerse a recibir la visita de los temidos Cien, los cazadores de cabezas armas. Pero, por más que tratase de tranquilizarse con esa idea, eso mismo le llevaba a otra reflexión: la de que la misma existencia de los Cien implicaba que había quienes no respetaban las Vedas. Y así iba de uno a otro pensamiento, en su ausencia, hasta el punto de que, si hubiera que definir de alguna forma aquel largo peregrinar suyo en compañía de Pogar, podría decirse que transcurrió entre la esperanza y el temor por ella.

El territorio conocido como el Alto Norte tiene, sobre el mapa, la forma de un trapecio invertido. La base menor es la ribera septentrional del río Morega y raya con Cabezas Muertas, la región norteña de Los Seis Dedos. El lado occidental bordea la cordillera del Bal Bartán, abriéndose progresivamente al noroeste, y el oriental limita con la región de Lagoa. Por el norte se extiende hasta alcanzar tierras cubiertas de pinos y lagos, y habitadas por pueblos desconocidos.

Es una región inmensa, cubierta en su mayor parte por bosques de caducifolios: robles, hayas, castaños, nogales, abedules; y es abundante en lagos y cursos de agua. Son parajes que a veces recuerdan las riberas y las altitudes medias del Carauce, aunque aquí el terreno es más llano. Ríos caudalosos, espesuras deshabitadas, caminos serpenteantes, ídolos al borde de los caminos y calaveras que sonrían en las encrucijadas. Así es el Alto Norte.

La caravana se dirigía con lentitud hacia el noroeste, al paso bamboleante de los bueyes e inmersa en el progresivo avance del otoño. Las arboledas estaban teñidas de rojos, marrones y ocre. El viento soplaba a ráfagas desde los cerros, arrastrando torbellinos de hojas muertas. El cielo, entrevisto a través del ramaje, era azul lavado, entreverado con frecuencia de grandes nubarrones negros e hirvientes.

El aire era húmedo y llovía con frecuencias mansamente, alternando a veces con chubascos tremendos. En ocasiones se encontraban con que se habían inundado grandes extensiones y el camino estaba intransitable. Pero tanto el Jato Malaváia, jefe de la expedición, como sus guías, eran capaces de ventear los cambios de tiempo y desviaban la caravana con antelación, sorteando así las riadas, siempre con algún itinerario alternativo a mano.

La misma ruta era variable, sujeta a fechas y lugares. Porque aquella caravana no era sino un mercado errante que viajaba entre puestos comerciales, ferias y poblados, comprando y vendiendo, para acabar invernando en Yribse Magul, ya muy al norte. Luego, en primavera, desandaría todo lo andado hasta volver a Gaiola.

Durante esas jornadas, el maestro Te-Cui fue consignando en su cuaderno de viaje cuanto le llamó atención durante el viaje. Las hojas se llenaron de descripciones de poblados, pueblos, plantas; de cómo los caravaneros cantaban alrededor de las fogatas, de bocetos de los instrumentos que usaban, de anotaciones acerca de los cuentos que se contaban unos a otros.

A veces estallaban reyertas de repente, aunque casi siempre se veían venir. Malaváia intervenía en esos casos con contundencia, multando e imponiendo castigos, y llegando a expulsar a los alborotadores. En casos más graves, los culpables eran ajusticiados en el acto. En dos ocasiones, Te-Cui fue testigo de cómo los guardias sacaban a rastras a dos hombres sorprendidos en flagrante delito —

asesino uno, y el otro cogido mientras trataba de robar marfil— y los degollaban en la cuneta, sin que nadie osase mediar.

Caso aparte eran los duelos, que solían librarse al oscurecer, con el campamento ya montado. Los hombres se medían con armas de todas clases entre las hogueras — generalmente a primera sangre o abandono—, con árbitros de por medio y sin que el jefe de la caravana moviese un dedo para impedirlo.

Perdieron hombres en la espesura. Hubo quien se salió por un instante del camino y nunca volvió. Sus allegados acudían al Jato Malaváia, pero éste se encogía de hombros y meneaba la cabeza. Son cosas que pasan, decía. Por aquellos pagos abundaban guerreros cazadores de cabezas —solitarios y feroces, siempre al acecho de viajeros—, así como tribus caníbales y bandidos que mataban por diversión. Las selvas del Alto Norte eran parajes donde el peligro nunca andaba lejos, y todos debieran recordarlo y tomar precauciones.

Aun así, cuando alguien desaparecía, acostumbraba a mandar ojeadores en su búsqueda. Éstos regresaban casi siempre con noticias parecidas. Unas veces era la de un cadáver hallado a sólo unos pasos del camino, otras un poco más lejos. En alguna ocasión no habían descubierto más que un rastro, que delataba que un cuerpo había sido arrastrado a través de la espesura.

Sólo en un caso tardaron los buscadores en volver; tanto que su tardanza causó cierta inquietud. Pero regresaron al cabo. Eran tres y todos juraban, inquietos, que el desaparecido, un buhonero curuca, debía de haberse internado por propia voluntad en lo más profundo del bosque. Habían rastreado sus huellas durante kilómetros y kilómetros, y no tenían duda alguna.

Aquel suceso dio mucho que hablar durante las noches siguientes, al calor de los fuegos, y la idea más extendida era que aquel infortunado había sido víctima de los malos espíritus, que lo habían atraído al corazón del bosque para perderlo.

También hubo algún encuentro armado, claro. La mayoría de las veces celadas que los guías atinaban a barruntar. Los emboscados solían ser bandidos caralocas que, al ser descubiertos, no dudaban en salir y amagar combate, para al menos salvar el orgullo.

Aquel tumulto de guerreros era todo un espectáculo; entre los tonos melancólicos de la otoñada, con sus pinturas de guerra, mantos de colores y cascos emplumados. Blandían adelante y atrás las lanzas, o las entrechocaban contra los escudos pintados, acompañándose de un canto profundo y resonante que parecía hacerse eco a sí mismo. Los caravaneros —sobre todo los mercenarios caralocas, de la misma raza que los atacantes— salían a darles la réplica y así se demoraban largo rato, entre bailes, gritos y agitación de armas, sin llegar en ningún momento a cruzar hierros.

Casi lo más difícil en tales encuentros era conseguir contener a los gorgotas sureños. No estaban hechos a esos alardes belicosos, que no dejaban de ser rituales

para aplacar a los espíritus de la guerra caralocas, previamente invocados por los hechiceros de los emboscados. A los gorgotas del sur les enervaba aquella exuberante demostración bélica a unos solos pasos, la amenaza de los hierros, y el resto de caravaneros tenía que estar alerta para que no se le escapase a alguien un tiro o una saeta, lo que desataría una escaramuza tan sangrienta como innecesaria.

Un choque armado de verdad aún tardaría en producirse y llegaría de improviso, tal como suele ocurrir en casos así. Cuando tuvo lugar, el único preludeo fue que Espadalombro, un hombre-leopardo, se adelantó para llamar la atención del Jato Malaváia con un gran grito; una de esas voces, largas y ásperas, propias de arrieros. Éste se había vuelto intrigado y aquél se le acercó trotando a lo largo de la caravana, arco en mano.

—¿Qué pasa, hombre? —se interesó el pandalume.

—¿Por qué se han turnado tan pronto los avanteros?

—No se han turnado. —Echó una ojeada al sol, por entre las ramas que abovedaban el camino—. Aún queda.

—¿Ah, sí? Pues algo raro pasa con el de la derecha. —Cabeceó en esa dirección, haciendo oscilar la pesada argolla que le adornaba la nariz—. Acabo de oír su turullo y me da la impresión de que el que lo ha soplado no era la misma persona que hace un rato.

El caravanero jefe le lanzó una mirada larga, antes de poner los ojos camino adelante, hacia donde debía estar la invisible avanzadilla, por delante de la caravana. Alzó una mano, haciendo que se detuviera la marcha. El resonar de cascos, de cencerros y de mercaderías entrechocando se apagó lentamente. Cesó.

Espadalombro y el Jato se quedaron largo tiempo inmóviles, plantados ante la caravana y escudriñando el camino. El hombre-pantera acariciaba taciturno su arco; el pandalume observaba con la cabeza ladeada y los brazos en jarras.

Se vislumbraba la senda, que serpenteaba entre troncos y rocas grisáceas, ceñida a las laderas para contornearlas. Apenas se movía nada y el silencio era casi total, sólo roto por pequeños sonidos. Hacía fresco, humedad, y el aire de otoño estaba en calma. El resplandor del sol se filtraba a través del follaje, convertido en lanzas de oro. Pesadas nubes blancas resplandecían en un cielo muy azul, y las hojas muertas revoloteaban con lentitud en los claroscuros.

El tiempo fue pasando. Se alzó una ráfaga de aire, haciendo susurrar las frondas. La luz del bosque tembló, las hojas caían murmurando y se oía el canto de un pájaro. Los bueyes sacudían las testuces, arrancando ocasionales tañidos a los cencerros. Los caravaneros removían los pies, escudriñaban la floresta, aferraban sus armas. Una de las lanzáis copa, Peitorcal, paseó con suavidad los dedos por la cuerda de su arco, y la hizo retemblar como a la de una lira.

El pájaro cesó de cantar. Malaváia agitó los brazos, conminando a los suyos a

retroceder. Y en la parte de delante, como al conjuro de ese gesto, hubo entonces un atisbo de movimiento entre la maleza. Estalló un clamor tremendo y lo que un parpadeo antes no era más que arboleda vacía se trocó, como por arte de magia, en un hervidero de figuras pintarrajeadas que blandían toda clase de armas.

Esta vez no hubo preludios. Los caralocas se lanzaron cuesta abajo. Llegaban brincando por entre los árboles, con gran algarabía y desplegados en total desorden. Los arrieros azuzaban voceando a las bestias y los guardias se adelantaron, llamándose unos a otros. Con el escudo en alto, para protegerse de los proyectiles que ya llegaban silbando, el maestro Te-Cui no pudo por menos que preguntarse cómo tantos guerreros con pinturas de guerra, y ropas y plumajes multicolor, podían haber permanecido ocultos a tan sólo un puñado de pasos.

Junto a los caralocas, había también gorgotas. Gente-avispa sobre todo, embadurnada de negro y amarillo; bandidos natos, que se habían despojado de sus vestimentas para luchar desnudos. Pero también había allí gente-pantera, así como hombres-jabalí y gente-serpiente.

Chocaron enseguida, preludiada la lucha por un cruce de armas arrojadizas. La oleada de atacantes fue a estrellarse contra los caravaneros y se rompió en dos partes. Pero volvieron a la carga por ambos lados, con igual denuedo, y lograron desbaratar en parte la defensa, de forma que la lucha se convirtió en una confusión de combates singulares.

Peleaban entre los árboles y las matas, junto a los bueyes, y chapoteaban en el barro, sin orden ni concierto. Los juramentados para matar atacaban como locos a Trapaieiro Porcaián y al Rey Rojo, con gritos roncros que evocaban el gruñido de los jabalíes. Eran tantos que desbordaron a sus acompañantes —algunos montañeses, Cosal, la bruja Granlea, el dao Dobglode— y ambos tuvieron que luchar para salvar la vida. El montañés se defendía con ferocidad, abandonada ya esa pachorra de la que gustaba hacer gala, mientras el rey-brujo combatía en silencio, con su espada llena de símbolos antiguos. La gente-serpiente de uno y otro bando se atacaba con saña y las dos lanzáis copa recorrían el campo actuando a una, de forma que abatían o hacían retroceder a cuanto enemigo encontraban.

El maestro Te-Cui se había refugiado junto a un grupo de caravaneros, jacar y glutaga de Gaiola en su mayoría, que habían olvidado sus viejas diferencias para tratar de salvar la piel entre todos. Tuvo que defenderse una y otra vez con su hermosa espada de mano y media, y una rodela, algo aturdido por la vorágine de rostros pintados, escudos, lanzas, espadas, mazas.

No era el único que se hallaba en apuros. Trapaieiro Porcaián luchaba contra una multitud de enemigos, mientras que aquel sombrío montañés de máscara de chivo tuvo que correr en ayuda de la Bibruela, que se veía más que apurada ante el ataque conjunto de tres hombres-culebra, ocultos tras máscaras de matar. Lo propio tuvo que

hacer Uíso Caruvé, el santón de Ejaune pintado con un esqueleto, que acudió en socorro del Rey Rojo con su hacha con forma de guadaña.

Los hierros se encontraban resonando y los muertos caían en el lodo, salpicando a los vivos que aún luchaban. Los combatientes cruzaban dos o tres golpes, antes de verse separados, e iban de un lado a otro, de enemigo en enemigo, como bailarines atrapados en alguna danza mortífera.

En plena refriega, tratando de hurtarse a una lanza que un caraloca muy alto blandía contra él con tremenda habilidad, el maestro Te-Cui resbaló y se fue de espaldas al barro. El caraloca le lanzó un puntazo antes de que pudiera esbozar siquiera una defensa desde el suelo, y si no le atravesó allí fue porque alguien desvió la lanza de un espadazo. El caraloca volvió la cabeza, asombrado, y lo propio hizo el maestro desde el suelo. Porque su salvador era un hombre-avispa, pintarrajeado de amarillo sobre negro, que blandía una espada típicamente gorgota, larga y afalcatada.

El caraloca de la lanza le dijo algo, más perplejo que irritado, y el hombre-avispa le respondió. El primero miró al segundo, boquiabierto, antes de encogerse de hombros y apartarse, dejando ileso al maestro, que seguía en el suelo, con la espada en la mano. Su mirada se cruzó un momento con la del hombre-avispa; luego éste desapareció entre los helechos.

La lucha aflojaba y los atacantes iban ya flaqueando. Se retiraron y huyeron por entre los troncos, dispersándose. Algunos caravaneros hicieron ademán de perseguirles, pero la gente-avispa cubría la retirada, volviéndose en mitad de la carrera para disparar sus largos arcos. Cosal, que había recobrado su fusil, les devolvió un tiro. Una de las figuras untadas de negro y amarillo dio una voltereta, pero dos de los suyos lo recogieron por las axilas y se lo llevaron casi en volandas. En apenas unos latidos, no vieron más que a unos pocos fugitivos que corrían por la arboleda, y éstos tampoco tardaron en esfumarse.

Los vencedores se miraron unos a otros, armas en mano y aún jadeantes por el esfuerzo, dispersos a ambos lados del camino. Los gorgotas de la caravana estallaron en un griterío formidable y comenzaron a bailar con los hierros en alto. Algunos se lanzaron a decapitar a los muertos y su júbilo se contagió al resto de los caravaneros, de forma que unos bailaban y otros vitoreaban agitando las armas. Después fue el atender a los muertos y heridos, y recontar las pérdidas en hombres, animales y mercancías.

El Jato Malaváia fue recorriendo mientras tanto la caravana, a paso calmo y con las manos a la espalda, evaluando la situación. A veces lanzaba un vistazo a los caralocas caídos.

—Ay, ay. Eran guerreros jóvenes, de los que se echan en bandas a recorrer el bosque. —Meneaba la cabeza con indulgencia—. De haber sido veteranos, otro gallo nos hubiera cantado.

Sus lugartenientes asentían.

—Si llegan a desbandarnos y romper nuestra defensa... Menos mal que nuestros hombres no son novatos. Hemos recorrido ya muchas jornadas juntos, ¿eh, amigos?

Los otros volvieron a asentir y el pandalume de la barba blanca y azul se detuvo ante una de las bestias de carga, muerta por las flechas. Con el pie, tentó los fardos desparramados, y luego el costado del animal.

—Aun así, nos han sacudido a base de bien. Tenemos bastantes bajas. Así que será mejor que busquemos un refugio, no sea que todos los bandidos de los contornos sepan de nuestra debilidad y se nos echen encima.

—¿Qué sugieres? —preguntó uno de los ayudantes.

—Os lo pregunto a vosotros. Algún día seréis jefes de caravana.

—Rau Branca —sugirió entonces el otro.

—Humm. —Lo miró, pensativo.

—En Rau Branca encontraremos refugio y nos será fácil asalariar a guardias que sustituyan a los muertos. Y allí puede que encontremos también información útil a nuestros amigos armas. He visto gente-serpiente entre nuestros atacantes y me jugaría lo que fuese a que han sido los agentes del Cufa Sabut los que nos han echado encima a esos caralocas.

—De acuerdo. —El jefe de la caravana se acarició la barba azul y blanca, antes de empujar de nuevo, con la puntera, el costado del buey muerto—. Rau Branca, sí. Es la mejor solución.

Mientras, el maestro Te-Cui, que trataba de limpiarse el barro y la sangre de sus ropas de seda, sintió cómo le tocaban en el hombro. Se volvió, con el pañuelo enfangado en la mano, para encontrarse cara a cara con un jacar; uno de los que había luchado junto a él, en piña, contra los bandidos, hacía unos minutos. Un hombre de mediana estatura, flaco, con el pelo recogido en varias trenzas. El maestro ya sabía que, entre los jacar, el número y grosor de las trenzas indicaban la posición, pero en esos momentos no se sentía con ánimo para contarlas ni indagar.

—¿Por qué ha dicho eso el avispa? —le estaba preguntando el jacar, curioso.

—No sé de qué me estás hablando, amigo. Lo siento.

—El hombre-avispa. Vi cómo paraba con su espada el lanzazo del caraloca. Te hubiera ensartado como a una langosta.

—Soy consciente. —Cabeceó distraído, al tiempo que arrancaba un puñado de hojas, para seguir limpiando de fango sus ropajes—. Pero no sé por qué lo hizo.

—¿No oíste lo que le dijo al caraloca?

—Oír lo oí. Pero no entendí nada.

El jacar ladeó la cabeza y se lo quedó mirando. Se rascó la mandíbula.

—Pues le dijo: «No lo mates. Es mi padre».

El maestro Te-Cui se quedó con las hojas en la mano. Posó los ojos, asombrado,

en los de su interlocutor.

—¿Seguro que dijo eso?

—Y tan seguro. Al caraloca se le quedó una cara como la tuya.

—No sé por qué pudo decir eso. Yo soy del Sursur, a meridi3n de Los Seis Dedos y el Riorr3o. Nunca hab3a estado por estos pagos.

Se miraron el uno al otro, perplejos. Por 3ltimo, el jacar se encogió de hombros.

—Bueno. Estos salvajes son gente muy rara.

—Es una explicaci3n como cualquier otra, s3.

El jacar hizo saltar su lanza en la mano y se alejó. El maestro tir3 el puñado de hojas enfangadas, arranc3 otro, y sigui3 rascando la suciedad.

Al crepúsculo, con un sol moribundo que acentuaba los colores del bosque en otoño, y un viento húmedo que batía a ráfagas las copas de los árboles, dos brujas pandalumes surgieron del bosque, a la caza de cabezas.

Arrebujado en sus ropas de tonos ocres y óxido, mientras paseaba por las cercanías del albergue de Rau Branca, Palo Vento las vio llegar por la alameda en sombras, corriendo como fantasmas sobre la hojarasca. Con gesto caviloso, había recurrido a sus espadas para defenderse sin que aquella aparición llegase a asombrarle en exceso; ya que, sólo unos instantes antes, el sol rojizo y deforme que declinaba por entre el ramaje le había ofrecido un agujero sangriento.

Se le echaron encima, rápidas como el viento. Los amplios vestidos negros y los cabellos blancos ondeando, el rostro oculto tras elaboradas máscaras de madera, con collares de huesecillos en la garganta y espadas de fijos en las manos.

Desde el portón, el guardián pudo verlos mientras peleaban en la arboleda. Apoyado en su lanza, hizo visera con la mano para protegerse del resplandor rojo del ocaso. Las brujas de negro y el hombre-serpiente se movían por entre los troncos grises, cruzando aceros entre el revuelo de las hojas muertas, con sonidos metálicos que las ráfagas de aire llevaban hasta sus oídos.

El cielo arrastraba grandes nubes por los cielos enrojecidos que al pasar lo cubrían todo de sombras, haciendo visibles los surtidores de chispas que saltaban a cada estocada. Las dos brujas combatían en silencio, brincando y retorciéndose como demonios, enarbolando de continuo sus aceros. El hombre-serpiente era ágil y se escabullía entre los álamos, evitando así ser cogido por dos lados. Manejaba sus dos hojas, espada y daga, con una esgrima mate y sobria que bloqueaba una y otra vez los filos ondulados de las brujas del bosque.

Alguien salió en tromba por el portón, y a punto estuvo de arrollar al guardián. Pasó a su lado sin detenerse y se lanzó por la cuesta abajo, desdeñando usar el sendero. Se trataba de otro arma; un hombre-halcón éste, con una máscara de ave y un largo fusil en las manos, que bajaba a gran velocidad por la ladera, dando saltos.

Las brujas desistieron al verle y se retiraron con rapidez ante las espadas de Palo Vento. Cosal corrió para ganar ángulo, se detuvo e hizo un disparo. Éste se perdió atronando entre los árboles, sin alcanzar a ninguna de las dos figuras que ya huían a toda velocidad por el bosque en sombras.

Los ecos del tiro parecieron retumbar, una y otra vez, a lo largo de la arboleda. Algunas aves habían alzado el vuelo, asustadas, sobre el río. El hombre-serpiente volvió la cabeza, porque hasta ese instante no se había percatado de la presencia del hombre-halcón. Éste recargó a toda prisa su fusil, luego avanzó unos pasos, con el arma entre las manos, para por último desistir y aceptar a disgusto que las brujas se

habían esfumado ya en la oscuridad de la hondura.

El hombre-serpiente retrocedía, envainando con cierta dejadez los aceros y yendo a su encuentro. Apenas intercambiaron una palabra, antes de emprender juntos el regreso.

Subieron caminando mientras arriba el cielo se agrisaba y oscurecía, como preludio de la noche. Rau Branca se alzaba allí arriba, en lo alto de un cerro, rodeada por una muralla de madera muy tallada. Pero ellos no volvieron al recinto, sino que se encaminaron al albergue, sito en la parte pétrea de la ladera y excavado de hecho en la roca viva. Palo Vento levantó la cabeza y echó una mirada al guardián de casco de bronce y manto azul, que se recostaba en su larga lanza. Éste, a su vez, examinó a aquellos dos a la luz menguante del crepúsculo.

Las medias armaduras —de cuero lacado y metal, barrocas y caprichosas—, las espadas que colgaban de las axilas, las joyas. El hombre-halcón con la máscara, las ropas verdes y castañas, la charretera del hombro derecho, hecha de largas plumas verdes que el aire alborotaba. El hombre-serpiente vestido de ocre, con el brazo izquierdo cubierto por una armadura de escamas cobrizas; la cabeza calva surcada, de entrecejo a nuca, por una franja amarilla; las guardas en forma de S de sus espadas, remedando a las culebras.

Luego, los dos armas entraron en el albergue, y uno y otros dejaron de verse.

La entrada estaba formada por un arco tallado en la piedra, flanqueado por dos endriagos esculpidos en la misma roca. De allí partía un túnel que llevaba a un descansillo, y de éste salían otras tres galerías. Había lámparas colocadas en hornacinas, y nichos ocupados por una fantástica variedad de imágenes pandalumes y caralocas, e incluso se veía algún Ogueral, los ídolos protectores armas, forjados en cobre.

Los dos torcieron a la derecha, rumbo a la sala menor, y allí se detuvieron un momento, en el umbral. Cosal se frotaba despacio las manos, más por hábito que por frío, y Palo Vento se pasó, distraído, los dedos por la cabeza. Después cruzaron la sala casi vacía para ir a sentarse no lejos del fuego, cerca de la mesa que ocupaban Espadalombro y el maestro Te-Cui.

El hombre-leopardo afilaba absorto la espada, desnudo a excepción de sus joyas de oro y bronce, y la piel de pantera que le cubría cabeza y espalda. El resplandor de las llamas acentuaba sus rasgos, ahondando surcos y comisuras, y dándole cierto aire de ídolo norteño o montañés. Cosal detuvo su mirada, curioso, sobre su acero.

Los gorgotas emplean varias clases de espada, si bien son dos las principales. Ambas son de mano y media. La primera clase es de hoja afalcatada, con el filo algo curvado hacia delante, remedando de lejos una garra o un colmillo. Muchos ferales tienen variante propia de ese tipo de espada que, bien manejada, puede cercenar sin esfuerzo un miembro o una cabeza. La segunda clase es de filo curvado atrás, tipo

sable, capaz de abrir grandes heridas. Aparte de esos dos, hay multitud de tipos menores, como los hierros rectos que emplea la gente-avispa, por ejemplo, que recuerdan a los aguijones.

La espada del hombre-leopardo era del segundo tipo, y Cosal aprovechó para observar los detalles; las curvaturas de filo y contrafilo, los sellos y el leopardo cincelados en ambas caras de la hoja, el gran pomo de bronce con forma de cabeza de felino. Porque aquél era un hierro antiguo, con cierta fama, una obra maestra de los hombres-león arma, y su nombre era Sed Roja.

El maestro, por su parte, sostenía un casco pandalume entre las manos. El bronce oscuro del yelmo relucía a la luz del fuego, cuando le daba vueltas para examinar los detalles: las carrilleras, la melena de crines azules, el rostro femenino cincelado en el frontal. Paseaba muy despacio los dedos por este último, una y otra vez, dejándolos resbalar sobre los rasgos metálicos, como si tratase de captar con las yemas la labor del artesano.

Los dos armas se instalaron en una mesa contigua. Dejaron las espadas sobre el tablero y Cosal puso, en una esquina, su máscara de halcón, de madera oscura y cobre bruñido, con una larga melena de plumas pardas. A espaldas suyas apareció una sirvienta del albergue, ornada con pinturas y tatuajes de increíble complejidad.

—Vino —pidió Cosal, al tiempo que se aflojaba las piezas de la media armadura—. ¡Eh, Espadalombro! ¿Hace un vaso?

—No, gracias —declinó el mediarma—. Acabamos de cenar.

—Un trago de aguardiente entonces.

—Eso sí.

—¿Y usted, maestro?

—Acepto también. Muchas gracias.

La criada regresó con una caneca y dos vasos de cerámica entre los dedos de la zurda, así como una frasca de vidrio y dos cubiletes de cuero en la diestra. Espadalombro contempló con largueza su espada, valorando los destellos que corrían por el acero cada vez que la sopesaba, antes de envainarla con un gesto. La hoja entró en su funda con un largo suspiro, chasqueando débilmente al encajar.

—Esa criada nos ha dicho... —El mediarma saboreó su aguardiente de fruta—. Algo nos ha contado sobre una escaramuza en el río.

—¡Qué rapidez! —Palo Vento sonrió distraído, al tiempo que escanciaba el clarete.

A través de la puerta entornada del fondo, les llegaba el bullicio de los caravaneros, que se divertían en el salón principal.

—Tuve un mal encuentro con un par de brujas pandalumes hace un rato. Salí a dar un paseo..., supongo que no fue buena idea.

—No. El bosque es peligroso.

—Me gustaría saber por qué me han atacado —dijo, medio para sí mismo, el hombre-serpiente.

—Puede haber una docena de motivos distintos, o ninguno en absoluto. Las brujas y los que sirven a ciertas potencias son así. —Espadalombro recogió su larga pipa y comenzó a cargarla con cuidado—. Sé de lo que hablo. Hace tiempo, siendo más joven, presté culto al Mazacote.

Palo Vento lo miró, antes de asentir despacio. Aquella mención al Mazacote le había hecho recordar las ceremonias nocturnas que había presenciado en la región de Cabezas Muertas. Las grandes hogueras en el corazón del bosque, el retumbar de tambores, los cadáveres abiertos como reses. Apoyó la barbilla en la palma.

—Sabemos que algo hay entre el Cufa Sabut y las brujas mandemo. Pero es verdad que lo que me ha ocurrido hoy puede tener alguna relación con ellas o quizá ninguna en absoluto. Esas dos brujas llevaban máscaras muy raras.

—¿Máscaras? —Espadalombro levantó la mirada, con la pipa entre los dientes—. ¿Cómo eran?

—Lo cierto es que no tuve tiempo de fijarme mucho en ellas: estaba demasiado ocupado defendiendo el pellejo. —Sonrió con pereza—. Eran de madera barnizada, de muy buena taba. Una tenía cuatro cuernos pequeños y narices anchas, y la otra una especie de ojos en las mejillas...

—Sé cuáles son. —Acercó con cuidado la brasa a la cazoleta—. Sí, son máscaras de las brujas mandemo; esas dos suelen ir juntas y cazan hombres en los bosques.

—¡Qué grande es el mundo! —se dijo pensativo el maestro—. Aunque viviese uno diez vidas, y estuviese todas ellas viajando sin descanso, nunca llegaría a verlo todo.

—Es cierto. —El hombre-pantera asintió—. Pero uno puede conformarse con lo que tiene. Mire, éste es buen lugar para alguien como usted. Tiene una larga historia. Se dice que primero fue ocupado por una tribu sin nombre. Luego hubo aquí patacones y cucurinass. Y luego vino una secta de armas, fugitiva de Los Seis Dedos, que fue la que construyó la fortaleza de la cima, y la que habilitó todo esto como albergue.

—Algo de eso había oído. Pero poco les queda a los santones de Rau Branca de armas.

—La influencia caraloca y lagoán ha hecho lo suyo. En todo caso, lo interesante está en el propio albergue. Nos encontramos en la parte habitada. Pero esto se prolonga por dentro de la colina, a lo largo de galerías y cámaras, aunque nadie suele ir más allá de cierto punto. Yo una vez fui con unos cuantos amigos, a curiosear un rato, y encontramos frisos y pinturas muy extraños.

El maestro meneó la cabeza, disgustado, aunque con el brillo de la curiosidad en los ojos.

—Llevamos aquí más de una semana y me entero de eso ahora. Pero en fin, más vale tarde que nunca. Creo que ya he encontrado en qué ocuparme hasta que nos vayamos.

Horas más tarde, de madrugada, el maestro se había lanzado a deambular por las entrañas de la colina. La misma esclava que servía en la sala menor le había llevado a lo más profundo del albergue, hasta una puerta de madera profusamente tallada. En un comercú que el maestro apenas lograba entender, le explicó que había varias así, y que todas llevaban a un antiguo laberinto de roca viva; así como que un túnel subía hasta enlazar el albergue con la fortaleza en lo alto de la colina.

Se notaba una corriente de aire, casi imperceptible, fruto quizá de algún conducto de ventilación, perforado en algún momento pretérito para mantener seco aquel lugar. La atmósfera subterránea era fría y algo polvorienta, y dejaba en los labios un regusto añejo. El maestro estuvo vagabundeando entre las tinieblas, un poco al azar, alumbrado por una lámpara de barro. Se detenía ante cada nuevo hallazgo y lo examinaba a la luz de la llama. Su memoria, entrenada para retener de forma ordenada, almacenaba cada detalle, para luego trasvasarlos a su cuaderno.

Deambulando al azar, se encontró con fragmentos de cerámica, cestería, útiles rotos. Vio tallas en la roca, bajorrelieves, inscripciones en media docena de alfabetos. Y pinturas rupestres de dos clases bien distintas, ante las que se demoró largo rato, estudiando los trazos al temblor de la llama de aceite. Unas eran puro arte naturalista, llenas de color, detalles y movimiento. Las otras, por el contrario, mostraban figuras esquemáticas en rojo, entremezcladas con símbolos abstractos de difícil interpretación.

Luego, mientras recorría una parte excavada por gorgotas, quizá los primitivos raúnes, que emigraron de Los Seis Dedos con su diosa azul —no había más que fijarse en las hornacinas de las paredes, algunas ocupadas aún por ídolos verdosos de cobre, con ojos saltones y bocas anchas—, un ruido lo sacó de su ensimismamiento.

Se detuvo, de golpe consciente de la profundidad a la que se hallaba, así como de la soledad y de las tinieblas circundantes. Se cambió la lámpara de mano para apoyar la diestra en su espada hermosa y antigua, y aguardó largos instantes, sin casi pestañear siquiera.

El ruido se repitió túnel adelante, más allá del recodo. Era sin duda un toque de castañuelas, corto y vibrante, que para él repicó en la negrura como si un dedo helado recorriera su espalda. Después, otra vez silencio espeso.

Depositó la lámpara en el suelo y se acercó despacio a la vuelta del túnel, los dedos rozando la espada. Al asomarse con cautela, pudo percibir cierta claridad, apenas una sombra de resplandor, allí delante, flotando en la oscuridad subterránea. Tras unos instantes de duda, volvió a tentar el pomo de su espada, antes de seguir con lentitud, casi a ciegas. Y volvió a oír aquel toque de castañuelas.

Casi a tientas, dio con una hendidura en la pared, que era por donde se filtraba ese asomo de luz. Fue paseando los dedos por el borde, y descubrió que se trataba de una brecha alta y angosta, con forma de huso y adornada con una doble moldura alrededor. Arriesgó un vistazo. Obtuvo el atisbo de una cámara en la penumbra; la Bibruela y Flaco Igola, el brujo guerrero montañés de la máscara de chivo, estaban allí dentro. Luego, tras unos segundos, volvió a mirar.

Un par de llamas de aceite ardían en vasos y, al titilar de esas luces embrujadas, la mujer-serpiente estaba bailando para el montañés. Éste se sentaba sobre una losa alfombrada, desnudo a excepción de su máscara de chivo, cruzado de piernas y con la espada en el regazo. Ella se mecía muy despacio, casi al alcance de su mano, cubierta sólo por el cambuj, y joyas bruñidas, y untada de pies a cabeza en aceite.

Se cimbreaba con parsimonia, los brazos abiertos, muy lentamente. El reflejo de las luces iba resbalando pausadamente por su piel aceitada, y arrancaba rápidos destellos al metal de las alhajas. Resplandores y sombras jugaban por todo su cuerpo al compás de esa danza hechicera y, a cada latir de las llamas, los rasgos de bronce de la máscara parecían mudar de expresión. Se contoneaba, danzaba oscilando a la media luz amarillenta, haciendo tintinear las ajorcas y, cada cierto tiempo, entrechocaba sus crótalos con toques que resonaban por toda la cámara.

El maestro nunca supo cuánto tiempo estuvo observándola, ni cómo consiguió desviar al fin los ojos de ella. Se apartó de la abertura con sigilo, mojado en sudor y, tras recobrar la lámpara, huyó sin demora de aquellos subterráneos embrujados, perdidas ya las ganas de explorar. De vuelta en su alcoba, pasó el resto de la noche ante una vela encendida, tratando de reflejar por escrito la danza mágica de la mujer-serpiente.

Sólo al clarear hizo a un lado el documento, en absoluto satisfecho, y salió a la galería exterior, en busca de aire fresco. Esa galería estaba tallada en la roca viva, a cierta altura y, asomado a sus arcos, el maestro se encontró con un amanecer desapacible de nubes de tormenta, luz tristona y grandes bancos de niebla arrastrándose por las laderas. Soplaba un viento gélido que le hizo lamentar no haberse llevado el chaquetón. Pero no se retiró, sino que apoyó los codos en el antepecho de roca y se entretuvo en contemplar cómo aleteaban las aves sobre el río.

Cuando apartó los ojos del agua, fue para pasearlos por las márgenes entreveradas de bruma, así como por las arboledas y los cañaverales azotados por el viento. Y fue entonces cuando descubrió que había alguien en la orilla.

Estaban lejos, pero no tanto como para no distinguir algunos detalles. Eran cuatro. Uno, el más alto, era sin duda Trapaieiro Porcaíán, con su máscara híbrida, las ropas negras y la media armadura de bronce dorado y cuero lacado en negro. Las otras tres eran brujas gorgotas —gargales, supuso—. Las tres portaban largos fusiles, medias armaduras y cambujes que el maestro, gracias a lo ya aprendido en esos meses,

reconoció como máscaras de matar.

Discutían gravemente, con pocos gestos, y a veces el montañés sacudía la cabeza. El viento les agitaba las ropas y alborotaba las cabelleras teñidas de las brujas. Tras conversar durante cierto tiempo, los cuatro echaron a andar por la ribera, entrevistados a través de los jirones de bruma, y acabaron por desaparecer entre los árboles.

Te-Cui se quedó mirándolos hasta que los perdió de vista entre los árboles. Luego volvió a contemplar las márgenes del agua, y las cimas de las colinas, ya tocadas por el sol. Lanzó un suspiro, sintiendo ya el castigo del frío y el sueño, y volvió a su alcoba a echarse un rato.

Fue un descanso inquieto y, además, muy breve, ya que al poco de acostarse alguien comenzó a aporrear su puerta y a llamarlo a grandes voces. Se incorporó lleno de fatiga, apartó de un tirón las sábanas y se quedó unos momentos sentado en la cama, los ojos casi pegados de sueño. La claridad del sol entraba por la lumbrera, y los golpes proseguían. Se levantó, con la espada enfundada en la zurda, y fue a abrir.

En el umbral estaba uno de los montañeses de la partida; un hombre-jabalí de barba enorme e hirsuta, salpicada de medallitas de oro.

—Perdóname, don —titubeó al verlo de esa guisa—; pero te piden que vengas abajo, a la sala menor.

—¿Qué ocurre, hombre? —Se pasó los dedos por la barba, bostezando.

—Eso no lo sé. Sólo me han pedido que te avise.

—¿Quién?

—Don Trapaieiro Porcaián, el hombre-halcón Cosal...

—Bien, bien. —Meneó la cabeza—. Avisa, por favor, de que bajaré en cuanto me lave la cara.

Cuando por fin bajó, se encontró con que en la sala pequeña estaban reunidos algunos de los miembros más conspicuos de la partida: Trapaieiro Porcaián y el Rey Rojo, desde luego, y también Cosal, Palo Vento y el santón Uíso Caruvé. Conversaban entre ellos, y con un mediarma: un hombre-avispa pintarrajeado de negro, con grandes manchas amarillas, que volvió hacia él unos ojos intensos.

El maestro se quedó perplejo ante esa mirada, que parecía llena de emociones extrañas. Pero no tuvo tiempo de reflexionar, ya que Uíso Caruvé le interpeló apenas entrar.

—Buenos días, maestro. —El gigante embadurnado de negro y blanco no se anduvo con rodeos—. ¿Conoces a este hombre?

—Claro. —El cerebro entrenado de Te-Cui había reconocido enseguida a aquel mediarma, a pesar de las pinturas y de que sólo le había visto un instante—. Este hombre-avispa me salvó la vida en la emboscada del otro día. Yo había caído al suelo, y un caraloca me hubiera ensartado si él no hubiera parado el golpe con su

espada.

Los presentes intercambiaron miradas entre ellos.

—¿Y antes de eso?

—No. No le había visto en mi vida.

Uíso Caruvé cruzó unas frases con el hombre avispa en caraloca. Luego se volvió de nuevo hacia el maestro.

—Este hombre ha venido desde el bosque preguntando por ti. Dice que en otra vida fuisteis padre e hijo, y que así te reconoció en el acto, en el encuentro del otro día. Por eso te salvó la vida y por eso lo ha dejado todo, para reunirse contigo.

El maestro Te-Cui lo miró, luego al mediarma, después a los presentes, que tenían expresiones que iban desde el asombro hasta un escepticismo bastante condescendiente. Se pasó la mano por la frente.

—¿Mi hijo?

—En otra vida. Eso dice él.

Te-Cui se sentó y aceptó agradecido la taza de café caliente que le tendía una esclava. Se quedó mirando al hombre-avispa.

—No sé qué decir —articuló por último.

El mediarma volvió a hablar. Le habían dejado sus hierros —espada y arco— como gesto de confianza y el maestro se percató de que era un hombre joven, que no pasaría de los quince años. En esta ocasión, Uíso Caruvé tradujo sus palabras.

—Dice que entiende tu confusión. Él también estaba confuso al principio. Dice que te tomes un poco de tiempo y que, llegado el momento, podréis hablar largo y tendido.

—Sabias palabras.

El hombre-avispa soltó otra retahíla.

—Dice que ha venido para reunirse contigo, y que trae un regalo.

—¿Y qué regalo es ése? —dijo, con la taza humeante entre las manos, aunque la respuesta le hizo levantar de golpe la cabeza.

—Él sabe dónde se encuentra la Máscara Real.

Había viajado hasta Los Seis Dedos con la intención de consultar las enormes bibliotecas de los gorgotas y, en menor medida, atraído por esa extraña cultura suya de las máscaras. Pero, tal como suele ocurrir, una vez allí, lo segundo ganó en importancia a lo primero, y ambas cosas a su vez tuvieron que ceder ante una tercera circunstancia.

Primero estuvo en Resegra, la ciudad más sagrada de los armas, tanto que se necesitaba un salvoconducto para llegar hasta ella. Allí estaba la Gran Biblioteca, construida en una ladera pétrea, con una fachada que era sólo una fracción del edificio, ya que había kilómetros de galerías abiertas en la roca viva, cubiertas en toda su longitud de estantes, en las que se acumulaban los escritos, en multitud de lenguas, acumulados durante un millar de años. Y, sin embargo, como no encontraba allí lo que buscaba, sus pasos lo llevaron hacia el sudeste a la sierra Cerrada.

Allí, mientras rebuscaba en los tomos depositados en la biblioteca de un viejo santuario gargal, conoció a Pogar, el rey-brujo puce. Los puces eran un pueblo gargal que vivía en la sierra Ongada, una cadena montañosa situada muy al este, en mitad de las grandes llanuras. Aquel Pogar era mago y herrero, y hombre versado en muchas materias. Él le sirvió de guía a través de los laberintos que eran las bibliotecas gargales, y fue él también quien le introdujo en no pocos temas.

Aunque no en las máscaras. En eso, su guía fue una persona muy distinta: una mujer a la que conoció en un santuario situado en cotas muy altas; una fortaleza perdida en mitad de vientos que aullaban, cielo abierto y nieves. Esa mujer se dedicaba a la curación, y fue ella quien le hizo dejar de lado la búsqueda de textos de hidráulica, y la que hizo que las máscaras cobrasen para él nuevos significados.

Había gorgotas que usaban muchas caretas; incluso los había que tenían una casi para cada ocasión, y él había creído que éstos eran los más duchos en el arte del uso de las máscaras. Pero pronto le demostró ella lo contrario.

Ella no usaba, por lo común, más que dos cambujes, y sólo en ocasiones muy concretas. El primero era uno formal, que calaba en actos públicos o cuando practicaba la medicina. El segundo sólo se lo ponía en la intimidad. Ésa mujer le enseñó cosas sobre el uso de máscaras que ni siquiera había llegado a imaginar. Que el simple acto de colocarse una era ya tan importante, y alteraba tanto la situación, como no ponérsela. Como por ejemplo cuando, tras haberse ceñido para él su máscara más íntima, no la usaba la siguiente vez. Esa simple omisión despertaba en él todo un torrente de sensaciones.

Así que fue demorando sus viejos objetivos, se dejó arrastrar de buena gana al dédalo de los juegos de las máscaras y, poco a poco, lo secundario se transformó en principal, y lo principal en accesorio, antes de reducirse a nada y ser para siempre

olvidado.

Remaban en la oscuridad. No había luna ni viento, y apenas se oía el rumor de la corriente. Las orillas arboladas se recortaban altas y negras contra las estrellas y a cierta distancia algunas luces mostraban retazos del puerto fluvial: esquinas, fachadas, tapias entrevistas en un mar de negrura, al resplandor de lámparas y alguna hoguera.

Habían remontado el río ya de noche cerrada, en dos piraguas largas, con proa en forma de cabeza de lucio, y tuvieron que remar largo rato antes de llegar a la altura de Matecoda. Lo hicieron en silencio y sólo al avistar las luces nocturnas hubo entre ellos cierta agitación; un removerse en las tinieblas, remo en mano, ante esa población ribereña que servía de refugio a la Máscara Real.

Una fogata ardía junto al embarcadero y las llamas se reflejaban en las aguas oscuras, delatando la presencia de tres bateles pequeños, amarrados a postes. Detrás, se intuían almacenes en sombras y, más allá, la residencia fortificada del senado local. En el propio río, algunas luces dispersas avisaban de la posición de los grandes palafitos comunales de los caralocas, así como de la del islote del santuario.

El escrutinio en la oscuridad no era necesario ya que, antes de la incursión, las dos lanzáis copa habían hecho que cada participante se aprendiese de memoria el plano de la ciudad. Ese diseño en el que el puerto, la fortaleza y el barrio seco eran un núcleo en tierra, y donde el islote sagrado y los palafitos formaban algo así como una hoz que partía del mismo.

Mientras remaban, los ojos se les iban una y otra vez a esa isla fluvial, sin encontrar otra cosa que una mole oscura entre las sombras, punteada por las antorchas que ardían en lo alto de los parapetos. En ese santuario —sede de cultos ofídicos, además de centro de sanadores y curanderos, reputado en todo el Alto Norte— se habían refugiado el rey-brujo Antil Mutel, que ahora usaba el nombre de Pogar, así como la Máscara Real y el Cufa Sabut, con el beneplácito de los matioeté, la tribu caraloca cuya capital era Matecoda.

Las piraguas rebasaron por completo el barrio fluvial y, tras acercarse a la orilla, viraron para volver aguas abajo y pasar entre los palafitos y tierra. Así se había decidido previamente, dado que la escasa distancia entre el santuario y algunos palafitos desaconsejaba remar a contracorriente, ya que los chapoteos podían poner sobre aviso a los centinelas.

Comenzaron a bajar por entre los palafitos, que no se distribuían de forma homogénea, sino que se agrupaban en un gran núcleo enlazado por puentes colgantes, pegado al islote, y se continuaban después en un largo fleco —la hoz— de plataformas dispersas y aisladas. Fueron dejándose llevar por la corriente, despacio, con apenas algún que otro toque de remo para corregir la deriva. Las luces de los

palafitos se reflejaban en las aguas retintas y, a veces, el salto de algún pez provocaba un chapuzón hueco. Pero, por lo demás, la negrura y la quietud eran casi totales.

Había un hombre en el exterior de una plataforma, visible al resplandor de una lámpara. Un centinela, o puede que un insomne, acodado en el pasamanos de madera tallada, que contemplaba la noche, envuelto en una manta de colores. Estaba fumándose una pipa y, a cada calada, las brasas rojizas le alumbraban el rostro. Fueron rebasándolo con el alma en vilo, viendo cómo lanzaba bocanadas de humo. Incluso llegó a mirar directamente hacia ellos, sin advertir su presencia en la oscuridad.

Por la banda contraria, alguien atravesaba uno de los largos puentes, entre el hamacar y crujir de las maderas y las sogas. Eran dos personas al menos, y se las oía reír en voz alta. El fumador alzó la cabeza, curioso sólo a medias, como si tratase de distinguir algo entre las sombras. Pero unos y otro quedaron con rapidez a popa y las piraguas salieron al descubierto, próximas ya al islote.

Un temblor sacudió el esquife y las aguas se agitaron, delatando que alguien se había echado al río. Cosal se tentó las armas y la talega de hule en la que guardaba las ropas. Un nuevo estremecimiento, otro chapuzón sordo y alguien siseó muy bajo en la oscuridad, al sentir el frío de las aguas. Ése había sido Palo Vento y, al oírle, el hombre-halcón se acarició los antebrazos, palpando el tacto untuoso de su propia piel. Todos se habían embadurnado con un aceite secreto de Granlea, una bruja de la partida, y que según ella era capaz de proteger del frío, así como de asquear a los dragones e impedirles que atacasen a los nadadores.

Alguien más pasó por encima de la borda, justo delante de él. Intuyó más que vio a Peitorcal, la lanzái copa, casi invisible al resplandor de las estrellas. Se sostuvo en vilo un instante sobre la borda, haciendo escorar la piragua, para intercambiar dos besos en las mejillas con la otra altacopa, antes de zambullirse. El hombre-halcón buscó con los ojos las luces —un flamero en el santuario, las lámparas de un palafito en concreto, la hoguera en lo alto de una atalaya, en la ribera opuesta— que tan útiles le iban a ser para orientarse.

Ocalid, la otra lanzái copa, le golpeó en la rodilla y él, casi a tientas, se fue al agua. A duras penas contuvo una exclamación, porque estaba fría de verdad. Luego apartó las manos de la piragua y, tras localizar de nuevo las luces, echó a nadar hacia el islote del santuario.

Alcanzó a braza la orilla que miraba al centro del río, la más alta y abrupta. Ya había otros allí, agarrados a grietas y matas, mientras llegaban los demás. El agua lamía las piedras y se buscaban unos a otros en la negrura, entre susurros, tratando de comprobar que estaban todos. Cuando al fin pareció que sí, hubo un sonido de chapuzones y Cosal supo que alguien se había sumergido a explorar, así que tanteó por las rocas hasta encontrar un agarre y reposar hasta su regreso.

Los propios amos de Rau Branca, los raúnes, habían sido quienes les habían revelado la existencia de un pasadizo subacuático; un sifón artificial. No cabía sorprenderse de eso, ya que aquellos practicantes del antiguo culto carazul, gracias a su posición privilegiada en una ruta de caravanas, y su control del albergue, habían llegado a conocer muchos secretos. Y Rau Branca sólo distaba cincuenta kilómetros de Matecoda.

El hombre-halcón dio un par de brazadas, esperando que volvieran los que se habían sumergido a explorar, y a silenciar a cualquier posible centinela. Mientras flotaba entre las sombras, no podía evitar pensar en los dragones; sentir la comezón de que quizás en ese preciso momento alguno de esos reptiles gigantescos surcaba las profundidades, con lentos movimientos sinuosos, justo bajo sus pies, a punto a arrastrarle al fondo entre sus fauces. Volvió a sobrenadar. La espera se hacía interminable en la oscuridad, mientras la corriente lamía susurrante las rocas y, a pesar del aceite de la bruja, la frialdad de las aguas calaba hasta los huesos.

La superficie del río se rompió muy cerca, sobresaltándolo; pero no era más que el explorador, de vuelta del pasadizo. Se dijeron unos a otros unas pocas palabras en voz muy baja, antes de comenzar a sumergirse uno tras otro, en un orden preestablecido y en el mayor silencio posible.

Había que bajar mediante una serie de entalladuras en la roca y, a unos tres metros de profundidad, entrar por la boca del túnel y seguir agarrados a una cuerda gruesa y áspera que había tendida en toda su longitud. Llegado su turno, el hombre-halcón pasó con rapidez. Tuvo que bucear a ciegas, cargando armas y algo de ropa en la bolsa de hule, pero el pasaje hundido no era excesivamente largo y la soga permitía avanzar con rapidez. Nadadores mucho más mediocres lo hubiesen logrado sin dificultad.

Emergió a un estanque ovalado y de altas paredes, como un gran pozo, con una escalera de piedra para salir del agua. Había una luz encendida junto al borde y ese resplandor, dividido y multiplicado por el agua oscura, hacía temblar entramados luminosos sobre el techo de roca viva, dando a esa cámara subterránea un aire encantado.

Alguien surgió a su lado: un hombre-jabalí grande y fuerte que chapoteaba al tiempo que respiraba afanoso, con un asomo de pánico en el rostro. Viéndole debatirse, Cosal comprendió que aquello de bucear a ciegas debía de haber sido un trance muy duro para el montañés. Un segundo hombre-jabalí apareció entonces, y él se apresuró a ganar la escalera, antes de que llegasen más.

Subió lentamente, sintiendo la frialdad de los peldaños en las plantas descalzas de los pies. Arriba había ya varios, entre ellos Uíso Caruvé, el santón embadurnado de blanco y negro como un esqueleto. El hombre-halcón observó con interés la gruta. Había estatuas cinceladas en las paredes, y un par de lámparas de arcilla, que los que

habían llegado antes acababan de encender. Al parecer, no había guardias en aquella cámara. Quizá los sacerdotes del santuario estaban demasiado seguros del secreto, o quizá suponían que el mismo hecho de situar guardias ponía en peligro tal secreto.

Los demás seguían llegando a intervalos, rompiendo las aguas. Miríadas de reflejos se estremecían sobre la roca y los chapoteos reverberaban con sonidos blandos por toda la sala. Salían uno tras otro, despacio, mirando curiosos alrededor. La última en surgir chorreando del estanque fue la lanzái copa, con el pelo negro anudado en una coleta y el cuerpo ceñido por un arnés de cuero lacado y metal. Aunque todos portaban alguna defensa, ella era la única que, gracias a su entrenamiento, se había atrevido a nadar y sumergirse con el peso de una media armadura encima.

Habían encendido un brasero de cobre y todos, como de común acuerdo, fueron a reunirse a su alrededor. Hubo un rato de silencio. Nadie decía nada; se frotaban brazos y piernas, se sacudían y alargaban las manos hacía las brasas, para secarse y entrar en calor. La altacopa se retorció la coleta y el agua le resbalaba por entre los dedos, goteando contra el suelo con un golpeteo apagado.

Se embutieron ropas oscuras o negras, sacadas de las bolsas de hule. El santón se envolvió en su manto y los dos hombres-jabalí, hechos a toda clase de rigores, optaron por seguir desnudos. Algo apartada del resto, la lanzái copa estaba ciñéndose en torno a las caderas y entre los muslos una pieza negra y gris, para formar una especie de calzón holgado.

Luego, con gestos tan precisos que tenían algo de rituales, se caló un cambuj de ébano y azabache: un trabajo magnífico que semblaba, en dos tonos de negro, un rostro de mujer, ambiguo y exquisito. Los demás intercambiaron miradas algo inseguras, intuyendo que aquellos rasgos refinados correspondían a una de las legendarias máscaras de sangre altacopas.

Peitorcal se demoró por un instante a la luz del brasero, un brazo en jarras y los labios jugosos algo fruncidos. Los ojos turquesa chispeaban tras las rendijas de la máscara, como si ésta hubiese cobrado vida de repente y reparase en los presentes. Aquella mirada azul recorrió a todos los compañeros, haciendo sentirse incómodo a más de uno.

—¿Vamos? —invitó con suavidad, rompiendo ella misma el hechizo.

Se asomó a la boca del único acceso de la cámara, un arco de medio punto tallado en la roca, atisbó un instante, antes de hacer el gesto de vía libre y cruzar con cautela el umbral. La siguieron sigilosos, acero en mano, a través de los túneles. El aire allí era viciado y rancio, con regusto a moho, y la humedad podía palparse. A largos trechos, alguna que otra lámpara esparcía una penumbra turbia y amarillenta que apenas servía para no tropezar.

Peitorcal alzó una mano y los demás se inmovilizaron a sus espaldas, empuñando

las armas y casi conteniendo la respiración. Unos pasos adelante, el túnel iba a desembocar en una cámara amplia e irregular, una especie de rotonda del sistema subterráneo, encrucijada de varios pasadizos. Los que estaban justo detrás de la lanzái copa pudieron ver, a través de la entrada, colosos esculpidos en la roca viva y grandes portales a oscuras.

En aquel espacio subterráneo no había encendidas más que un par de lámparas de sebo y, a su resplandor, vieron una mesa cerca de uno de los colosos de roca. Sobre el tablero había una lámpara, una clepsidra, un tablero de fuego, un farol de hierro negro y cristal, una espada envainada y un jarro de barro. Un hombre alto y envejecido se sentaba con aire adormilado ante la mesa, moviendo piezas rojas, amarillas y azules sobre el tablero; llevaba la cabeza totalmente afeitada, a excepción de un copete amarillo y, por sus vestimentas, supusieron que era un guardián.

La altacopa se movió en la oscuridad, ahora con una hoja arrojadiza entre los dedos. Se desplazó un poco pero, mientras ya tomaba distancias, el centinela movió otra pieza y, con una ojeada al reloj, se puso en pie bostezando. Ella se esfumó en la negrura y lo mismo hicieron sus compañeros, buscando refugio entre las estatuas que adornaban la antesala a esa cámara. El guardia, tras encender el farol e introducir la espada en el cinto, bostezó de nuevo y se dirigió precisamente hacia aquel túnel.

Entró en el embudo de roca sin advertir nada, con paso cansino, puede que absorto en sus pensamientos o quizá tan sólo adormilado. No fue hasta que estuvo muy adentro que se detuvo de golpe, alertado por nadie sabe qué. Alzó el farol, se despabiló con un sobresalto y quiso recular echando mano a la espada. Pero Palo Vento salió de las tinieblas y lo agarró por el cuello. Tenía los antebrazos fuertes y conocía las llaves constrictoras de la gente-serpiente; así que su víctima no pudo casi ni debatirse, ni soltar más que un gañido ahogado. El farol se estrelló contra el suelo, los cristales saltaron en mil pedazos y la mecha se apagó.

El hombre-serpiente ocultó el cadáver mientras el santón barría con el pie los trozos de cristal, y algunos se adelantaban a vigilar las demás entradas. A partir de aquel punto, los túneles se veían algo más cuidados, con largos tramos de pared rocosa cubierta de frisos, y las luces eran algo más abundantes.

Allí, según lo planeado previamente, se dividieron en dos grupos. Aquella noche sin luna, los sirvientes de la Máscara Real procederían a bañar ritualmente a su portador, para purificarlo, y sería una de las pocas ocasiones en que éste se despojase de la máscara. Según las informaciones recogidas y los datos que los raúnes tenían sobre el santuario, habían llegado a suponer dónde procederían los sirvientes y los sacerdotes del islote a bañar al portador. Hacia allí se iba a dirigir un grupo formado por Palo Vento, la lanzái copa Peitorcal y dos montañeses: un hombre-cuervo y una mujer-urraca que eran pareja. En el otro grupo estaban Cosal, el santón, un hombre-comadreja y los dos hombres-jabalí. Misión suya era llegar a la cámara sacra en

donde creían que estaría depositada esa noche la Máscara Real.

Intercambiaron unos últimos comentarios. Se demoraron un instante y hubo remover de pies, ajustar de correajes, unos pocos gestos de despedida, algún guiño amistoso. Luego se separaron.

Había cuatro portales abiertos en la roca, a distintas alturas de la rotonda y accesibles mediante rellanos y escalones de piedra. El primer grupo se fue por el inferior, en tanto que Cosal y sus compañeros tomaban por el segundo más bajo, viéndose enseguida inmersos en una maraña de túneles.

Fueron avanzando en una casi oscuridad, armas en mano, atentos a cada giro del túnel y deteniéndose con frecuencia a escuchar. Llevaban mechas y, el chisporroteo hacía temblar sombras deformes a lo largo de los pasadizos. La humedad churreteaba la piedra y, en el silencio subterráneo, se oía gotear con lentitud el agua, que salpicaba a intervalos.

El hombre-comadreja, que por ser el más ligero iba delante, les advirtió alzando la mano y los demás se acercaron con precaución para atisbar por un recodo. Más allá acababa el túnel y, al fondo, bostezaba otro portal abierto en roca viva, flanqueado por dos bichas de piedra: monstruos minerales con torso y cabeza de mujer y cola de serpiente, que sostenían flameros de bronce sobre los que danzaban las llamas. Ese portal, según sus informaciones, daba acceso a las antesalas de la cámara sacra del islote pero, en contra de lo que habían esperado, no había guardia alguno ante la puerta.

Cosal sacó de entre sus ropas un reloj de cuerda para comprobar que el otro grupo había tenido tiempo de llegar a las estancias donde creían que estarían purificando al portador. Consultó luego con los ojos a sus compañeros y éstos le indicaron con pequeños gestos y cabeceos que estaban listos. Entonces, al resplandor de las llamas, se acercaron al portal y, tras cruzar de nuevo miradas, invadieron con sigilo las estancias sacras.

Se encontraron en una gruta alta y espaciosa, techada con una falsa cúpula. Titubearon en la penumbra, empuñando los aceros y mirando a todas partes; pero no había sino quietud en esa cámara abarrotada de tinajas, muebles y alfombras. Aquí y allá algunas velas encendidas y, en los claroscuros, se adivinaba la presencia de las estatuas de deidades ofidias caralocas: Menglol, de cuerpo humano y con dos cabezas de serpiente; Serube, la culebra alada; Caibir, la bicha de cuatro brazos.

Pero, aparte de las efigies, allí no había nadie, y un sentimiento ambiguo, mezcla de alivio y decepción, recorrió el grupo. Se demoraron unos instantes para examinar las efigies, los altares, las banderas sagradas que colgaban de las paredes, en la penumbra. Había otro portal al fondo y, junto a la imagen de Caibir, un agujero circular en el suelo, como un pozo que llevase a niveles aún más bajos.

El hombre-comadreja se acercó a un altar de piedra oscura cubierta por un mantel

escarlata, sobre el que descansaba una vajilla de oro labrado que resplandecía con suavidad al fulgor de las velas.

—Pasor —le advirtió el santón Uíso Caruvé—, ni se te ocurra tocar lo que es de los ídolos. No somos ladrones ni hemos venido aquí a robar.

El aludido hizo amago de revolverse, el santón sopesó hosco su hacha. A la luz de las mechas, pensamientos encontrados parecieron cruzar como meteoros por el rostro del primero, surcado por un trazo grisáceo. Pero, por último, dejó pasar el tema con una mueca de desdén.

—Claro, hombre. ¿Quién quiere cargar con una maldición? Pero déjame que le eche un vistazo. Mira, mira cuánto oro. —No pudo contener un suspiro.

Luego dio un brinco de sobresalto, con una exclamación. Tres mujeres se acurrucaban tras el altar, mirándole aterradas. Sacerdotisas o sirvientas sacras, que dormían en la misma gruta y que debían de haberse escondido, quietas y conteniendo la respiración, con la esperanza de pasar inadvertidas. Una era ya anciana, otra joven y la tercera apenas una adolescente. Las tres llevaban el pelo teñido de varios colores y el cuerpo cubierto de pinturas y joyas.

El hombre-comadreja las observó boquiabierto un segundo. Luego, como la alimaña epónima, saltó sobre ellas en silencio, con los aceros destellando. Los dos hombres-jabalí, galvanizados por esa acción, se abalanzaron a su vez con las armas en alto, a pesar de que el santón quiso cerrarles el paso. Las tres mujeres chillaron y se taparon la cabeza con los brazos y, en pleno tumulto, la segunda de ellas logró escabullirse, porque Uíso Caruvé acertó a agarrar por el brazo a uno de los hombres-jabalí, estorbando su golpe. Pero el hombre-comadreja echó a correr detrás de ella, la daga filosa rebrillando a la luz de las velas.

Ella logró llegar al portal del fondo, con su perseguidor tropezando con los muebles entre las sombras, y huyó pidiendo socorro por el túnel. Los pies desnudos golpeteaban sobre el suelo de roca, las alhajas tintineaban al correr y los gritos resonaban a lo largo del subterráneo, levantando cascadas de ecos. A medio túnel, el hombre-comadreja le dio alcance y la apuñaló varias veces en los riñones, haciéndola trastabillar en la carrera. Los pies le fallaron, fue dando tumbos contra las paredes y acabó por caer al suelo. Allí quedó, aún agitándose y tratando en vano de seguir a rastras.

Su asesino no se molestó en rematarla. La agarró en la semioscuridad del túnel y se hizo con el collar de cobre y lapislázuli que llevaba en la garganta. Luego le arrancó de un tirón los pendientes de bronce. Su víctima aún pudo quejarse débilmente.

Pero los subterráneos cobraban vida, alertados por los gritos. Se oían portazos, resonar de aceros, voces, carreras, y el hombre-comadreja abandonó precipitadamente a su víctima.

Los dos hombres-jabalí y el santón discutían acaloradamente, aunque en voz muy baja. Los unos se pasaban los dedos por entre las grandes barbas, disgustados, mientras el otro manoseaba el mango de su hacha. Este último, no bien vio volver al hombre-comadreja, se le encaró colérico; pero él alzó la mano.

—¡No, no! ¡No hay tiempo de discutir! —urgió—. Nos han oído. Han dado la alarma y tendremos aquí, en un momento, a los guardias del santuario.

—¡Idiota! ¡Asesino! —rugió el santón.

—Vámonos —intervino Cosal, que hasta ese momento se había mantenido al margen—. Ya arreglaremos todo esto después.

El santón asintió a disgusto. Hizo amago de retirarse de allí, con una última mirada a las mujeres muertas, y se detuvo a mitad del movimiento. Luego reculó aferrando el hacha. Los demás se volvieron, alarmados por su expresión, a tiempo de ver cómo algo muy grande se elevaba con rapidez entre las sombras. Atónitos, retrocedieron en confusión.

Observaron paralizados al monstruo, mitad mujer, mitad sierpe, que se balanceaba sobre sus cabezas, observándolos a su vez desde lo alto, con ojos inhumanos. En ese fugaz instante en que se mantuvo allí arriba, oscilando entre las sombras, pudieron entrever un rostro terrible, caricatura de mujer, en el que ardían dos ojos amarillos; unas manos erizadas de uñas largas, unos pechos pesados, el vientre escamoso y una cola de serpiente que se retorció y chasqueaba en la oscuridad. Luego, con un chillido espantoso, la bicha se echó sobre ellos.

El hechizo se rompió y los hombres cayeron como bolos, gritando. Los aceros rodaban tintineando sobre la roca y el primero en recobrarse fue el santón, que se lanzó contra el ser cuando ya se revolvía para atacar de nuevo. El hacha silbó en la penumbra, pero el monstruo bloqueó siseando el golpe. A su vez, el hombretón pintarrajeado como un esqueleto pudo sujetar la garra que ya amenazaba su cuello. Los anillos de serpiente se arrollaron a gran velocidad a su alrededor, envolviéndolo a medias.

Cosal tanteaba a ciegas en busca de su espada, que se le había escapado de los dedos, mientras asistía impotente al forcejeo entre el santón y la bicha. Luego, cuando sus yemas topaban ya por fin con la empuñadura del acero, los vio ir debatiéndose de un lado a otro, con gran estrépito de muebles volcados y vajillas caídas, y desaparecer de golpe de la vista.

Los buscó durante unos momentos, desconcertado y frenético. Pero uno de los hombres-jabalí, que también habían caído en el primer embate, le hizo fijarse en el gran pozo que se abría a ras de suelo. El hombre-halcón inspiró hondo, antes de asentir con la cabeza. La bicha debía de haber salido por esa oquedad y, sin duda, ambos habían ido a caer en su interior.

—Nada podemos hacer —rezongó.

Y sólo entonces se dieron cuenta de que Pasor, el hombre-comadreja, seguía allí donde había caído. Una segunda ojeada bastó para comprobar que estaba muerto, con la cabeza hundida por un golpe formidable. Al otro lado del portal sonaban gritos iracundos y se veía agitar de luces; pero nadie había cruzado de momento el umbral, quizá contenidos por algún tipo de prohibición sagrada.

—Nada podemos hacer por Uíso Caruvé —repitió Cosal—. Vámonos de aquí.

Uno de los hombres-jabalí agarró una antorcha y él hizo lo propio con otra, demorándose por un segundo, lo suficiente como para quitar de entre los dedos del hombre-comadreja aquel collar de lapislázuli y cobre. Salieron huyendo por donde habían llegado. Los túneles pasaban ahora a gran velocidad, y las llamas de las teas, alborotadas por la carrera, agitaban largas sombras sobre las paredes curvas. A veces, alguno de los aceros rozaba la piedra del pasadizo, arrancando ecos metálicos entre lluvias de chispas.

Los hombres-jabalí se desviaron por un ramal, dando gritos de aviso, y Cosal, rezagado unos pasos, torció también, viendo que de frente venían a la carrera hombres desnudos y pintados, con armas y antorchas. Pasaron nuevos túneles, escaleras, ramales completamente a oscuras. Mientras corría, el hombre-halcón trataba de fijarse en las estatuas y los frisos —el tremolar de la antorcha los desvelaba fugazmente, luego se desvanecían a su espalda—, intentando orientarse en función de los planos que había memorizado los días previos a la incursión.

Los montañeses enfilaron por una escalera y él los llamó, convencido de que se habían equivocado; pero no le oyeron o no quisieron hacerle caso. Siguió túnel adelante. A unos cincuenta pasos bostezaba otro portal en la roca, arranque de un nuevo tramo de peldaños, sin ninguna iluminación. Dudó un instante, antes de lanzar un vistazo rápido a su espalda. Sus perseguidores llegaban por el túnel, rugiendo y blandiendo armas, así que se zambulló en el portal y subió corriendo los escalones.

Lo hizo a grandes trancos, la antorcha adelantada para alumbrar el camino, consciente de que, caso de toparse con alguien que bajase, estaría atrapado como una rata. Fue dejando atrás rellanos y nuevos portales, perseguido por la cacofonía de pisadas, gritos y repicar de aceros desenvainados.

La escalera iba a dar a una puerta de madera, llena de tallas. Arrojó la tea, abrió de golpe sin detenerse y salió al aire libre, a una de las terrazas superiores que coronaban el santuario. Durante unos instantes no supo qué hacer. Sonaban tambores en la oscuridad. Se había levantado un viento frío y las llamas de los flameros se agitaban como enloquecidas, sacudidas por las ráfagas. Por todo el edificio, grupos de caralocas corrían de un lado a otro, blandiendo armas y luces.

El hombre-halcón se escabulló por una escalinata. Sus perseguidores salieron en tromba a los pocos instantes, y se dispersaron enarbolando sus antorchas y llamándose a gritos. Él fue deslizándose de sombra en sombra, aprovechándose del

desconcierto general. Un par de niveles más abajo se había desatado una barahúnda tremenda. Al asomarse, pudo ver que los dos hombres-jabalí habían salido a una terraza inferior y estaban ahora atrapados. Luchaban espalda contra espalda contra una multitud de sacerdotes y guardianes, y cada vez llegaban más, como moscas a la muerte. No tardaron en caer los dos, abrumados por el número de enemigos.

Alguien dio un grito de alarma y Cosal se volvió para descubrir a un caraloca pintarrajeado, que le amenazaba vociferando con una maza de madera. Pero la verdad es que no parecía muy entusiasmado con la idea de un duelo singular, y se mantenía a unos pasos de distancia, en guardia, sin dejar de llamar a sus correligionarios. El arma le dedicó un mal gesto antes de recular, darse la vuelta y correr hacia el pretil.

Los caralocas acudían de todas partes, atraídos por las voces. Dos de ellos se acercaban a toda velocidad a lo largo del parapeto, las hojas de las lanzas centelleando al resplandor de los flameros y los mantos agitados por los golpes de aire. El hombre-halcón llegó arriba tan sólo un segundo antes que ellos y, sin aflojar la velocidad de la carrera, hizo pie en el mismo borde del muro y se lanzó al vacío.

Fue como un vuelo eterno en la oscuridad, braceando para mantener el equilibrio y sin saber siquiera si iba a estrellarse contra la orilla. Por último, tras una caída que pareció no tener fin, acabó por romper con gran estruendo la superficie del río, entre surtidores de espuma. Emergió como una flecha, tosiendo para arrojar agua y, tras tomar una gran bocanada de aire, volvió a zambullirse.

Salió otra vez a unos cuantos metros. Desde arriba y a ciegas, disparaban toda clase de proyectiles al río; lanzas, dardos, saetas, llegaban silbando a través de la noche y se hundían entre chapuzones. El se sumergió por tercera vez.

De regreso a la superficie, buscó luces con las que orientarse. Desde los parapetos seguían lanzado de todo y alguien arrojó una antorcha. Otros le imitaron y el hombre-halcón las vio caer en largas curvas llameantes, pero todas iban mal dirigidas.

En la fortaleza, así como en los palafitos, estaban tocando también los tambores, y sus ecos retumbaban por toda la cuenca del río. Había un incendio en el puerto, sin duda provocado por algún agente de Trapaieiro Porcaían y, mientras sobrenadaba, el hombre-halcón pudo ver siluetas que corrían de un lado a otro, recortadas contra el fuego y las humaredas. Localizó las luces de las atalayas, en la orilla opuesta, y comenzó a nadar hacia el centro del río.

Las piraguas aguardaban en la enfilación convenida. Sus tripulantes trataban de guiar a los posibles nadadores con ululatos y silbidos, confiados en que esas llamadas pasasen desapercibidas entre el suspiro del viento, los gritos y el resonar de los tambores. Cosal dio un silbo a su vez, luego unas últimas brazadas, entumecido ya por la frialdad de las aguas, y aceptó lleno de gratitud las manos que lo ayudaron a embarcar.

Alguien le alcanzó una manta. Una voz preguntó:

—¿Y los otros? ¿Dónde están los demás?

—Han muerto todos.

El que había hablado suspiró y el hombre-halcón, aunque no llegó a ver más que una sombra en esa negrura, reconoció por su voz a otro montañés, quizá pariente o amigo de los dos que habían caído en el santuario.

—¿Todos? —quiso asegurarse la misma voz, al cabo de un momento.

—Todos. Y no logramos llegar siquiera a la cámara sacra, ni acercarnos a la Máscara Real. Hemos fracasado.

—Habla por ti, halcón —le replicó una voz de mujer en la oscuridad, más a popa de la piragua.

Y sólo entonces se dio cuenta de que la lanzái copa Peitorcal estaba también a bordo, envuelta en otra manta.

—¡Peitorcal! —no pudo por menos que exclamar, aliviado—. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Mejor que a vosotros. —La lanzái copa hablaba con ligereza, aunque la voz le temblaba debido al frío—. Logramos llegar al lugar señalado y, efectivamente, allí estaban bañando al portador de la máscara.

—¿Y?

—Le tenemos.

—¿Vivo?

—Claro. Eso fue lo acordado.

Cosal suspiró, porque habían dado su palabra al maestro Te-Cui de capturar vivo a su antiguo discípulo, reconvertido en portador de la Máscara Real, y nunca había tenido todas consigo de que pudieran cumplir esa promesa, puesto que, entre dejarle escapar o matarle, gente como la altacopa no iba a titubear en elegir la segunda opción.

—Había tres sacerdotes con él, y le estaban dando un baño ritual en un estanque interior purificado. No había ni guardias ni acompañantes. Fue muy fácil capturarlo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

El viento, aullando, alborotaba las aguas. Las negras masas de las arboledas se balanceaban en la oscuridad y, en la orilla, el incendio cobraba fuerza gracias al viento, llenando la noche de resplandores rojos.

—Bueno, tuvimos problemas en el último momento. Lo sacamos por un portillo que daba al agua y ahí sí que nos atacaron los guardias. El serpiente y yo aguantamos mientras los otros se llevaban al portador, que sin la máscara es dócil como un niño desorientado. Tuvimos que luchar contra muchos, pero les contuvimos.

—Entonces, ¿todos los de tu grupo habéis salido vivos?

—Del islote sí. Después me eché a nadar y llegué hasta aquí; no sé si alguno se habrá ahogado, pero no creo.

—Si todos los de un grupo están a salvo y los del otro han muerto, lo mejor es que nos vayamos —dijo una voz nueva, con resabios de acento pandalume.

—No sabemos si todos han llegado a las piraguas —objetó, dudoso, el montañés que oficiaba de patrón de la canoa.

—Si no lo han hecho es porque se han ido al fondo —le replicó la lanzái copa—. Mira, están empezando a tirar flechas encendidas y acabarán por descubrirnos.

Todos giraron la cabeza a tiempo de ver cómo una estela de llamas pasaba sobre la faz de las aguas, alumbrándola brevemente. Le siguió otra, y luego dos más, aunque ninguna dirigida hacia donde ellos se hallaban.

—Tienes razón —aceptó el montañés—. A los remos, amigos. Nos vamos.

El destino o el azar dispusieron un final muy distinto para los dos grupos que habían invadido las entrañas del santuario de Matecoda. Los unos habían regresado sin una sola baja, llevando con ellos al portador de la Máscara Real, en tanto que los otros no habían llegado siquiera a entrar en la cámara sacra, y sólo uno había logrado escapar con vida.

En días posteriores, el maestro Te-Cui había de pensar mucho en esas dos fuerzas, Destino y Azar, a las que algunos pueblos consideran dioses. Era de los que habían estado esperando las piraguas en la misma orilla y, al enterarse de que volvían con su antiguo discípulo, había entrado en el río, ansioso de volver a verle después de tantos años. Había vadeado hasta la barca, sin preocuparse del agua que le corría helada a la altura de las corvas y así fue como, al resplandor casi inexistente de las estrellas, se había encontrado por fin, después de tanto tiempo, con aquel en cuya búsqueda había viajado cientos de kilómetros.

Pero la alegría y el alivio de aquel momento no tardarían en esfumarse con el paso de los días.

Abandonaron los botes y la ribera en plena oscuridad, para poner tierra por medio mientras los habitantes de Matecoda luchaban contra el incendio del puerto. Habían confiado en escapar aprovechando la confusión, el desastre y los falsos rumores que algunos agentes de los raúnes hicieron correr por la ciudad. Pero los ancianos de la ciudad, o puede que el Cufa Sabut, demostraron ser más diligentes y astutos de lo que esperaban, de forma que se encontraron los caminos cortados por los guerreros de la tribu, o por sus aliados.

Así que se internaron en el bosque para escapar de sus perseguidores, y allí les fue de gran utilidad aquel hombre-avispa que decía haber sido hijo, en una vida anterior, del maestro Te-Cui. En aquellas jornadas fugitivas, fue el propio maestro quien se ocupó de su otrora discípulo. No hablaba, apenas prestaba atención y muchas veces parecía no entender lo que se le decía. Aquel hombre antaño inquieto y vivaz se había convertido en algo parecido a uno de esos autómatas que fabrican los mecánicos para ciertas cortes del Sursur.

El Rey Rojo fue quien más le ayudó a atender a aquella sombra de hombre mientras vagabundeaban por el bosque de otoño, entre lluvias y acosados por los caralocas. Cierta día que hicieron un alto, mientras los exploradores se aseguraban de que el camino estaba expedito, el maestro trató una vez más de hacerle reaccionar, hablándole de los viejos tiempos y de temas que les habían apasionado a ambos. El Rey Rojo había meneado la cabeza, cubierta por la máscara de toro.

—Es inútil. —Llovía con fuerza, y su voz profunda llegaba entre el susurro del agua—. La Real es muy fuerte, mucho. Quien se cubre con una máscara así acaba

siendo devorado por ella y se convierte en poco más que una carcasa vacía.

Se habían instalado bajo un gran roble, a resguardo del chaparrón. El Rey Rojo estaba en pie, apoyado en su lanza; el maestro sentado en una roca musgosa, envuelto en el manto, y su antiguo discípulo acuclillado junto al tronco, con los brazos colgando.

—¿Cómo es posible? —Te-Cui meneó pesaroso la cabeza, observando aquel rostro inexpresivo—. ¿Es que esa máscara es una especie de vampiro que se alimenta de la esencia de sus portadores?

—Yo diría más bien lo contrario. Esa máscara es depositaria de unas ideas muy claras y tiene un carácter demasiado fuerte. Lo que hace es, precisamente, impregnar a su portador de esa esencia, de forma que poco a poco lo va anulando. Al final, sin la máscara, no es más que... —No remató la frase y, en cambio, señaló con la cabeza al ser que se acuclillaba a dos pasos, contemplando cómo goteaba el agua de lluvia desde el techo del bosque.

El maestro se quedó largo rato en silencio. Se levantó un viento frío que arrastraba ráfagas de lluvia, y él se arrebujó en el manto. Examinó la mirada vacía, los gestos sin sentido, la expresión ausente. A primera vista, uno podía tomar a aquel hombre por un idiota. Pero a él le recordaba a algunos heridos en el cráneo que había visto a lo largo de su estancia en distintas cortes. Gente que había sufrido lesiones en la cabeza —en guerra, duelos o atentados— y que había sobrevivido con alteraciones de carácter y ausencias, como si los daños en el cerebro les hubiesen arrebatado zonas enteras de su anterior personalidad.

—No me parece que le hayan impreso ningún carácter —comentó pensativo—. Más bien es como si lo hubieran vaciado por dentro.

—Eso se debe a que la Máscara Real es demasiado poderosa. —Se alzó otra ráfaga de aire, haciendo ondear el manto rojo del gargal—. Tan poderosa que no deja espacio para nada más. Cuando le retiran al portador una máscara así, es como si a una marioneta le cortasen los hilos.

El maestro levantó los ojos y los puso en aquel rey-brujo de manto rojo y gran máscara de toro, forjada en oro y bronce, tan bruñida que relucía incluso en aquel día empañado por la lluvia.

—Sin embargo —trató de elegir con cuidado las palabras—, existe entre tu pueblo toda una tradición de portadores de máscaras muy especiales. Tú mismo, señor...

—Yo mismo soy un mascareno, sí. Pero no es lo mismo. Una máscara no debe ser nunca tan fuerte como para anular a quienes la portan. Entre mi gente, se considera que un hombre nunca es un ser completamente aislado. Un mascareno es la mezcla de la máscara y su portador, de la misma forma que un juez es, por ejemplo, mezcla de su propio carácter y las obligaciones de su cargo.

—Entiendo.

—El carácter de una máscara se forja a lo largo de sucesivos portadores. Cuando ese carácter se hace tan fuerte que puede anular a quien la lleva, la máscara pierde su utilidad y es llevada a las cuevas de los antepasados. A menudo, entonces, se forja otra igual. Así se hace con las máscaras mayores, por ejemplo.

El maestro asintió, y de nuevo dudó unos momentos antes de proseguir.

—Pero fuiste tú, o aquel que llevaba la máscara del Rey Rojo en su día, quien forjó la Real.

—Es cierto.

—¿Y sabiendo todo eso la hiciste tan fuerte? ¿Violaste las normas de tu pueblo?

—No. La explicación es mucho más sencilla: me equivoque. —Sonrió sin alegría por debajo del borde de la máscara—. El deseo de pacificar Los Seis Dedos me llevó a crear una máscara dotada de sólidos principios, de metas elevadas. Por desgracia, al hacerlo, di vida a un cambuj inflexible, de valores inmutables, incapacitado para cualquier evolución, cambio o negociación. La Máscara Real sabe qué está bien y qué está mal, tiene un Camino que recorrer, y nada en este mundo puede hacer que se desvíe del mismo. Es por eso que acaba devorando a su portador, porque no tiene hueco para nada que él pueda aportar.

El maestro se pasó las manos por la cara, como un hombre agotado por un largo día. Miró de nuevo a su antiguo discípulo.

—¿Se recuperará? ¿Podrá, lejos de la máscara, ir recuperando su antigua forma de ser?

—Lo ignoro. —El Rey Rojo, apoyado en la lanza, meneó muy despacio la cabeza.

—Entonces ya tengo trabajo que hacer. Educar a alguien que dice haber sido mi hijo en otra vida, y tratar de devolver su esencia al mejor de mis alumnos.

Eso fue el mismo día que, de nuevo, volvieron a salir a uno de los caminos enfangados que recorrían los bosques del Alto Norte, con la esperanza de haber dejado atrás a sus enemigos. Pero, a no más de dos kilómetros, se encontraron con un santón de Bas Camul, el ídolo arma de la guerra.

Aquel santón era un hombre nervudo, de ropas encarnadas, con tres franjas rojas surcándole la cabeza calva y un gran collar de cráneos de marfil. Estaba sentado bajo un tilo, viendo llover, con la vaina de la espada entre las manos. Como todos los santones de su culto, vivía para el combate y las armas, y subsistía de limosnas y como maestro ambulante de esgrima. No dio ninguna razón para estar tan al norte, ni mostró sorpresa al verles.

Lo que sí hizo fue informarles de que a no mucha distancia había un gran grupo de caralocas en pie de guerra que les buscaban. Esa noticia era mala pero, por otra parte, los integrantes del grupo consideraron aquel encuentro de muy buen augurio,

ya que habían perdido a su santón en el asalto al santuario, y entonces, en los momentos de mayor desesperación, conseguían otro. Trapaieiro Porcaían le invitó a unirse al grupo, cosa que el otro aceptó en el acto. Después, el montañés dio nuevas órdenes. Y así, con todos los caminos cortados, la partida tomó la única salida posible, que era volver a Rau Branca, esperando encontrar refugio allí.

Con el enemigo en los talones, la partida de Trapaieiro Porcaián deshizo lo andado, esperando encontrar refugio en Rau Branca. Algunos dudaban de que allí fueran a aceptarles, ya que era el poderoso pueblo de los matioeté el que los perseguía, y no por un motivo banal, sino por la profanación de su santuario. Pero otros señalaron que ya no les quedaban más salidas. Fue el propio Trapaieiro Porcaián el que dio la orden de regresar al enclave de los raúnes y, sin duda, debía de saber algo más que sus compañeros, ya que los culteros los acogieron con los brazos abiertos y, cuando llegaron los emisarios matioeté, con exigencias y amenazas, cerraron las puertas de su fortaleza y se aprestaron a la guerra.

¿Por qué tomaron tal decisión? Unos los atribuían al sentido del honor, tan importante para aquella secta guerrera. Otros, más prosaicos, especulaban con que todo aquello obedecía al cálculo frío de sus maestros, a una decisión política en un juego en el que intervenían multitud de bandos, desde los armas a los lagoáns. Pero ningún argumento pasaba de ser pura cábala, y Trapaieiro Porcaián jamás soltó prenda al respecto.

Sobre el mismo tema hablaron también Cosal y la lanzái copa Ocalid, casi una semana después, durante un encuentro que tuvieron en las entrañas del santuario. Aunque, para entonces, cualquier suposición al respecto era más bien ociosa, ya que los vigías habían alertado de que todo un ejército de caralocas estaba a punto de presentarse ante la muralla de Rau Branca.

Cosal se reclinaba a la media luz de una vela, contemplando cómo Ocalid preparaba café. La lanzái copa se inclinaba sobre las brasas, atenta a la cocción, y el hombre-halcón seguía fascinado cada gesto; el revuelo de sus manos entre el molinillo, los potes y los pocillos. Los dedos, enfundados en largas uñas rojas y doradas, repicaban golpeando contra la cerámica y, a cada momento, el fulgor de las ascuas hacía destellar el oro de sus pulseras.

El hombre-halcón apartó un instante los ojos de ella, para pasearlos por la estancia. Aparte del fuego del hornillo, tan sólo una vela lucía en una esquina, llenando el lugar de penumbras. A un lado, un puñado de carboncillos al rojo se consumía con resplandor apagado. Chisporroteaban y las hilachas de humo subían hacia el techo, remansándose en un estrato azulado que giraba muy despacio en la semioscuridad. Flotaba un olor muy tenue en el ambiente, delatando que en aquel plato se quemaba una droga propia de altacopas y brujas; una de esas fórmulas secretas que estancan los sentidos y apaciguan las ideas, permitiendo a quienes las aspiran recrearse durante horas en los detalles más nimios.

Cosal se volvió hacia su acompañante, apreciando el lustre negro del pelo, los modales amanerados, la profusión de las joyas doradas. Ella se había pintado un sello

dorado entre los omóplatos, rojo sobre la piel morena, y calaba una máscara lacada, también en rojo. El hombre-halcón conocía ese cambuj: lo llamaban la Mureca Colorada y era una variante clásica de la Tornamureca, una de las ciento sesenta y nueve máscaras tradicionales altacopas. Un semblante temperamental e imprevisible, de inclinaciones bastante más oscuras que su original.

Al pensar en ella, su mano se fue a su propia máscara. Una carátula de milano, de acero pavonado y plumas negras. Deslizó la mano sobre el metal, palpó el plumaje espeso y luego el pico curvo y cruel. Era una máscara hermosa y sombría, y la portaba esa noche por deseo expreso de Ocalid, que le había pedido que la usase durante su encuentro.

El agua borboteaba y el aroma cálido del café inundó la choza. Ella se volvió con dos pocillos humeantes entre sus largos dedos. Le tendió uno y él lo cogió con cautela, para no quemarse. Era de cerámica ocre y adornada con estilizados pájaros negros. Sostuvo el cacharro entre las manos, apreciando con las yemas el trabajo del punzón del alfarero. Ocalid bebió pausadamente y él, al verla llevarse el recipiente a los labios, paladeó de nuevo esa habilidad, tan de altacopas, de convertir los actos más triviales en algo cercano al ritual.

Su atención fue a las brasas, luego a la vajilla de colores terrosos y acabó por fijarse en un risueño ídolo de cobre que había al fondo. Esa estatuilla había sido colocada allí por la propia lanzái copa y, al observarla, sonrió levemente, casi en correspondencia al gesto cincelado en el metal. Su acompañante lo miró a los ojos, intrigada.

—Nada, una tontería —aclaró él—. Acabo de caer en la cuenta de que debéis de llevar una gran cantidad de equipaje.

—¿Quiénes?

—Vosotras; las lanzáis copa. Ropas, armas, máscaras, joyas...

Ella lo contempló un momento, antes de echarse a reír.

—No te preocupes por nosotras. —Al gesticular, sus alhajas tintineaban—. Las lanzáis copa sabemos viajar. Llevamos siglos haciéndolo. Y tú no eres el más indicado para echarnos en cara que llevemos mucho equipaje. —Volvió a reírse—. No creas que no me he dado cuenta, vanidoso, de que viajas con una docena de máscaras a cuestas.

—¡Exagerada! —se rió a su vez—. Pero si sólo son siete.

—Siete son muchas. Entre nosotras, las altacopas, para quienes la interpretación de máscaras es parte de nuestra vida, rara es la que en privado usa más de dos o tres. Tres es para mí el número perfecto.

—En cambio, son pocas para mí. Me gusta ser muchas personas, actuar de forma bien distinta... y me gusta cambiar con frecuencia, de una a otra.

Ella se reclinó a su lado, muy cerca. Con la diestra le acarició la mejilla, dejando

correr con suavidad las fundas por el borde del cambuj.

—No te engañes. Tus máscaras te permiten ser otros, es cierto, pero no son más que facetas de ti mismo.

—¿Yo mismo? ¿Y qué es eso sino otra máscara? La vida, el paso del tiempo, los demás, todo, van poco a poco imponiéndonos una imagen de nosotros mismos que acaba pasando por verdadera. Pero no lo es; no es una cara, sino una careta, otra más, que nos constriñe y esclaviza.

Ella lo escudriñó pensativa en la penumbra. Luego paseó sus dedos por el pico acerado.

—¿Así que eres de los que creen eso, eh? Pues ten cuidado. La gente como tú usa las máscaras tanto que, con el tiempo, queda muy poco debajo de ellas.

—Puede ser; pero al menos yo elijo mis máscaras —suspiró—. Tal vez tengas razón porque, después de tantos años, no creo que pudiera pasar sin ellas. Así que quizá lo que usaba en un principio para liberarme, ha acabado por atarme a su vez, y no he hecho más que volver al punto de partida.

—¿Y por qué no buscas debajo de esa careta que dices que te cubre, en vez de taparla a su vez con otra?

—Porque no creo que debajo de ella haya otra cosa más que otra máscara, y luego otra, y otra... y al final, nadie.

—He oído ese argumento otras veces. —Una mirada peculiar se encendió en los ojos azules de la altacopa—. También hay quien opina que, bajo la máscara, se encuentra un extraño; alguien que es uno mismo y, sin embargo, un desconocido.

Él no respondió nada, sino que observó a su vez el rostro de la mujer, oculto por el cambuj rojo.

—¿Sabes? —añadió ella—. Las máscaras, los portadores... siempre me han fascinado. Es también un tema favorito de algunos pensadores. Suelo ir a sus debates en la plaza del Café, en Minacota, y les he oído disertar muchas veces sobre el tema. —Hizo una pausa y, cambiando de humor, le dedicó una sonrisa maliciosa—. Pero nunca te he visto por allí, ni pareces de los que dedican mucha atención a eso..., lléves la máscara que lléves.

Le apoyó una mano en el pecho, para buscarle la boca con los labios. Él la recibió aún recostado contra la pared, tratando de no lastimarla con el pico del cambuj. Cató ese sabor siempre peculiar de la saliva ajena, el jugueteo de la lengua y el olor de su perfume. Ella mantenía el cuerpo a un palmo del suyo, y él le deslizó las yemas de los dedos por el vientre, sintiendo el tacto resbaladizo de la piel aceitada, y la dureza repentina de la joya que le adornaba el ombligo. Luego, al subir, sus dedos tocaron con el gran collar.

La altacopa se apartó entonces y él la observó sin asombro ni enfado, porque esos caprichos eran característicos de las máscaras rojas. Bebieron un sorbo de café,

amagando un brindis en la penumbra, y Ocalid, risueña, agitó los hombros, haciendo campanillar las piezas de cobre y lapislázuli del collar.

—Es bonito, bonito de verdad. —Cosal admiró con párpados entornados aquella alhaja. Cada vez que ella se remecía, las placas de cobre bruñido destellaban a la media luz—. Me alegro de no haberla perdido al saltar al río.

Su acompañante se acercó a él de nuevo, animándole en silencio a proseguir. Tras las rendijas de la máscara roja, los ojos azules brillaban, y él asintió, sabiendo cuánto les gusta a las lanzáis copa conocer detalles sobre esos trofeos de guerra que reciben en pago ritual a sus servicios.

—Ya sabes que tuve que tirarme desde lo alto de las murallas. No tenía más opción: había guardias por todas partes. Y luego aún tuve que nadar mientras me lanzaban de todo. ¡Cómo silbaban las lanzas! Menos mal que disparaban a ciegas. No sé cómo conservé el collar... perdí hasta la espada —añadió con tristeza.

—¿Tu espada? ¿Era importante para ti? —Ella se removió, el collar aún centelleante entre los dedos, evidentemente halagada por la idea de que él hubiera dejado caer algo de valor en su fuga, salvando en cambio aquella gargantilla.

—¿Importante? Para mí, carecía de precio. —Meneó con lentitud la cabeza—. La tenía desde siempre; era mi espada. Fue el regalo de las máscaras mayores de mi feral por mi nacimiento.

Bebió otro poco de café, saboreando por un instante su gusto fuerte, antes de continuar.

—Era de hoja pandalume, no sé si has usado alguna vez una. ¿No? Bueno, pero ya sabes cómo son: un poco curvas y de filos ondulados. No hay dos iguales, cada una tiene sus peculiaridades y hay que practicar mucho antes de dominarla. Yo me manejaba muy bien con la mía; me sentía a gusto. Pero en fin, ahora está en el fondo del río y ya no tiene remedio. —Hizo un gesto ambiguo—. Desde que salí del santuario, he pensado mucho en ese collar. Fue aquel hombre-comadreja el que asesinó para robarlo. —Cabeceó—. Yo se lo saqué a él de entre los dedos, cuando ya estaba muerto. Me alegra que lo tengas tú ahora. Dicen que las lanzáis copa sois capaces de romper los maleficios de ciertos objetos.

Ella entendió lo que quería decirle, aunque sus palabras no acababan de hilvanar muy bien, puede que por efecto de las inhalaciones de droga.

—Hicisteis mal matando a esas mujeres sagradas —musitó, incómoda.

—Fueron Pasor y los dos montañeses; yo no tuve nada que ver. ¿Será por eso por lo que aún estoy vivo? —Agitó absorto su pocillo, todavía medio lleno—. No, claro, ¡qué tontería! Uíso Caruvé quiso impedirlo y, sin embargo, también está muerto.

—No estuvo bien. Esas cosas nunca traen nada bueno para nadie.

El hombre-halcón la contempló al parpadeo de las luces. Ahora hacía tintinear el collar entre los dedos, algo turbada por la conversación. Ocalid, como cualquier

altacopa, era conservadora hasta la médula, educada desde la infancia en las tradiciones de los armas, una de las cuales era el respeto a los personajes consagrados.

—No son esas muertes en sí. —Él sacudió la cabeza, arremolinando el plumaje negro de la máscara—. Una de ellas escapó y Pasor fue detrás de ella. Lo cierto es que se ensañó con ella; la cosió a puñaladas y yo... —Buscó las palabras durante un momento—. La verdad es que todo aquello me resultó de lo más desagradable. No sé, creo que no supe reaccionar..., quizás en ese momento cedí a la debilidad.

—Esa idea, en sí misma, es una muestra de debilidad. —Volviendo a cambiar de humor, la lanzái copa lo miraba ahora con ojos penetrantes—. Nunca me gustó ese hombre-comadreja; las fronteras están llenas de tipejos como él: ruines y crueles. Supongo que eso sirve para sobrevivir tanto como el valor o la inteligencia. —Aquí hizo un mohín de desprecio—. Pero, por si quieres saberlo, me alegro de que esté muerto. Era un mal bicho.

Su acompañante se echó algo hacia atrás, sorprendido por tanta vehemencia. Y, más tarde, al pensar en aquello, no sabría si atribuir tales palabras a la máscara roja o a su portadora, que habría aprovechado el cambuj para expresar algo que, normalmente, debido a su posición, le estaba vedado.

Tendiendo la mano, le hizo tintinear las campanillas del pelo, acaricio su nuca, quiso atraerla hacia sí. Pero ella se le escabulló con elegancia de los dedos. Y él se recostó de nuevo con un suspiro, sin incomodarse, ya que, al fin y al cabo, de entre la docena de máscaras tradicionales disponibles, él mismo había elegido aquélla, de la que era sabido que gustaba de imponer su capricho a sus amantes.

Un sonido vibrante le distrajo. Alguien estaba batiendo con lentitud un gong, y los sonos metálicos se esparcían reverberando a lo largo de los túneles de la hospedería. El hombre-halcón medio se incorporó, echando por instinto mano a la espada y las ropas, mientras la altacopa giraba sobre sí misma, para prestar oídos, curiosa.

—La alarma... —murmuró el primero.

—La alarma, sí.

El gong volvió a sonar. Ambos sabían que la rapidez con la que lo tocaban indicaba la gravedad del peligro. En aquel caso, quien quiera que lo hiciese resonar, golpeaba el disco de metal con lentitud deliberada, dejando que el sonido vibrase y vibrase, amortiguándose hasta morir, antes de dejar caer de nuevo el mazo sobre el bronce. Cosal se volvió hacia su acompañante.

—El enemigo está a las puertas. Voy a prepararme.

Ella se puso a su vez en pie, con movimientos que eran a un tiempo ágiles y perezosos, como los de los gatos.

—Y yo. —Comenzó a vestirse—. No creo que ataquen hoy; es ya demasiado

tarde. Pero con estos bárbaros nunca se sabe...

Siendo de la misma opinión, Cosal se entretuvo en adecentarse un poco, antes de embutirse en la armadura que le habían prestado los raúnes. Porque, si de algo estaba bien provista la sede de aquella secta de místicos y guerreros, oriunda del Carauce, era de armamentos. No faltaba de nada en la armería, surtida con armas y arneses de los más distintos pueblos, y Cosal había rescatado piezas de origen gorgota, entre las que se encontraba un casco de halcón de primorosa factura.

El albergue se comunica con la fortaleza mediante unas escaleras interiores. El hombre-halcón subió por ellas sin prisa. La puerta estaba abierta y el raún que la guardaba normalmente, espada en mano, se había retirado. Salió a lo alto de la colina, justo a la primera terraza de las tres que tiene el santuario de Rau Branca. Esa cima está rodeada por una gran empalizada de troncos, cubiertos de tallas, y en lo más alto se sitúa el santuario, edificado a la manera gorgota: con piedras ciclópeas y tres niveles superpuestos. En la terraza superior es donde se encuentra la estatua pintada de azul a la que rinden culto los raúnes.

El sistema defensivo del santuario, además de la empalizada circular, consta de otras que unen ésta con el santuario, como los radios de una rueda, de forma que dividen todo el recinto interior en sectores. Por uno de esos radios cruzó Cosal ociosamente, a tiempo de llegar a las almenas y ver cómo se retiraba una pequeña embajada caraloca. Tres hombres, con el rostro pintado, plumas en el cabello y mantos coloridos, se habían acercado a parlamentar a las puertas, el único punto de la muralla construido en piedra. Uno de ellos iba a caballo y los otros dos empuñaban estandartes de tregua.

Palo Vento, que se cubría con una armadura de escamas lacadas en ocre y óxido, le comentó que habían exigido la entrega del portador de la Máscara Real, así como la de los profanadores de su santuario, a lo que el gran maestro de los raúnes se había negado con mucha retórica. Cosal asintió con los labios fruncidos. Dejó su largo fusil apoyado en el parapeto y se inclinó por entre dos almenas, talladas en forma de genios tutelares que contemplaban con gesto hosco las praderas circundantes. Había pasado ya el mediodía y era una de esas tardes de otoño ventosas y limpias, con un cielo muy azul y nubes como montañas blancas.

Observó cómo la pequeña embajada se alejaba con lentitud de las puertas. Un gran contingente de guerreros pintarrajeados bloqueaba el camino, más adelante, y se veía a caralocas dispersos entre los árboles, al borde de los prados. Y todos esos hombres no debían de ser más que la avanzadilla del ejército que sin duda se ocultaba detrás, fuera de la vista.

El hombre-halcón se asomó un poco más a las almenas. El viento de la tarde hacía arremolinar las plumas de su casco y hombreras. Las copas de los árboles — amarillas, rojas, ocres — se mecían a impulsos de ese viento. No se oía nada, pero en

ese mismo silencio que cubría el bosque parecía sentirse la presencia del ejército invisible que se ocultaba entre las frondas. Era como intuir a una gran bestia oculta que aguardase una señal para desperezarse y entrar en acción.

Y esa señal la dio el dignatario a caballo. Oteando desde la empalizada, Cosal vio cómo alzaba una mano y daba una voz, aunque ni él ni nadie llegaron a entender sus palabras. Pero la respuesta fue inmediata. Un griterío estalló entre los caralocas que ocupaban el camino, y el clamor se fue extendiendo a ambos lados por el bosque, y también hacia atrás. Los tambores empezaron a retumbar en la hondura y los hombres comenzaron a salir del bosque, en una erupción de pinturas y plumas coloridas.

Surgían de entre los árboles como el agua por los poros de una esponja, y los defensores contuvieron el aliento, porque nadie había esperado que fuesen tantos. Una multitud avanzaban por el camino embarrado, con escudos, arcos y arietes, mientras que oleadas pintarrajeadas inundaban los prados, entre un rumor de armas, voces, ruido de metales, roce de telas y cueros. Los estandartes de guerra chasqueaban agitados por el viento y los hombres gritaban y hacían entrechocar hierros y escudos. En pocos minutos, un mar humano rodeaba por todos lados la fortaleza y se dirigía con resolución al pie de las cuestas, dispuesto al parecer al asalto.

—Esto no es un alarde. Esto va en serio. —Palo Vento se colocó el casco, rematado con una cabeza de culebra. Empuñó su ballesta, antes de estrechar la mano de Cosal—. Suerte, amigo.

Se fue a ocupar su lugar en la gran empalizada de madera, en tanto que el hombre-halcón retrocedía para unirse a Trapaieiro Porcaián que, junto con la mayor parte de su partida, habría de quedar en retén en el propio santuario.

El gran maestre raún debía de haberse tomado aquel despliegue también muy en serio, ya que la gran campana del santuario comenzó a repicar, llamando a las armas. Los culteros corrían por las empalizadas, armados hasta los dientes y haciendo resonar las tablazonas bajo sus escarpines metálicos, mientras los enemigos enfilaban ya las cuestas que llevaban al enclave.

Pese al caos aparente, algo de estrategia había en esa horda, que se había dividido en contingentes. Ninguno de éstos se dirigió a la vertiente que daba al río, escarpada y pétrea, en la que estaban las cuevas del albergue, y cuya entrada había sido sellada con grandes piedras. Pero por todas las demás caras de la colina llegaban en masa, unos al asalto y otros para impedir, con su simple presencia, que los defensores retirasen hombres para reforzar las zonas más expuestas. El camino subía por la parte menos empinada hasta las puertas de Rau Branca, que eran la única parte de todo el recinto construida en piedra. Los caralocas avanzaban también por ese camino, en formaciones cerradas, cubiertos por paveses pintados de rojo, blanco y verde, reforzados por grupos de arqueros pintados situados a ambos lados.

Allí no había sólo matiótéé, sino caralocas de una docena de tribus, y también gorgotas del norte, e incluso cierto número de enanos patacones, con sus arcos y sus cabezas de barro cocido. Las flechas se clavaban ya, chasqueando, en las maderas de la empalizada, y aún seguían saliendo guerreros del bosque. Cosal comprendió que no había forma de parar esa marea humana y, durante un segundo, sintió cierta comezón al pensar que los raúnes iban a perecer en masa por su culpa. Pero aquellos guerreros sagrados no parecían afligidos, sino más bien felices, hasta el punto de que algunos cantaban como extasiados. Los raúnes, lo mismo que el santón rojo que habían encontrado en el bosque, vivían por y para la guerra, y aquélla era la gran batalla para la que siempre se habían preparado, en contraste con toda una vida de patrullar caminos y librar escaramuzas contra bandidos.

La gran campana de bronce seguía tañendo, y los defensores golpeaban con las conteras de sus armas contra la empalizada de madera, haciendo resonar la estructura como un gigantesco tambor de tronco hueco. Se oyó un chasquido de cuerdas sueltas, el golpetazo de madera contra unos topes, y un gran proyectil llameante surgió humeando de las puertas. Un bolaño de piedra, envuelto en paja encendida, que hubiera hecho más daño si el suelo hubiera estado más duro y permitido más rebotes. Aun así dio de lleno contra una de las tortugas de hombres y paveses, y la deshizo. Los ballesteros dispararon una descarga cerrada y los hombres cayeron gritando, con las saetas vibrando en la carne.

A ese tiro de catapulta le siguió otro, y luego otro, y enseguida el aire estuvo lleno de bolas llameantes y de flechas. Pero eso no hizo titubear a los atacantes, que subían por todos lados y cerraban filas en el camino. Vistas desde la empalizada, sus formaciones eran como grandes manchas de color sobre las laderas verdes. Sus arqueros disparaban oleadas de flechas, el griterío era ensordecedor y los jefes agitaban sus lanzas emplumadas, animando a los hombres a proseguir.

Llovían tantas flechas que los defensores tuvieron que desalojar las almenas pero, desde las troneras de la galería inferior, descargaban sus ballestas contra la multitud de asaltantes. Los heridos caían dando tumbos por las cuestas, pero eran gotas en un mar. Ni zanjas ni terraplenes pudieron contener aquella marea humana y, a pesar de las bajas, los matiótéé y sus aliados llegaron al pie de la gran empalizada. Eran como olas en la pleamar; se estrellaban contra los troncos y unos golpeaban con sus hachas, haciendo saltar astillas, mientras otros apoyaban escalas por todos lados; tantas, que los defensores no daban abasto a derribarlas.

La campana del santuario repicaba enloquecida y el gran maestro raún iba de un lado a otro de la terraza superior, con todo el recinto ante sus ojos, mientras sus ayudantes trasmitían órdenes agitando banderolas. Algunos raúnes escogidos, cubiertos con armaduras pesadas, hacían caer mediante horcas las escalas cargadas de hombres. Pero no había nada que hacer contra ese asalto: subían por todos lados y los

caralocas y gorgotas pintarrajeados no tardaron en irrumpir por las almenas.

Pero las defensas de Rau Branca no se limitaban a su gran muralla de troncos. En las empalizadas radiales que dividían el recinto en sectores, allí donde se unían a la primera, había compuertas que permitían aislar los tramos invadidos. Los atacantes, que ya cantaban victoria, se vieron así atrapados y, desde los parapetos del santuario, que estaban a mayor altura, grupos de ballesteros comenzaron a lanzar descargas cerradas de saetas. Los proyectiles llegaban zumbando y los hombres alcanzados salían despedidos hacia atrás por la fuerza de los impactos. No pocos volteaban e iban a caer aullando desde lo alto, sumiendo en la confusión a las masas de asaltantes que se apiñaban abajo.

Pero seguían irrumpiendo y algunos se las arreglaron para bajar al otro lado, con idea de asaltar el santuario. El estruendo de las armas y los gritos era ensordecedor, y el impacto de los arietes hacía retumbar las puertas como tambores. Aquel recinto no había sido diseñado, ni contaba con suficientes defensores, contra un ataque a esa escala. Algunos caralocas lograron romper las compuertas que llevaban a las empalizadas radiales y las invadieron con ímpetu. Pero allí les salieron al paso los raúnes, con sus grandes espadas y sus armaduras, e hicieron una matanza en las pasarelas estrechas. La situación era tan grave que el propio gran maestro abandonó la terraza superior del santuario para acudir, espada en mano, a las puertas.

Tampoco Trapaieiro Porcaían y sus compañeros tardaron en sumarse a la lucha, ya que un grupo de gorgotas norteños logró llegar hasta la terraza inferior, a pesar de lo empinado de la cuesta y la lluvia de proyectiles que les lanzaban desde arriba. Subieron a fuerza de coraje, alzando los escudos y en total desorden. La lucha se generalizó en la terraza y allí, entre el tumulto de hierros, fue donde el maestro Te-Cui, que se defendía con su hermosa espada sureña y un broquel, vio por primera y última vez al Cufa Sabut.

Había abatido a un hombre-avispa y volvía ya los ojos en busca de más enemigos, cuando vio cómo, por la rampa, llegaba un hombre alto, con un manto negro que flameaba al viento y un cambuj de oro puro. Uno tan hermoso y aterrador como le habían descrito. Observó, hechizado, los reflejos del sol de otoño sobre ese semblante de metal bruñido y, si alguien le hubiese acometido en ese instante, le hubiera dado muerte sin defensa, ya que, durante unos segundos, sólo tuvo ojos para la máscara.

El Cufa Sabut empuñaba espada y daga gorgotas con esa soltura de los hombres de armas. Sin embargo, no fue el maestro el primero en enfrentarse a esa máscara legendaria, a pesar de estar a sólo unos pasos. Se le adelantó Viboraz, que acudió como un torbellino, cubierto con su máscara de matar, de mosaico verde y negro. Cruzaron varias estocadas muy rápidas, entre resonar de aceros, y, aunque el manamaraga logró tocar al Cufa Sabut en el hombro, e hizo saltar la sangre, éste a su vez le hirió en el vientre.

Viboraz cayó, pero el vencedor no llegó a rematarle, ya que algo desvió antes su atención. Miraba más allá del maestro a su espalda y éste, al volver a su vez la mirada, descubrió estupefacto que su antiguo alumno acababa de salir de las entrañas del santuario. Él mismo lo había dejado en una de las cámaras subterráneas, justo antes de la batalla, hundido en una inacción vegetal. Pero, de alguna forma, se había espabilado y encontrado por su propia cuenta el camino para salir a la terraza inferior. Pasó como un sonámbulo entre las columnas que sujetaban la terraza intermedia, cubierto con una túnica blanca, orlada de azul. El maestro tendió una mano hacia él y lo llamó en su idioma natal, pero el otro ni siquiera debió de percatarse de su presencia.

Te-Cui lo vio pasar a su lado y se llenó de desesperación. No podía soñar con sujetarle y, al mismo tiempo, batirse con el Cufa Sabut. La máscara mayor estaba a sólo unos pasos, con la espada tinta en sangre y el manto negro flameando a cada golpe de viento. Sin pensar siquiera, el maestro lanzó un revés con la espada y la cabeza de su antiguo discípulo, aquél por el que había hecho un viaje tan largo y azaroso, saltó de sus hombros y cayó dando botes sobre las losas de la terraza. El cuerpo decapitado aún pareció querer proseguir su camino, pero acabó por derrumbarse a los tres o cuatro pasos.

El Cufa Sabut se volvió hacia él, con el oro bruñido lleno de destellos y, en aquel reflejo del último sol de la tarde, el maestro vio su propia muerte. Con la boca de repente seca y algo de flojera en las piernas, se puso en guardia. Pero una nueva aparición distrajo de nuevo la atención de aquella máscara antigua. El Rey Rojo bajaba con lentitud las escalinatas de piedra que llevaban a la terraza intermedia. Traía los aceros en las manos, su manto rojo aleteaba y el brillo de su máscara de toro competía con el del Cufa Sabut.

El sol comenzaba a ponerse entre nubes oscuras y lo pintaba todo con esos tonos, tan hermosos como melancólicos, que anuncian el fin del día. Un golpe de viento hizo alborotarse las banderas del santuario. Todos en la terraza intermedia habían dejado de combatir, ante el duelo inminente entre dos máscaras mayores. Abajo, en la empalizada, se luchaba fragorosamente, pero allí arriba reinaba un silencio mortal, y el clamor y entrechocar de armas les llegaba como desde una gran distancia.

No hubo preámbulos ni demoras. Se encontraron entre los cuerpos sembrados por la terraza inferior. La máscara de toro hacía más alto al Rey Rojo, y le daban una apariencia de gran fortaleza física, pero, desde el primer cruce de hierros, quedó patente que la esgrima del Cufa Sabut era superior. Cambiaron tiros y paradas, a dos manos, y el Cufa Sabut tocó por dos veces, de estocada, a su oponente, en brazo y costado, sin que la herida que a él mismo le había causado Viboraz pareciera restarle un ápice de rapidez y fuerza.

Se separaron, observándose a través de las ranuras de las máscaras. El Rey Rojo

estaba, obviamente, herido de gravedad. Cuando volvieron a encontrarse, el Cufa Sabut se adelantó con brío y, tras batir hierros, encontró un hueco en la guardia de su enemigo y se tiró a fondo. El maestro, que observaba a seis pasos, se mordió los labios incluso antes de que la punta encontrase el cuerpo. La espada de serpiente atravesó al Rey Rojo. De hecho, éste no hizo nada para evitarla y aun se echó hacia delante, de forma que le salieron por la espalda sus buenos dos palmos de hoja, al tiempo que dejaba caer su daga para agarrar, con la fuerza de unas tenazas, la muñeca de su contrario.

Había sido una treta, un ardid del Rey Rojo que, sabiéndose inferior en esgrima y consciente de que no podía vencer, optó por morir acabando con su enemigo. Era más fuerte que el Cufa Sabut y, mientras éste trataba de librar su muñeca, empuñó su propia espada como si de un gigantesco puñal se tratase y la hundió en el cuerpo del portador de la máscara de serpiente con un golpe de arriba abajo que el otro no pudo esquivar ni detener con la daga.

Cayeron los dos juntos, uno encima del otro y, durante unos instantes, reinó un completo silencio en la terraza. Los supervivientes de uno y otro bando observaban, unos atónitos, otros llenos de respeto, a las dos máscaras mayores que acababan de caer. Luego, varios hombres-serpiente del norte se adelantaron, dispuestos a recuperar la máscara del Cufa Sabut, pero la Bibruela y otros les cerraron el paso. No cruzaron hierros, empero, ya que entre ambos se interpuso una figura alta, vestida de negro y cubierta con una máscara híbrida de jabalí.

Trapaieiro Porcaían tendió una mano a los suyos, para contenerles, y con la otra hizo gesto a los norteños de que se retirasen. Éstos titubearon unos instantes, hasta que un hombre cubierto con un cambuj de culebra, hecho de madera pulida —sin duda una máscara menor del norte— se inclinó ante el montañés, con las espadas en las manos, a manera de homenaje. Luego se marchó por la rampa, seguido por la demás gente-serpiente y el resto de invasores, y nadie les estorbó.

Entretanto, el combate en las empalizadas había cambiado de signo. Se luchaba con la misma furia, pero ahora los asaltantes estaban retrocediendo y desalojaban los tramos conquistados, mientras sus jefes y los más arrojados de entre los guerreros cubrían el repliegue. No era un abandono organizado y los hombres se apiñaban como hormigas en las escalas. El movimiento de retroceso parecía haberse originado en los alrededores de las puertas del recinto y, después, sabrían que allí, durante el combate en las brechas abiertas por los arietes, el gran maestre raún había dado muerte, en combate singular, al jefe de guerra de los matioeté. Eso, unido a las bajas sufridas, la resistencia encarnizada de los defensores, y al rumor de que el Cufa Sabut había caído, hizo que los sitiadores aflojasen y se retiraran, la mayor parte de ellos en desorden.

El maestro se apartó del parapeto. La terraza estaba sembrada de cuerpos caídos.

Silbaba el viento agitando las banderas azules del santuario. Se quedó contemplando a los muertos, y luego se envolvió en sus ropas, estremecido porque ya sentía, tras la lucha, el mordisco del frío. Se acercó al cadáver decapitado del que un día fuera su discípulo. Yacía boca abajo y la túnica blanca, ahora salpicada de rojo, se agitaba en torno a sus muslos, a golpes del viento. La sangre corría lentamente por entre las losas. Buscó con la mirada algo para cubrir esos restos, pero no encontró nada.

El viento, al cobrar fuerza, aullaba, y las banderas chasqueaban en los mástiles. El sol, ya muy bajo, se había escondido detrás de grandes nubes negras, y la tarde se había vuelto oscura y triste. Arrojó a un lado el broquel, destrozado por los golpes enemigos, y el metal del borde resonó contra las losas de piedra. Limpió con sumo cuidado la hoja de su espada, antes de envainarla, con la cabeza puesta en otra cosa.

El Rey Rojo y el Cufa Sabut yacían juntos allí donde habían caído, aunque les habían retirado a ambos las máscaras. Viboraz, el manamaraga, estaba un poco más allá. Aún le quedaba un soplo de vida, que se le iba rápido por la estocada del vientre. Le habían hecho una almohada con una capa, respiraba con dificultad y le habían descubierto el rostro. Tenía los ojos cerrados y, a cada inspiración, la sangre le burbujeaba en los labios entreabiertos.

La Bibruela, con su cambuj de bronce, ropajes color azafrán y negro, y una media armadura de escamas cobrizas, se arrodillaba a su lado. Palo Vento estaba también presente, observando muy quieto, la espada como olvidada entre los dedos, los filos aún manchados de sangre. Las ajorcas de la mujer-serpiente tintinearón al acomodar la cabeza del herido y a Peitorcal, que iba de un lado a otro atendiendo a los heridos, le bastó una ojeada.

—Dejadle estar. Se muere.

El maestro se volvió. Trapaieiro Porcaián se acercaba sorteando muertos; alto y grande, con las ropas negras, la máscara híbrida sobre el rostro y la espada, ya envainada, en la zurda. Cruzaron miradas, sin palabras. El maestro volvió a poner los ojos en el Rey Rojo, y contempló por primera vez su rostro, pintado de rojo y blanco, como una continuación de la barba teñida.

—Ha muerto un grande —dijo Trapaieiro Porcaián.

—Era un hombre noble, doy fe —asintió el maestro—. No sé si por su propia naturaleza o por la de la máscara.

—Por ambas. —El montañés paseó la mirada entre los muertos—. Seguirá vivo, en cierta forma, en la máscara. La llevó con honor y eso la hace a ella aún más grande.

—Pero a él, portarla le ha conducido a la muerte aquí, en este lugar tan lejano.

Cruzó las manos a la espalda, en un viejo gesto, antes de echar un vistazo a las nubes negras que ocultaban el sol, al oeste. Lejos, más allá de la empalizada, los sitiadores huían por los prados; se retiraban por el camino y a través de los bosques, y

estaba claro que no iban a volver. Se quedó observando cómo las copas de los árboles se ondulaban, un mar alborotado de hojas amarillas, rojas y ocres.

Viboraz había muerto. La Bibruela se apartó del cuerpo, recogió la máscara de matar, de mosaico verde y negro, y se la ofreció a Palo Vento. Pero éste la rechazó con gesto brusco y se marchó.

—Cargar con una máscara es, con frecuencia, de lo más gravoso —dijo con suavidad Trapaieiro Porcaián, que se había percatado del incidente—. La máscara protege, pero también obliga. Una máscara no es sólo su esencia, sino también la suma de lo que sus sucesivos portadores hacen con ella..., y eso puede acabar siendo una obligación muy pesada para su portador.

—¿Es ése el caso de la Real? —El maestro volvió de nuevo los ojos al cadáver decapitado, sintiendo cierta comezón por lo poco que, en el fondo, le pesaba esa muerte.

Se preguntó dónde habría ido a parar la cabeza.

—No. La Real es completamente distinta: su naturaleza es inmutable y eso hace que acabe por devorar a sus portadores. —El montañés se había dado cuenta de que estaba observando el cuerpo.

—Tuve que matarle —se explicó el maestro, sin que el otro le preguntase nada—. Salió como poseído; iba hacia el Cufa Sabut, y yo no podía agarrarle y luchar al mismo tiempo. Hubiera vuelto a calar la Real y, de todas formas, se hubiera perdido para siempre... Es como dices, esa máscara le había ido comiendo su personalidad.

—Sí. Supongo que ya quedaba poco de él.

—Yo tenía la esperanza de que se recuperaría con tiempo —suspiro—. En fin, me gustaría darle un funeral decente, uno según los ritos de mi gente, en la medida de lo posible.

—Hay muchos muertos a los que atender. —El montañés ladeó la cabeza, cubierto por la máscara de jabalí—. Veré qué puedo hacer para cumplir tu deseo. Uno es también, en parte, la atención que presta a los que ya no están.

La mañana en la que cruzó el río, algún capricho del clima hizo que la orilla sur estuviese cubierta de niebla, en tanto que la norte se veía libre y soleada. Allí, el Riorrío tiene sus buenos cuatro kilómetros de anchura, por lo que, desde el batel, la orilla septentrional no era más que una línea difusa a sus ojos. Pero más allá de la misma, como el día se presentaba claro, podía divisar las primeras alturas del Carauce, elevándose a algunos kilómetros al norte de la ribera.

Él, sentado en cubierta, cuando se volvió para lanzar esa última mirada atrás, tan típica de los viajeros, no vio otra cosa que bancos de niebla, lechosos y húmedos, que lo ocultaban todo. Puso luego los ojos en la margen norte, en las montañas azules y soleadas, y, sin ser gorgota, no pudo por menos que preguntase si aquello no sería un presagio. Una señal de que la vida que había llevado hasta ese momento quedaba irrevocablemente atrás, para dar paso a otra nueva y muy distinta. Como si, para lo bueno y lo malo, ya no hubiese posibilidad de retorno. O así le apeteció considerarlo en ese momento. Se acomodó en cubierta, se envolvió en el manto, porque era aún muy de mañana y el sol no llegaba todavía a caldear, puso los ojos en el Carauce y dio la espalda para siempre a todo lo que dejaba atrás.

Rodilla en tierra, con una jabalina en la mano, el dao Dobglode vigilaba los movimientos del dragón. La bestia, un reptil enorme de escamas ocre y pardas, cuerpo alargado y cola gruesa, serpenteaba con torpeza por la cuesta abajo, como a un tiro de lanza, arrastrando el vientre por la tierra oscura, al tiempo que balanceaba la gran cabeza de culebra.

Ocalid, la lanzái copa, se apoyó en el hombro del dao para susurrarle por lo bajo:

—Si se revolviese contra nosotros, ¿podrías acertarle en el ojo?

Él evaluó blanco y distancia, sin apartar los ojos del monstruo.

—Puede ser —musitó.

—¿Y tú qué dices? —Ella se dirigía ahora a Palo Vento, que vigilaba al ser con un pie sobre un tronco muerto y una hoja arrojadiza en cada mano.

—Quizás. —Sopesó las hojas de acero con mango de hueso—. Quizás. Aunque estaría por ver que el tiro fuese de muerte.

—Calma. —Espadalombro, el hombre-leopardo, llegando desde atrás, les hizo gestos tranquilizadores—. No es más que un dragón comedor de plantas. Abundan por estos pagos. También se ve alguno, de vez en cuando, en Cabezas Muertas. Son inofensivos, a no ser que se les provoquen.

La lanzái copa acarició su arco de guerra y se mordisqueó los labios carnosos, mirando aún con desconfianza al ser. Pero éste seguía inmutable su camino, arrastrándose sobre la panza, la cabeza yendo de un lado a otro y la lengua bífida azotando el aire. Llegó a su altura, los rebasó y fue alejándose con movimientos sinuosos, haciendo crepitar la hojarasca. Los tres intercambiaron entonces una mirada de alivio, antes de retroceder unos pasos.

Entre los robles de más atrás, pasado el sobresalto, cada cual había vuelto a su sitio. Trapaieiro Porcaían estaba sentado sobre un tronco, jugueteando con la espada envainada, con tres hombres-jabalí siempre a su vera, con arcos y hachas dobles en las manos. Algo más allá, el santón rojo afilaba impasible su acero. En un aparte, las dos lanzáis copa, cubiertas con sus vistosas medias armaduras, cuchicheaban muy por lo bajo.

—¿Cuáles son los agujeros? —se interesó el hombre-serpiente, aunque no sabía si fiarse mucho de tales prácticas.

Ellas se miraron. Peitorcal, la de menor rango, echó un vistazo a los signos, antes de darle una respuesta.

—Sangre, muerte. Para todos por igual.

—¿Eso es todo?

Volvieron a consultarse con los ojos. Peitorcal le señaló entonces algo, aunque él no llegó a saber si se trataba de los árboles, de alguna ardilla o de las hojas muertas

que revoloteaban entre los troncos.

—Éste es el final del camino —añadió—. Para bien o para mal.

El hombre-serpiente asintió lacónico. Luego fue a reunirse con Cosal, que estaba junto a un tilo, las manos sobre el fusil y los ojos puestos en las frondas. Apoyó a su vez la espalda en la madera, con una hoja arrojadiza en cada mano. A su alrededor, las hojas muertas caían en una lluvia mansa.

—Granlea tarda —dijo por último el hombre-halcón, poniéndose el fusil en la flexura del brazo—. Me pregunto si podemos fiarnos de esa virago.

El otro dejó vagar la mirada por los gruesos troncos, las rocas que afloraban de la turba negra, la maleza, antes de contemplarlo, un poco desconcertado por el comentario.

—Ninguna bruja es muy de fiar. Pero no veo motivos para pensar que pueda traicionarnos.

—No hablo de eso. Me pregunto si tendrá tanto poder mágico como afirma.

El hombre-serpiente se encogió de hombros y le mostró las palmas. Luego cogió un terrón oscuro y se entretuvo desmenuzándolo entre los dedos.

El día antes, él mismo —junto a esa bruja y Guda Nego, el hombre-avispa que afirmaba haber sido hijo del maestro Te-Cui en una vida anterior— había salido a explorar.

El asalto frustrado a Rau Branca había dado un vuelco completo a la situación. El jefe de guerra de los caralocas matioeté, consagrado por los sacerdotes de su pueblo, había caído bajo la espada del gran maestro de los raúnes. El Cufa Sabut había perecido también, y la máscara estaba ahora en poder de Trapaieiro Porcaián. Gran número de guerreros había muerto en el ataque, y no pocos heridos fueron hechos prisioneros por los raúnes que, con buen tino, no los habían matado. El interés y los signos habían llevado a los matioeté a abandonar a su aliado Pogar que, con unos pocos fieles, había salido de Matecoda, al parecer rumbo al sur, hacia la ribera norte del río Morega, donde su causa contaba con amigos.

Trapaieiro Porcaián, tras deliberar con sus juramentados y sopesar pros y contras, había decidido perseguirle, ya que el rey-brujo aún conservaba en su poder la Máscara Real. Por eso se habían internado una vez más en los bosques y por eso estaban allí, esperando la vuelta de los oteadores. Porque la búsqueda los había llevado a un santuario abandonado del ídolo Cició, que era el nombre que el Gochora recibía entre los caralocas, perdido en aquellas inmensidades rocosas.

El día antes, moviéndose con toda clase de precauciones a través de la espesura, la bruja, el hombre-avispa y el hombre-halcón, tras evitar a un hombre-víbora de aspecto temible que montaba guardia en la breña, habían logrado llegar a una cuesta muy suave, a orillas de un río. Las aguas centelleaban tras los árboles y, a través de la espesura, se entreveían dinteles y muros de piedra, columnas esculpidas con forma de

figuras superpuestas, estatuas casi tapadas por las enredaderas.

Las zarzas invadían los umbrales, el líquen veteaba de gris el rostro de las efigies y, en ciertas partes, los muros medio desaparecían bajo la maleza. El abandono era patente. Aquel culto, tras un auge breve e intenso, un siglo atrás, ya había casi desaparecido entre los caralocas, que consideraban al Gochora norteño, Cició, una deidad poderosa y maligna, siempre dispuesta a engañar y destruir a los incautos que recurrían a ella.

—Por fin, ahí viene. —El hombre-halcón hizo un gesto.

El hombre-serpiente se volvió a medias. Granlea regresaba de su exploración, andando con parsimonia por la arboleda. Recostado en un tronco, el dao Dobglode la seguía de reojo, fijándose, una vez más, en el desgarbo de aquella mujerona alta y forzuda, de una fealdad que las pinturas verdes y negras acentuaban antes que ocultar.

—Llevo más de diez años con los armas, soy arma —le confió por lo bajo al santón rojo, que también la observaba con párpados entornados, sin dejar de pasar el esmeril por los filos de su espada—. Y nunca deja de sorprenderme..., es verdad que las brujas son extremas.

El otro asintió con la mayor gravedad.

—Cierto. O son muy guapas o son unas viragos como aquélla, cuando no unas pellejas o unas panzonas. Pero la palabra clave es ésa, siempre demasiado. Si sabes lo que te conviene, te mantendrás apartado de todas ellas por igual.

La bruja pasó por su lado como si no existieran, y se fue hasta donde estaba Trapaieiro Porcaián, con la espada entre las manos.

Dobglode, a lo lejos, observó cómo conversaban, atento a los gestos comedidos que uno y otra usaban. Ella le mostró una cabeza y él asintió, complacido. Después el dao se desentendió de aquella charla que no llegaba a oír, para volver los ojos a la espesura circundante. Las nubes ocultaban a intervalos el sol, llenando de sombras el bosque; las aves revoloteaban entre las copas y, cada vez que corría aire, el enramado temblaba con un rumor que hacía pensar a aquel trocalume renegado en el suspiro de almas condenadas.

—Si vamos a entrar, cuanto antes mejor —murmuró.

El santón no dijo nada, pero Espadalombro, que también estaba cerca, parecía compartir sus aprensiones.

—Sí. —Había echado una larga mirada en torno—. Éste es mal sitio. Seguro que, al anochecer, estos bosques se llenan de malos espíritus.

—No os preocupéis, la espera ha acabado —les previno el santón, envainando ya su acero—. Nos vamos.

Se dieron la vuelta. Trapaieiro Porcaián, puesto ahora en pie, pedía a todos, por señas, que se acercasen. Un pie en la roca, la vaina de la espada entre las manos, esperó a que llegara el último de sus juramentados, con los guardaespaldas siempre a

su lado, como una sombra triple. Se reunieron en torno a él, mirando expectantes al hombrón de las ropas negras y la máscara bruñida. Él alzó una mano, indicando que iba a hablar.

—Amigos, vamos a entrar —anunció—. Y hay algo que debéis saber sobre ese santuario. Es grande y ocupa mucho terreno. Imaginaos siete círculos incompletos y concéntricos, como siete herraduras, unas dentro de otras. Pues así es el sitio. Hay una fachada principal que mira al río, y que no es más que un pórtico de dos ojos en cada círculo, excepto en el más interior, que es de tres. Aunque en los seis primeros círculos el muro está incompleto, no ocurre lo mismo con el séptimo, el interior; ése no tiene más acceso que la puerta de tres ojos, así es fácil convertirlo en una ratonera para los que están dentro.

Hizo una pausa, miró a su alrededor.

—Pogar está allí, y tiene la máscara llamada Real. No hay mucha gente de armas con él; parte de sus seguidores murieron en el asalto a Rau Branca y la mayoría de los devotos del Cufa Sabut lo han abandonado al caer éste en nuestras manos. Nosotros también hemos perdido a algunos amigos; pero creo que les doblamos en número. Aparte de ellos, ahí dentro no hay más que tres o cuatro sacerdotes de Cició, y son todos viejos, porque el culto agoniza. —Hizo otra pausa—. Eso sí, Granlea me dice que ha visto a algunos pandalumes.

—¿Mandemo? —siseó la Bibruela.

—O lagoáns. ¿Qué más da ya ahora? —Le mostró la palma de la mano, sin incomodarse por la interrupción—. No sé si son negociadores o mensajeros; lo que importa es que no parecen sumar más de media docena. Todos juntos siguen siendo menos que nosotros, y seguro que casi ninguno tiene armadura puesta, ni armas arrojadizas a mano.

—Eso será si logramos llegar sin ser vistos —matizó Ocalid—. ¿Qué pasa con los centinelas?

Entonces, con un gesto, el montañés cedió la palabra a Granlea.

—Había uno por donde vamos a entrar, pero yo misma le corté la cabeza hace un rato. También he neutralizado los maleficios que protegen el santuario contra los incursores —añadió, rebotante de orgullo—, que eran muchos y todos de muerte.

—¿Algo más? —Trapaieiro Porcaián paseó una larga mirada por el grupo, como si se fijase en cada uno en concreto—. ¿No? Entonces vamos allá.

Hubo murmullos, retintín de aceros, miradas encontradas. El maestro Te-Cui, siempre atento a los detalles, constató que sus compañeros se habían acicalado como para una batalla. Se veían toda clase de proyectiles —jabalinas, venablos, dardos, hojas varias—, así como arcos, ballestas y un fusil. Muchos se cubrían con cascos o máscaras, o monteras de formas diversas, y algunos, como dos hombres-gallo de la partida, iban destocados, luciendo peinados airosos. Los metales de joyas y armas

brillaban recién pulidos, las ropas se agitaban a cada gesto y las pinturas de guerra desdibujaban los rasgos entre los claroscuros de la fronda.

Se desplegaron en dos oleadas, separados unos pasos. Ahora se movían con precaución entre los árboles, atisbando la espesura, armas en puño y comunicándose por señas. El bosque estaba en calma, el sol de otoño chispeaba entre las ramas, las ardillas corrían por lo alto y, aquí y allá, se oía el canto de las aves.

Alguien se detuvo, haciendo un gesto, y los demás le imitaron, empuñando atentos los hierros.

Sin palabras, el hombre-avispa señaló con su arco y, al mirar algo más allá, pudieron distinguir entonces a una pantera moteada, a pocos pasos, casi invisible entre el follaje ocre y rojo del otoño. Hubo cierta conmoción entre ellos y Peitorcal hizo amago de tender el arco, pero Espadalombro se lo impidió con un gesto enérgico, antes de adelantarse y chistar a su pariente animal. La fiera le bufó a su vez, mostrando los dientes, antes de bajar de un salto y alejarse con trote cansino, meneando con desgana el rabo.

Aguardaron hasta que se perdió de vista, tragada por la espesura. Se desató una repentina ventolera, que los envolvió en una tormenta de hojarasca, y Trapaieiro Porcaián, por señas, dio orden de seguir.

No tardaron en llegar al primer círculo, que no era más que un vasto redondel de estatuas y columnas plantadas en el bosque, mientras que el segundo, dentro del primero, consistía ya en tramos sueltos de muro, bastante separados entre ellos. Los dos estaban en mitad de la arboleda y, a un viajero no avisado le hubiera sido de veras difícil darse cuenta de que había cruzado dos de los recintos de un santuario.

En el tercer círculo, los lienzos de muro eran más largos y estaban más próximos, de forma que parecían los restos de una muralla, perdidos en el robledal. El cuarto era ya un muro entero, con abundantes pórticos de piedra tallada, y en su interior desaparecían ya los árboles, de forma que por primera vez tenía uno la sensación de estar dentro de algo. A partir de ahí, la planta del santuario se volvía laberíntica, convertida en una sucesión de giros de pared y pórticos, hasta el punto de que el visitante no sabía ya muy bien en cuál de los recintos interiores podía hallarse.

Pero Granlea, la bruja, los guió sin vacilar por esa madeja de piedra, a través de patios, dinteles y escaleras. Nadie habló en ningún momento. La bruja indicaba por señas cuándo detenerse, antes de atisbar ella misma a la vuelta de las esquinas, y cuándo seguir. Ellos se señalaban unos a otros los peldaños y los desniveles. Había signos de abandono y ruina por todas partes: maleza, piedras sueltas, altares abandonados a las zarzas. Animalejos de todas clases se escabullían a su paso y, en más de una ocasión, alguna ave remontó asustada el vuelo, provocando en más de uno gestos de desasosiego.

La bruja se detuvo y alzó una mano. Se volvió a medias para mostrarles un gran

dintel, a pocos pasos, y por señas les dio a entender que, al otro lado, estaba Antil Mutel, también conocido como Pogar, y, por tanto, la Máscara Real.

Salvaron esos metros con sigilo, pegados a las rocas del muro. El pórtico era alto, ancho, con jambas profusamente talladas y medio ocultas por las zarzas. Palo Vento se acercó aún unos pasos y, destacándose, arriesgó una ojeada tras las tallas y la vegetación. Trapaieiro Porcaián se le unió, la espada desnuda en la diestra.

El recinto interior era como un patio amurallado: muy amplio, con construcciones y columnatas adosadas a la pared circular. En el centro se alzaban cuatro efigies de Cició: gigantes de cabeza porcina que miraban a los cuatro puntos cardinales, espalda contra espalda; dos de ellos pintados de blanco y otros dos de negro. Alrededor de ese grupo central se disponían estatuas y columnas, de forma aparentemente caótica, quizá remedando en esquema el laberinto exterior.

Dentro había algunas personas. La mayoría era gente-serpiente, aunque también se veía a un hombre-jabalí gargal, un par de caralocas, una mujer-pantera y un sujeto de ropajes rojos y azules y rostro pintado, que debía de ser un cultero del santuario.

—¿Y Mutel? —murmuró Trapaieiro Porcaián—. ¿Dónde está?

—No veo a nadie que pueda ser él —admitió Palo Vento por lo bajo, tras echar otra ojeada.

—Antes estaba. —Granlea también se acercó, la espalda pegada al muro, con su larga espada triangular de bruja en la mano—. A mediodía se oficia siempre una ceremonia en honor de Cició, y suelen estar todos. Desde luego, Mutel no acostumbra faltar.

El montañés se acarició las mejillas metálicas de la máscara y echó un vistazo a las nubes que cruzaban el cielo otoñal, puede que buscando un presagio en sus formas.

—Falta algo para el mediodía —suspiró entre dientes—. Esperaremos hasta ese momento. Haced correr la voz.

El tiempo fue pasando. Ellos aguardaban inmóviles, pegados al muro, acariciando las armas desnudas. Grandes cúmulos blancos volaban en lo alto y el sol, al asomar entre esas nubes, hacía relucir los aceros afilados. El viento soplaba a ráfagas, suspirando. Las ropas ondeaban, los matorrales se mecían susurrando, las hojas muertas iban dando tumbos a lo largo de los pasajes de piedra.

Otra ojeada. Junto a los colosos vieron ahora a un hombre-víbora con cambuj de cobre y jade; una máscara menor del norte, a juzgar por su artesanía exquisita. Estaba conversando con tres pandalumes de mantos azules y una mujer que calaba un cambuj de cobre bruñido, quizás una mestiza, que era quien parecía llevar la voz cantante. Cerca de todos ellos, se hallaba un patacón; un hombre de muy corta estatura, arco en mano, con una gran cabeza de arcilla rojiza sobre los hombros.

Palo Vento examinó a la mujer; los atavíos azules y amarillos, el porte airoso, los

modales altivos. Una bruja mestiza, sin duda alguna.

—Me recuerda a Tuga Tursa —murmuró Trapaieiro Porcaián, asomado también por entre la vegetación.

—¿Tuga Tursa? —Se retiró tras la esquina—. Eso es imposible: Corocota la mató en Aguas Sogqi, el mismo día de la batalla.

—Lo sé; yo mismo vi su cabeza cortada. Pero se le da un aire, una...

Le atajó un gran grito; una voz de aviso que rebotó una y otra vez por los recodos del lugar. Se volvieron aceros en mano. A unos pasos, un hombre añoso de barrocas vestiduras, otro de los culteros de Cició, los miraba con ojos muy abiertos. Gritó otra vez para alertar a los de dentro y alguien le tiró un dardo. Pero él, pese a los años, se escabulló con agilidad y desapareció en el laberinto que se abría a sus espaldas.

—¡Dejadle! —rugió Trapaieiro Porcaián. Enarboló su espada—. ¡Adentro! ¡Adentro!

Atravesaron en tromba el portal, con muchos gritos y blandir de hierros. Los del santuario echaron a su vez mano a las armas, dando voces de alerta. El enano patacón, que ya tenía una flecha en el arco, disparó apenas verles, y mató a un hombre-cabra que iba de los primeros. Cayó traspasado, y alguno que venía detrás tropezó con él y se fue al suelo. Pero el portal era amplio y los demás lo esquivaron o saltaron por encima.

Los atacantes invadieron el patio. Volcaron un alud de proyectiles sobre sus enemigos, pero éstos se cubrieron tras efigies y columnas, y aún devolvieron algunos tiros. Jabalinas, venablos y dardos silbaban por los aires. Golpeaban entre chispazos contra la piedra, y caían tintineando sobre el empedrado. Apenas hubo heridos, pero la descarga sí logró impedir que los defensores se agrupasen para luchar. Después, entraron al cuerpo a cuerpo.

El patacón, que brincaba como un duende, volvió a tirar de arco y atravesó esta vez a uno de los escoltas de Trapaieiro Porcaián. Ya se tentaba la aljaba, en busca de otra flecha, cuando Cosal le disparó. Le dio en la cabeza y el enano salió despedido hacia atrás, entre una lluvia de sangre y fragmentos de arcilla.

El norteño del cambuj de cobre y jade se había acercado corriendo a las cuatro grandes efigies y, tras rebuscar frenético bajo uno de los altares, quiso huir con un estuche de marfil con adornos dorados. Apenas dio unos pasos, porque las dos lanzáis copa le dispararon sus arcos. Las flechas le hirieron entre los hombros y los riñones, y el norteño cayó con un grito. Dos hombres más acudieron al rescate de la caja, pero para entonces ya estaba allí la Bibruela, siseando y esgrimiendo con tal furia sus espadas que, entre los dos, apenas podían hacer otra cosa que contenerla.

Se luchaba al arma blanca por todas partes, desperdigados. Los numerosos obstáculos impedían a los atacantes imponer su número sobre los norteños, que fintaban entre las esculturas, defendiéndose con fiereza. Había gritos, confusión,

cuerpos tendidos; los aceros se encontraban con estruendo y algunos golpes, al errar, mordían la roca, arrancando diluvios de chispas.

La bruja mestiza y el santón rojo cruzaron hierros y el segundo no tardó en asestar a la primera un tajo que, tras resbalar sobre ajorcas y brazaletes, la hirió en el brazo izquierdo. Los tres pandalumes de su escolta salieron al quite; pero él les hizo frente. Mató a uno de una estocada en el cuello y aún pudo tocar de nuevo a la bruja, esta vez en el costado; porque ésta, con los ojos azules llameando tras la máscara de cobre, había vuelto a la carga, enrabiada por el dolor de la primera herida.

Los dos pandalumes supervivientes retrocedieron, llevándosela con ellos. El santón mantuvo un momento la guardia pero, viendo que se retiraban hacia el exterior, se olvidó de ellos para acudir en ayuda de la Bibruela, que ya tenía que vérselas con tres enemigos a la vez.

A pesar de la enconada defensa, los atacantes iban poco a poco imponiéndose. Ante los altares, un cultero salió al paso de los que ya iban a hollar el círculo sacro. Uno de los hombres-gallo le atacó; pero el hombre de manto ornado esquivó su hacha y le tocó a su vez con las manos. El mediarma se inflamó con estruendo, como una estopa mojada en alcohol; dio unos pasos de acá para allá, ardiendo y gritando, y acabó por derrumbarse como un pajar en llamas.

Los demás atacantes recularon aterrados. Palo Vento le tiró un hierro que él desvió sin esfuerzo, con un simple revés de la mano. La bruja Granlea se le echó encima, salmodiando en gargal y blandiendo la espada con las dos manos. El cultero detuvo el tajo con las suyas, pegando con las palmas contra el plano de la hoja, y el acero mágico saltó en mil pedazos.

Ella arrojó a un lado su empuñadura, para agarrarle por la garganta. Él la golpeó varias veces con las manos abiertas. Forcejearon unos instantes. Luego, la bruja arrojó al cultero como a un pelele, con el cuello roto. Pero ella misma se tambaleaba. Alguien la sostuvo por un codo; sangraba a borbotones por la boca y la nariz, y tuvieron que ayudarla a sentarse, con la espalda contra un altar. Quiso decir algo y ya no pudo. Se le cerraron los ojos y murió.

Una mujer con velo y un gorro escarlata de cuatro puntas sobre la cabeza intentaba sacar de allí a otra —vestida de blanco y untada de pinturas rojas y blancas—, cubriéndola con dos aceros. Un hombre-hiena, que enarbolaba entre aullidos una gran maza, quiso cerrarles el paso, pero la primera, sin pararse siquiera, se tiró a fondo y lo atravesó con su largo sable nómada.

Luego tuvo que enfrentarse a Cosal, que era esgrimista más prudente, y tras un cruce de estocadas se hizo atrás, urgiendo a su amiga a huir. Después, mientras se medía de nuevo con el hombre-halcón, Espadalombro llegó por detrás y le hundió el acero entre los omóplatos. En cuanto a la otra, un montañés le dio alcance cuando escapaba dando chillidos y la abatió de un hachazo.

Ya no quedaban en pie más que seis hombres, entre ellos una máscara menor de las serpientes norteñas, que defendían a la desesperada el estuche de marfil e incrustaciones de oro. Se cubrían unos a otros las espaldas, y sus enemigos los acometían en desorden, obstaculizándose, sin hacer caso a las lanzáis copa, que les gritaban que no se estorbasen. Atacaban y retrocedían como el agua contra la orilla, entre un gran tumulto de hierros, escudos y voces.

Alguien trataba de salir a rastras, malherido, y las altacopas lo sacaron por las axilas. Uno de los defensores, un hombre-culebra, dobló la rodilla. Luego se desplomó otro. A cada baja, el resto cerraba huecos sin flaquear; se defendían con broqueles y espadas puntiagudas, cubiertos de sangre. Pronto murió un tercero y los demás no pudieron ya seguir estrechándose. Arreciaban los golpes y enseguida, abrumados por multitud de puntas y filos, cayeron los unos sobre los otros.

Los vencedores se miraron jadeantes, armas en puño. Se hizo de golpe un silencio, apenas roto por el susurro del viento y el resuello pesado de los heridos. Lanzaron miradas a su alrededor, aún acalorados, para asegurarse de que no quedaban ya enemigos, y más de uno se arrebujó en sus ropas, sintiendo de repente que el aire de otoño le helaba el sudor. El hombre-gallo echó atrás la cabeza y cacareó estruendosamente. Se oyeron algunos gritos sueltos de victoria.

Entre muertos, hierros y sangre, yacía abierto aquel estuche de marfil con adornos de oro, y dentro brillaba esa faz de oro conocida como la Máscara Real. Se arremolinaron fascinados en su rededor. Era de rasgos nobles y hermosos y, en mitad de la frente, relucía una gran joya roja, como un tercer ojo. Luego Cosal cerró la caja, ocultando así la máscara a los ojos de la gente. Él mismo se quedó el estuche, dado que estaba al servicio del Ras arma.

Trapaieiro Porcaían, tras mandar vigías a las puertas, fue caminando despacio por todo el lugar, demorándose a veces ante algún cuerpo, para acabar deteniéndose junto a una estatua que representaba a un genio del río: un demonio fluvial, con cuerpo de mujer y cabeza de barbo. Sus compañeros parpadearon entonces, atónitos; porque sólo en aquel momento se dieron cuenta de que había alguien allí, junto a la efigie.

Se trataba de uno de los culteros; un viejo sarmentoso de cabeza calva y rostro pintado, que se sentaba inmóvil, cruzado de piernas, sobre un pedestal de roca. Lo observaron boquiabiertos, sin poder explicarse cómo no lo habían visto hasta ese momento. Hubo tentar de amuletos, de hierros, y no pocos retrocedieron, pensando en el final del hombre-gallo, que se había convertido en poco más que un montón de huesos ennegrecidos, aún humeantes.

Pero el anciano siguió quieto, mientras el aire agitaba sus vestiduras y Trapaieiro Porcaían, parado ante él, lo contemplaba con curiosidad. Parecía en trance y sólo después de largo rato, alzó los ojos hacia el hombretón.

—Anoche soñé con vosotros. —Exhibió una sonrisa desdentada—. Pero no

quisieron hacerme caso.

El montañés asintió con solemnidad, antes de hacer un gesto a uno de sus guardaespaldas, que esperaba detrás del cultero, con un hacha doble entre las manos. Cargando todo su peso, el hombre-jabalí lo decapitó de un solo golpe. El cuerpo cayó de lado; la cabeza voló un trecho y fue rodando otro tanto, antes de chocar contra una columna.

Dobglode, que vigilaba el pórtico principal, había dado una voz de aviso y señalaba con su jabalina afuera, al gran terreno despejado que se abría entre el santuario y el río. Los que acudieron a su llamada pudieron ver a un hombre que, salido del bosque, corría como el viento hacia el recinto. Sin duda un centinela, atraído por el ruido de lucha. Un hombre-víbora de ropas negras que aleteaban con la carrera, una máscara de hierro, y un venablo en cada mano.

Se miraron unos a otros, indecisos, y hubo quienes quisieron disuadirle, agitando los brazos. Pero él, sin hacer caso, seguía acercándose a la carrera; se les echaba encima y, viendo que ya blandía una de sus lanzas, a punto de tirar, Cosal tomó puntería y disparó. La bala le dio en el pecho y lo volteó en mitad de la carrera; fue dando tumbos cuesta abajo, lentamente, hasta quedar tendido, y ya no se movió más.

Trapaieiro Porcaíán, que se había acercado también a la puerta le echó un vistazo distraído. Los brazos en jarras, se volvió a observar el interior del santuario, mirando los cadáveres dispersos, las estatuas de demonios, las columnas esculpidas con forma de efigies superpuestas. Pasó una nube, oscureciendo el sol, y un golpe de viento hizo ondear sus ropas.

—Pero ¿dónde estás...? —le oyeron murmurar entre dientes a la vez que acariciaba su espada, ya envainada bajo la axila izquierda.

Luego, como si hubiera dado con la respuesta, volvió la cabeza hacia una columnata situada al fondo del recinto. Allí, siguiendo su mirada, quienes le acompañaban descubrieron a un hombre entre los pilares de piedra musgosa. Un gargal de ropas rojas y máscara de bronce, que les apuntaba con un fusil.

Hubo un estallido de actividad; voces, gestos, desenvainar de aceros. Pero el montañés contuvo a los suyos abriendo los brazos. Se hizo el silencio. El gargal sonreía bajo el borde de la máscara mientras los encañonaba. Su ajuar —el manto carmesí, las defensas de bronce, las vainas lacadas— era rico y recargado, y el cambuj, con forma de rostro híbrido de jabalí, era digno de los mejores trabajos de la gente-león. Pasaron unos instantes. Las nubes se abrieron; el recinto se llenó de luz, y las máscaras y los aceros destellaron acariciados por el sol.

—Soy buen tirador —dijo al fin, en gargal—. Eres blanco seguro.

—Malo tendrías que ser para fallar a esta distancia —le replicó, en alto arma, el montañés.

—¿Hablamos?

—Claro, hablemos. —Apartó a sus guardaespaldas, empeñados en cubrirlo con sus propios cuerpos, para acercarse a una distancia cómoda a la voz.

El otro abatió un poco el fusil y se miraron con curiosidad recíproca. El montañés trató de calibrar a aquel personaje: era bien plantado y parecía listo, ágil y fuerte; los ojos, tras las ranuras del cambuj, eran temerarios, tal como corresponde a un bandido encumbrado a rey-brujo. A su vez, Mutel había contemplado al gigante de ropas negras y máscara bruñida, antes de pasar los ojos por cuantos se desplegaban a sus espaldas, los hierros medio tendidos.

—¿Dónde estabas mientras los tuyos morían por ti? —inquirió el hombrón.

—Meditando en uno de los subterráneos sagrados. —El gargal hizo un gesto con la cabeza—. Hay unos cuantos aquí, muy hondos. Por eso no oí nada. Sólo al subir...

Cambiando de pie el peso del cuerpo, paseó los ojos por los cadáveres dispersos. Suspiró.

—¿Teníais que matarlos a todos? —Su voz, cargada de acentos orientales mostraba ahora cierta tristeza—. ¿También a Etinnú?

—¿Etinnú? ¿Quién es Etinnú?

—Una de mis esposas. —Con el cañón del fusil, señaló a la mujer untada de rojo y blanco que yacía entre las estatuas—. Ramcrin, la otra, sabía manejar las armas; pero Etinnú no había tocado un acero en su vida.

—Amigo —repuso filosóficamente el montañés—, cuando se lleva cierta clase de vida, uno ha de estar dispuesto a la muerte, tanto a la propia como a la ajena, que a veces duele más.

Mutel asintió sin decir nada. De nuevo, dejó vagar la mirada por el santuario.

—¿Dónde está el Cufa Sabut? —preguntó de repente.

—Lo tengo yo. —Algo retrasada respecto al montañés, la Bibruela sacó por un momento ese cambuj de entre sus ropas ocres y negras, antes de ocultarlo de nuevo a la vista. Luego descolgó de su hombro las vainas de las espadas, haciéndolas tintinear levemente. Su diestra revoloteaba cerca de las empuñaduras—. ¿Lo quieres? Quítamelo, si puedes.

—No. —El gargal contempló curioso a aquella adolescente menuda; el cambuj ofidio, las alhajas, los broches de bronce entre los tirabuzones de cabello oscuro, reconociendo que estaba ante una máscara mayor—. Sólo quiero que, donde sea que la lleves, le digas que la hubiera salvado de haber podido, pero que no tuve ninguna oportunidad, y que hice cuanto estuvo en mi mano para poner a salvo la Máscara Real. ¿Me harás ese favor?

La mujer-serpiente asintió aplacada, apartando ya los dedos de las armas.

—Bueno, Mutel —intervino Trapaieiro Porcaián—. ¿Tenías algo que decirme?

—Sí. —El gargal sonreía otra vez—. Que te tengo a tiro.

—¿Nada más?

—Y que dispararía a la máscara, claro.

—Bueno. Quizá los hombres-león pudieran forjar otra igual.

—Sí, quizás —aceptó sin dejar de sonreír.

—Además, yo no soy exactamente un mascareno. Pero en fin, ¿tienes algo que proponerme?

—Un trueque. Uno por otro. —Se recostó contra una columna, el fusil siempre listo entre las manos—. Déjame salir de aquí y dame unas cuantas horas de ventaja. Después, podrás lanzar a tus cazadores detrás de mí.

El montañés acarició el puño de su hoja, con los ojos fijos en el gargal.

—¡Qué ocurrencia! —suspiró—. Hay sangre por medio y ha muerto gente por mi causa. ¿Qué dirían de mí si ahora te dejase marchar, sólo para salvarme a mí mismo?

—Dirían lo que siempre se ha dicho —rompió a reír—: que eres un liante y un tramposo, y que habrías cambiado mucho por casi nada. Mírame. Todos los míos han muerto y estoy solo en tierra extraña, sin nadie a quien recurrir ni donde refugiarme. —Su risa se empañó ahora de amargura—. Anda, dime, ¿qué oportunidades tengo?

—¿Y aun así...? —Trapaieiro Porcaián lo miró con un nuevo interés.

—Aun así, casi nada es siempre mejor que nada en absoluto.

—Mutel, me caes bien. —El hombrón sonrió con suavidad—. Lástima...

—Lástima, sí. —El gargal cabeceó. ¿Qué respondes?

—Aclárame antes una duda.

—Tú dirás.

—Tengo curiosidad por saber por qué huiste del destino que decretaron para ti los ancianos de tu pueblo. No pareces hombre que tema la muerte.

—Tienes razón. No la temo.

—¿Entonces?

—En un principio, mis hermanos y yo forjamos la Máscara Real como parte de nuestro plan para combatir a los armas. De los tres, me cupo en suerte viajar con ella hasta Los Seis Dedos, y también buscar un portador digno de llevarla. Sin embargo, la Real es mucho más que una máscara: encarna unas ideas, una filosofía, un camino en la vida. Y yo, al final, he acabado creyendo en todo lo que representa.

—Curioso... —Trapaieiro Porcaián ladeó la cabeza.

—Por eso no me entregué a la muerte, y por eso he aceptado cargar con el deshonor de que todos piensen que he huido por miedo. Ahora sirvo a una causa más importante que la de mi propio pueblo, los puces.

Hubo una pausa, antes de que Trapaieiro Porcaián dijese nada.

—De acuerdo, trato hecho. Te doy hasta el alba. —Y tentó el pomo de la espada, cincelado como una cabeza de jabalí; un gesto común entre gorgotas al confirmar juramentos—. Vete ya.

Mutel bajó el fusil y, sin más palabras, se dirigió hacia la salida, pasando por

entre los compañeros del montañés. Ellos le abrieron paso en silencio; iban apartándose de su camino y, aunque más de uno sopesó goloso su hierro, nadie alzó un dedo contra él.

Apenas hubo traspuesto el dintel, acudieron todos a ese umbral de piedra, a seguirlo con los ojos. Le vieron bajar la cuesta, despacio, el fusil en la mano, sin volver en ningún momento la cabeza. El día se nubló de golpe, oscureciendo; después se abrió de nuevo. Soplaban el viento, rizando las aguas del río; los juncos se mecían y las hojas secas revoloteaban por doquier.

El rey-brujo se detuvo un momento junto al hombre-víbora muerto, a contemplarle, con las ropas rojas agitándose a impulsos de las ráfagas. Iba hacia la orilla, hacia unas cuantas piraguas varadas entre las matas y, al ver aquello, un suspiro recorrió todo el grupo. Porque un hombre en bote puede recorrer muchas leguas en pocas horas, o desembarcar en cualquier punto intermedio sin dejar casi huellas.

Cambió de mano el fusil y anduvo rondando por entre las embarcaciones, como si no supiese muy bien cuál elegir. Y entonces, mientras estaba tanteando con el pie el costado de una, tres brujas gargales surgieron a su lado como por arte de magia.

Debían de estar ocultas entre la vegetación de la ribera, al acecho, aunque nadie las vio levantarse. Aparecieron de golpe ante sus ojos, con los cabellos teñidos de colores, máscaras de matar sobre el rostro y los dedos enfundados en uñas de bronce, largas y afiladas. El rey-brujo gritó, primero de sorpresa y luego de dolor, cuando lo agarraron con aquellas zarpas.

Se debatió rugiendo, pero ellas eran tres, y en un abrir y cerrar de ojos lo derribaron, las garras hundidas en las carnes. Perdió el fusil, luego la máscara y, cuando quiso recurrir a la daga, se la hicieron caer de entre los dedos. Lo arrastraron pataleando hacia el bosque, a través de las matas alborotadas por el viento. El grupo situado a las puertas aún pudo verlos unos instantes, mientras forcejeaban entre torbellinos de hojarasca, antes de desaparecer en la arboleda. Los gritos del rey-brujo fueron haciéndose más débiles; luego se esfumaron, apagados por la distancia.

Los espectadores dejaron escapar el aire que habían estado conteniendo y se miraron estremecidos. El santón acarició su collar de calaveras de marfil, Peitorcal hizo campanillear sus joyas, Palo Vento se pasó las manos por la cabeza. Y más de uno observó de reojo al montañés, preguntándose si sabía previamente que las tres brujas estaban allí, para dar al rey-brujo la muerte decretada.

Pero él siguió unos instantes con los ojos puestos en el bosque. Tenía la zurda sobre el puño de la espada y el sol, al asomar entre las nubes, hacía danzar reflejos sobre la máscara híbrida.

—Se acabó —dijo Cosal, que tenía aún el estuche de madera blanca y adornos de oro entre las manos.

—Nunca acabará. —Trapaieiro Porcaián meneó despacio la cabeza.

—Mutel ha muerto, ya no podrá forjar otra Real.

—Eso da igual. —Sonrió como distraído, por debajo del rostro híbrido de bronce —. Ya has oído a Mutel. La Real encarna unas ideas. Y, cuando hablamos de ideas, los papeles se trastocan: son las ideas las que importan y los hombres se convierten en máscaras tras las que éstas se esconden para enfrentarse entre ellas una y otra vez.

Nadie de entre los que lo rodeaban se animó a responder nada a eso. Él lanzó una larga ojeada al bosque, de nuevo solitario, abandonado al viento y el revuelo de las hojas muertas, antes de volverse y entrar en el santuario con sus dos guardaespaldas, las hachas al hombro, siempre detrás.

Trapaieiro Porcaían bajó temprano al río.

Habían montado un puesto de guardia en la orilla, para prevenir que ningún enemigo superviviente pudiera volver durante la noche y desfondar las piraguas. Cosal y Palo Vento, que hacían el último turno, se habían vuelto al verle llegar. Se acercaba con ese paso tranquilo, tan propio de él, con la capa en cuadril, envolviéndole a medias, las puntas sueltas agitadas a golpes del viento, y con las alforjas en la mano.

Cambiaron un saludo informal y el hombre-serpiente le ofreció café recién hecho. Él sostuvo el cuenco humeante entre las palmas, mirando en su interior, antes de catar con los labios aquel brebaje oscuro, caliente y amargo. Los otros lo miraban en silencio. Cosal, sentado ante la fogata, con una manta sobre los hombros y el fusil en las manos, calando una máscara de halcón peregrino, de cuero castaño y bronce brillante. Palo Vento de pie, algo más allá, con dos hojas arrojadizas en la zurda y echando ojeadas ocasionales alrededor.

El día se presentaba triste, gris y húmedo. El montañés había contemplado las nubes negras que parecían hervir sobre sus cabezas, preñadas de lluvia, antes de pasear los ojos por las orillas azotadas por el viento.

—Así que te vas. —El hombre-halcón señaló las alforjas.

Él asintió. La noche antes ya les había hecho saber que seguiría hacia el norte, hasta Yribse Magul y, pese a las protestas de los montañeses, no aceptó más compañía que la de dos guías caralocas y, a última hora la del maestro Te-Cui, que había decidido seguir hacia el norte, y aprovechar esa oportunidad para llegar a un lugar remoto a más no poder a ojos de las gentes del Sursur.

—Ya tendríamos que haber salido, apenas clarear. —Suspiró, mirando hacia los cielos encapotados—. Pero el maestro..., ya se sabe cómo es ese hombre: siempre está investigándolo todo y no acaba nunca de arrancar.

—Pero deja que, por lo menos, vaya alguien contigo; alguno de los hombres-jabalí. —Cosal volvió al tema de la noche antes—. El Alto Norte...

—¡Que no! —El hombrón zanjó de nuevo el tema con un gesto—. Ya sabéis lo que me gusta ir a mi aire, sin que nadie dependa de mí. Lo que había que hacer ya está hecho; así que, ahora, que cada cual vuelva a lo suyo. Los montañeses pueden acompañaros de vuelta al sur y, ya en el Carauce, coger el camino a casa. Es una buena ruta y, además, me parece que os va a venir muy bien ese refuerzo.

El hombre-halcón aceptó ese hecho con desgana; Palo Vento hizo una mueca. Al menos un cultero de Cició y quizás algún centinela habían escapado con vida, y era de prever que, a no mucho tardar, los tambores del Alto Norte esparcirían la noticia de que los armas se habían apoderado, por fin, de la Máscara Real.

—Tienes razón en lo del refuerzo. Va a ser toda una aventura volver con vida, y

con las máscaras, a casa. —El hombre-serpiente se encogió de hombros—. Aunque ganemos algo de tiempo yendo por el río, al final puede que tengamos que luchar.

Asintiendo, el montañés se fue hasta las embarcaciones varadas, para detenerse ante una canoa de cuero, estrecha y ligera. Acarició interesado la borda.

—¿Vais a ir también río abajo? —Cosal se acercó a él—. ¿No sería mejor, entonces, que fuésemos todos juntos?

—No. Es un trecho muy corto. —Examinó las costuras del esqui—. Enseguida torceremos para subir al norte. Según los guías, la embocadura está a pocas leguas de aquí. No merece la pena. Las lanzáis copa y el santón están haciendo una última cura a los heridos, para el viaje. Aún tardarán.

Callaron unos instantes. Una ráfaga de aire alborotó las llamas de la fogata, aventando una bocanada de chispas.

—La verdad es que es bueno tener gente así al lado, al menos en bretes como éstos —dijo luego Palo Vento, refiriéndose al santón rojo y las altacopas.

—Sí. Pero, yo que tú, no me fiaría mucho de esas dos.

—No me fío nada. —El hombre-serpiente lo miró, pero no pudo leer nada en los ojos oscuros, tras las rendijas de la máscara—. Me gustaría saber por qué están realmente con nosotros, cuál puede ser el encargo de sus lais. Lo cierto es que, lo que son motivos reales para desconfiar, hechos, he de reconocer que nunca me han dado ninguno.

—Más de una vez lo he hablado con la Bibruela. —Trapaieiro Porcaían hizo una mueca, antes de apurar el café—. Yo tampoco he sabido nunca muy bien a qué atenerme con ellas. Pero uno no llega nunca a enterarse de la mitad de lo que pasa a su alrededor. ¿Y quién puede hablar de lo que hay en la cabeza de la gente? Eso sí que es un misterio, amigos. Yo, en tu lugar, no les quitaría ojo pero tampoco perdería el sueño. Lo más seguro es que nunca llegues a saber sus motivos. La vida está llena de cabos sueltos, y hay que aceptarla como es.

El hombre-serpiente lanzó otra mirada circular, sopesó sus hojas y se acarició, con la mano, la cabeza.

—¡Cuánta razón tienes en eso de que uno no llega nunca a saber...! —dijo luego—. A menudo pienso en mi pariente Viboraz.

—Ah. —El montañés lo miró ahora con cierta simpatía—. He oído la historia. Es mal asunto eso de que le obliguen a uno a decidir sobre el destino de los demás. Pero tengo que decirte lo de antes: muchas veces, las cosas son como son.

—¿Son como son? —Molesto, hizo tintinear entre sí las hojas arrojadizas—. Pues en este caso han sido en vano. Viboraz ni llegó hasta aquí; está muerto y ni siquiera fue él quien se apoderó del Cufa Sabut.

—Ni creo que tus máscaras mayores te dijese que fuera a hacerlo. Otra cosa es lo que tú creyese oír. Escucha: un suceso no es más que el resultado de otros

anteriores, una suma de acontecimientos previos, y hay quien, brujos o estrategas, actúan sobre esos hechos intermedios para modificar el resultado final. —Hizo una pausa, se ajustó la capa—. Tus máscaras mayores no esperaban que Viboraz hiciese nada en concreto, sino sólo que estuviese presente. De otra forma todo hubiera ocurrido, y quizá terminado, de forma muy distinta.

Palo Vento se le quedó mirando, ahora pensativo.

—Entiendo lo que quieres decirme —dijo luego—. Pero con esos argumentos es posible justificarlo todo; así, casi cualquier cosa se puede dar por bien empleada, siempre que el final le sea favorable a uno.

—Cree lo que quieras y obra en consecuencia. —Y le mostró las palmas de las manos, dando por zanjada la discusión con aquella frase hecha; algo muy del gusto gorgota.

Hubo otro intervalo de silencio. Al oeste, estalló sobre los cerros un gran trueno, largo y sostenido, que retumbó por toda la cuenca. Los tres volvieron hacia allí los ojos.

—¡Qué negro está por esa parte! —rezongó el montañés—. Pero ¿dónde se han metido éstos?

—Ahí los tienes —le advirtió Cosal.

Por la cuesta, llegaban ya sus tres compañeros. Los dos caralocas con sus mantas estampadas, los hatillos a cuestras y las lanzas en las manos; el maestro, con una mochila al hombro y la espada en la mano. Cruzaron unas palabras, algún gesto de despedida con los dos que se quedaban.

—Vamos, hombres, vamos —les apuró el montañés—. ¡Que se nos hecha encima la tormenta!

Botaron la canoa entre todos. Los cuatro viajeros subieron a bordo, chapoteando en aguas bajas. La embarcación fue a la deriva unos metros, librada a su propio impulso, antes de que echaran ellos mano a los remos y comenzasen a bogar.

Ganaron el centro del río. Los otros dos, junto a la orilla, los seguían con los ojos. Soplaban un aire frío y húmedo, a ráfagas. Las copas de los árboles se mecían, llenando el bosque con un oleaje de ocre, marrones, rojos, amarillos, y trombas de hojas muertas volaban sobre las aguas grises. Volvió a tronar sobre las colinas. La piragua enfiló el recodo, visible ahora de medio lado, y Trapaieiro Porcaián enarboló brevemente su pala, a modo de despedida. Palo Vento le contestó agitando sus dos hojas arrojadas y Cosal con el fusil en alto. Luego, en un instante, tomaron la curva y el esquife desapareció de la vista, dejando detrás sólo aguas desiertas y márgenes vacías, alborotadas por el viento.



Nacido en Madrid en 1960, **León Arsenal** se ha convertido en uno de los máximos exponentes de la literatura de fantasía épica española de la actualidad, si bien ha cultivado con igual éxito y reconocimiento la novela histórica (*El hombre del plata*, *Las lanzas rotas*, *La boca del Nilo* y *El espejo de Salomón*) y el relato corto de ciencia ficción y de terror, la mayoría recogidos en el volumen *Besos de Alacrán*. Marino mercante en su juventud, ha traducido a autores como Lovecraft o Robert E. Howard; además, dirige la revista *Galaxia*, especializada en literatura fantástica y de ciencia ficción y que recibió en 2003 el premio a la mejor revista en la EuroCon de Finlandia. *Máscaras de matar* ha sido distinguida con el premio Minotauro 2004.

Notas

[1] Manamaraga (de *hermana amarga*): Apelativo dado a los personajes de temperamento especialmente salvaje y conflictivo. Ser declarado entre los armas manamaraga significa verse sometido a leyes y vedas especiales. <<

[2] Dao (de *dado*, *entregado*): Originalmente designaba a aquellos momgargas que ingresaban en un feral, o a los armas que por alguna razón cambiaban de feral. Con el tiempo también pasó a designar a aquellos que caían en desgracia y perdían sus rangos, aunque se mantenían dentro de su feral, protegidos por tanto por las leyes de sangre. <<